

# Victoria Hislop

HELLAS  
POSTALES  
DESDE GRECIA

B

POSTALES  
DESDE GRECIA

VICTORIA HISLOP

Traducción de Ana Isabel Sánchez  
Fotografías de Alexandros Kakolyris



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Llegaban sobadas, siempre rasgadas, a menudo casi ilegibles, como si hubieran cruzado Europa en el bolsillo trasero de un pantalón. En una o dos ocasiones le pareció que la tinta estaba emborronada por la lluvia, el vino o incluso las lágrimas. A veces estaban descoloridas por el sol, y los matasellos desvaídos demostraban que por lo general su viaje había durado muchas semanas.

La primera de esas postales había aparecido a finales de diciembre, y después fueron llegando cada vez con mayor regularidad. Ellie Thomas empezó a esperarlas con ilusión. Si no recibía una durante una semana o más, repasaba el correo dos veces, por si acaso. El contenido de su casillero, uno de los doce que había en el gran vestíbulo comunitario, estaba formado sobre todo por facturas (o por avisos de facturas impagadas) y por correo basura de comida basura. La mayor parte de él iba dirigido a antiguos inquilinos que hacía tiempo que se habían marchado, y Ellie suponía que el lector al que iban destinadas aquellas postales, S. Ibbotson, era uno de ellos.

A excepción de las imágenes coloridas, siempre de Grecia, se deshacía de todo el correo extraviado metiéndolo en el buzón que había en la esquina de su calle, con las palabras «Devolver al remitente» garabateadas en la parte superior. Seguro que en la oficina de Correos las lanzaban a la basura.

Las postales no podían devolverse al remitente, porque el remitente era desconocido. Siempre firmaba con una simple «A». «A» de «Anónimo». Y quienquiera que fuese S. Ibbotson, no había llegado ninguna otra cosa a nombre de ella (o quizá de él) en los tres años que Ellie llevaba viviendo en el lúgubre piso de Kensal Rise. Tirarlas parecía un desperdicio.

Empezó a sujetar las postales con chinchetas en un gran panel de corcho al que no le daba más uso que el de colgar alguna que otra lista de la compra y un trozo de papel con su número de la Seguridad Social. A medida que

transcurrían las semanas, iban formando un mosaico colorido, sobre todo azul y blanco (cielos, mar, barcos y edificaciones encaladas con postigos azules). Incluso la bandera que aparecía en algunas de ellas era de los mismos colores puros.

... Metone, Mistrá, Monemvasía, Naupacto, Nauplia, Olimpia, Esparta...

Había un toque de alquimia en sus nombres, y ella les permitía lanzar su hechizo. Ansiaba estar en los lugares que retrataban. Daban vueltas sin parar en su mente, como cualquier palabra extranjera con sonidos musicales pero de significado desconocido: Kalamata, Kalavrita, Kosmas. Y seguían, y seguían.

El retablo de imágenes iluminaba aquel piso situado en un sótano, aportaba color a su por lo demás deprimente hogar, algo que las colchas de Habitat no habían logrado.

Con una caligrafía esmerada, ligeramente afectada (aunque en ocasiones ilegible), el autor transmitía poca información pero mucho entusiasmo.

Desde Nauplia: «Tiene algo especial.»

Desde Kalamata: «Posee una atmósfera muy cálida.»

Desde Olimpia: «Esta imagen no te ofrece más que un atisbo.»

Ellie empezó a permitirse imaginar que ella era «S», a soñar con los lugares hacia los que aquella «A» parecía atraerla.

El remitente solía brindar reflexiones sobre una forma de vida que Ellie jamás habría imaginado.

Al parecer aquí la gente no comprende la soledad. Incluso mientras estaba escribiendo esta postal una persona se ha acercado y me ha preguntado de dónde era y qué estaba haciendo aquí. No resultaba fácil de explicar.

Para los griegos, estar solo es lo peor del mundo, así que siempre hay alguien que viene a hablar conmigo, a preguntarme o decirme algo.

Me invitan a sus casas, a panegyris, hasta a bautizos. Jamás me había topado con tal

hospitalidad. Soy un absoluto desconocido, pero me tratan como a un amigo al que le perdieron la pista hace mucho tiempo.

A veces me invitan a compartir su mesa en una cafetería, y entonces, invariablemente, tienen una historia que contar. Escucho y la escribo de principio a fin. Ya sabes cómo pueden ser los viejos. La memoria suele suavizar un poco la verdad. Pero eso no importa. Quiero compartir estas historias contigo.

Pero todas terminaban en tono triste:

Sin ti este lugar no es nada. Ojalá estuvieras aquí. A.

La despedida era sencilla, sincera y apesadumbrada. «S» nunca llegaría a saber cuánto deseaba el autor anónimo que ambos estuvieran allí, juntos.

Un día de abril, llegaron tres postales de golpe. Ellie dio con su viejo atlas y se puso a localizar los lugares. Arrancó la página y la colgó junto a las tarjetas en el panel de corcho, después marcó todos los destinos y siguió el recorrido del autor. Arta, Préveza, Meteora. Todos ellos nombres mágicos y extraños.

Ese país que nunca había visitado se estaba convirtiendo en parte de la vida de Ellie. Tal como le encantaba señalar al autor, las imágenes no podían transmitir los aromas ni los ruidos de Grecia. No proporcionaban más que una instantánea, un vislumbre. Sin embargo, Ellie se estaba enamorando de aquel territorio.

Semana a semana, y con cada tarjeta postal, el deseo de Ellie por ver Grecia con sus propios ojos aumentaba. Anhelaba los colores luminosos y los rayos solares que las postales daban la impresión de prometer. A lo largo de todo el invierno, había salido hacia el trabajo antes del amanecer y había

vuelto a casa a las siete, de manera que las cortinas habían permanecido cerradas ininterrumpidamente. Ni siquiera cuando llegó la primavera notó la diferencia. El sol no encontraba la forma de entrar. No parecía una gran vida, sin duda no era lo que ella había esperado al mudarse desde Cardiff. Las luces que había esperado encontrar en Londres distaban mucho de ser brillantes. Solo las postales conseguían animarla: en cuanto llegaron, añadió Kalambaka, Karditsa y Katerini al montaje.

Su trabajo vendiendo espacios publicitarios en una revista de negocios nunca la había entusiasmado, ni siquiera el primer día, pero una agencia de colocación la había convencido de que era una forma de entrar en el mundo de la publicidad. Más tarde, se había dado cuenta de que debía de ser por una ruta muy indirecta. Los clientes se mostraban sensibles a su sonora voz galesa, así que cumplía con facilidad los objetivos que le marcaba el jefe de ventas telefónicas. Eso le dejaba unas cuantas horas libres al día para ganarse una comisión extra o para, como estaba haciendo en ese momento, perder el tiempo en internet buscando imágenes e información sobre Grecia. Entre las filas de los demás empleados rayanos en los treinta que desempeñaban el mismo trabajo, muchos eran actores o cantantes «que se estaban tomando un descanso» y que querían estar en cualquier lugar que no fuera donde estaban. Para la mayor parte de los que ocupaban las anónimas hileras cercanas, el sueño era estar en un escenario. Para Ellie, el sueño era estar en un lugar mucho más alejado del West End.

Las postales se habían convertido en una obsesión. Las imágenes idealizadas que iba coleccionando cobraban una importancia cada vez mayor para ella. Con el verano llegaron también postales de islas. Eran imágenes increíblemente hermosas, con mares y cielos azules destellantes. Andros, Icaria. ¿Esos sitios eran reales? ¿Habían retocado las fotos?

Pasaron unas cuantas semanas y no recibió ninguna postal más. Todas las

mañanas de agosto, Ellie comprobaba su casillero y, cuando veía que no había llegado ninguna, sentía una punzada de decepción. Cada búsqueda infructuosa era una esperanza frustrada, pero no podía contenerse. Hubo un fin de semana de puente y se fue a Cardiff a ver a sus padres. Allí pasó la noche del sábado visitando los bares de siempre con las amigas de siempre. Ahora ya estaban todas casadas y empezando a tener hijos. Una de ellas, de la que había sido dama de honor, le pidió que fuera la madrina de su bebé. Se sintió obligada a aceptar, pero, al mismo tiempo, un tanto desconcertada por su sensación de distancia respecto a sus coetáneas.

En Gales había pasado frío, pero Londres le pareció más gris que nunca cuando el tren llegó a Paddington. En el metro de camino a Kensal Rise, se distrajo pensando en las postales. ¿Habría alguna esperándola? En cuanto entró en el vestíbulo, el casillero vacío le ofreció la respuesta. Calculó que hacía más de un mes desde la de Icaria.

Una vez en su piso, se percató de que las postales habían empezado a abarquillarse en el panel de corcho, aunque los colores conservaban la misma intensidad de siempre. La atormentaban un poco. ¿Había llegado por fin el momento de ver si los cielos azules que representaban eran reales? ¿De ver si la luz era tan translúcida como parecía? ¿Las postales eran siempre una exageración o tenían acaso un elemento de realidad?

Le echó un vistazo a su pasaporte (utilizado por última vez hacía dos años durante un fin de semana de chicas en España) y encontró un vuelo a Atenas que costaba menos que las botas baratas que acababa de comprarse en Cardiff. No era una viajera dada a la aventura. A lo largo de su vida, había estado cuatro veces en España, dos en Portugal y unas cuantas en Francia (de vacaciones en un camping cuando era niña). El final de la temporada estaba próximo, así que no le resultó difícil encontrar un hotel a un precio razonable.

Buscó en varias páginas y al final clicó en un nombre que reconocía. Nauplia. Una semana a media pensión en un complejo hotelero de playa no muy lejos de allí le costaba ciento veinte libras. Al menos vería uno de los lugares que «A» había visitado, y tal vez más, si tenía tiempo. La decisión fue del todo espontánea, y sin embargo tuvo la sensación de que la idea llevaba meses sembrada.

La semana siguiente pasó volando. Cuando le dijo al pico de oro de su jefe que le gustaría cogerse unas vacaciones de diez días, él no pareció preocuparse. «Ponte en contacto con nosotros cuando vuelvas», le dijo. Fue una respuesta ambigua, y Ellie se marchó sin tener claro si la habían despedido.

La estruendosa impresora de la oficina aún no había terminado de expulsar su billete cuando Ellie ya pensaba que no echaría de menos aquella habitación sin ventanas ni sus bancos de teléfonos.

Estaba impaciente por escapar del calor tímido de un verano inglés que pronto se desvanecería, sin solución de continuidad, en el otoño. La última postal que había enviado «A» era de un hermoso puerto con casas y barcos preciosos. Ellie casi oía el lamer de las olas contra ellos. Tenía un aspecto tranquilo y, sobre todo, acogedor.

Icaria: «Es de otra época.»

Ya iba siendo hora de ver aquel nuevo país, y de comprobar si lo que «A» decía era cierto. ¿Hablaba la gente con los desconocidos? ¿Los invitaba a sitios? Ella llevaba tres años viviendo en Londres y ni siquiera había recibido una invitación de alguno de sus compañeros de trabajo, así que mucho menos de un extraño en una cafetería. Quería experimentar todas esas cosas.

Pasó la noche anterior a su viaje casi en vela a causa de la emoción. Luego no oyó la alarma del despertador, y solo el alboroto de unos borrachos en la calle consiguió que abriera los ojos. Para ellos, era el final de una larga

noche, pero para Ellie era el inicio de un nuevo día. Se levantó de la cama de un salto y, sin ducharse, se puso la ropa del día anterior. Tras un repaso de última hora a las cerraduras y las luces, salió del piso.

Mientras arrastraba su maleta hacia la puerta del edificio, se fijó en que algo asomaba de su casillero. Aunque iba con una hora de retraso sobre el plan previsto, se sintió obligada a recogerlo. El paquete tenía más de doce sellos pegados en distintos ángulos y era del tamaño de un libro de tapa dura. La máquina de franqueo había borrado el nombre, pero la dirección se leía bastante bien. Reconoció la caligrafía de inmediato y se le aceleró un poco el corazón.

No tenía tiempo de desenvolverlo, así que abrió la cremallera de su bolso y lo embutió dentro. A lo largo de las dos horas siguientes no pensó más que en coger el vuelo. Tenía un paseo de veinte minutos hasta un autobús nocturno (diez minutos yendo al trote) que la dejaría en la estación de autobuses a Stansted. La hora punta todavía no había empezado. La mayor parte de las personas que hacían el trayecto iban de camino a su trabajo en el aeropuerto.

La mujer del mostrador de facturación fue desagradable.

—Ha llegado por los pelos —le dijo—. Su vuelo está a punto de cerrarse.

Ellie recuperó su tarjeta de embarque y echó a correr. Fue la última en subir al avión, y se desplomó sobre su asiento acalorada, tensa, exhausta y ya arrepintiéndose de llevar puesto su abrigo de invierno. Estaba encima de una silla en su piso y, a las cuatro de la mañana, no había tenido tiempo de pensar con claridad qué iba a necesitar durante el viaje. Ahora ya era demasiado tarde. Forcejeó con la gruesa lana de color rojo intenso, lo hizo un ovillo y lo metió debajo de su asiento. La auxiliar de vuelo ya estaba verificando si los cinturones de seguridad estaban bien abrochados y el avión empezaba a alejarse de la terminal.

Ellie se quedó dormida aun antes del despegue. Se despertó tres horas más

tarde, con el cuello rígido y una sed horrible. Ni siquiera había tenido tiempo de comprarse una botella de agua, así que pensó que ojalá el carrito no tardara mucho en pasar. Miró por la ventana y no tardó en darse cuenta de que había pocas probabilidades: ya estaban en las últimas fases del descenso. Atisbó mar y montañas, campos rectangulares, hileras de árboles, casas y algunas construcciones más grandes, incluso el familiar logo de Ikea. ¿En Atenas? Mientras asumía esa información, las ruedas golpearon la pista de aterrizaje con brusquedad. Unos cuantos pasajeros aplaudieron el aterrizaje, gesto que extrañó a Ellie. Siempre había pensado que el trabajo del piloto consistía precisamente en llevar a sus pasajeros a salvo hasta su destino.

En cuanto se abrieron las puertas, una brisa cálida y un olor nuevo que no fue capaz de identificar penetraron en la cabina. Puede que fuera una mezcla de contaminación y tomillo, pero se sorprendió inhalándola con fruición.

Cuando buscó su pasaporte en el bolso, lo primero que encontró fue el paquete. La cola en el control fronterizo era lenta, así que tuvo tiempo de rasgar una esquina del papel marrón y echar un vistazo al interior. Era una libreta encuadernada en piel azul, y alcanzó a ver que los bordes de las páginas estaban un poco amarillentos. Volvió a guardársela en el bolso.

Un autobús del aeropuerto la llevó hasta KTEL, la estación central de autobuses. Estaba atestada y resultaba agobiante, con el rugido de los motores y los gritos de los conductores anunciando las salidas por encima del alboroto de los pasajeros, que iban y venían por millares, arrastrando bolsas y maletas. Ellie estuvo a punto de asfixiarse debido al olor acre del gasóleo.

Por fin encontró la taquilla de venta de billetes que correspondía a su destino, pagó quince euros y, con un minuto de margen, consiguió comprar un refresco y unas galletas antes de embarcar.

Cuando se acomodó en su asiento junto a la ventana y miró hacia el hervidero confuso de la estación, ya sabía que A tenía razón respecto a una

cosa: a aquella gente no le gustaba el silencio. La mujer que viajaba a su lado no hablaba ni una sola palabra de inglés, pero, a pesar de ello, se comunicaron durante al menos una hora antes de que la anciana se quedara traspuesta. En ese rato, Ellie descubrió que la mujer tenía hijos, a qué se dedicaban todos ellos y dónde vivían, y además se comió dos hojas de parra rellenas y un trozo de pastel de naranja reciente (una segunda porción descansaba sobre su mochila, envuelta en una servilleta). Entonces vislumbró el paquete agazapado bajo su chaqueta. Tenía pensado echarle un vistazo al cuaderno durante el viaje, pero el calor del sol que entraba por la ventana y el ronroneo constante del autocar la arrullaron hasta que se durmió.

Hasta que el autobús llegó a Nauplia casi tres horas más tarde, no se dio cuenta de que no llevaba el abrigo. Debía de seguir en el avión. Mientras esperaba al sol a que descargaran su maleta de las entrañas del autocar, su enfado consigo misma comenzó a evaporarse. Con el calor en la espalda, se dio cuenta de que allí las prendas de abrigo serían un engorro. Se sentía como una serpiente que hubiera mudado la piel.

Había una hilera de taxis en la estación de autobuses, y su guía de viajes decía que necesitaba coger uno para llegar a su hotel en Tolo. Pero, antes de irse, estaba impaciente por conocer algo de Nauplia. Arrastrando su pequeña maleta con ruedas tras ella, puso rumbo hacia la vieja ciudad, guiándose por unos carteles que, por suerte, estaban escritos en inglés.

No tardó en llegar a la plaza mayor, que reconoció de inmediato por la postal. La sensación de *déjà vu* la hizo sonreír.

Como estaba muy acostumbrada a estar sola, Ellie no se sintió cohibida al ocupar una silla en la primera cafetería con la que se topó. La atendieron rápido y le sirvieron el capuchino enseguida, junto con un vaso de agua helada y dos galletitas de nuez calientes. Por segunda vez en cuestión de unas horas, experimentó la hospitalidad griega que A había mencionado tantas veces.

Mientras se tomaba el café, miró a su alrededor. Era viernes, a media tarde. La plaza bullía de gente de todas las edades, empujando cochecitos de bebé, montando en bicicleta, presumiendo con los patines o tan solo paseando, algunos agarrados del brazo, los más mayores apoyados en bastones. Alrededor de la plaza había en torno a una docena de cafeterías, todas ellas llenas. La tarde de mediados de septiembre era cálida.

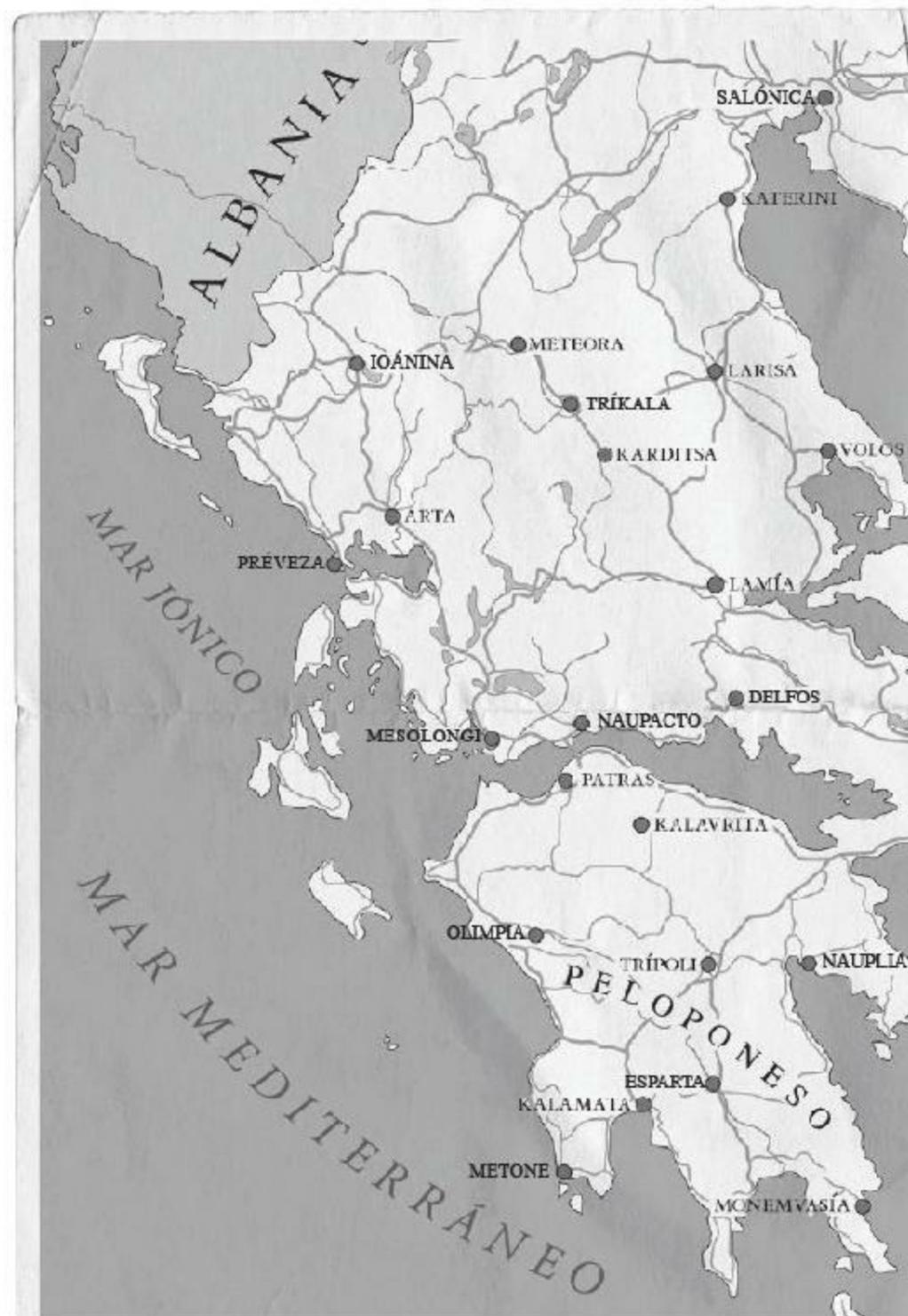
Había dejado el paquete sobre la mesa, delante de ella. Metió el dedo por la abertura que había hecho antes y rasgó toda la parte superior para poder sacar el cuaderno. Guardó el papel marrón en el bolsillo lateral de su bolso y le dio vueltas a la libreta entre las manos. En cierto sentido, las postales eran públicas, quedaban a la vista de cualquiera que las levantara, pero ¿una libreta? ¿Era igual que leer el diario de alguien? ¿Se trataba de una invasión de la intimidad? Cuando abrió la tapa con nerviosismo, le pareció que sin duda la respuesta era sí. Hojeándolo, vio que todas las páginas estaban llenas de la ya familiar tinta negra de la caligrafía meticulosa pero a veces indescifrable de A.

Con el dedo índice y sin apenas darse cuenta, dibujó una S entre las migas de galleta de su plato y después alzó la vista hacia el otro lado de la plaza. El destinatario nunca tendría la oportunidad de leer nada de aquello, así que, con una curiosidad abrasadora y solo una pizca de culpa, volvió a abrir la libreta por la primera página.

Tras leer unas cuantas palabras, se detuvo, pues se dio cuenta de que sería mejor esperar hasta que llegara al hotel. Abrazó el cuaderno contra su pecho, se puso en pie y se encaminó hacia la hilera de taxis.

—Tolo —dijo titubeante—. Hotel Marina.

Más tarde, ya en la pequeña terraza de su habitación, comenzó de nuevo.





Cuando fui a recogerte aquel día al pequeño aeropuerto de Kalamata y no apareciste, me quedé veinticuatro horas esperando por si acaso me había equivocado y llegabas en el siguiente avión. O tal vez hubieras perdido el vuelo y no lograras ponerte en contacto conmigo. Se me ocurrieron todo tipo de excusas. Aquella noche dormí en una silla detrás de los carritos para el equipaje. El limpiador barrió el suelo alrededor de mis pies e incluso me llevó un trozo de tarta de espinacas que su esposa estaba a punto de tirar. Ella era la encargada del quiosco y el hijo de ambos estaba en el puesto de control de pasaportes... Y, como no podía ser de otra manera, el del control de seguridad era un sobrino, y el que comprobaba las tarjetas de embarque en la puerta era un primo. «En Grecia los aeropuertos pequeños son un negocio familiar», me dijo el limpiador con gran orgullo.

A primera hora de la mañana del día siguiente, tuve que marcharme de la zona de Llegadas. Hasta esa palabra parecía burlarse de mí. Estábamos a mediados de septiembre y no habría más vuelos chárter procedentes del Reino Unido ni posibilidades de que aparecieras por sorpresa, como me había permitido imaginar. No me contestaste cuando te llamé por teléfono, pero sabía que si te hubiera sucedido algo horrible, alguno de tus amigos me habría avisado.

Me quedé un rato sentado en un banco del exterior del aeropuerto, sin saber qué hacer ni adónde ir. Unos instantes más tarde me vibró el móvil. Me había llegado un mensaje. Cuando me llevé la mano al bolsillo para sacarlo, temblaba tanto que el teléfono se me cayó al suelo. A través de la telaraña de la pantalla hecha añicos, apenas pude distinguir las siguientes palabras: «No puede ir. Lo siento». Supongo que se lo habrías dictado a algún amigo. Me quedé mirando el mensaje, incrédulo y asqueado, durante varios minutos, y después llamé a aquel número. No obtuve respuesta. Lo intenté varias veces. Por supuesto, con el mismo resultado. «Enfado», «furia», «rabia». Esas palabras no describen ni de lejos lo que sentí. Solo son palabras. Bocanadas de aire. Nada.

No hubo más mensajes. Solo un «*Bon Voyage*» de mi hermano algo más tarde.

Podría haber regresado a Atenas de inmediato, pero fui incapaz de afrontar el camino de vuelta por la misma carretera que acababa de recorrer con tal ilusión y entusiasmo. Estaba aturdido, casi no pude ni meter la llave en el contacto. No tenía ni idea de adónde me dirigía. Me daba igual. Tampoco tengo ni idea de cuánto tiempo pasé conduciendo,

pero cuando llegué al mar, me detuve. Justo en la playa, donde moría la carretera, había un cartel que rezaba HABITACIONES. Allí sería donde me quedara.

No hice casi nada en los días posteriores, salvo sentarme a contemplar el Jónico. Las olas eran feroces, se alzaban y rompían contra la orilla en una cadencia eterna, y su ánimo reflejaba la agitación que yo sentía por dentro. No parecía remitir. No era capaz de comer ni de hablar. Se supone que los hombres son el sexo fuerte, pero nunca me he sentido tan indefenso. Creo que el mar me habría arrastrado si me hubiera acercado demasiado. Algunos días habría desaparecido de buen grado bajo la espuma.

No podía soportar el tormento de mirar mi teléfono, una, y otra, y otra, y otra vez, y ver la pantalla vacía y rota. Así que me lo saqué del bolsillo y lo lancé al mar, tan lejos como pude. Fue liberador. En el momento en que vi el agua que levantaba al caer, tuve que aceptar que ni tendría ni podría tener noticias tuyas. Ya estaba desconectado de ti, y desconectado del resto del mundo, también.

Solo Dios sabe qué pensaba de mí la agradable pareja que regentaba el alojamiento de Metone, pero me dejaban un plato de comida fría todas las noches y lo retiraban todas las mañanas. La mujer puso un ramo de flores frescas en mi habitación una mañana y las cambió cuando se marchitaron. Lo único que advertía era su amabilidad, no mucho más. No sentía hambre ni sed. Ni siquiera percibía la temperatura. Un día me quedé plantado bajo la ducha hasta que el agua se enfrió, pero me di cuenta de que no notaba nada en la piel. El reloj me dijo que había pasado una hora. La desesperanza me había privado de todos mis sentidos. Fueron días oscuros. No sé a qué dediqué el tiempo, pero las horas fueron pasando de algún modo. No tenía conciencia de cuántos días o semanas habían transcurrido desde mi espera en el aeropuerto, pero, un día, el propietario de la pensión me saludó como si me dirigiera a la playa. «*Kalo mina* —dijo en tono alegre—. *Octomvris!*» (¡Es un mes nuevo!) Llevaba allí casi dos semanas.

Ahora los planes que había trazado para nosotros parecían ridículos: un tour por el Peloponeso, luego un ferri hasta Citera, y desde allí otro ferri a Creta antes de volver en avión a Atenas y después a Londres. Me dijiste que tenías justo dos semanas de vacaciones, y mi meticuloso calendario se habría asegurado de que regresaras a tiempo. Había comprado un anillo mientras estaba en Atenas, un solitario en una joyería llamada Zolotas. Hasta ese punto me había engañado. Tenía pensado pedirte que te casaras conmigo durante una puesta de sol rojo sangre en el oeste de Creta. Incluso ahora me sorprende de vez en cuando reproduciendo una escena que nunca ocurrió. Espero que algún día se desvanezca de mi mente para siempre.

Aquella tarde en Metone (tras ocultar el ocaso al otro lado de los postigos), tuve que tomar una decisión: volver a Londres o viajar solo. Mi investigación en Atenas había ido bien durante las dos semanas que había pasado allí. El conservador del Museo de Arte Cicládico se había portado muy bien conmigo, me había abierto muchas partes del archivo, así que tenía material suficiente para empezar a escribir mi libro, y eso podía hacerlo tanto en la habitación de un hotel como en casa. Pensar en Londres me helaba un poco la sangre, porque sabía que no dejaría de buscar tu rostro entre la gente. Otra buena razón para quedarme en Grecia durante una temporada sería evitar la melancolía del otoño británico.

Así que hice la maleta y dejé la pensión. Ahora ya no tenía prisa. Llamé a mi hermano desde una cabina del pueblo y le pedí que me recogiera el correo una vez a la semana y se encargara de las facturas. No sabía cuánto tiempo pasaría fuera. El avance de mi contrato editorial me duraría un año, si era cuidadoso. Antes de entrar en la tienda a comprar chocolate, chicles, agua y otras cuantas cosas que necesitaba para el trayecto, me detuve ante un herrumbroso expositor giratorio que contenía unas cuantas postales. Lo más probable era que el tendero no esperara muchos más turistas a aquellas alturas, así que no se había molestado en reponer sus existencias. Escogí una del castillo de Metone (que, después de tantos días allí, ni siquiera me había tomado la molestia de visitar). ¿Por qué lo hice? Me imaginaba que no te importaba saber dónde estaba, pero sentí un deseo repentino de comunicarme contigo. A lo mejor solo se trataba de romper el silencio que entonces reinaba entre los dos. ¿O fue solo para aliviar mi soledad? No podía ser la persona que jugueteaba con un móvil y aparentaba tener amigos y planes, pero sí el hombre atareado escribiendo una postal y que necesitaba encontrar un sello.

Sería una forma de «hablar» contigo sin esperar respuesta alguna, una conversación de sentido único. La idea me gustó. Puede que hasta te arrepintieras de no haber ido.

El hombre de la tienda me puso varios sellos en la postal y después guardó en una bolsa el resto de las cosas que había comprado.

—*Kalo taksidi.*

—Gracias —contesté.

Era una de las pocas expresiones que ya conocía. Me estaba deseando un buen viaje.

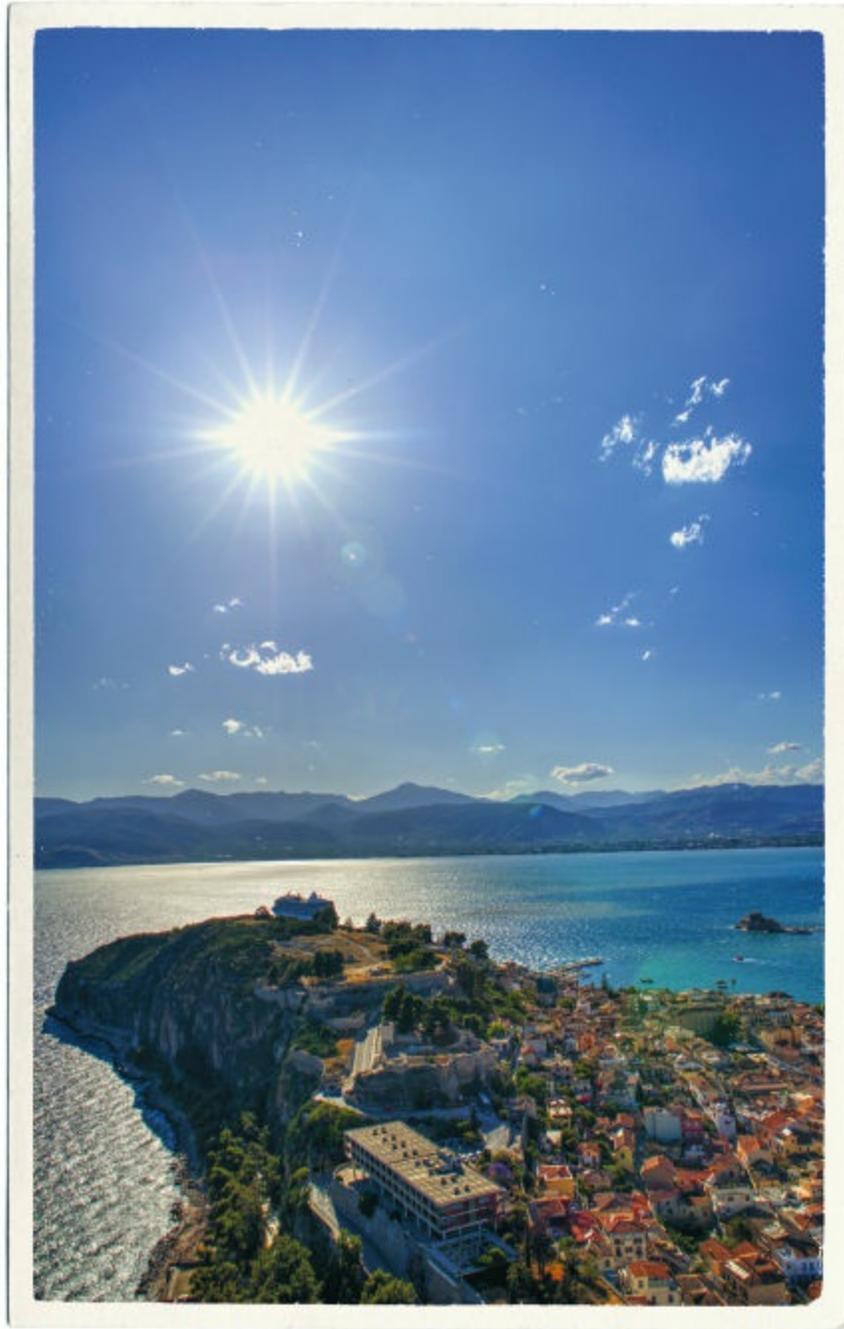
Apoyé la postal en el techo del coche, te garabateé unas cuantas líneas y la eché en un buzón cercano.

Tenía libertad absoluta para ir adonde me apeteciera, pero resulta extraño lo desconcertante que puede ser tal libertad. Estuve sentado en el coche por lo menos una

hora, con la vista clavada en el mapa, y ponerlo en marcha y empezar a conducir requirió de toda mi fuerza de voluntad. Sabía que me dirigía hacia el este porque el mar quedaba a mi espalda, pero no tenía un destino concreto ni la menor idea de adónde me llevarían el instinto o el destino. Era el comienzo de mis viajes. Eso era lo único que sabía.

A lo largo de las siguientes semanas y meses, allá donde me paraba, la gente hablaba conmigo. La mayoría de esas personas eran acogedoras y amables y, si no se mostraban así de inmediato, mis intentos de hablar griego solían romper el hielo. Muchos de ellos me contaban historias. Yo escuchaba y tomaba notas, todos los días aprendía cosas sorprendentes sobre este país, y cosas nuevas sobre mí. Las voces de aquellos desconocidos se vertían en el vacío y llenaban el silencio que tú habías dejado.

Reconocerás algunos de los lugares que aparecen en las historias por las postales. ¿Quién sabe si los cuentos que me contó esa gente son verdad o mentira? Sospecho que algunos de ellos son inventados de principio a fin, y que otros son exageraciones, pero tal vez algunos sean reales. Tú decides.



Nauplia.

*Octubre 2015*

La belleza del Peloponeso, donde en realidad empezaron mis viajes, no alivió mi dolor. Solo lo acrecentó. Me sentía menospreciado por su plenitud, su exuberancia, por cómo la propia naturaleza parecía rebosante de vida y salud. El paisaje era el opuesto absoluto de mi estado de ánimo, y nada me distraía de la añoranza que experimentaba. Había alimentado muchísimas esperanzas sobre nuestro futuro y me resultaba imposible dejar de volver a ellas. A lo largo de los siguientes meses aprendí que intentar olvidar solo logra hacerte recordar aún más. Por las noches, bebía para anestesiar me y para que me ayudara a quedarme dormido, pero pronto incluso empecé a tener miedo de acostarme. El sueño era como un pozo profundo, oscuro, donde las pesadillas me arrastraban cada vez más hacia el fondo. Los propietarios de la casa de huéspedes de Metone habían entrado a toda prisa en mi habitación un día a las cuatro de la madrugada. Mis gritos les habían hecho creer que me estaban matando. Tú aparecías en todos mis sueños. Pero eran sueños malos. Sueños tristes. Mi subconsciente no tenía intención de dejarme olvidarte. Al menos, no de momento.

No fue un error, en cualquier caso, embarcarme en este viaje. Adondequiera que hubiera ido, mi infelicidad me habría seguido. Si hubiese vuelto a Londres, habría sido peor, ya que mis amigos me habrían mirado con la misma cara de pena que si se me hubiera muerto un familiar, pero al cabo de unas cuantas semanas habrían esperado que hubiera vuelto a ser mi yo de costumbre. Aquí, podía vivir con extraños y, si me movía a menudo, la gente nunca llegaría a saber cómo era ese «yo de costumbre». Podía reinventarme por completo entre personas que no sabían nada de lo que había ocurrido.

Lejos de casa, al menos podía fingir que era un hombre que lo tenía todo bajo control.

La gente siempre quiere mandar a los turistas a su lugar favorito, y mis anfitriones de Metone habían insistido mucho en Nauplia. «Es la ciudad más bonita de Grecia, y la más romántica», me dijeron.

Me obligué a sonreír mientras me señalaban su ubicación en un mapa.

Sea o no la ciudad más bella de Grecia, Nauplia me cautivó. Su *platia* es la plaza mayor más maravillosa que he visto en mi vida. Imagínate un enorme salón de baile al aire libre. Los adoquines de mármol son lisos y resplandecen de limpios e, incluso en las noches frías de otoño, los hermosos edificios de sus cuatro lados te protegen hasta de la más mínima brisa. Las paredes de esta «sala» son un montaje de la historia griega: una antigua mezquita del siglo XVI, un polvorín veneciano, elegantes edificios neoclásicos y algo de arquitectura aceptable del siglo XX. Nauplia está situada junto al mar, tiene tres castillos y una historia que se retrotrae hasta la Edad Antigua. Fue la primera capital del moderno estado de Grecia, desde 1829 hasta 1834, y transmite la sensación de ser un lugar importante.

Pasé muchas horas allí, viendo el mundo pasar.

Me alegré de poder charlar un poco una de mis noches en Nauplia, pero la pareja que me habló no pudo por menos que comentar el hecho de que estaba solo.

—Su esposa... —quiso saber la mujer—, ¿no lo acompaña?

Aquella pregunta daba muchas cosas por sentadas, pero no me molesté en aclararlas. Por suerte, su marido intervino, pues intuyó que su mujer había sido un tanto desconsiderada.

—Desde el caso Adamakos —dijo—, la gente de Nauplia recela un poco de los hombres que se sientan solos.

—¿El caso Adamakos? —pregunté.

—Supongo que no apareció en las noticias inglesas —contestó el hombre.

Por descontado, tenía razón. Los reportajes sobre Grecia que aparecen en la prensa británica tienden a ser sobre la economía o, en los últimos tiempos, sobre la crisis de los refugiados. No suelen prestarle atención a mucho más.

—Bueno, había un hombre que se sentaba aquí solo a menudo —prosiguió.

—¡Durante veinticinco años! —exclamó su esposa para darle énfasis a la narración.

—Aquí fue un caso muy conocido...

—¿No le caía bien la gente? —sugerí.

—Sin duda, había personas a las que no les tenía ningún cariño —fue la críptica respuesta de la mujer.

—Era de Mani —añadió el marido en tono enigmático tras inclinarse hacia delante para que no lo oyera nadie.

Yo no había visitado Mani, la remota península situada al sur de Nauplia, pero sabía que antiguamente los maniotas eran célebres por buscar venganza si alguien les faltaba al honor. Aquel mismo día había leído algo acerca de un acontecimiento dramático que había tenido lugar a principios del siglo XIX cerca de la cafetería donde estábamos sentados. Ioannis Kapodistrias, el primer dirigente del nuevo estado, había arrestado a algunos miembros de un clan importante pero rebelde de Mani. Para vengarse, dos de sus parientes lo esperaron emboscados cuando iba de camino a la iglesia. Fallaron un primer disparo. Entonces apuñalaron a Kapodistrias, y una segunda bala le impactó en la cabeza. La violencia engendra violencia. Los asesinos murieron ejecutados poco después.

—¿Sabe que la bala está incrustada en la iglesia de San Espiridón, que está ahí al lado? —dijo el hombre señalando una escalera de piedra que conducía a la calle situada sobre nosotros.

—La he visto hoy —contesté.

—Bueno, nunca le falte al respeto a un maniota —me aconsejó—. Hay muchas reyertas familiares que se han prolongado hasta los tiempos modernos.

Después me contó esta historia. Para cuando terminó, tenía claro que seguiría su consejo.

# EL CHICO DEL TRAJE PLATEADO

La inmensa plaza de Nauplia es el corazón palpitante de la ciudad. La gente entra y sale a raudales de ella durante todo el día, para charlar, para jugar, para mirar, para beber, y los fines de semana apenas quedan sitios libres en las cafeterías.

Como atraídas por la fuerza de la gravedad, parejas de todas las edades desfilan por las calles estrechas y peatonales de estilo veneciano, pasean de dos en dos como las criaturas del arca. Una pareja mayor ha dado una *volta* alrededor de la plaza todas las tardes de las últimas cinco décadas, siempre al ritmo del tictac de un reloj. A pesar de que ahora el hombre necesita bastón, su velocidad no ha variado.

Poco más atrás hay dos hombres atractivos, uno más joven que el otro. En otras ciudades, tal vez se sintieran libres de caminar agarrados del brazo. Uno de ellos posee un derroche de pelo blanco que recuerda a un gato persa, el otro lleva el pelo rapado como un topillo. Van vestidos con ropa informal pero cara, con jerséis de cachemira color pastel echados sobre los hombros y atados por delante. Toman asiento en uno de los café bares más nuevos. Son los domingueros adinerados de Atenas.

Una mujer muy embarazada y su marido recorren la plaza más despacio. Ella ha salido de cuentas hace varios días y espera que el ritmo del paseo estimule al bebé para que inicie su viaje hacia el mundo exterior. Cada paso supone un esfuerzo, y hasta le preocupa no ser capaz de completar la vuelta.

Un par de hombres ven el fútbol en la cafetería. Uno de ellos se pone de pie con nerviosismo cada vez que alguien de su equipo se acerca a la portería, siempre a punto de volcar la mesa, y después retoma tranquilamente la conversación con su amigo. El otro está menos implicado. No es de ninguno de los dos equipos.

Dos niños pequeños le dan patadas a una pelota y corren como locos tras

ella cuando se aleja rodando por la inclinada pendiente de la plaza. Dos perros se persiguen el uno al otro y luego persiguen su propia cola, soltando gañidos, ladrando y girando sobre sí mismos. Uno de ellos va tras la pelota de los niños.

Hay dos mujeres, demasiado perfumadas, demasiado arregladas y con el pelo recién arreglado en la peluquería para este día. No son gemelas ni hermanas, pero con los años han terminado por parecerse, tienen el mismo pelo decolorado y arrugas similares en la cara. El nombre que comparten, Dimitra, hace que tengan el mismo santo y ahora, a finales de octubre, están celebrando su *yiorti* y reciben muchos parabienes de los amigos que se encuentran en la plaza: «*Hronia Polla!*» (¡Muchas felicidades!)

Dos niñas, las mejores amigas de cuarto de primaria, están absortas en juegos imaginarios con sus muñecas. Las dos llevan sudaderas de colores rosados y vaqueros, además de unas zapatillas deportivas que destellan cuando corren. Dos niños, que van al mismo colegio que las niñas, dan vueltas y más vueltas en sus bicicletas, tan cerca que sus ruedas casi se tocan. Dan gritos de alegría, giran cada vez más cerca, más cerca, más cerca, hasta que de pronto chocan en una maraña de metal y espinillas desgarradas. Son demasiado orgullosos para llorar, pero se marchan a casa, en direcciones opuestas, cojeando y arrastrando sus bicis abolladas.

Solo hay una persona sentada a solas en la *Platia Syntagmatos*. Con su copa de *tsipouro* transparente como única compañía, contempla la escena con sus ojos de párpados pesados. Lía un cigarrillo sin bajar la mirada para ver qué está haciendo, fuma sin placer y repite el proceso una y otra vez. Un cenicero rebosa ante él, hay un rocío gris sobre la mesa. Nadie se molesta en vaciarlo, aunque de vez en cuando un camarero le lleva otra copa de aguardiente.

Akis Adamakos alza la vista hacia la iglesia de San Espiridón e inhala para

arrastrar el alquitrán hasta lo más profundo de sus pulmones. Todos los sábados, entre las cuatro y las seis, se sienta en el café durante dos horas exactas. Hoy el tiempo ha transcurrido con lentitud.

Es un ritual que observa de manera estricta. Revive la tarde de hace veinticinco años cuando llegó a la puerta de la iglesia con un traje de novio gris brillante. Levanta la mirada y ve las escaleras que llevan hasta San Espiridón mientras recuerda a su yo más joven, nervioso, pero dispuesto a entregarle un ramo de flores a su novia.

La iglesia y la calle estrecha en que se encuentra estaban llenas de familiares y amigos. Muchos habían viajado desde bastante lejos, desde el extremo sur de Mani, de donde procedía la familia Adamakos. Los parientes de la novia vivían en Nauplia o en sus inmediaciones. El estruendo del parloteo y las risas de más de trescientas personas era inmenso. Personas que llevaban tiempo sin verse se reencontraron y sus rostros estaban encendidos por el intercambio de noticias y chismorreos. Cuando llegó el cura, el volumen descendió y la congregación se tornó más respetuosa, pero la conversación no paró de fluir en ningún momento. Los familiares de mayor edad se apoyaban en los escasos asientos de madera, pero la mayor parte de la gente paseaba de un lado a otro.

Los invitados esperaban una fiesta que se prolongaría hasta las primeras horas del día siguiente, así que nadie se preocupaba de mirar el reloj.

Todos estaban contentos y relajados, a excepción de dos personas: el novio y su *koumbaros*, el padrino. Oyeron el tañer de las campanas en el reloj de la torre. Ya eran las cinco, y la novia debería haber llegado a las cuatro. Los dos hombres se apartaron de la multitud y dieron unos pasos calle abajo, hasta detenerse en lo alto de la escalera que desembocaba a la plaza mayor.

—Puede que le haya ocurrido algo.

—Sí...

—Buscaré un teléfono.

Nikos, el *koumbaros*, hizo una llamada desde un *kafenion* cercano. Mientras escuchaba el teléfono sonando en casa de la novia, levantó la mirada hacia la televisión que colgaba a gran altura en la pared del bar. Casi esperaba ver imágenes de un accidente terrible, jirones de un traje de novia, un coche siniestrado, pero en realidad estaban emitiendo una comedia en blanco y negro protagonizada por Alikí, la niña mimada del país.

Akis intentó continuar charlando en tono desenfadado con unos cuantos amigos, pero lo dejó cuando vio que su *koumbaros* regresaba.

La gente había comenzado a salir poco a poco de la iglesia en busca de aire fresco, para ver qué estaba ocurriendo, para echar un vistazo, para encender un cigarrillo.

Nikos se llevó a Akis a un lado.

—No contesta —le dijo al oído—. Creo que deberíamos acercarnos. Ahora mismo.

La congregación, ya casi por completo fuera de la iglesia, observó a las dos figuras que se alejaban mientras se dirigían con decisión hacia el final de la calle y desaparecían tras la esquina. El volumen de las conversaciones disminuyó cuando empezó a circular la noticia, tanto dentro como fuera de la iglesia, de que ahora ni el novio ni, desde luego, la novia, estaban allí. De pronto, la atmósfera se apaciguó.

Era un trayecto de diez kilómetros que salía de Nauplia y subía a las montañas por una carretera estrecha y serpenteante hasta llegar al pueblo de la novia. Nikos conducía deprisa incluso bajo circunstancias normales, pero aquel día hizo el recorrido conduciendo con temeridad. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

En aquel pueblo todo era hormigón y se había edificado a lo largo de los

últimos veinte años, pero la pintura estaba sucia y descascarillada. La panadería, el supermercado, el *kafenion*, el colegio y la desmesurada casa consistorial eran de un color hueso uniforme, y hacía poco que habían plantado una hilera de árboles para intentar atenuar la dureza de las líneas de la calle.

La casa de la novia apareció ante sus ojos. Era del mismo color. La enredadera que crecía sobre una pérgola en el exterior estaba muerta y el olivo que había junto a la casa no tenía hojas. Fuera había un coche, prestado y recién brillantado, a punto para trasladar a la novia a la iglesia. Era de color rojo sangre, del mismo tono que las rosas que Akis todavía sujetaba en una mano, con el puño cerrado alrededor de los tallos.

Un hombre de unos sesenta años esperaba en la puerta. A su izquierda había un chico joven, a la derecha una chica. Eran el padre y los hermanos de la novia. Estaban vestidos con elegancia, el tejido barato del traje de los hombres brillaba un poco aun en aquel día nuboso, los cuellos almidonados de las camisas nuevas se les clavaban en el cuello, los zapatos estrechos les apretaban los pies. A los hombres no les sobraba ni un gramo, pero la chica estaba inflada y tenía sobrepeso, algo que acentuaba su vestido ceñido, de color amarillo fluorescente, que era varias tallas demasiado pequeño para ella. Las manchas de sudor que tenía bajo los brazos se le iban extendiendo por las mangas y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Los tres estaban pálidos, desprovistos de vida.

Akis se acercó a toda prisa al padre y lo miró a los ojos. Tenían la misma altura. Ninguno de los dos habló. Con ademán protector, el hijo se desplazó hacia su padre y la hija lo agarró del brazo.

Desde la casa llegaban los sollozos ahogados de una mujer. La madre.

El padre temblaba a todas luces, e hizo un ligero gesto con la cabeza para señalar la carretera en el sentido opuesto a Nauplia. La carretera que atravesaba el pueblo continuaba hacia el norte.

Nikos habló.

—¿Se ha ido a Atenas? —preguntó con aspereza.

El padre de la novia lo confirmó con un asentimiento leve. Sus hijos se acercaron todavía más para proteger a su padre. Aun en el caso de que hubieran querido hablar, de sus labios resecos no habría salido ni una sola palabra.

Akis notó que Nikos le posaba una mano en el brazo con suavidad y dio un paso atrás. Ambos sospechaban que Savina no se había ido sola.

La semana anterior Nikos había oído un rumor, pero había decidido no mencionárselo a su amigo.

Al padre le brillaban los ojos de miedo, y Akis se dio cuenta. Miró al hombre mayor con desdén. Un padre debería ser capaz de controlar a su hija.

Dejó caer las flores a los pies del que ya nunca sería su suegro, le dio la espalda al trío y se alejó caminando despacio, con Nikos a su lado.

Se metieron en el coche y no dejaron de mirar hacia el frente mientras Nikos salía del pueblo a toda velocidad. Ambos iban callados. Cuando llevaban cinco minutos circulando, Nikos se detuvo en el arcén.

—Tenemos que decidir cuándo —dijo Nikos.

—«Si», no cuándo —repuso Akis en voz baja.

—No hay «si», Akis, solo cuándo.

Se miraron. Los dos eran de Mani. Llevaban la venganza en la sangre.

—Puedo volver esta noche con mis hermanos —prosiguió Nikos—. Por lo menos el padre y el hijo...

—No —dijo Akis pensativo—. Hay una venganza mejor que esa.

—¿Mejor que pegarle un tiro en la cabeza a alguien?

—Sí. El miedo. El miedo a cuándo llegará esa bala. Esa familia vivirá con miedo.

Akis miró por la ventanilla. Contempló el paisaje, vio el mar a lo lejos y se

preguntó hasta dónde habría llegado Savina, si iría vestida con su *nifiko* blanco perlado o si ni siquiera habría llegado a ponérselo.

Luchó por controlar los celos que lo arrasaban por dentro, porque aquella mujer que le pertenecía estaba con alguien distinto en aquel momento, y porque aquella noche estaría en brazos de otro hombre.

Se volvió hacia el que era su amigo más antiguo y habló despacio y con convicción.

—Savina se pasará la vida esperando una llamada. Dondequiera que esté, temerá el sonido del teléfono. Su familia jamás tendrá paz. Ninguno de ellos.

—¿Y tú vas a volver a esa iglesia... y a plantarte delante de todo el mundo y afrontar esa humillación? ¿Vas a poner la otra mejilla? ¿Estás loco, Akis? ¿Has perdido la cabeza?

Akis no contestó. Comprendía la venganza mejor que su amigo.

Regresaron a la iglesia, donde ahora todo el mundo había salido a la calle.

Las mujeres se apartaron ligeramente, y los amigos del novio se arremolinaron en torno a él. Akis le dejó la explicación a su *koumbaros*.

Los familiares y amigos de la novia se quedaron tan impactados por la noticia como todos los demás, pero también sintieron miedo. No tardaron en marcharse de la ciudad, salvo aquellos que vivían en Nauplia, que se marcharon a su casa y cerraron los postigos y las puertas.

Todos los que se quedaron con Akis le rogaron que actuara de inmediato.

—No —les dijo—. Todavía no.

Esta tarde, en la plaza, el reloj se ha detenido. Puede que el hombre que se encarga de darle cuerda esté enfermo. Las manecillas marcan que falta un minuto para las cinco, y no se mueven. En este instante, hace todos esos años, Akis todavía tenía esperanza. Todavía estaba seguro de que su novia acudiría.

Ahora mismo, se fija en un niño de unos ocho años que corre hacia las dos

niñas de rosa, que zigzaguea a su alrededor y entre ellas mientras juegan cerca de la fuente. A las niñas no parece molestarles que interrumpa su juego, dan la sensación de apenas reparar en su presencia.

El niño lleva un traje de boda de color gris claro. Sus zapatos de charol no hacen ningún ruido sobre los adoquines de mármol mientras corre. Aparte del propio Akis, es la única persona de la plaza que está desparejada, sola.

Akis ha ido bebiendo cada vez más *tsipouro* con los años, y tal vez no se fíe de lo que ven sus ojos. Lo que ve es una imagen de sí mismo, inocente y despreocupado. Nota un nudo en la garganta y se reprende por sensiblero.

El niño, que va vestido como un hombre, mira al hombre que llora como un niño. Se aparta de las niñas y sube las escaleras dando brincos.

Bajo la luz que se desvanece, con las manecillas del reloj y el aire de la noche inmóviles, Akis deja el habitual puñado de monedas sobre la mesa de metal y lo sigue.

El niño gira a la izquierda en lo alto de las escaleras, hacia la iglesia.

Para cuando Akis llega a aquella altura ya no ve ni rastro del niño, pero cuando alcanza la iglesia la puerta está abierta de par en par.

Hace veinticinco años que Akis no ve su interior. Deja atrás el agujero de bala de la pared y entra. La puerta se cierra a su espalda. La iglesia es imponente, sus paredes están cubiertas por completo de iconos oscuros.

Avanza por el pasillo, se detiene delante del altar y levanta la mirada hacia la cruz que hay encima de su cabeza. Descansa sobre una calavera dorada con dos huesos cruzados entre sí, y las cuencas de los ojos vacías parecen observarlo, sostenerle la mirada para que Akis no pueda apartarla.

El hombre se vuelve y ve al muchacho entre las sombras de la parte trasera de la iglesia. Lo está mirando de hito en hito. El niño del traje plateado lo está desafiando. Cuando el crío vuelve a abrir la puerta, la luz del exterior ilumina su traje de plano. Y de pronto ya no está.

Akis sale otra vez a la calle, pero ya no lo ve.

Cruza la plaza en dirección a su coche, y mientras lo hace, oye que el reloj da las cinco. Ha vuelto a ponerse en marcha.

Akis guarda una pistola en el coche desde hace un cuarto de siglo. Ha llegado el momento. Ha sido una larga espera para todos ellos.

Le pregunté a la pareja qué ocurrió a continuación aquel día. Al parecer, Akis volvió en coche al pueblo de las afueras de Nauplia aquella misma tarde y mató al padre y al hermano. A la madre y a la hermana las dejó con vida. No rastreó el paradero de Savina, pero el dolor y la culpa de la mujer debieron de ser peores que la muerte. Savina no volvió para asistir a los funerales a pesar de que Akis Adamakos había sido arrestado el día de los asesinatos. Quizá temiera que el padrino, Nikos, rematara la tarea.

La pareja de Nauplia no podía conocer mi situación, así que les habría resultado imposible apreciar la ironía de contarme la historia de un hombre al que habían dejado plantado.

Estoy enfadado por lo que me hiciste, pero no tanto como para matar.

Aunque me hubieran educado en la cultura de la venganza, no habría tenido el vigor necesario para levantar una pistola, y mucho menos aún para dispararla, tal era el peso del dolor con que cargaba.

Tal vez matar me proporcionara algún tipo de catarsis, pero en realidad no creo que llegue a saberlo nunca.

La pérdida de su mujer (¿o fue la pérdida de su reputación?) consumió a Akis Adamakos durante un cuarto de siglo. Ni siquiera así mató a Savina. Lo más probable es que todavía hoy esté pudriéndose en la cárcel, preguntándose dónde está ella y con quién. Soy capaz de verme consumido por unas ideas similares al final de mis días, intentado imaginarte, dónde estás, a quién le estás haciendo el amor.

La pareja me dijo que aquí todavía hay muchos matrimonios que se medio conciertan entre familias que desean estar conectadas. Puede que el matrimonio de Akis y Savina fuera uno de ellos. Todavía me pregunto acerca del estado mental de la novia justo antes de montarse en aquel coche y escapar hacia Atenas; debió de ser una pasión muy poderosa la que la llevara a hacer

algo así. Me pregunto qué fue lo que sucedió en tu vida e impidió que te subieras a ese avión para reunirte conmigo. Supongo que fue un amante. Ahora caigo en la cuenta de que nunca has tenido un hueco entre un hombre y el siguiente. No eres una persona que pudiera sobrevivir por sí misma. Siempre habría alguien más.

Me marché de Nauplia al cabo de unos cuantos días para explorar otros rincones del Peloponeso. Una tarde, pasé ante un cartel que rezaba: ARCADIA. Es una palabra que evoca una visión utópica, pero hasta entonces no me había percatado de que nuestra idea de un cielo en la tierra proviene de un lugar real. Esta región ha estado siempre tan idealizada que jamás me había planteado que pudiera ser una posición en un mapa.

De pronto, estaba allí. En la mismísima Arcadia.

Hace más o menos tres mil años, el poeta Hesíodo escribió sobre la vida en Arcadia: «Allí las gentes vivían como dioses, sin pesar en el corazón, apartadas y libres de penalidades y dolor... Cuando morían, era como si los hubiera vencido el sueño. Moraban en armonía y paz en sus tierras fértiles, abundantes en rebaños y amadas por los dioses.»

La propia naturaleza bendecía a los pastores arcádicos, y no me resultó difícil concebirlo mientras viajaba por Arcadia aquel día. Incluso vi a un pastor con su rebaño y me lo imaginé como Pan, el dios de las montañas que, según el mito, vivía allí y tenía patas y cuernos de cabra. Era célebre por su virilidad y su destreza con la flauta.

En cuestión de un momento, tuve la sensación de que me había trasladado de la realidad al paisaje de la mitología, que había cruzado una línea entre lo real y lo irreal hasta el mejor de todos los entornos y la mejor de las vidas, de los olores dulces y la miel, del cantar de los pájaros y el aroma de las flores, una visión de armonía pastoral. Era un lugar tan alejado de cualquier ciudad que se consideraba que sus habitantes eran puros y nobles.

Nunca he visto ningún otro paisaje griego que sea tan sumamente verde, con tal densidad de hojas y árboles en flor, de montañas y cascadas. La perfección de aquel día soleado acentuaba su belleza. De vez en cuando atisbaba alguna casita de campo con el tejado de pizarra aferrada a la ladera de una colina.

En un cuadro de Poussin que se expone en el Louvre (puede que algún día lo hubiéramos visitado juntos), los pastores están reunidos en torno a una tumba en Arcadia. Se han dado cuenta de la verdad: la muerte siempre está presente, incluso en el paraíso. Tal vez yo también tuviera esa idea en la cabeza mientras viajaba por aquel paisaje idílico. Me estaba regalando la vista con su belleza, pero al mismo tiempo experimentaba una sensación de intranquilidad. Ahora ya sé que no es posible que el cielo exista en la tierra, pero escribirlo me recuerda lo autocomplaciente que había sido con respecto a nosotros, y que mi felicidad había sido una ilusión.

Atravesé unos cuantos pueblos con casas de piedra y paré en uno de ellos: Kosmas. La falta de vida generalizada de su plaza me provocó un escalofrío, así que decidí seguir con el viaje. En torno a una hora más tarde llegué a Trípoli.

Todavía un poco ebrio de la belleza de Arcadia, me alivió encontrarme en un lugar bonito pero más corriente. Me fijé en que había un bar escondido en una calle secundaria, entre dos naves industriales abandonadas. Todas las paredes de los alrededores estaban cubiertas de grafitis: dibujos, eslóganes y frases osados, artísticos, a veces grotescos. Aquel sitio encajaba con mi ánimo furioso, agitado.

Eran más o menos las seis, y una chica limpiaba las mesas con expresión huraña. Apenas se tomó la molestia de levantar la vista cuando entré. Puede que ni siquiera me oyera llegar, puesto que la música sonaba a todo volumen. Vestía una camiseta de tirantes que dejaba a la vista los tatuajes que le cubrían los hombros y los brazos; llevaba un aro en la nariz, una decena de pendientes

en cada oreja y la mitad de la cabeza afeitada. El pelo que le quedaba era morado, como un cardenal recién hecho, y le vi una red de cicatrices entrecruzadas en los antebrazos.

Al cabo de un rato, se acercó y tomó nota de la cerveza que le pedí. Era su único cliente, así que entablamos conversación. Aquella chica tenía un rostro exquisito, pero parecía rabiosa con la vida, con el mismo suelo que pisaba. Sobre todo estaba enfadada con su país, con Grecia. Como millones de jóvenes, Eva tenía la sensación de que la habían decepcionado.

Hacía dos años, había dejado la universidad. «No tenía sentido —dijo—. Casi toda mi generación está en paro, así que ¿de qué vale la universidad? Para salir al mundo con títulos que nadie necesita. Es todo inútil.»

Percibí la intensa frustración de Eva. Resultaba obvio por su forma de hablar que era una chica inteligente y apasionada. También tenía mucho talento: tanto las paredes del interior como la exterior estaban llenas de grafitis y todos eran obra suya. Eran pinturas complejas y muy bien ejecutadas, así que la felicité.

—No son escenas aleatorias —aclaró con un dejo de desafío en la voz—. Cuentan una historia.

Las observé con mayor detenimiento. Siguiendo las curvas de las extrañas figuras y formas apenas humanas, brotaba una caligrafía negra, enmarañada. Tenía razón. Las palabras y las imágenes unidas contaban una historia.

Cuando la terminé, supe que no era la única persona que sentía una chocante contradicción en el paisaje arcádico entre su potencial para ofrecer una vida ideal y su realidad más rigurosa.

Para Eva, aquella Arcadia, aquel lugar que podría haber sido el paraíso, representaba una visión de pesadilla de la propia Grecia.

ET IN ARCADIA EGO

## «INCLUSO EN EL PARAÍSO TAMBIÉN ESTOY YO»

Athanasia, cuyo nombre significaba «inmortalidad», se había criado entre el polvo y el ruido de Atenas. Adoraba su ciudad y tenía poca curiosidad por ver lo que había fuera de ella. Aquel domingo por la mañana, sin embargo, su destino era un pueblo de Arcadia, más allá de Kosmas, a todavía mayor altitud. Era el pueblo de su padre, donde ella había nacido hacía veintiocho años.

Grigoris Malavas había muerto cuando ella tenía dos años, así que no conservaba recuerdos de él. Cuando ella era pequeña, rara vez se le mencionaba. No había fotografías suyas, ni pruebas de su existencia, solo Athanasia. Ella era lo único que había dejado atrás. Cuando su madre había fallecido el año anterior y Athanasia se puso a ordenar su apartamento, se había dado cuenta de que el armario no contenía ni una sola prenda negra y de que entre sus papeles no había nada, ni siquiera un certificado de matrimonio, una fotografía de boda o una carta con los nombres de ambos.

Athanasia no se acordaba del pueblo. Su madre se había marchado cuando terminaron los tradicionales ritos funerarios que se celebran a lo largo de los cuarenta días posteriores a la muerte del difunto y nunca se había planteado regresar, ni siquiera para conmemorar el primer o el tercer aniversario de su muerte. «Su hermano hizo lo que se necesitaba» era lo único que le había dicho su madre, muchos años más tarde. Y por eso sabía que tenía un tío. Aunque no tenía ni idea de si todavía estaba vivo.

Y ahora que estaba cerca de los treinta, era curiosa, independiente y tenía preguntas sin respuesta (sobre todo preguntas sin formular, en realidad), quería visitar Arcadia para ver si todo lo que se escribía y se decía sobre ella era cierto. Para descubrir si en verdad era el lugar más bonito de la tierra.

Mientras seguía la carretera serpenteante ladera arriba, le pareció que sí lo

era. Se detuvo a admirar el valle que se extendía a sus pies y las vistas del monte Parnón. Inhaló con fuerza y los pulmones casi le ardieron con la pureza del aire fresco y limpio.

Aquel paisaje había inspirado muchos cuadros, pero ninguno se había acercado a la realidad que veía desplegada ante sí.

Pasaron diez o quince minutos mientras se regodeaba en aquella belleza. Había pinos, plátanos y, a lo lejos, cedros. Toda la fuerza de la vida estaba allí, una explosión de la naturaleza. Los árboles tenían un follaje denso, verde, amarillo y dorado, estaban cargados de frutos y bayas y sus ramas acusaban el peso de los alegres pájaros que disfrutaban del banquete.

Athanasia alzó la vista y vio una cascada que caía desde una pared de roca hasta el lecho de un río situado cientos de metros más abajo. El estruendo del poderoso torrente de agua era lo único que se oía. En torno a sus pies había unas cuantas flores silvestres minúsculas, tardías, delicadas y con forma de estrella. Tuvo mucho cuidado de no pisarlas.

El tiempo iba pasando. Todavía era primera hora de la tarde, pero el sol ya iba hundiéndose bajo la montaña y, a regañadientes, Athanasia volvió a meterse en el coche. Unas cuantas curvas más allá, tuvo que pegar un frenazo. Más de un centenar de cabras le bloqueaban el paso. Delante de ellas iba un hombre que silbaba y gritaba a uno de los animales, que se había apartado del rebaño y se había encaramado a los riscos. Por detrás las seguía una mujer con las espaldas más anchas que un hombre. Se volvió y Athanasia sintió toda la potencia de su mirada asesina.

«¡Tú te esperas!», decían aquellos ojos implacables.

En la mano derecha llevaba una vara con la que acuciaba al ganado, y en la izquierda sujetaba a una criatura pequeña por las patas de atrás. Parecía un conejo. Cuando Athanasia bajó la ventanilla, la vio forcejear débilmente. Se dio cuenta de que no era un conejo, sino un cabritillo, con el pelaje todavía

apelmazado de los recién nacidos. Su madre, que caminaba por delante, todavía rezumaba sangre, pero ya había olvidado a su nuevo retoño. No había sentimentalismo en la naturaleza.

Athanasia esperó con paciencia a que una cabra solitaria y rezagada alcanzara a las demás, y después continuó el recorrido.

Unos kilómetros más tarde vislumbró un pueblo, volutas de humo de leña que se elevaban sobre los edificios encalados asentados en la cima. Las paredes de piedra reflejaban la luz dorada del sol, y Athanasia se imaginó el resplandor de los fuegos acogedores del interior.

Aparcó bajo un enorme platanero en la plaza mayor. Aquel espacio estaba dominado por una iglesia ingente, cuya torre era el punto más alto del pueblo, y por pura costumbre se encaminó hacia ella no para rezar, sino para encender una vela por su madre. Se encontró con que la puerta estaba cerrada a cal y canto, así que cruzó la plaza en dirección a una hilera de cafeterías, cada una de las cuales tenía cien sillas repartidas sobre el empedrado. Que estuvieran vacías llevaba a preguntarse por qué parecían esperar a tanta gente pero no había aparecido nadie.

La inmensa extensión de la plaza y el dominio de la iglesia enfatizaban lo desierto que estaba el pueblo, y el aire fresco que tanto le había purificado los pulmones hacía una hora hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral en aquel momento.

A pesar del amplio despliegue de sillas ante todos ellos, solo había un café con un letrero de ABIERTO.

Entró, pero los dos hombres que estaban sentados jugando al *tavli* no repararon en su presencia. Ni siquiera levantaron la vista. El calor de una estufa de hierro llenaba la sala, y Athanasia se sentó a su lado y tendió las manos hacia ella mientras examinaba la curiosa colección de objetos que

decoraba la habitación. Al final, oyó un último «clac» de las fichas, una tapa que se cerraba y después la voz de un hombre.

—*Ti theleis?* (¿Qué quiere?)

Se había despistado. Estaba contemplando los troncos de castaño que ocupaban la parte superior del fuego, que se encendían y resquebrajaban con el calor.

—Querría un café, por favor, *glyko*.

El hombre le preparó en silencio su café con mucho azúcar. El otro cliente que había en la cafetería se marchó.

Mientras esperaba, Athanasia miró a su alrededor. Todo el local parecía estar lleno de polvo. Colecciones dispares de objetos misceláneos atiborraban las diversas vitrinas y estanterías. Había una radiogramola de la década de 1950, una cámara, dos cuchillos de caza, unas cuantas revistas destrozadas, una cafetera desconchada, un bote con varias monedas de dracma dentro y un marco con una fotografía en blanco y negro de tres hombres. Había incluso un viejo revólver, ya oxidado, colgado de un gancho. Todas aquellas cosas habían tenido un valor o un sentido en algún momento, pero ahora parecían cachivaches insignificantes. Athanasia se sorprendió especulando acerca de si su padre habría frecuentado aquella misma cafetería, y sobre si alguno de aquellos objetos habría estado allí durante aquel tiempo.

—¿Qué la trae por aquí?

—¿A Arcadia...? —preguntó ella.

La llegada de otro hombre, acompañado de dos niños gemelos de unos cinco años, interrumpió la conversación. El padre ni siquiera tuvo que abrir la boca para que le sirvieran una copa de un líquido claro. Se la bebió de un trago antes de soltar el vaso con estrépito sobre la barra y servirse otra. Le habían dejado la botella al lado.

Entretanto, los niños, vestidos con idénticos chándales de nailon verde,

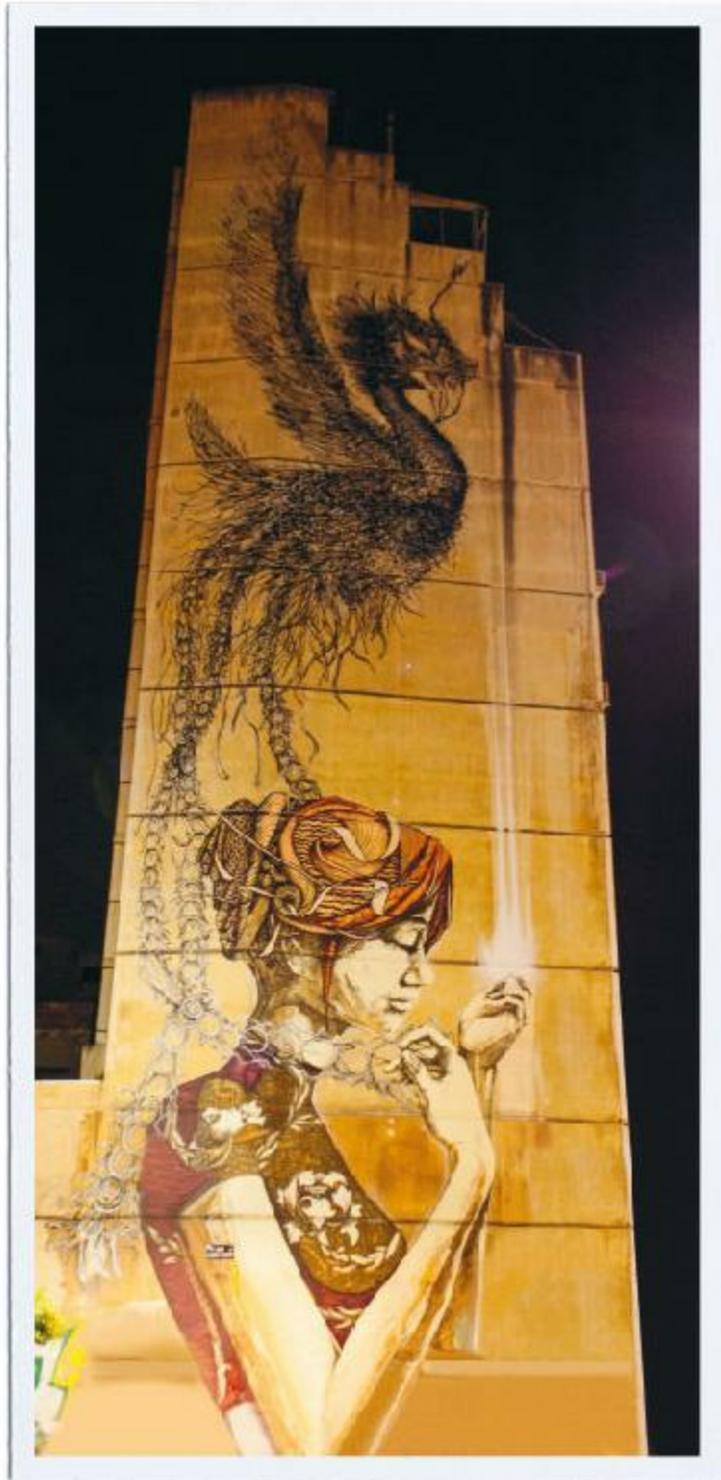
estaban en la esquina burlándose de un canario enjaulado. Uno de ellos pasaba las llaves del coche de su padre arriba y abajo por los barrotes de la jaula, encantado con la melodía que estaba creando y saboreando el terror del minúsculo pájaro que la ocupaba. El otro daba saltos cambiando el peso de una pierna a otra y empujaba el pie de la jaula rítmicamente para hacer que se bamboleara hacia los lados. Su padre hacía caso omiso del alboroto. Con sus hijos entretenidos, podría disfrutar de su bebida.

El propietario de la cafetería, corpulento y con barba, le puso un café delante a Athanasia. Era un diez por ciento de líquido y un noventa por ciento del lodo grumoso que se esconde en toda taza de café griego. La joven se bebió todo el vaso de agua que también le habían servido.

Al cabo de unos instantes, el hombre regresó y retiró la silla situada junto a la de Athanasia para sentarse en ella a horcajadas, como si estuviera montando a caballo. Estaba pelando castañas asadas y lanzó los restos de unas cuantas sobre la mesa. Athanasia vio que un gusano se arrastraba entre ellas y esbozó una mueca de asco. Parecía imposible que hubiera sobrevivido al calor.

—¿Por qué está aquí?

Era más una confrontación que una pregunta.





Puerto de Kalamata.

—Mi familia, bueno, mi padre, era de aquí.

El hombre siguió pelando castañas y metiéndoselas en la boca, sin demostrar ni el más mínimo interés por su respuesta.

—Él murió, así que mi madre se marchó —prosiguió Athanasia—. Me gustaría visitar su tumba.

—¿Cómo se apellida, entonces?

—Malavas.

—Yo también me apellido Malavas. Giannis. Somos muchos por esta zona.

—Continuó pelando y comiendo—. No quiere decir que seamos parientes cercanos —añadió con brusquedad, y cuando habló, diminutos fragmentos de castaña salieron despedidos de su boca.

—¿Dónde está el cementerio?

—Subiendo por detrás de la plaza, siga caminando alrededor de medio

kilómetro y entonces lo verá a su izquierda.

El hombre se encendió un cigarrillo, se la quedó mirando hasta que Athanasia se sintió incómoda, y después se levantó y regresó a la barra.

—Al menos sabe que su padre estará allí —comentó Giannis—. Cuando entierran a alguien en este pueblo, ahí se queda para siempre. Aquí el espacio no escasea.

Athanasia dejó un euro sobre la mesa y se marchó.

Se alegró de volver al aire fresco, lejos del tumulto de los dos niños revoltosos y del humo que el propietario del bar parecía haberle echado a la cara a propósito.

El pueblo estaba muerto, como antes, pero el paisaje que lo rodeaba parecía aún más hermoso. El camino que llevaba al cementerio estaba bordeado de castaños viejos, y sus frutos caídos crujían bajo los pies de Athanasia. Mientras remontaba la pendiente, contempló las vistas que la rodeaban. Las montañas y las colinas, de olor esmeralda y distintos matices dorados, se extendían hasta el infinito, y no había ni una nube en el cielo.

Tardó unos quince minutos en salvar la cuesta del cementerio, pero cuando llegó hasta él, las puertas de hierro estaban abiertas de par en par como para darle la bienvenida. Para pertenecer a un pueblo tan pequeño, el cementerio parecía inmenso. Las tumbas eran de mármol blanco, y muchas tenían esculturas imponentes encima. Todas tenían fotografías, versos y homenajes. No era muy distinto al Primer cementerio de Atenas. Una cantante legendaria y popular había fallecido justo antes de que muriera la madre de Athanasia, y ambas habían ido a aquel cementerio a dejar una flor sobre su tumba. La majestuosidad del camposanto la había asombrado, así que encontrar monumentos similares con obras de piedra elaboradas en aquella región remota le supuso una verdadera sorpresa.

El «pueblo» donde habitaban los muertos estaba bastante más cuidado que

el que acababa de dejar atrás. Estaba limpio, bien ordenado, desherbado y barrido. Daba la sensación de que las tumbas más antiguas se limpiaban con regularidad, incluso las que albergaban a personas que habían muerto hacía más de cincuenta años estaban como nuevas. Las típicas flores descoloridas de seda o plástico no se veían por ningún lado. Todas las sepulturas tenían flores frescas, sobre todo claveles, rosas y azucenas, y Athanasia captaba su dulce aroma al pasar.

La idea de que cuidaran y mimaran así a los difuntos le resultó llamativa, tanto como percatarse de que los muertos superaban en número a los vivos.

Giannis Malavas tenía razón. Había decenas de personas con su apellido, y muchas con justo el mismo nombre que su padre, aunque ninguna de las fechas coincidía con la que ella creía que era la del fallecimiento de su padre. Aunque la tumba tuviera una fotografía, Athanasia no habría sido capaz de reconocerla. Su madre no había conservado ni una sola imagen de su difunto esposo.

La joven merodeó por las avenidas de tumbas hasta el anochecer. No sentía pena por su padre, un hombre al que no había llegado a conocer, pero muchas de las sepulturas con fotos, versos y homenajes a los fallecidos la conmovieron. Cuando ya llevaba media hora recorriendo el cementerio, se sorprendió al darse cuenta de que todos los nombres eran masculinos. Había unos cuantos chicos que habían muerto trágicamente jóvenes, y varios de mediana edad, pero la mayoría de ellos eran septuagenarios u octogenarios, todos ellos hombres. Hilera, tras hilera, tras hilera.

Cuando la luz disminuyó, supo que tenía que marcharse. No había encontrado lo que quería, pero tenía una pregunta. ¿Dónde estaban las mujeres? Mientras caminaba por las calles silenciosas de regreso a la plaza, le pareció más relevante que nunca. Las mujeres estaban ausentes tanto del pueblo de los muertos como del de los vivos.

Ahora se encontró con algunas tiendas abiertas. Pasó por delante de una carnicería donde un hombre no paraba de cortar chuletas; una panadería, donde dos hombres cargaban con bandejas de hogazas; y una pequeña tienda de comestibles, donde el propietario estaba atendiendo a un chaval delgado.

Ya eran más de las siete cuando dobló la esquina de la plaza. Vio que dentro había aparcado un coche desvencijado. Estaba muy sucio, y se fijó en que llevaba un cartel manuscrito apoyado en la luna: «Taxi». Tardó unos instantes en darse cuenta de que su Micra ya no estaba allí. Parpadeó. Tenía la absoluta certeza de que lo había dejado debajo del platanero, y ahora había desaparecido.

Sin dudar, volvió a entrar en la cafetería para preguntarle al propietario si había visto algo. En el interior había varios hombres, casi todos sentados a mesas distintas, y Athanasia notó el peso de sus miradas sobre ella al entrar. Todos tenían más o menos la edad que habría tenido su padre de seguir vivo.

Se plantó ante la barra y esperó con nerviosismo a que Giannis Malavas apareciera. Daba la impresión de que había salido, aunque todos los clientes tenían una bebida delante.

Al final salió de la trasera de la cafetería, pero no mostró ningún indicio de reconocerla a pesar de que Athanasia había estado allí hacía muy poco rato.

—Mi coche ha desaparecido... —le soltó de buenas a primeras esperando al menos algo de preocupación por parte del hombre—. ¿Hay alguna comisaría en el pueblo?

El camarero asintió.

—El policía está ahí —contestó.

Era el mismo hombre que Athanasia había visto antes con los gemelos. Seguía bebiendo.

—Pero está fuera de servicio.

La absoluta indiferencia que mostraba la estaba alarmando.

A lo mejor podía pedirle a algún amigo que fuera a recogerla desde Atenas. O puede que antes o después hubiera un autobús que la sacara de allí. Las ganas de marcharse de aquel lugar la abrumaban.

—¿Puedo utilizar algún teléfono?

—Tenemos esa vieja cabina —respondió al mismo tiempo que señalaba hacia la esquina—. Pero no acepta euros.

Hacía un par de años que había entrado el euro, pero aquel hombre no se había tomado la molestia de adaptarla.

—Y entonces ¿cómo...?

Giannis se encogió de hombros.

—La verdad es que no puedo ayudarte —dijo, y le dio la espalda.

—¿Y un taxi? —preguntó empezando a desesperarse.

—A esta hora no —contestó un cliente sentado en una esquina en quien Athanasia no se había fijado hasta entonces.

La joven echó un vistazo en torno a aquellos rostros impasibles. La hostilidad era palpable, la atmósfera estaba cargada de humo y silencio.

«¿Esta es la población del paraíso?», se preguntó Athanasia. Recordó la cara de la única mujer que había visto a lo largo de todo el día y se dio cuenta de que la pastora se había visto obligada a convertirse en algo parecido a un hombre para sobrevivir. Quizá todas las demás se hubieran marchado hacía mucho tiempo. Igual que su madre.

Athanasia sabía que no tenía otra opción. Que tenía que largarse de allí lo antes posible.

Mientras la luna ascendía, Athanasia echó a correr. Arcadia no era lugar para una mujer.

Pude ver cómo había evolucionado la historia de Eva y empaticé muchísimo con su mensaje. Me pregunto qué le ocurrirá a la generación de Eva, que vive a diario con el conocimiento de lo mucho que se les niega.

Es bastante probable que Eva y sus amigos se despierten dentro de unas cuantas décadas sin haber tenido opciones de desarrollar su potencial y habiendo perdido media vida de oportunidades. Este sentimiento de alienación es muy fuerte en Grecia. Lo notaba en todos y cada uno de los pueblos y ciudades. El grafiti es su expresión más obvia, pero los rostros desilusionados son su verdadero signo humano. Hay millones de jóvenes que no pueden concebir un futuro en su propio país. Se sienten como si Grecia se hubiera vuelto en su contra. Si pueden, como Athanasia, se marchan corriendo. Puede que Eva también lo haga, si tiene la determinación necesaria.

Alrededor de las diez, el bar empezó a llenarse de otros desposeídos de veinte y treinta y tantos años (puede que también de cuarenta y tantos). Todos ellos eran personas bien educadas, capaces de defender sus opiniones y que se alegraban de poder practicar el inglés conmigo. Varios de ellos eran gais (tanto hombres como mujeres). La conversación abarcó desde la corrupción hasta Cavafis, desde el capitalismo hasta la crisis. Hablamos sobre género, poder y el dominio del ego masculino en la sociedad griega. Las mujeres son fuertes en Grecia, pero es bastante frecuente que las que pertenecen a la generación más mayor todavía parezcan sometidas a sus esposos. Nadie discrepó. Las madres de todos ellos eran quienes siempre hacían la compra, cocinaban y limpiaban, aun en el caso de que trabajaran a jornada completa.

Eva estaba atareada encargándose de que nadie se quedara sin bebida, pero de vez en cuando se sumaba a la conversación. La historia que había contado reflejaba su propia experiencia, y percibí que su rabia era explosiva y estaba dirigida de manera específica contra la destrucción que los hombres habían

causado en su país. Culpaba a los políticos varones corruptos que habían gobernado Grecia durante muchas décadas. Dado que las mujeres no habían desempeñado un papel significativo en la política griega hasta aquel momento, no se oyó ni un susurro de disconformidad.

—Los dioses les entregaron a los griegos este paraíso —dijo tras dejar sobre la mesa una bandeja con vasos de chupito—, pero mirad lo que han hecho con él...

Tanto hombres como mujeres estuvieron de acuerdo con ella. Es un caos.

—*Stin iyeia mas!* (¡Salud!)

Veinte de nosotros entrechocamos los vasos.

Aquella noche vivimos el momento. No tenía sentido hacer otra cosa.

La mayoría de los clientes del bar estaban en el paro, pero, de algún modo, todavía tenían dinero para alcohol, cigarrillos y hierba potente. Uno de ellos era pinchadiscos y, a medianoche, empezó a actuar. La música era hipnótica y no tardé en perderme en ella.

No tengo ni idea de a qué hora salimos a la calle en tropel. Recuerdo con vaguedad haberme fijado en que estaba amaneciendo y darme cuenta de que no podía conducir. Cuando se enteraron de que no tenía donde quedarme, todos ellos, sin dudarlo, me ofrecieron un sofá. Seguí a dos hermanos con barba que vivían en un pequeño piso alquilado enfrente del bar, y dormí como un tronco hasta las dos de la tarde. Mis anfitriones todavía estaban dormidos cuando me desperté, así que les dejé una nota y mi dirección de correo electrónico por si alguna vez podía devolverles su hospitalidad en Londres.

Antes de marcharme de la ciudad, volvió al bar con la esperanza de conseguir una taza de café. Allí estaba Eva, tan huraña como antes. Estaba del mismo humor que el día anterior, y su furia empezó a remover todo tipo de oscuridades en mi interior. A pesar de que me parecía una persona fascinante, en su alma había una ira que me resultaba inquietante. Me preparó un café

cargado y amargo, le agradecí la fantástica noche y, cuando ya me marchaba, la vi garabateando con rabia sobre un fragmento de pared, uno de los pocos que todavía quedaban vacíos. Puede que algún día vuelva y lea otra de sus historias. Una parte de mí desea que Eva no siga allí todavía.

Volví a poner rumbo hacia el sur. Quería visitar Kalamata. No había tenido ánimo tras mi «estancia» en el aeropuerto, pero al cabo de unas cuantas semanas ya estaba listo. Allí hay un museo arqueológico que quería visitar.

Es mejor no leer mucho sobre Kalamata: lo más seguro es que te lo pensaras dos veces antes de ir a verla. Los libros hablan del puerto, los proxenetas y las prostitutas, y se refieren a las exportaciones de aceitunas y uvas pasas. Es posible que la ciudad no sea un lugar de especial atractivo para los turistas, pero posee un encanto que seguro que la gente que la visita a la carrera se pierde.

Una descripción más elogiosa sugiere que su nombre deriva de *kalamatia*, que significa «ojos preciosos». También podría ser una referencia a la buena suerte, si remite al «*mati*», el ojo que protege del mal. Reconozco que el mero hecho de estar allí me levantó el ánimo por algún motivo.

Kalamata tiene un puerto desvencijado, una plaza mayor a más o menos un kilómetro del mar con decenas de cafeterías florecientes, un barrio viejo y hasta un castillo. Nada de todo ello es lo que se podría llamar «bonito de postal», pero su autenticidad lo compensa, y a mediados de octubre se produjo un último estallido de calor antes de la llegada del invierno.

Fui casi feliz allí. Visitando los museos arqueológico y militar, sentándome en las cafeterías, explorando la ciudad, incluso paseando por el estrafalario museo del ferrocarril, que es como una residencia de ancianos para vagones de tren en desuso. Quién sabe por qué le gusta un sitio más que otro, pero allí la gente era incluso más amigable que en otras partes de Grecia, y recuerdo

con cariño sus sonrisas y la sensación de que eran conscientes de su buena suerte.

Fui a comprar tabaco (sí, he sucumbido) a un kiosco y me fijé en un músico callejero que dejaba la funda de su *bouzouki* justo enfrente.

—*Panagia mou!* (¡En el nombre de la Virgen!) —exclamó el hombre que despachaba en el templete al mismo tiempo que estampaba mi cambio contra el mostrador de plástico que tenía delante—. Él otra vez no...

—¿No es muy bueno? —pregunté.

—Después de Antoni, nadie es muy bueno —contestó con tristeza.

—¿Antoni?

Para entonces, el músico ya estaba cantando una canción a voz en grito. La gente pasaba ante él como si no reparara en su existencia, y nadie le tiraba siquiera diez céntimos a la funda abierta.

Aunque resultaba complicado oírse por encima del estruendo, el propietario del kiosco se inclinó hacia mí y, a través de la ventanilla que nos separaba, empezó a hablarme de un hombre llamado Antoni.

—Ha sido el mejor músico que ha visitado esta ciudad —me dijo—. Hace ya unos cuantos años, pero algunos de nosotros todavía hablamos de él

Me quedé hechizado de inmediato.

—*Mi afora kai enan kairo...* —comenzó—. Érase una vez...

Y me costó discernir hasta qué punto exageraba. Fuera o no cierto cada elemento de aquella historia, sin duda hubo un músico que una vez fue a Kalamata y causó una impresión duradera.

Cuando llegó al final de la narración, el músico callejero todavía seguía cantando.

—Hoy en día solo quiero taparme los oídos —sentenció.

# ARIA PARA UNA CUERDA DE SOL

Un día de otoño, el jefe de estación, que anotaba la llegada y la salida de todos los desconocidos, vio a un hombre bajarse del tren de Corinto con una funda de violín destartada. Llamaba mucho la atención, porque tenía una sonrisa radiante y los ojos luminosos.

En los días de fiesta, en Kalamata siempre había grupos de músicos itinerantes que tocaban el *bouzouki* y el *klarino*, pero aquel no se parecía a ellos. Iba vestido con muchísima más elegancia, y cuando empezó a tocar, las calles de la ciudad se llenaron de un nuevo tipo de música.

Incluso los niños abandonaron sus juegos y se apiñaron para escucharlo. Eran más atrevidos que los adultos, pues no les dio vergüenza acercarse a él. Cuando dejó de tocar, uno de los niños estiró la mano para acariciar el violín.

No fue un gesto torpe. Quería verlo, sentir si estaba caliente o frío, si era rugoso o suave. El violinista lo comprendió.

Se agachó para mostrárselo al niño, que tiró de una de las cuerdas y pasó los dedos por encima de la elaborada talla del cordal. Era una cara.

—¡Se parece a usted! —exclamó el crío—. ¿Es usted?

El niño miró el violín, luego al hombre y después de nuevo al violín.

—¡Sí, es usted! ¡Mirad! —vociferó en dirección a sus amigos—. ¡Es él! ¡Es él!

Los amigos del muchacho se arremolinaron a su alrededor.

Era cierto que la figurita se parecía a él.

El niño estaba fascinado por el violín, apreciaba su belleza de forma instintiva.

—Es como un tigre —dijo al admirar la espalda del violín, que estaba hecha de una sola pieza de arce flameado.

Todos sus amigos se habían esfumado y estaban persiguiendo una pelota por la plaza. Entretanto, el muchacho se iba absorbiendo cada vez más en los

detalles del violín, examinaba las clavijas ornamentadas con perlas minúsculas en los extremos, la delicadeza del puente, el filete decorativo que recorría sus curvas. Tal vez solo el ojo de lince de un niño podría apreciar tales minucias.

Durante todo ese tiempo, el violinista mantuvo el instrumento sujeto con suavidad, pero permitió que el crío lo girara hacia uno y otro lado para estudiar hasta el último rincón de su superficie. Un rayo de luz incidió sobre el instrumento e iluminó las letras que había dentro, visible solo a través del agujero curvado, con forma de efe, abierto en la madera.

—«An-to-ni...»

Era un niño muy listo y ya había aprendido el alfabeto latino, así que fue capaz de descifrar la palabra del interior.

—¡Antoni! ¡Antoni! —gritó encantado—. ¡Yo también me llamo Antoni! ¡Tenemos el mismo nombre!

Dio por hecho que alguien había grabado el nombre del violinista dentro del instrumento.

El niño quiso volver a mirar.

—Antoni S-t-r-a...

Se dio por vencido con el resto. Era una palabra larga y difícil de leer entre las sombras del interior del violín.

El músico sonrió y volvió a colocarse el instrumento sobre el hombro, y entonces continuó tocando. El tono de su música era tan dulce como la miel, tan delicado como el vino añejo. Nunca se oía una vibración discordante, una nota fuera de lugar o fuera de tiempo.

Con los niños por allí, escogió melodías animadas, sencillas. Los chicos abandonaron la pelota, atraídos una vez más hacia él.

Empezaron a perseguirse unos a otros en torno al músico hasta que se marearon de tanto saltar arriba y abajo al ritmo de sus tonadas. Las niñas se

agarraron de las manos y comenzaron a brincar en círculos. La música estaba llena de alegría y movimiento, y los niños no podían quedarse quietos para escucharla.

—¡Antoni, Antoni! —chillaron hasta que toda la ciudad se enteró de su nombre.

Aris, el dueño de la taberna más cercana, había escuchado la conversación.

—Eh, Antoni, vente a comer.

Su establecimiento estaba mucho más lleno que de costumbre aquel día y, con toda la competencia que tenía alrededor, dedujo que había algo nuevo que llevaba a los clientes hasta sus mesas. Solo podía haber una razón. Quería mantenerse en buenos términos con aquel hombre.

«Antoni» llevaba más de tres horas de concierto, y todavía no se le habían cansado los dedos. Entonces se guardó en el bolsillo las monedas que le habían depositado en la funda abierta y liberó la tensión del arco girando unas cuantas veces su tornillo plateado. Después metió el instrumento con cuidado en la funda, la apoyó contra una silla, se sentó y esperó a que llegara su comida. La plaza parecía muy silenciosa sin su música.

Aris reapareció con varios platos en una bandeja y los dejó ante el violinista.

—*Stifado, horta, fasolakia* —enumeró—. Estofado, verduras y judías.

Ya le había llevado medio litro de vino tinto en una jarra de cobre y, al cabo de unos instantes, había desaparecido.

El músico no tardó en empezar a engullir la comida directamente del plato a la boca. No había posibilidad de entablar conversación, así que Aris lo dejó tranquilo.

Cuando todos los platos quedaron vacíos y hubo untado hasta la última gota de salsa con pedazos de pan suave y esponjoso, el violinista cogió su violín y

se encaminó hacia el otro lado de la plaza. Desapareció en dirección al mar, donde habría más bares y un público nuevo.

—¡Vuelve más tarde! —gritó el dueño de la taberna, que sabía que, aun habiendo «regalado» una comida, seguía muy por encima de la recaudación de un día normal.

Magda era una de las poquísimas mujeres solteras de su edad en aquella ciudad. Sus padres habían fallecido y ella vivía sola encima del comercio familiar, que vendía lana para tejer, cintas e hilos. Había estado comprometida una vez, pero después de que quedara claro que Magda no podía tener hijos, la boda no llegó a celebrarse. Ahora se la conocía como la *yerontokori*, la solterona. La gran ironía residía en que ella era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa de Kalamata y, con su abundante melena de pelo brillante, sus labios extraordinarios y sus pechos generosos, la más deseada con creces.

Aquella tarde, como hacía a menudo, Magda dio un paseo desde la tienda, que estaba en la parte vieja de la ciudad, hasta el mar pasando por la plaza mayor. La saludaron con silbidos de admiración y piropos. No eran hostiles. La mayoría de los hombres que estaban sentados en las cafeterías de por allí eran conocidos suyos, y los sonidos que emitían eran elogiosos.

Magda se había resignado a recibir su atención, consciente de que sus pechos eran difíciles de esconder, de que siempre presionaban la parte delantera de sus blusas y cargaban a los botones con una tarea imposible.

—¡Magda! ¿Cómo te van las cosas?

Todos la conocían por su nombre.

—¡Bonito día!

—¿Disfrutando de la tarde?

Sus saludos eran alegres, joviales. Se trataba de la cortesía de viejos amigos y conocidos. Muchos de ellos habían ido a la misma clase que ella en

el *gymnasio*, y unos cuantos habían compartido con Magda su primer beso robado hacía veinte años.

Ella sonreía y hacía un gesto con la mano a modo de respuesta.

La brisa era cálida para esa época del año y los *neradzia*, los naranjos amargos, que bordeaban la calle estaban cargados de frutos relucientes.

Magda se dirigió hacia el puerto por el camino que discurría a lo largo del mar, donde había una hilera de bares muy animados.

Siempre iba al que regentaba su primo Andreas, se sentaba fuera y encendía un cigarrillo. El agua estaba en calma y la vasta extensión de hormigón del puerto estaba desierta salvo por un puñado de personas que deambulaban a lo lejos, a la espera de que atracara un barco para recargarlo. Los almacenes estaban llenos de cajas de fruta deshidratada, listas para el traslado, y de enormes barriles de aceite de oliva.

Recortado contra un cielo que poco a poco iba volviéndose rosa, un hombre pasó pedaleando en una bicicleta.

De pronto, algo rompió el silencio. El origen del sonido no estaba muy lejos. Fue una sola nota, prolongada, y Magda volvió la cabeza en dirección a ella.

Vio a un hombre atractivo, de mediana edad, con un violín. El músico rasgó las cuerdas con el arco sin interrupción y después tocó una segunda nota. Estaba mirando a Magda, tal vez en busca de inspiración, tal vez sin verla siquiera, pero la mujer sintió que la música sonaba para ella.

El violinista estaba de pie, solo. Ella, como de costumbre, estaba sentada sin compañía. Las mujeres casadas la miraban con recelo, y pocas la invitaban alguna vez a sentarse a su mesa.

¿Qué eran aquellas notas? Los sonidos del *bouzouki* y el *baglama* le resultaban familiares y Magda era capaz de bailar los pasos del *kalamatianos* mejor que nadie. Por lo general la música enlazaba con el movimiento, pero

aquella melodía la tranquilizó. Los exquisitos sonidos que brotaban del violín la cautivaron.

Quedó atrapada de inmediato en el embrujo de la música y cerró los ojos para escuchar todas y cada una de las notas e incluso apreciar los silencios que las separaban.

Primero, el vello de los brazos se le erizó como el pelaje de un gato en una pelea. Después notó un extraño escozor detrás de los ojos, una tensión en los músculos de la garganta, un rubor en torno al cuello y la inconfundible sensación de las lágrimas rodándole por las mejillas. Estiró la mano por encima de la mesa para coger una servilleta de papel del servilletero y se enjugó los ojos, pero las lágrimas continuaban cayendo.

Como la mayor parte de los habitantes de Kalamata, Magda nunca había escuchado una música así. Observó a los hombres y mujeres que depositaban monedas en la funda del violín antes de seguir paseando. Unos cuantos céntimos por aquí, un euro allá, y pronto sumaron lo que cuesta una comida. Aquellas personas no estaban pagando solo por la música del violinista, sino también por el efecto que provocaba en ellas. Antes de que el músico llegara, el único ruido era el murmullo de las conversaciones. Ahora, la calma del mar parecía magnificar la música y, aun cuando el violín «susurraba», su voz se oía a través del espacio. Cuando atacaba un crescendo, las notas irrumpían en las conversaciones como una explosión.

Magda no estaba segura de si le gustaba la reacción involuntaria que estaba experimentando, pero no podía hacer nada por detenerla. Las lágrimas seguían y poco después una montañita de servilletas arrugadas yacía abandonada sobre la mesa. Se percató de que no era la única a la que había afectado la música del violinista.

El hombre continuaba tocando sin descanso, pero, hacia el final de cada pieza, su mirada de ojos brillantes bailaba a su alrededor, reaccionaba al

ambiente, buscaba, tanteaba el camino hacia algo que le dijera qué tocar a continuación.

Las mansiones de estilo veneciano cercanas al mar y la tarde fresca de noviembre le habían hecho pensar en Vivaldi y en el «Otoño» de *Las cuatro estaciones*, así que su arco se deslizó sin pausa hacia ese concierto.

Cada vez salía más gente, ahora que el sol se había puesto. Había unas cuantas parejas paseando de la mano, varios ancianos que ya habían cenado y salían en busca de compañía y algunos hombres más jóvenes buscando el amor. A finales del otoño y durante todo el invierno, tanto los hombres como las mujeres de la zona trabajaban con ahínco en la recogida de la aceituna de los inmensos olivares que rodeaban la ciudad, y por las tardes cientos de ellos se congregaban en alguno de aquellos bares para tomarse una copa bien merecida.

La música que Antoni estaba tocando en aquel momento era más lenta.

Atracó otro barco, pero el ruido del ancla que caía no interrumpió la música. Magda no apartaba la mirada del violinista.

Una vez que el barco estuvo amarrado, unos cuantos marineros y estibadores se encaminaron hacia Magda, pero no consiguieron llamar su atención. Ella mantuvo la vista clavada en el músico.

Mientras tocaba, el hombre tenía los ojos cerrados con fuerza, pero era consciente de lo que le rodeaba y captaba el estado de ánimo de su público; seleccionaba y después volvía a seleccionar la pieza apropiada de entre el enorme repertorio que le llenaba la cabeza, como si fuera una de esas agendas giratorias que se utilizan en las oficinas. Bach, Mozart, Telemann, Corelli, mucho Vivaldi (había captado la oleada de placer en la respuesta de la multitud). Tocaba de manera compulsiva, como si no pudiera parar.

—¿De dónde es? —le preguntó Magda a su primo.

—No lo sé —contestó—. Pero alguien ha oído que uno de los niños lo

llamaba Antoni.

Ya eran más de las diez. Todos los bares estaban llenos. Cada vez llegaba más gente, y nadie se marchaba. No había ni un sitio libre. En una ciudad donde nada era gratis, nunca se había dado un recital como aquel. En ocasiones, el violín emanaba tal volumen y pureza que sonaba como si varios pasajes de música se hubieran armonizado... O como si alguien estuviera tocando otro violín «fantasma» no muy lejos de allí.

En torno a las once y media, la última nota se desvaneció. Hubo aplausos eufóricos y el músico guardó el violín en su funda y aflojó la tensión del arco. La única silla que quedaba libre en el paseo marítimo estaba en la mesa de Magda. La ovación continuó aun después de que el violinista la ocupara y se sentara frente a la mujer, y él sonrió con calidez para agradecer el gesto.

—Les ha encantado —dijo Magda, aunque, en verdad, se refería a ella misma.

—Les encanta esto —contestó él al mismo tiempo que le daba unos golpecitos al exterior de su funda—. Esto es lo que han estado escuchando.

Hablaba con un acento que sugería que era de otra parte de Grecia, cerca de las montañas del norte.

—Pero era usted quien lo tocaba —insistió Magda.

—Lo que todos ustedes estaban escuchando era la voz de Antoni —añadió él.

Andreas se acercó para ver si podía ofrecerle algo al violinista. Como le había ocurrido hacía unas horas al propietario de la taberna, sentía que le debía algo a aquel hombre por el récord de recaudación de aquella noche.

—Señor Antoni —empezó—, ¿en qué puedo servirle?

—No me iría mal un coñac —respondió el violinista.

—Magda, ¿te traigo algo a ti también?

Andreas se sentía generoso aquella noche.

—Lo mismo —dijo ella.

Permanecieron un rato sumidos en un silencio agradable. Ambos estaban acostumbrados a estar solos. Nadie los estaba esperando en casa.

—¿Cómo aprendió a tocar así? —preguntó Magda.

—Creo que me enseñó el violín —contestó con una sonrisa—. Con un instrumento como este, la música ya está ahí. Es como si estuviera esperando a que alguien libere el sonido de su interior.

Magda inclinó la cabeza hacia un lado y la espesa cabellera le cayó sobre los hombros.

—Entonces, si yo lo cogiera, ¿podría tocar como usted?

—Podría llevarle un tiempo, pero veámoslo...

Se agachó para abrir la funda, alzó el violín de su lecho de terciopelo rojo y después frotó el arco sobre las cuerdas mientras ajustaba las clavijas con sumo cuidado para afinarlo. Magda se quedó mirando la talla del cordal.

Después, con mucha delicadeza, él le apartó el pelo a Magda hacia un lado y le apoyó el instrumento bajo la barbilla, le colocó la mano izquierda en posición para agarrarlo y, por último, le tomó los dedos de la mano derecha y le mostró cómo debía desplegarlos a lo largo del extremo del arco para equilibrarlo mientras tocaba.

Luego el músico posó el arco sobre la cuerda de más abajo y tiró con suavidad del codo de Magda para que lo sintiera deslizarse ligeramente sobre el acero. La gente que tenían alrededor los observaba.

La nota sonó.

Era un sol abierto, la nota más grave del violín, intensa y profunda.

A continuación, le puso el dedo índice con cuidado sobre la cuerda de mi y resonó un fa sostenido. Era la misma nota con que él había empezado aquella noche al tocar el «Aria para una cuerda de sol». El sonido era puro e

impregnó la animada cháchara que ya se había retomado a lo largo del paseo, pues continuó suspendida en el aire durante unos instantes.

Cuando la nota al fin se disipó, Magda se quitó el violín del hombro y lo dejó sobre su regazo. Bajó la mirada hacia él como si fuera un bebé, una criatura preciosa con la que no sabía muy bien qué hacer. Después se permitió acariciar con los dedos la forma del pequeño cuerpo de madera. Como el niño de aquella mañana, sintió curiosidad al ver que a través del orificio en forma de efe se atisbaban unas letras.

—¿Qué pone? —preguntó.

—Antonius Stradivarius —contestó.

—¿Es así como te llamas?

—No —repuso riendo—. Es el nombre del hombre que hizo el violín. El nombre del hombre al que oyes cuando se toca este instrumento.

—¿Y escribió su nombre dentro de todos los violines que hizo?

—Dentro de todos y cada uno de ellos —confirmó el violinista—. Y cada uno es único, pero todos ellos tienen la voz de Antonio. Cuando la gente lee su marca y cree que me llamo Antoni, no la corrijo. En ciertos sentidos tienen razón: el violín y yo somos uno. Yo hablo con su voz.

Magda observaba al músico mientras él continuaba hablando.

—Es lo más valioso que poseo. Es lo único que poseo, aparte de la ropa que llevo puesta. Sin él, no como.

Magda le devolvió el precioso instrumento a su dueño y, al hacerlo, se fijó en que tenía la espalda abombada.

—¿Cuántos años...?

—Me parece que la vida entera.

Ahora, las personas que ocupaban la hilera de bares tanto hacia arriba como hacia abajo hablaban sobre el violinista.

Por lo general, allí la gente no solía hacer comentarios sobre los músicos

callejeros, y era igual de inusual ver a Magda charlando con un extraño. En algunas ocasiones, su aspecto voluptuoso atraía una atención no deseada por parte de los turistas de la ciudad, de manera que tendía a ser un poco fría.

—A veces me siento poseído por este violín, como si fuera él quien me tocara a mí. E incluso cuando no estoy tocando, tengo que protegerlo porque es valioso. Lo tengo en la cabeza las veinticuatro horas del día.

Andreas se acercó a ellos con otra bandeja de bebidas.

—De parte de aquella mesa de allí. —La señaló con la cabeza—. Y hay muchos más que quieren invitarle a algo.

Magda sonrió.

—Debe de ser bonito que te valoren tanto —dijo.

—Es... Solo me gustaría tener unas cuantas horas para olvidarlo. Una noche sin su voz.

Ambos levantaron sus copas y las entrecocaron.

—*Stin iyeia sas.* (A su salud.)

—¿Tocaría de nuevo esa melodía...? La que tocó antes, la primera —preguntó Magda.

—Solo para usted —contestó el violinista, y apuró el vaso.

Las exquisitas notas del «Aria» de Bach resonaron una vez más, serenas, pausadas, poderosas.

La gente de Kalamata escuchó. Nadie se movió hasta que la música acabó. Cuando la gente se levantaba para marcharse a casa, se fijaban en Magda y el violinista, absortos en su conversación con las cabezas muy juntas.

Al final, cuando la mayor parte de las mesas se quedaron vacías, Andreas salió del bar con una lata de aceitunas de tamaño industrial. El contenido original había desaparecido, pero la lata estaba llena hasta los topes de monedas, tanto que le costaba cargar con ella aun empleando las dos manos. Los clientes habían dejado aquel dinero para «Antoni».

Pero no encontró ni rastro del violinista.

Magda también se había esfumado. La mesa a la que habían estado sentados estaba vacía.

Al día siguiente, Andreas vio a Magda por la calle y, mientras se acercaba a él, la oyó tararear. Era una melodía familiar. Aquellas notas inconfundibles todavía le rondaban la cabeza de la noche anterior.

—Buenos días, Magda —la saludó.

Ella le hizo un gesto con la cabeza y le sonrió.

—Una música preciosa, esa... —dijo él.

—«Aria para una cuerda de sol» —contestó Magda en tono erudito—. Bach.

—¡Menudo virtuoso, ese hombre! —exclamó Andreas—. Y la gente le dejó un montón de dinero. Más de trescientos euros. Tengo que dárselos.

—Se ha ido —dijo Magda.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—¿Y no va a volver?

Magda negó con la cabeza.

—No —respondió.

Andreas se dio cuenta de que su prima jugueteaba con algo que llevaba en la muñeca. Como era un día cálido, Magda se había subido las mangas de la chaqueta de punto hasta el codo y Andreas vio que llevaba enredado en la muñeca un trozo de lo que parecía un cable de plata.

—Intercambiamos regalos —aclaró ella como respuesta a la mirada inquisitiva de Andreas—. Es una cuerda de violín. La de sol.

—¿Y tú qué le diste? —preguntó su primo.

Magda esbozó una sonrisa enigmática y continuó con su camino retomando

su melodía. Las notas de la famosa melodía de Bach se elevaron una vez más en el aire.

Parece que durante una noche se estableció una conexión entre dos personas que las hizo felices a ambas. No creo que «Antoni» hiciera el amor con una mujer en cada ciudad, pero cuando había alguien cuya respuesta y actitud hacia la música eran parecidas a las de Magda, tal vez ocurriera. Estoy convencido de que Magda no fue la única mujer de su ruta seducida por el Stradivarius de Antoni.

Imagino que Magda conservará para siempre la cuerda de violín. Un sol de metal es indestructible, así que no hay razón para que no la lleve alrededor de la muñeca durante el resto de su vida a modo de recordatorio de aquella noche de felicidad. Estaba contenta por la experiencia en sí, no apesadumbrada por su brevedad. Ojalá el amor pudiera estar siempre tan libre de dolor. Mientras escribo esto, el amor me parece una fuerza que me ha entristecido tanto como enfurecido.

Ansío ser, aunque solo sea durante un rato, como Antoni, que viajaba sin pesar en el corazón, o tan alegre como Magda, feliz de permanecer en el mismo lugar. Continuaré esforzándome por ser lo uno o lo otro, pero me sorprende lo difícil que me está resultando cerrar el grifo de mi pena y mi sufrimiento.

Durante meses evité escuchar música. Despertaba demasiadas emociones en mí. No es que tú y yo estuviéramos conectados de forma especial a través de la música, pero, para mí, la música (sobre todo el violín) tiene un vínculo directo con el corazón. Incluso me he marchado de alguna cafetería una o dos veces porque estaban poniendo algo sentimental y me daba cuenta de que estaba empezando a perder el control de mis emociones. Me descargué algunas sonatas de Bach la noche después de que me contaran la historia de Antoni y Magda, y ahora me hacen compañía en el coche. Entre ellas está «Aria para una cuerda de sol», por supuesto. Poco a poco, iré incorporando otra música en mi vida, como un hombre convaleciente que va reintroduciendo algunos platos más fuertes en su dieta. Sin embargo, tendré que estar listo.

La semana aproximada que pasé en la amable, humilde Kalamata llegó a su fin. Me dirigí de nuevo hacia el norte, recorrí doscientos kilómetros por la costa hasta Patras. Era un trayecto bonito, y hacía un día de otoño perfecto. De camino paré en Olimpia y entré en la pista de atletismo. Como todos los turistas, me imaginé el rugir de la multitud.

En un mapa de Grecia, hay decenas de lugares marcados como emplazamientos

antiguos, y muchos de ellos son templos y palacios que tienen miles de años de historia, pero que ahora no son más que el esqueleto del original. Algunos son estructuras reconocibles, como el Partenón, pero la mayoría son solo hileras de piedras sobre el suelo, los únicos vestigios supervivientes de un muro o un templo. Para algunas personas, esos restos son el principal motivo para visitar este país.

Algo que me ha llamado la atención durante mis viajes es que la siguiente generación de ruinas ya está en proceso de preparación. No están señaladas en el mapa, y tampoco aparecen en las guías de viaje, pero Grecia está atestada de ellas. En todas las ciudades y pueblos se encuentran edificios vacíos, abandonados. Algunos tienen aspecto de haber sido construidos hace unos cuantos siglos, pero otros no parecen tener más de unas décadas. Muchas veces los han abandonado porque las herencias los dejaban divididos de mil modos distintos y nadie quería cargar con la responsabilidad. Pero ese no es siempre el caso. La mayor parte de los edificios se crean con optimismo y un ojo puesto en el futuro, de manera que la presencia de una plétora de edificios con las ventanas oscuras y a menudo sin cristales siempre me intriga. Detrás de cada uno de esos lugares extraños, escalofriantes, debe de haber una explicación para su estado de ruina.

Esta historia me la contó una pareja de ancianos que ocupaba una mesa contigua a la mía en una taberna de Patras. No muy lejos de allí se encontraba el inmenso engendro de un hotel vacío y, aunque la pareja no llevaba mucho tiempo viviendo en la ciudad, estuvieron encantados de contarme lo que habían oído.

NUNCA EN MARTES



Hay algunos griegos que no planean nada que tenga la menor importancia para los martes. Ese fue el día de la semana en que la gran ciudad de Constantinopla, el lugar más importante de la Cristiandad, cayó ante los turcos. Puede que eso sucediera hace más de quinientos años, pero la sombra de la catástrofe de 1453 es alargada. Es un acontecimiento en el que algunas personas piensan a diario, y los martes ese «recuerdo» se aviva de manera especial.

Constantinopla, a la que muchos se refieren todavía como *i poli*, «la ciudad», llevaba cuarenta días bajo el asedio de las fuerzas otomanas. Mientras los griegos trataban de repeler a los atacantes del otro lado de sus murallas, fueron testigos de una serie de portentos terribles: un eclipse lunar, un icono de la Virgen que se resbalaba de su plataforma mientras la sacaban en procesión por la ciudad y una tormenta violenta. Cuando finalmente los turcos irrumpieron en la ciudad, el martes 29 de mayo, masacraron a hombres, mujeres y niños, pero algunas personas sintieron que la mayor atrocidad fue la profanación de la basílica de Santa Sofía y la masacre de los sacerdotes y los feligreses que rendían culto en su interior. Aún hoy en día hay muchos griegos que no son capaces de obligarse a decir el nombre que los turcos le asignaron: «Estambul», y en los paneles de salidas y llegadas del aeropuerto todavía se utiliza el nombre antiguo.

Otros, claro está, se toman el martes como si fuera un día más y no creen en esas «estupideces supersticiosas». Esa era la postura que asumía la familia Papazoglou.

El 29 de mayo de 1979, abrieron dos hoteles de los que eran propietarios. La gente estaba horrorizada. Era martes y nada más y nada menos que el aniversario de la caída de Constantinopla.

—¿Cómo se les ha podido pasar siquiera por la cabeza? —murmuraban los

ancianos en los *kafenions* de la ciudad—. Podrían haber esperado aunque solo fuera un día.

Mientras comían pastelillos de hojaldre en las *zacharoplasteion*, las ancianas decían lo mismo.

—¡A quién se le ocurre! ¡Y una familia de Constantinopla, encima!

Apostolos Papazoglou se había contado entre los que huyeron de Estambul en 1955, durante un pogromo contra la población griega que quedaba en la ciudad. La violencia contra su comunidad llevó a que Papazoglou no tuviera más remedio que abandonar su casa y la popular pensión que regentaba. Su joven esposa, Melina, y él llegaron a Grecia sin nada más que sus dos hijos y un puñado de recuerdos que habían conseguido llevarse hasta allí.

Papazoglou tenía bocas que alimentar, así que se puso de inmediato a buscar oportunidades. Se las ingenió para llegar hasta Patras, donde su familia y él veían el mar desde donde vivían, igual que cuando aún estaban en Constantinopla. Trabajó durante jornadas larguísimas en un *kafenion* y, todas las noches durante unas horas, como maletero en el puerto. Ganaba dinero suficiente para mantener a los suyos e incluso para ahorrar un poco.

Durante la dictadura militar de finales de la década de 1960, se abrieron hoteles turísticos como método para estimular la economía. Cuando la Junta terminó y aumentó la libertad para el turismo, se produjo un crecimiento exponencial en la industria. Papazoglou aprovechó la oportunidad.

Los extranjeros llegaban en tropel para disfrutar del clima y la luz y de todo lo que les ofrecía el Mediterráneo. Incluso la moneda inflada tenía su atractivo, y la gente disfrutaba pagando miles de dracmas por una cerveza, sobre todo cuando calculaban que solo costaba unos cuantos peniques. Se sentían millonarios.

Apostolos observó con interés que un hotel de aspecto muy sencillo, el Xenia, empezaba a prosperar. Estaba cerca de la playa, pero ofrecía las

mínimas comodidades. Cada vez que pasaba por delante, veía a los huéspedes alemanes en una fila de tumbonas baratas disfrutando de poco más que lo que la naturaleza les proporcionaba de manera gratuita. Se conformaban con el sol, el mar y la arena, cerveza autóctona fresca y comidas baratas. Para un europeo septentrional que nunca había probado la *taramasalata*, la chispa de las huevas de bacalao, les cambiaba la vida, al igual que el momento en que probaban una sandía fresca por primera vez. Apostolos pidió un préstamo para comprar un terreno cercano, no muy grande. Construyó un hotel similar, muy sencillo, sin florituras. Las camas eran estrechas, las habitaciones pequeñas y las cortinas no llegaban a cerrarse del todo. A veces el sistema de agua caliente no funcionaba, pero con el calor del verano eran pocos los que se quejaban. Formaba parte del encanto de Grecia.

Antes de que terminara el primer verano, ya había hecho planes para construir un segundo hotel. Y durante cinco años, construyó uno nuevo cada invierno. Todas las temporadas se quedaban sin habitaciones desde Semana Santa hasta finales de octubre.

Papazoglou siguió el ritmo de las demandas de los operadores turísticos, que entonces empezaban a buscar mayor comodidad y alojamientos con mejores acabados. A lo largo de dos décadas, el número de huéspedes se multiplicó por veinte, al igual que los beneficios y los pronósticos financieros de Apostolos. Él había invertido en terrenos sin urbanizar en franjas de costa antes de que muchos otros se percataran de su potencial. La mayoría se había centrado tan solo en la edificación urbana o industrial.

Su imperio de hoteles de lujo se extendió por los centros turísticos costeros de Grecia y de sus islas.

Sus dos hijos, Manos y Stephanos, ya tenían más de veinte años. Durante una década, habían pasado los veranos jugando en los distintos hoteles de playa que formaban parte de la marca de lujo que su padre había creado,

viviendo a base de lo que pedían en el servicio de habitaciones y de Coca-Cola, y no habían hecho una cama en su vida. No conservaban recuerdos de cuando dormían pegados en el mismo diván del apartamento de una sola habitación que sus padres tenían en Patras. En aquella época, se pasaban la vida discutiendo entre ellos.

Su madre siempre los había hecho sentirse como dioses. Recibían elogios aun cuando les iba mal en los estudios y crecieron pensando que estaban fuera del alcance de las normas. No era culpa suya que los hubieran malcriado. Tan solo fueron víctimas de una madre demasiado indulgente y de un padre más mayor que estaba demasiado ocupado ganando dinero para prestarles atención.

A medida que se acercaba el septuagésimo quinto cumpleaños de Papazoglou, empezó a darle vueltas a qué ocurriría después con su negocio. Tenía ganas de jubilarse, pero no quería que su grupo hotelero se dividiera. Tampoco quería legárselo automáticamente a Manos, como todo el mundo esperaba. Él era el hermano mayor, pero eso no lo convertía en el que más se lo merecía. Para sí, Papazoglou pensaba que Stephanos era el que más encanto poseía y el que mejor encajaba en el puesto.

—¿Por qué no los pones a prueba? —sugirió Melina Papazoglou—. Averigua quién haría mejor el trabajo y decide así quién se convierte en gerente de la empresa.

El viejo Papazoglou estuvo de acuerdo.

El día de su cumpleaños, el 13 de octubre, sacó una antigua moneda de dracma del cajón de su escritorio y se fue con su familia a celebrarlo en un restaurante elegante de la ciudad. Mientras les servían una succulenta tarta de chocolate, acalló con un anuncio la discusión sobre fútbol que Manos y Stephanos estaban manteniendo. Tenía dos terrenos en Patras que nunca había llegado a explotar. Uno estaba cerca del ajetreado puerto de la ciudad y el otro a las afueras de la misma, en una zona de playa. La moneda decidiría quién se

quedaba con cada parcela; el que construyera un hotel de más éxito se haría con el mando de todo el imperio de su padre.

Cuando Papazoglou tiró la moneda al aire, los camareros que espiaban su conversación intercambiaron susurros. Ninguna decisión así debería tomarse el día trece de ningún mes, dijeron. Ese número se consideraba gafe en todo el mundo, pero en Grecia todavía más. Los dígitos de 1453 sumaban trece. Escoger aquella noche para lanzar la moneda no era mera ignorancia. «Es pura estupidez», farfulló el jefe de sala casi para sí.

La moneda decidió que el hermano mayor, Manos (cara), se quedaría con el terreno cercano al puerto, y que Stephanos (cruz) se llevaría el de la playa.

—Ambos tienen gran potencial, así que veamos qué sois capaces de hacer—dijo Papazoglou—. Dentro de dos años, examinaré vuestra contabilidad. El que vaya por delante, aunque solo sea por diez dracmas, se hará cargo de la empresa.

Los dos chicos habían abandonado el instituto a los dieciséis años y no habían estudiado nada más. ¿Qué sentido tenía esforzarse al límite en la universidad cuando tenían un padre rico y sabían a qué negocio estaban destinados? De todas maneras, con las malas notas que habían sacado, pocas universidades los habrían aceptado.

Ambos habían dado por hecho que la mitad de la empresa terminaría cayendo en sus manos. La prueba que su padre había decidido ponerles les pilló por sorpresa. Era abrumadora, y los involucraba en una competencia mutua despiadada, a todo o nada.

Manos, al ser el mayor, pensaba que tenía ventaja sobre su hermano. Él era el que llevaba el nombre de su difunto abuelo, de modo que, por fuerza, era el favorito de su abuela y, por esa razón, lo habían malcriado todavía más. Le molestaba que Stephanos siempre tuviera novias más guapas, pero las

menospreciaba por su bajo nivel de inteligencia. Manos se pasaba la vida luchando contra su peso (había heredado la corta estatura de su padre), pero al mismo tiempo se vanagloriaba de ser un gourmet y un gran amante de los buenos vinos.

Stephanos era sin duda mucho más guapo. Había heredado los rasgos de proporciones perfectas de su madre y el físico también lo acompañaba. Era un apasionado del deporte, y jugaba al fútbol y al waterpolo en los equipos de la ciudad. Como Manos observaba con envidia, siempre llevaba una mujer enamorada colgada del brazo.

Manos decidió que los turistas no serían sus principales clientes. Quería ganar dinero los doce meses del año, y para eso se concentró en los ejecutivos, los comerciales e incluso en los hombres que trabajaban en el puerto. Todas esas personas tenían dinero que gastar, y Manos decidió atraerlas con algo más sofisticado que aquello a lo que estaban acostumbrados en esa ciudad ordinaria.

En su terreno ya había un enorme bloque de oficinas vacío. Era como una caja gigante a la que le hubieran cortado unos agujeros a modo de ventanas. No tenía ni un solo elemento arquitectónico más. Manos se enfrentó a la decisión de o bien demolerlo, que era un proceso largo y costoso, o bien transformar aquel edificio preexistente en un hotel. La última era de lejos la mejor opción: más rápida y barata.

Con una regla, una escuadra y una hoja de papel en blanco de gran tamaño, tardó veinte minutos en plasmar su visión. Era un castillo medieval. De niño lo habían llevado de excursión al viejo castillo de Nauplia, y esa fue su inspiración. Era sólido y cuadrado, y tenía torretas y almenas. El hotel Pyrgos sería su fortaleza personal.

Mientras reformaban el exterior y se añadían los balcones, Manos empezó con el interior. Los viejos espacios de oficina se dividieron y subdividieron

con tabiques finos y se instalaron cuartos de baño. Los espacios más importantes estaban en la planta baja. Allí era donde se concentrarían sus beneficios.

Uno de los focos de atención de la zona de recepción serían los murales, seudoclásicos pero con un trasfondo erótico. Además de asegurarse de que el hotel contaba con el mejor restaurante de «alta cocina» de Patras, también iba a haber varias zonas pequeñas de bar para escuchar música y bailar, y un «club privado» donde se permitirían los juegos de azar.

Manos encargó copias de cuadros de Botticelli (más pastiches que facsímiles) para la sala de juegos, y pidió que las figuras estuvieran vestidas con mayor escasez aún que en los originales. Las azafatas irían vestidas (o desvestidas, como Manos bromeaba con sus amigos) de forma similar.

El exterior del hotel tenía un aspecto sólido y las dependencias de la planta baja eran lujosas, no se había reparado en gastos. Manos estaba satisfecho de haber encontrado su mercado perfecto y también porque iba ganando en la carrera contra el tiempo.

Dado que era un nadador entusiasta, parecía de lo más apropiado que Stephanos construyera un hotel de playa. Él debía empezar de cero y necesitaba ponerse a trabajar lo antes posible. Tenía poco más de seis meses, hasta que empezara el verano, para construir un edificio y equiparlo a tiempo para el inicio de la temporada turística.

Si utilizaba el modelo que había inspirado a su padre en un principio, un estilo muy sencillo y escueto, con habitaciones simples, pero todas con vistas al mar, su hotel de costa, el Thalassa, pronto estaría a punto para abrir. Levantaron el edificio en tiempo récord. Excavaron unos cimientos poco profundos y las paredes se alzaron con poco más que una sola lámina de contrachapado, pero todo el que se alojara allí se pasaría la mayor parte del

día en la playa y la noche en algún bar de la zona. Había invertido lo mínimo en la construcción, y aquello le daría ventaja en la contabilidad.

En cuanto supo que su hermano estaba planeando la apertura del Pyrgos para el 29 de mayo, Stephanos se puso como objetivo la misma fecha. Aquella noche se celebraron dos fiestas de inauguración rivales. Apostolos Papazoglou fue primero al Pyrgos y su esposa al Thalassa. Después ambos cambiaron de lugar.

El primer verano pareció irles bien a los dos hijos. En términos de margen de beneficios, su padre quedó impresionado y sorprendido por lo que ambos habían conseguido y, para alivio de los hermanos, no investigó sus negocios más a fondo.

Manos siempre le escondió a su padre la verdad de lo que estaba ocurriendo entre bambalinas. Casi se la escondía a sí mismo. Pero, unos cuantos meses después de la inauguración, recibió una «visita». Giorgos Kourtis era cliente ocasional del hotel y parecía disfrutar de lo que el establecimiento le ofrecía. Lo habían colado una o dos veces en la sala privada para jugar un poco y había pasado el resto de la noche allí con una de las chicas. Sin embargo, pronto se hizo evidente cuál era su verdadero interés. Kourtis era propietario de un hotel rival en el centro de la ciudad, y Manos se enteró de que estaba perdiendo parte de su negocio a cuenta del Pyrgos. Además era un hombre con contactos poderosos.

Una noche, tal vez cinco meses después de la apertura, el hotel se quedó sin electricidad. Al principio resultó llevadero. Fueron a buscar velas y Manos convenció a su clientela de que era «romántico». Cuando llamaron a los electricistas, estos dijeron que no parecía haber fallo alguno en el sistema. Simplemente les habían cortado el suministro. Y Manos no podía hacer nada para que se lo reactivaran, salvo pagar cinco millones de dracmas. Entonces sucedió lo mismo con el agua, y le pusieron el mismo recargo para volver a

dársela. Los precios eran abusivos. Aquello era, como Manos llegó a entender, extorsión.

Después de aquello llegó la visita de la policía. Utilizaron mano dura y fueron bastante destructivos mientras buscaban unas pruebas de juego ilegal que, por supuesto, encontraron. Sabían con exactitud dónde tenían que mirar. Y regresaron a menudo. Manos no tardó en darse cuenta de que solo un soborno generoso en las manos apropiadas lograría evitar aquellas visitas. No tenía alternativa si quería sobrevivir.

Para su consternación, las cifras de Manos pronto mostraron que sus gastos superaban con creces sus ingresos. Los cortes de luz aleatorios resultaban bastante evocadores en verano, pero en invierno dejaban las habitaciones sin calefacción. La ocupación disminuía durante los meses más fríos. Y cuando el viento soplaba desde el Jónico, las temperaturas del interior podían caer hasta por debajo de los diez grados. Las paredes empezaron a gotear a causa de la condensación y las musas de Botticelli a desconcharse. El número de huéspedes se redujo de forma drástica. Cuando llegó la nueva temporada veraniega, el hotel, que como un castillo de verdad estaba destinado a durar para siempre, comenzó a deteriorarse.

Manos intentó evitar el desastre financiero. Lo más importante para él era la contabilidad que tendría que presentarle a su padre en octubre. Ya solo faltaban cuatro meses. Había pedido varios préstamos para continuar pagando los chantajes y los sobornos. Sabía que Kourtis era el cerebro de todos aquellos problemas y que, si no cooperaba, ya podía despedirse del hotel y de su futuro. A aquellas alturas, ya estaba tan enterrado en deudas que no podía dormir por la noche, y durante el día el estrés le provocaba frecuentes ataques de asma. Había aumentado de peso hasta el punto de que apenas podía llegar a la segunda planta del hotel, donde estaba situada su oficina, y no podía permitirse pagar lo que costaba la reparación del ascensor. La novia con la

que llevaba seis meses (un récord) se excusó y lo dejó. Al principio se había sentido atraída por el estatus de Manos como propietario del hotel más lujoso de la ciudad, pero luego se había dado cuenta de que el coste era demasiado alto.

Las noticias de que el negocio del Thalassa estaba prosperando no hicieron sino empeorar la desesperación de Manos. Stephanos solo tenía que abrir seis meses al año para obtener beneficios. A los huéspedes se les ofrecía muy poco, pero daban mucho a cambio, porque se pasaban el día bebiendo cerveza fresca y refrescos con gas en el bar de la playa y pagaban precios inflados para hacer esquí acuático.

Una calurosa noche de junio, tan bochornosa que hasta el último huésped del Thalassa tenía las ventanas abiertas de par en par, la tierra empezó a temblar. Eran más o menos las cuatro de la mañana, cuando el sueño es profundo y el sol aún no ha salido. Al inicio los durmientes no oyeron nada, pero sintieron la fuerza del terremoto, que los echó de sus camas. En la escala de Richter no se trató de un temblor significativo (un mero 4,3), pero los suelos se desplazaron varios milímetros en cada dirección, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. No había salidas de emergencia ni instrucciones sobre qué hacer o adónde ir. En cualquier caso, no hubo tiempo.

El edificio quedó pulverizado. La quinta planta se derrumbó sobre la cuarta, que se derrumbó sobre la tercera, y el resultado fue una montaña desordenada de hormigón, barras de metal, camas y cuerpos. Algunas de las paredes exteriores aguantaron, pero la mayor parte de los pisos se desintegraron. El hotel no tardó más de unos minutos en sacudirse y caer.

Stephanos no vivía en el hotel, pero el terremoto lo despertó y enfiló la carretera a toda velocidad para ver el Thalassa ya en ruinas. Como un conductor que se da a la fuga tras atropellar a alguien, su reacción instintiva fue huir lo más rápido posible en dirección contraria. Había más de doscientos

huéspedes alojados en el hotel. Treinta de ellos fallecieron. Cuando el equipo forense investigó el hundimiento del edificio, quedó claro que se había construido sin ningún tipo de consideración por la seguridad de sus huéspedes. Las familias de las víctimas, junto con el centenar aproximado de heridos, llevaron a Stephanos a juicio por negligencia. Todo lo relacionado con la construcción del Thalassa era de mala calidad. El terremoto solo había afectado a otro hotel de la zona, el Pyrgos. Sufrió la rotura de una sola ventana.

Una ventana rota era el menor de los problemas de Manos. Por fin estaba afrontando el hecho de que sus deudas eran imposibles de pagar. Los intereses de los intereses de los intereses eran más de lo que podría pagar en su vida, aun en el caso de que el hotel siguiera lleno. El mismo día en que presentaron los cargos contra Stephanos, el último cliente de Manos dejó el hotel y el último miembro de la plantilla se marchó sin haber cobrado los últimos seis meses.

Manos entró en el bar y cogió una botella de la estantería. Era el único whisky decente que quedaba y, tras quitarle el tapón, empezó a darle tragos sin siquiera servírselo en un vaso. Todavía con la botella de Johnnie Walker medio vacía en la mano, recorrió el pasillo a trompicones mientras sus pasos resonaban sobre el suelo de piedra.

Alguien estaba aporreando la puerta principal de la recepción. De puntillas para amortiguar el ruido, Manos se dirigió a hurtadillas hasta un pequeño despacho desde el que podía ver quién había fuera. Era un agente de la policía local, el mismo que lo había estado visitando con regularidad a lo largo de los últimos meses. Estaba allí plantado, con los brazos cruzados, y Manos se dio cuenta de que miraba el reloj. El reloj que Apostolos Papazoglou le había regalado a su hijo por su vigésimo quinto cumpleaños rodeaba la muñeca de aquel hombre. La última vez que Orestes Sakaridis se había presentado allí,

había aceptado el reloj en lugar de dinero. Verlo una vez más enfureció a Manos. No tenía nada más que darle, ni nada que perder. Descorrió el cerrojo de la puerta y la abrió de golpe.

Sakaridis vio la rabia en los ojos de Manos Papazoglou.

—¿Qué cojones quieres?

—Creo que ya conoces la respuesta —dijo el agente de policía—. Lo de siempre.

Manos dio un bandazo ebrio hacia Sakaridis y trató de darle en la cara con la botella.

El policía esquivó el ataque y agarró a Manos por los hombros para contenerlo, pero Manos se zafó de su presa y le clavó el codo con fuerza en el estómago. Volcó todo su peso en aquel codazo.

El policía se quedó totalmente sin aliento y cayó de espaldas con torpeza, de tal manera que se golpeó la cabeza contra el escalón de mármol. Se quedó muy muy quieto.

Manos, resollando con fuerza, se tomó varios segundos para recuperar el aliento.

La calle que discurría ante el hotel estaba tan desierta como el propio Pyrgos y, sin tocar el cuerpo inerte, Manos se dio la vuelta y caminó con calma hacia su coche. Estaba aparcado allí cerca. Arrancó, piso al acelerador con fuerza y tomó la carretera de la costa sin más pensamiento en la cabeza que el de que debía escapar de allí.

Se saltó varios semáforos en rojo y estuvo a punto de perder el control en una curva donde casi chocó con un coche de policía. Con las luces encendidas y la sirena ululando, lo persiguieron y lo obligaron a detenerse en el arcén.

Los dos agentes olfatearon enseguida el aliento a alcohol de Manos y lo introdujeron en el asiento trasero de su coche. Mientras lo trasladaban, se

enteraron por la radio de que habían encontrado el cadáver de su compañero en los escalones del Pyrgos.

El día en que Apostolos Papazoglou cumplió setenta y siete años no fue como lo había imaginado. Debería haber sido el momento de su jubilación, cuando su imperio hotelero pasara a uno de sus dos hijos. En cambio, tuvo que tomar una decisión distinta. Sus hijos se enfrentaban a sendos juicios, y ambos procesos empezaban el mismo día en Atenas. ¿A cuál de los dos asistiría? Su esposa le sugirió que lanzara una moneda al aire.

Los habitantes de Patras no habían olvidado la fecha de apertura de los hoteles. Cuando en ambos casos se alcanzó el veredicto de homicidio involuntario (siete meses más tarde, el 29 de mayo), todos asintieron con astucia. La cantidad que se fijó como compensación para los huéspedes heridos y las familias de las víctimas no llegaba a cubrirse con la venta de todo el imperio hotelero. Apostolos Papazoglou se vio obligado a declararse en bancarrota.

Durante muchos años, los restos desmoronados de los dos hoteles se presentaron como recordatorios fantasmagóricos del saco de Constantinopla. El poder de la superstición y de las creencias religiosas afianzó ese lazo.

Cada vez que pasaban por delante, los ancianos chasqueaban la lengua.

—Deberían haber sido más listos —decían—. ¡Ese día no debe olvidarse jamás!

No dejaba de pensar en el día en que te conocí. Fue un martes.

Patras tiene cosas mucho más bonitas que esos edificios desolados. Hay una plaza muy espaciosa (con un teatro del siglo XIX diseñado por Ernst Ziller), elegantes calles peatonales con buenas tiendas y el ajetreo de un puerto con barcos hacia algunas islas.

Cuando llegué allí, ya llevaba casi dos meses en Grecia, contando con los quince días que había pasado en Atenas investigando, y ya estaba empezando a aprender algo más de griego. Había superado la fase de ser solo capaz de intercambiar saludos y pedir comida y ya incluso podía leer los titulares de los periódicos, aunque nunca parecía haber buenas noticias. La economía estaba tan mal como siempre y yo sabía que tenía mucha suerte de poder viajar con tal libertad. A medida que el sol empezó a perder fuerza durante aquellas tardes de finales de octubre, me di cuenta de que la vida se estaba volviendo más difícil para la mayoría de los habitantes de Grecia. A veces, la dilapidación general me deprimía y el estado de deterioro de tantísimos edificios daba la impresión de reflejar la estructura cada vez más debilitada del país. Si cometía el error de intentar interpretar los gráficos y diagramas de la primera página de un periódico, era incapaz de ver la forma de que aquel país se pusiera al día con las deudas, y mucho menos aún de que comenzara a reconstruirse.

Por primera vez, viví la experiencia de que alguien se acercara a mí para pedirme dinero y darme cuenta de que no se trataba de un inmigrante recién llegado (aunque eso también ocurría), sino de un anciano griego a quien le habían recortado la pensión por debajo del nivel de subsistencia, o de alguien con familia y sin dinero con la que alimentarla. Esos momentos siempre me hacían sacudirme de encima la autocompasión. Yo podía comer y beber siempre que quisiera, pero ese no era el caso de muchas otras personas. La

frecuencia con la que veía a una persona griega rebuscando en la basura era cada vez mayor. ¿Cómo podía regodearme en mi situación? Había momentos en los que me despreciaba, pues sabía que alguna gente tenía problemas mucho más importantes que los míos. Mi aflicción era emocional, pero al menos podía sobrevivir.

Algo a lo que la crisis económica no parece afectar nunca es a la Iglesia ortodoxa griega. Vi hileras enteras de tiendas cerradas, pero jamás una iglesia cerrada. Grandes, medianas, pequeñas, siempre están abiertas, resplandecientes de tesoros, y nunca desprovistas de sacerdotes y fieles. En Patras hay una enorme. Se consagró en 1974, y su exterior me resultó tan vulgar y desagradable que al principio ni siquiera me molesté en visitarla. Después un lugareño me dijo que el interior merecía mucho la pena.

Antes, entré en una tienda cercana para ver si conseguía encontrar una guía. Era un comercio enorme que vendía iconos de todos los santos imaginables, y la mujer que lo regentaba era simpática y alegre. Me preguntó cómo me llamaba y luego insistió en que comprara un icono de Agios Antonis.

Todo en ella era exagerado. Parecía un personaje de dibujos animados de Disney, con los labios gruesos y rojos, una cintura minúscula y unas caderas enormes. Me contó la historia de la iglesia. Al parecer, cuando hace dos mil años el apóstol Andrés llegó a la ciudad para anunciarle a todo el mundo la resurrección de Cristo, se enteró de que la esposa del gobernador romano estaba enferma. La curó y, como resultado, la mujer se convirtió al cristianismo e intentó convencer a su marido de que le diera la espalda a los dioses romanos. Le dijo que eran falsos.

El gobernador se puso furioso cuando su esposa empezó a predicarle aquella religión nueva y peligrosa, así que hizo torturar a Andrés antes de que lo ejecutaran en una cruz con forma de equis. Los restos del apóstol

desaparecieron, pero, años más tarde, algunas partes de su cuerpo regresaron a la ciudad, junto con reliquias de la cruz en que murió.

La tendera me describió la iglesia con tal regocijo y entusiasmo que me marché de su establecimiento con grandes expectativas respecto a lo que encontraría en el interior. Justo cuando cerré la puerta a mi espalda, la mujer salió corriendo hasta la acera. Me había olvidado de mi icono. «¡Y tengo que contarle otra cosa! —exclamó sin aliento—. ¡San Andrés todavía hace milagros! El poder de su iglesia le cambió la vida a mi padre. Lo convirtió en un hombre nuevo. *Itan thavma!* (¡Un milagro! ¡Un milagro!)»

Y NO NOS DEJES CAER  
EN LA TENTACIÓN

*«ME EISENENKES EMAS EIS PEIRASMON»*

Algunas personas aún preferían la cercana iglesia bizantina que albergaba una reliquia del dedo del santo. Aquella construcción minúscula quedaba ahora a la sombra de la iglesia nueva, respecto a la cual algunas de las ancianas distaban mucho de sentirse entusiasmadas.

La basílica era enorme y blanca, como una tarta gigante, y sus meras dimensiones resultaban impresionantes. Era una de las iglesias más grandes de Grecia y no tenía comparación con el espacio íntimo del edificio, más antiguo y oscuro, que se había erigido en un principio para honrar a san Andrés.

El día de su consagración, la gente mayor solo vio los inconvenientes. Empezaron a quejarse incluso antes de llegar a la entrada; les costaba una eternidad llegar desde la calle y cruzar el patio delantero de mármol. Una vez dentro, el trayecto desde donde se ofrecían las velas hasta el icono parecía llevarles otros cinco minutos. Les hacía perder mucho tiempo, pero se sentían en la obligación de cumplir con su deber para con la nueva iglesia.

Para la mayoría, el momento de abrir la puerta y acceder al interior era de sorpresa y asombro. Los visitantes, que llegaban desde todo el territorio griego y desde aún más lejos, se quedaban perplejos. El interior era impresionante.

El deseo del arquitecto había sido que su catedral representara «la Luz del Mundo» en todos los sentidos. El sol entraba a raudales desde todos los lados del edificio a través de ventanas horadadas en la inmensa cúpula que lo coronaba, y también en los niveles más bajos, y a través de los cristales de las puertas. En todas las paredes, el pan de oro de los mosaicos reflejaba la luz e iluminaba la iglesia. En el centro colgaba una ingente lámpara de araña en la que brillaban más de quinientas bombillas que emitían un resplandor cegador.

Además de la luz, el arquitecto quería transmitir la vida del mundo y la

gloria de la creación. Su ambición, su fe y su presupuesto para la iglesia no tenían limitaciones. Imágenes deslumbrantes de aves y bestias adornaban hasta la última de las paredes brillantes, frondas y flores embellecían las columnas y los arcos, e imágenes de la vida del santo decoraban una miríada de superficies con color y movimiento. La misma ciudad que había martirizado a san Andrés lo recibía ahora con los brazos abiertos y lo glorificaba. Todo el edificio parecía gritar: «¡Perdónanos!»

Habían creado unos magníficos relicarios de plata para sus huesos desmenuzados, que atraían a miles de peregrinos que les presentaban sus respetos y se postraban ante los fragmentos de aquel hombre que había estado en presencia de Jesucristo. Entraban en contacto con algo que, tal vez, Él también había tocado.

Una persona a la que la vida le había cambiado para peor cuando la basílica abrió fue Maria Leontidis. Desde hacía años, era la encargada de limpiar la diminuta iglesia bizantina de al lado, a sabiendas de que la escasez de luz no revelaría ni el polvo ni las telarañas. En verano, pasaba gran parte del día en el banquito que había delante de la iglesia, disfrutando de un cigarrillo y un *frappé*. En invierno, cuando había sacudido el plumero una o dos veces en torno al relicario, se iba a la *zacharoplasteion* cercana a entrar en calor y solo volvía para cerrar de nuevo una vez que las visitas del día habían terminado.

La invitaron a limpiar la iglesia nueva cuando abrió aquel verano. Tenía sesenta años, así que no estaba dispuesta a dejar de trabajar y era cuestión de orgullo aceptar en nuevo puesto.

En el espacio fresco de la basílica, una brisa agradable mantenía las llamas de las velas en constante movimiento y a los feligreses cómodos, pero Maria pasaba muchísimo calor, se recocía como el café en un *briki*.

Cuando comenzó su «nuevo» trabajo, había transcurrido poco tiempo desde

el funeral de su hermano. Nunca habían estado unidos, pero, de todos modos, estaba observando el protocolo de vestir de negro durante cuarenta días. Aunque hacía calor, todas las mujeres de la familia se sentían obligadas a honrar la tradición.

—Tardaré un mes solo en pulir todos los candelabros —le dijo aquella noche a su nieta, Pelagia, al borde de las lágrimas—. He tardado todo el día en barrer el suelo, y para cuando he terminado, ya necesitaba otra pasada.

Maria ya contemplaba con nostalgia los viejos tiempos de la limpieza de la iglesia pequeña, cuando arreglaba todo el lugar en una hora. Ahora tardaba esa misma cantidad de tiempo solo en vaciar las velas agotadas. Había tres mil sillas, y todas y cada una de ellas cogían polvo en sus ranuras y recovecos.

Se las arregló durante unas cuantas semanas, pero el esfuerzo no tardó en salir a la luz. Tenía las piernas tan venosas como las columnas de mármol de la iglesia nueva y la cara tan colorada como la franja de alfombra nueva que llevaba escalones arriba hasta el altar. Sus malestares y achaques se intensificaron: rodillas, muñecas, tobillos, codos. Le dolía hasta la última articulación del cuerpo. Aquella iglesia nueva la estaba matando.

Un día, cuando se despertó, tenía la espalda tan rígida que no pudo salir de la cama. Llamó a Pelagia llorando de los nervios y del dolor. Si la iglesia se descuidaba durante uno o dos días, jamás conseguiría volver a poner a raya a la suciedad. Ya se imaginaba los escalones de mármol blanco ennegrecidos por las huellas, miles de cabos de velitas asomando entre la arena en sus bandejas y el cristal que protegía los iconos y las reliquias opaco por las manchas de los labios.

—No te preocupes, *yia-yia* —dijo Pelagia—. Necesitas unas vacaciones. Yo iré a limpiar en tu lugar.

Pelagia se apresuró hacia la iglesia. Sabía que había muchas mujeres que

estarían encantadas de quedarse con el puesto de trabajo de su abuela, y no quería que su ausencia les proporcionara esa oportunidad.

La familia Leontidis vivía en el otro extremo de la ciudad. Para Maria, la iglesia estaba a un trayecto largo en autobús de distancia, pero Pelagia, a pesar del turno de ocho horas que había hecho en el bar la noche anterior, fue caminando y llegó mucho antes de lo que lo habría hecho su *yia-yia*.

Mientras cruzaba la plaza, vio que el sacerdote se marchaba. Eran las nueve en punto y el hombre acababa de abrir la iglesia.

Pelagia se encontró la inmensa basílica vacía. Su abuela le había explicado dónde se guardaban todos los materiales de limpieza, así que al cabo de unos minutos ya estaba en plena tarea. Empezó brillantando metódicamente la plata deslustrada. Como era joven y tenía energía, tardó menos de un cuarto del tiempo que su *yia-yia* habría necesitado. Antes de las diez, el brillo de la plata igualaba el resplandor del pan de oro. Pelagia hasta tuvo tiempo de admirar los cuadros y los mosaicos.

Cuando el sacerdote regresó de su visita a un *kafenion* cercano, parpadeó. Un rayo de sol entraba a través de una de las ventanas superiores de la cúpula e incidía de forma directa sobre un enorme candelabro de plata. Este reflejaba un haz cegador de brillo casi sobrenatural y, por un momento, el sacerdote pensó que era una señal divina más que una alineación perfecta entre la luz solar y el metal bruñido.

Un segundo después, el sol se había desplazado y el momento había quedado atrás. El sacerdote entró en su despacho, situado detrás del santuario, y se puso a trabajar en el papeleo de la iglesia. Siempre había un montón.

En torno a las diez y media, unas cuantas personas empezaron a franquear las puertas, persignarse y encender una vela antes de encaminarse hacia el relicario. Eran personas que tenían la costumbre de acudir cada día a la iglesia, sobre todo viudas, aunque también había unos cuantos hombres que

acababan de perder a sus esposas. Formaba parte del ritual de su día. Para los hombres, se trataba de lo que hacían antes de irse al *kafenion*, en el caso de las mujeres era el preludio a la preparación de la comida del mediodía, una rutina que no podía romperse. Algunos se iban enseguida; otros se sentaban en la nave principal de la iglesia, los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha, antes de marcharse.

Estaban acostumbrados a ver por allí a *kyria* Leontidis, vestida de luto, así que al principio la mujer de negro que limpiaba en la parte delantera de la iglesia no les llamó la atención.

Pelagia estaba barriendo el suelo con una escoba blanda, arrastrando el polvo con meticulosidad aun desde los rincones más oscuros. Apareció ante el altar blandiendo la escoba de un lado a otro. La mayoría del pequeño grupo que había visitado la iglesia se había marchado ya. Solo quedaba un hombre, Spiros Kouris.

Spiros miraba al frente. No veía del todo bien, pero lo que atisbaba lo tenía asombrado. No era la imagen de belleza y pureza sagradas que reflejaba la espectacular representación de la Virgen María en la cúpula que tenía encima de la cabeza. Era algo muy distinto. Recortada en silueta contra la pantalla de celosía había una mujer que se parecía más a una diosa que a la madre de Dios. Llevaba una camiseta de licra negra y unos pantalones que se ceñían con fuerza a su figura. Su melena de pelo oscuro y brillante reflejaba la luz. Le llegaba hasta la cintura y parecía moverse de manera independiente mientras su cuerpo se balanceaba de un lado a otro al barrer. No era consciente de su perfección, y no tenía ni idea de que la estaban observando.

Aquel día Spiros pasó más tiempo del habitual sentado en la iglesia. Y al día siguiente fue más temprano. Y se quedó todavía más rato. Cuando un amigo le preguntó por qué había llegado tan tarde a su partida de cartas en el *kafenion*, se mostró vago en su respuesta. Cuando su esposa le preguntó por

qué había llegado a casa más tarde que de costumbre, le contestó que porque había muchísima cola para comprar verduras.

Spiros Kouris empezó a fijarse en otro hombre, de unos veinticinco años o así, que también se quedaba más tiempo del habitual en la iglesia. Sabía que la madre de Sócrates Papalambros había muerto hacía poco, puesto que había visto la fotografía de la mujer en una esquila colgada en el exterior.

El joven se quedó de pie en una esquina de la iglesia, garabateando cosas en trocitos de papel que luego arrugaba, uno detrás de otro, y se guardaba en los bolsillos ya bien abultados. Kouris sabía que se trataba de peticiones para el sacerdote, pero resultaba obvio que Sócrates no tenía muy claro ni qué pedir ni cómo hacerlo.

Sócrates estaba contemplando un cuadro de san Andrés cuando este llevaba ya tres días atado a la cruz. Tres días de sufrimiento parecían muy poco en comparación con lo suyo, pensó el joven. Se retiró hacia un asiento situado al fondo de la iglesia y se acomodó mirando al frente.

Entretanto, Pelagia limpiaba y bruñía con total inocencia.

Se corrió la voz. Poco a poco, los *kafenions* cercanos empezaron a vaciarse y la iglesia comenzó a llenarse. Qué maravilloso que la gente apreciara su belleza y su arte, pensaba el sacerdote. Algunos días, casi todos los sitios de la parte izquierda de la iglesia se llenaban.

Uno tras otro, hacían cola para besar el icono. Muchos de ellos habían comido *souvlaki* antes de entrar, y dejaban pegadas las huellas grasientas de sus labios. Se sentaban como si fueran a rezar y, con una salmodia bizantina como el murmullo de un río de fondo, observaban sin reparo a la figura femenina que tenían delante, igual que lo harían con un icono. La chica se movía de un lado a otro, todavía ajena a sus miradas; a menudo su ritmo de limpieza se transformaba casi en un baile. En los oídos llevaba unos auriculares con listas de reproducción creadas por su novio pinchadiscos y,

estuviera pasando el aspirador, abrigando o limpiando el polvo, se volcaba en la tarea con toda la energía de que disponía. A veces el sudor le resbalaba por los brazos y la espalda de su camiseta se tornaba transparente; las sienes se le humedecían.

Spiros Kouris empezó a prestar mucha más atención a sus atuendos, iba rotando los cuatro trajes que tenía en el armario y se ponía corbata, y también iba al barbero con regularidad para que le arreglaran el pelo y el bigote canosos. Hacía muchos años que no se enorgullecía tanto de su aspecto. Su esposa se alegraba de verlo. Como todos los demás hombres de la iglesia, él imaginaba que su conexión con Pelagia era real, igual de real que la relación que mantenía con la propia Virgen María. El hecho de que todos los hombres de la iglesia sintieran lo mismo no le afectaba. Spiros permanecía allí sentado varias horas, hasta que las tareas de limpieza de Pelagia concluían, y después iba a hacer la compra antes de llevarla a casa con paso ligero.

El dinero que el sacerdote recaudaba con las ofrendas de velas creció de manera exponencial y, aunque no paraba de encargarse más, las entregas no llegaban con la rapidez suficiente. También estaba ocupado con una avalancha de peticiones escritas en pedacitos de papel que solicitaban intercesiones especiales. Muchas de ellas tan solo decían: «No nos dejes caer en la tentación.» Muy pocas especificaban más.

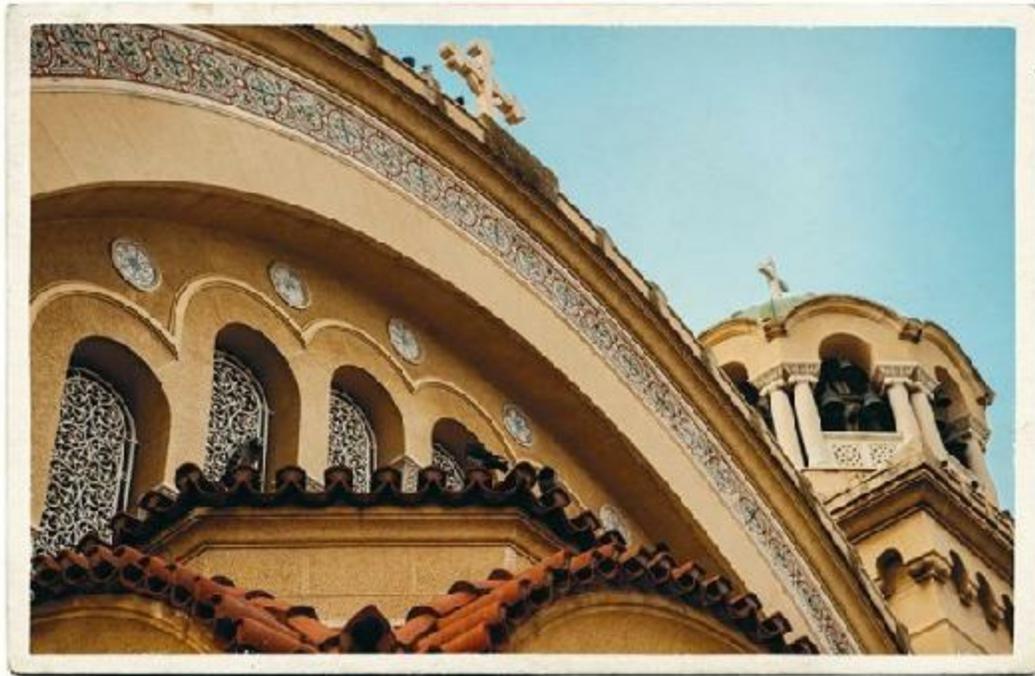
La única persona que no parecía fijarse en Pelagia era el sacerdote, que ni siquiera se había dado cuenta de que había una nueva señora de la limpieza. Lo único que veía era que la iglesia estaba tan prístina como el día en que abrió sus puertas.

Una mañana temprano, estaba de rodillas rezando en silencio, con los ojos bien cerrados para poder concentrarse.

Entonces captó un olorillo a algo. No era a incienso ni a velas. Era algo más dulce, aunque no lograba identificarlo. Cuando abrió los ojos, se

sorprendió mirando directamente el pecho de una mujer, redondeado y firme. Pelagia, que por fin había dejado de llevar luto por su difunto tío abuelo, estaba allí cerca brillantando el cristal que protegía un icono. El sacerdote se levantó a toda prisa, a punto de tropezarse con su hábito, y salió de la iglesia. Necesitaba un poco de aire fresco.

«Dios actúa de formas misteriosas —dijo para sí—. No me extraña que la iglesia esté tan llena.»



Exterior de la iglesia de Agios Andreas, Patras.



Puente de Río-Antirio.

La «desaparición» de los hombres de la comunidad había disgustado a sus esposas. Una mujer había contratado a un investigador privado para seguir a su marido y se había mostrado incrédula cuando el detective la había informado de que estaba en la iglesia, nada más.

Varios propietarios de *kafenions* también empezaban a quejarse.

—Líbrese de esa chica —le decían al sacerdote—. Está acabando con nuestro negocio.

El sacerdote reflexionó con detenimiento sobre la situación. No había que responsabilizar a Pelagia. Aquella mujer era una criatura divina, una manifestación de la omnipotencia de Dios, y su inocencia no era ningún delito; su belleza no era culpa suya, no era un acto de malicia. La iglesia estaba inmaculada, los fieles eran muchos y las arcas estaban llenas. Sería un error despedirla.

Una mañana, la iglesia estaba tan llena que unos cuantos hombres se habían visto obligados a sentarse en la parte derecha. Esperaron a que apareciera la joven. Y luego continuaron esperando un rato más.

Al fin oyeron un zumbido. Varios de ellos se inclinaron hacia delante. Pronto apareció un aspirador de tamaño industrial, seguido por una mujer con la cabeza bien alta. Era como una agricultora que empujara un arado anticuado. No era Pelagia. Si el aspirador no hubiera hecho tanto ruido, los murmullos de decepción que se propagaron por la iglesia habrían resultado audibles.

Maria Leontidis había descansado. Tras su convalecencia estaba un poco más rolliza, y el calor del sol primaveral había logrado que volviera a sentir jóvenes sus huesos doloridos.

Al mismo tiempo que los hombres salían en tropel, el sacerdote entró en la iglesia. Entendió el motivo de inmediato. Los enormes beneficios de la venta de velas le habían permitido comprar mejores equipos de limpieza para la iglesia. Maria había regresado triunfante.

Los *kafenions* volvieron a llenarse aquel día, y las esposas recibieron a sus maridos en casa a la hora de comer. Spiros Kouris caminó despacio hacia la suya. Su mujer le sonrió con cariño cuando entró. Le recordó al hombre con el que se había casado.

Dudo que el viejo Spiros imaginara de verdad que Pelagia fuera a fijarse en él, pero la belleza femenina puede tener un efecto potente sobre los hombres, como yo mismo sé, tal vez demasiado bien.

Es muy fácil caer en la trampa de venerarla. Todos nos sentimos atraídos hacia ciertos ideales estéticos, aun cuando nos decimos que no deberíamos, y sé que tu aspecto fue lo que hizo que me fijara en ti aquella primera noche en el bar del cine. La atracción instantánea nos pilla de improviso, desprevenidos. Puede que sea una maldición ser tan guapa que la gente se sienta cautivada por ti de inmediato, quizá sea una carga que al principio te juzguen por tu apariencia en lugar de por tu personalidad. Dondequiera que estés ahora, es posible que otra persona haya entrado en una sala y sentido que el corazón le ha dado un vuelco dentro del pecho. No creo que yo fuera el primero — ni el último— de los hombres sobre el que tu sonrisa tenía ese efecto.

Me quedé en Patras casi tres semanas, disfrutando de su tamaño y del anonimato que me proporcionaba. Iba a bares y tabernas diferentes cada día y no tenía que explicarle nada sobre mí a nadie. Aquella primera visita a la iglesia no fue la última. A menudo iba allí tan solo a sentarme, a deleitarme en la extravagancia de su decoración y a pensar. Maria Leontidis solía estar allí, pasando el aspirador con estrépito. Verla me provocaba una sonrisa.

Con independencia de si san Andrés hizo o no el milagro de sanar a la esposa del gobernador, la nueva basílica dedicada a él tiene algún tipo de poder. Yo lo sentí. La luz y la belleza me aportaron varios momentos de pura felicidad.

Seguía pensando en mi obsesión por ti y en si tú sentirías algo siquiera remotamente similar, cuando me interné con el coche en las montañas entre las que se encontraba Kalavrita, un lugar hermoso pero melancólico cuyos

habitantes sufrieron una brutalidad extrema durante la ocupación alemana. El monumento a las víctimas inocentes de la masacre que se produjo allí el 13 de diciembre de 1943 es uno de los más impactantes que he visitado. Los diversos memoriales de la ciudad (entre ellos un museo dedicado a los acontecimientos que desembocaron en la matanza) jamás permitirá que nadie olvide el asesinato de casi quinientos hombres y niños y la quema de todas y cada una de las casas de la ciudad. En la ladera de la montaña que se alza sobre Kalavrita estaba escrita la palabra Eirini, Paz. La ciudad siempre recordará lo que ocurrió allí, pero yo salí de Kalavrita con el convencimiento de que el perdón es el inicio de todo proceso de curación. No estoy comparando lo que tú me has hecho con el sufrimiento de los habitantes de ese lugar, pero a ambas situaciones se les puede aplicar el mismo principio, y sé que yo todavía no he llegado a ese punto. A pesar de la carga emocional que se respiraba en el ambiente, pasé unos cuantos días en Kalavrita antes de coger un tren de vía estrecha que me llevó a la playa por un desfiladero espectacular. Sentí algo muy inocente, cautivador, al llegar a una estación de tren anticuada, y me quedé allí, junto al puertecito de Diakofto, durante más de una semana antes de volver a Kalavrita a recoger el coche. El trayecto que inicié desde allí me llevó por una carretera de montaña muy escarpada, rodeada de cascadas abundantes y salpicada de pueblecitos.

Terminé cruzando la franja de agua que separa el Peloponeso de Grecia Central a través del elegante puente en suspensión de Rio. Me dirigía hacia Mesolongi, un lugar célebre por su asociación con Byron (sinónimo de seducción).

En todos los lugares de Grecia a los que viajaba veía que había calles y plazas llamadas Vyronas: Byron. Tengo entendido que incluso hay toda una zona de Atenas que lleva su nombre. Es el equivalente al culto al héroe. La ciudad de Mesolongi guarda la relación más estrecha de Grecia con el lord

inglés. Al principio no me gustó, pero al cabo de unos días empecé a apreciar que es un país cargado de historia.

Mesolongi está a tan poca altura que casi se encuentra bajo el nivel del mar. No es pintoresca en ningún sentido, pero el entorno es espectacular, con montañas altísimas que se alzan justo por detrás de ella, y ocupa una posición importante en el mapa desde el punto de vista estratégico.

Teniendo en cuenta cómo lo conmemoran a lo largo y ancho del país, uno podría llevarse la impresión de que Byron expulsó a los turcos de Grecia él solo, sin ninguna ayuda. La verdad es que Byron no llegó jamás a levantar una espada en la guerra de la independencia, pero fue quien inspiró a otras naciones para ayudar a los griegos en su objetivo de liberarse de casi cuatrocientos años de ocupación.

Quise tratar de comprender cómo ven los propios griegos al inglés más famoso de toda Grecia. Era carismático y truhanesco, pero estaba afectado en lo más hondo por los sucesos de su niñez y por la discapacidad física con la que lidió a lo largo de su corta vida. Conocí a varios griegos que, desde el punto de vista moral, estaban en desacuerdo con la forma en que Byron trataba a las mujeres, con la relación incestuosa que había mantenido y con su homosexualidad. Todavía se le recuerda como un héroe, aunque mucha gente no tiene muy claro por qué.

Visité el museo de Mesolongi, ubicado en una vieja mansión por cuyas paredes chorrea, literalmente hablando, la humedad que permea toda la ciudad.

Una atmósfera así destruiría las pinturas al óleo, así que solo se exponen copias. Una de ellas es un famoso retrato del poeta en el que luce un extravagante uniforme militar que él mismo se había encargado.

También hay una copia de un cuadro de Delacroix, *Grecia expirante entre las ruinas de Mesolongi*. Era la primera vez en mi vida que veía una copia

desgastada del original y aun así me sentía conmovido por ella. Una mujer devastada y con un escote prominente, vestida con el traje tradicional griego, se sostiene en pie sobre los restos de un edificio. De entre los escombros sobresale la mano de un hombre muerto. En el fondo, un invasor tocado con un turbante planta una bandera, y no cabe duda de que la violación de esta hermosa figura es un crimen. Este cuadro explica una historia más importante de Mesolongi: en 1826, dos años más tarde de la muerte de Byron, la ciudad estaba bajo asedio por tercera vez y la población hizo un intento de huida. Miles de personas fueron asesinadas en lo que se conoce como el «Éxodo». La ciudad nunca dejará de estar de luto por su pasado.

Desde el museo, me acerqué paseando hasta el jardín que conmemora el Éxodo. Allí hay una elegante, tal vez idealizada, estatua de Byron. Bajo la afilada luz invernal, su expresión me recordó a la de un niño alicaído. Mientras la contemplaba, un trabajador municipal que estaba recogiendo unas cuantas ramas de palmera caídas se paró a charlar conmigo.

—La gente no conoce los actos de valentía que el pueblo normal llevó a cabo contra los turcos —me dijo—. Se piensan que Byron fue quien los expulsó... ¡Byron! ¡Si murió mucho antes de que nos libráramos de ellos!

Yo sabía que Byron no había muerto en combate y creía que la malaria lo había fulminado (fácil de creer, teniendo en cuenta que los mosquitos se habían ensañado conmigo todas las noches desde mi llegada). Sin embargo, aquel hombre apoyado en su escoba estaba ansioso por explicarme una versión distinta de la «historia de la muerte» de lord Byron, un relato que él consideraba el verdadero.

—Ser guapo, listo y rico no siempre tiene que por qué irte bien —dijo cuando terminó, justo antes de retomar su labor de limpieza.

TESTIGO PRESENCIAL, 1824

Mesolongi siempre había sido un lugar muy aislado. Durante varios meses al año, la ciudad estaba casi sumergida bajo el agua. Era una población de pescadores situada justo por encima del nivel del mar, a su alrededor todo eran vegas pantanosas y, durante la estación lluviosa, sus calles se transformaban en ciénagas. A veces parecía que el mar iba a tragársela entera y que se hundiría bajo el lodo. Puede que un día llegara a desgajarse del mundo y dejase de existir por completo, con sus millones de mosquitos como únicos habitantes... aparte de unos cuantos pescadores que vivían en casas sobre pilotes en la albufera.

Desde hacía unos meses, Mesolongi estaba atestada de hambrientas brigadas de suliotas, los impredecibles y mal pagados soldados de Epiro. Algunos decían que estos representaban para los ciudadanos de Mesolongi un peligro aún mayor que las tropas turcas, que todavía merodeaban por las inmediaciones tras haber fracasado en su intento de sitiar la ciudad hacía solo dos años.

Había muchísimo ruido, pues decenas de soldados paseaban por las calles, algunos de servicio, pero otros borrachos o buscando pelea. A eso había que sumarle la cacofonía habitual que producían las personas que trataban de vender sus mercancías, entre quienes los pescaderos eran los más escandalosos.

En aquel ambiente no del todo agradable ni salubre, comenzó a circular el rumor de que el aristócrata inglés lord Byron iba de camino hacia allí para ayudar a los ciudadanos de Mesolongi, y tal vez a toda Grecia.

Lord Byron, que se había autoimpuesto el exilio de Inglaterra, había encontrado la misión de su vida: aliarse con la liberación de la Grecia ocupada por los turcos. El poeta se consideraba filoheleno desde hacía muchos años, y creía con vehemencia en el derecho de Grecia (donde había

nacido el mismísimo concepto de democracia) a un futuro independiente y en el de su pueblo a ser libre.

Por medio de una sustanciosa contribución económica (extraída sobre todo de los beneficios obtenidos gracias al éxito de ventas de su poesía), Byron había apoyado a Alexandros Mavrokordatos, el comandante en jefe y gobernador de Grecia Occidental. En opinión de Byron, él era el más estable de los líderes griegos, y además se había hecho célebre por haber resistido de manera satisfactoria al primer asedio de Mesolongi.

Mavrokordatos no perdió ni un segundo antes de empezar a hacer correr la voz de la llegada de Byron a la ciudad y de escribirle con profusión, hasta que a Byron se le debió de subir la arrogancia a la cabeza.

«Cuento con usted para asegurar el destino de Grecia», le escribió Mavrokordatos.

Cuando llegaron los mensajeros que confirmaron el día de la llegada de Byron, la ciudad empezó a bullir de entusiasmo. En todas las casas contaban los días.

—Quiero ir a verlo, por favor —le suplicó Despina Dimotsis a su padre, un comerciante adinerado.

Todo el mundo, incluso las chicas de dieciséis años, enloquecía ante la perspectiva de su visita. En aquella gris ciudad costera, un acontecimiento tan colorido se esperaba con ansia.

La hermana pequeña de Despina, Fotini, también se mostraba insistente.

—La calle no es lugar para chicas jóvenes —replicó su padre con firmeza.

Emilios Dimotsis solo cedió cuando se dio cuenta de que su esposa, Eirini, tenía tantas ganas como sus hijas de presenciar el evento. Él estaría cerca, con un grupo de dignatarios locales que conformarían la comitiva de bienvenida, y su madre y una doncella las acompañarían. A fin de cuentas, era una ocasión

histórica. Tal vez la ingente donación de lord Byron a las fuerzas armadas salvara a Grecia de los turcos. Quizá resultara ser el salvador de aquel país.

—No es solo un poeta famoso —comentó su esposa con una sonrisa alegre.

Un día, a principios de enero, una multitud enorme se reunió junto al muelle. Había ciudadanos de a pie, comerciantes, funcionarios del gobierno, sacerdotes y soldados, y todos estaban impacientes por ver a Byron por primera vez. Los soldados dispararon los mosquetes al aire y se lanzaron salvas de artillería mientras el poeta bajaba del barco.

Había que seguir las normas de la etiqueta, sus formalidades y saludos oficiales, y Byron se mostró cortés a pesar de lo agotador del viaje y de que se encontraba mal. Se pronunciaron varios discursos cortos y hubo ráfagas de aplausos.

Las dos chicas, Despina y Fotini, y su madre estaban en una zona reservada para las mujeres. Dado que eran más bajas que casi todas las demás, las tres tenían unas vistas muy limitadas y estiraban el cuello para intentar atisbar al séquito.

—No veo nada —gimoteó Fotini.

—¡Yo sí! ¡Yo sí! —presumió su hermana mayor—. ¡Lo veo todo!

Eirini se puso de puntillas y miró en la misma dirección que su hija. A lo lejos, vio a un hombre flanqueado por otros dos que eran varios centímetros más altos que él. ¿Acaso era aquella la persona a la que todos estaban esperando? Parecía casi insignificante.

Byron paseó la mirada cansada sobre la multitud reunida, pero entonces recordó que debía estar a la altura de sus expectativas y representó el papel que se esperaba de él, sonriendo y saludando con elegancia.

La travesía desde Cefalonia no había sido sencilla y, además, él llevaba tiempo sintiéndose mal. La dureza del viaje no lo había ayudado. Por suerte,

ahora se encontraba en tierra firme y, desde donde había desembarcado hasta la casa que le habían preparado para su estancia, solo había un breve paseo.

—Es casi como si estuviera tullido —dijo una mujer que estaba al lado de Eirini Dimotsis mientras observaba al famoso poeta avanzar con torpeza hacia ellas—. ¿Va cojeando?

—Creo que sí —contestó Eirini.

Aquel hombre no era en absoluto como ella se lo había imaginado. En absoluto.

Sus hijas no estaban escuchando aquella conversación. Nadie iba a estropearles la emoción del día, el colorido y la pompa de la ocasión.

Cuando Byron se acercó a ellas y la multitud se separó para dejarlo pasar, las chicas se dieron cuenta de que el poeta las miraba. Ataviado con una llamativa chaqueta militar roja con charreteras doradas, lord Byron era aún más apuesto de lo que habían imaginado.

Despina no era la única mujer de entre el público que lo observaba con admiración. Byron estaba acostumbrado a ser el centro de atención y a que miles de ojos lo devoraran. Él mismo alentaba esa actitud, se regodeaba en tales situaciones y agradecía que lo adularan.

Le gustaba causar una gran impresión. Si no fuera así, no se habría vestido como lo hacía, no habría lucido tocados exóticos en la cabeza ni habría encargado que le hicieran cascos extravagantes al estilo de los grandes guerreros griegos.

Byron adoraba que lo adoraran, pero tener un «objeto» de su amor era todavía más importante para él. No se sentía vivo si no tenía un lugar en el que concentrar aquella torrencial fuerza suya. Aun cuando se enfrentaba a una gran muchedumbre, seleccionaba a un único individuo. Se comentaba que algunas mujeres se habían desmayado con tan solo sentir el poder de una breve atención del lord.

La mirada de Byron, rodeada de pestañas oscuras, danzó entre la multitud hasta cruzarse con la de Despina. El poeta la observó con una curiosidad lasciva que ni siquiera se molestó en intentar ocultar.

Cuando el séquito de Byron se acercó aún más hasta donde estaban las mujeres, Despina vio dos límpidos focos de luz. Al fondo, el Mediterráneo se extendía hasta el infinito, y los ojos que miraban a los suyos eran igual de insondables. Despina se estaba hundiendo en una mezcla de azul y gris con toques de violeta. Los ojos de Byron eran como un cielo primaveral en un día de tormenta, con toda su belleza, variedad y pasión. La chica no desvió la mirada, sino que se la sostuvo con descaro.

Él se embriagó de la imagen de aquella piel lechosa que siempre había estado oculta del sol, de la cintura de avispa, del ligero rubor de las mejillas de la muchacha, pues sabía que era consecuencia de su concentración momentánea en ella. Le recordaba un poco a su «doncella de Atenas», una joven con la que había disfrutado de un breve flirteo, y se recreó la vista en el cuello infantil de Despina, en sus orejas y nariz minúsculas.

La hermana pequeña de Despina ya había centrado su interés en otros asuntos. Por detrás de lord Byron, a muy poca distancia, Fotini divisó a un chico delgado y de pelo oscuro. Su rostro mostraba una expresión sombría y costaba discernir por su conducta si se trataba de un amigo o de un criado. El adolescente, que cargaba con unas cuantas bolsas, era, en realidad, el ayuda de cámara de lord Byron, y, aunque agradecía la caridad que el aristócrata inglés había mostrado para con su familia en Zante, había empezado a sentirse incómodo siendo el objeto de las incesantes atenciones amorosas de Byron.

—¡Mira, Despina! ¡Mira! —exclamó Fotini mientras le tiraba de la manga a su hermana—. ¡Fíjate en ese chico!

Pero Despina solo tenía ojos para el poeta.

—Su boca —susurró sin hacerle caso a su hermana pequeña— dice:

«Bésame.»

La bien proporcionada boca de Byron era tan destacable como sus ojos.

—¡Niñas! Bajad la voz, por favor —las reprendió su madre.

Hasta la doncella parecía avergonzada por sus comentarios. En un lugar tan público, no eran decentes.

Fotini ya había perdido el interés en el hombre mayor con vetas plateadas en el pelo y una ligera cojera. Seguía mirando al guapísimo muchacho malhumorado que lo seguía al final de la comitiva.

Mientras Byron avanzaba hacia su nuevo hogar, volvió la cabeza para mirar otra vez a Despina; sabía que ella todavía no habría dejado de observarlo. Esta vez, la mirada oscura y melosa de la joven lo recorrió de arriba abajo como una descarga eléctrica. Cuando se alejó, notó que continuaba abrasándole la nuca.

¿Fue ese preciso instante? ¿Fue aquella «mirada» concreta, la admiración de Despina, la que hechizó a Byron y supuso el punto de inflexión, el comienzo de su fin?

Fotini no tardó en olvidarse del «principito», como había apodado al ayuda de cámara de Byron, Loukas, pero Despina no pudo sacarse la imagen de lord Byron de la cabeza. Languideció durante muchos días, incapaz de dormir ni de comer, incapaz de liberar ni su mente ni su cuerpo de la presa de un enamoramiento infantil.

—Venga, Despina —trataba de persuadirla la doncella—, tienes que intentar comer algo.

No muy lejos de allí, Byron también yacía en la cama dando vueltas y más vueltas. Se había visto afectado por unas fiebres, y sufría ataques y desmayos que comenzaron a debilitarlo día tras día.

—Es el ojo —comentó una de las criadas en tono pesimista mientras los

médicos se consumían de inquietud junto a la cama del enfermo—. ¡Alguien le ha echado mal de ojo!

—Pero si aquí nadie le desea mal alguno a lord Byron —le espetó uno de los médicos extranjeros que trataban con todas sus fuerzas de salvar al poeta doliente—. ¡Solo los turcos podrían desearle algo malo!

La criada se mordió la lengua. Un médico inglés no iba a hacerle caso a una griega inculta. En opinión de aquel hombre, echar mal de ojo era siempre una cuestión de celos o de desearle el mal a alguien. Era una maldición sencilla, fácil de comprender. Sabía muy bien que Byron incluso lo había mencionado en su poesía («Lo conozco por el mal ojo, que se alía con su envidia y traición»). Lo que no sabía era que el *mati*, el ojo, no se echaba solo por una mirada envidiosa o maliciosa.

—Es por tanto adularlo, idiota —masculló la mujer casi para sí.

Lo que los médicos y la mayor parte del séquito de Byron no entendían era que también la admiración podía abrirle la puerta al diablo. Cuando los médicos salieron de la habitación, la criada cogió el vasito de agua que descansaba junto a la cama del poeta y le agregó una gota de aceite. La gota se hundió de inmediato y, por tanto, confirmó lo que la mujer ya sabía. Allí había un mal de ojo.

Durante el mes de marzo, Byron sufrió mucho dolor, tenía jaquecas y sudores constantes. Los médicos que lo asistían estaban desesperados y ya no se les ocurrían más formas de tratarlo que las sangrías frecuentes. Eso lo debilitaba aún más y, mientras su estado empeoraba, ni el pánico, ni las discusiones, ni la ineptitud hacían mucho por mejorar las cosas.

Todos los días a lo largo de aquellas horribles semanas, Despina se sentó junto a su ventana, esperanzada y a la espera. Una vez atisbó a lord Byron de lejos, a caballo, pero ansiaba volver a verlo de nuevo. Los rumores de que un

delirio lo mantenía postrado en cama impedían que Despina durmiera de noche.

Una tarde de abril, cuando tanto el mar como el cielo eran de color gris pizarra y la lluvia golpeaba contra su ventana con violencia, la joven se sintió al borde de la histeria. Un vendaval gemía y aullaba en el exterior y parecía filtrarse incluso a través de las paredes. Despina caminaba con nerviosismo de un lado a otro de la habitación, incapaz de concentrarse ni en la lectura ni en la costura. El terremoto del mes anterior y ahora aquel clima tan desapacible creaban una sensación de fatalidad apocalíptica. De pronto, un rayo restalló en el cielo y cayó sobre el mar.

Cuando al día siguiente se anunció la muerte de Byron, toda la ciudad quedó impactada. Puede que la persona que más sufriera fuese Despina. Nunca había experimentado una pérdida así, un vacío así.

Por tercera vez en su vida, vio a su ídolo. En esta ocasión reposaba en la iglesia de Agios Nikolaos, dentro de su ataúd. De nuevo, estaba rodeado por una multitud, aunque ahora estaban llorando su partida en lugar de celebrando su llegada. Sus ojos cerrados ya no podían cautivar a nadie.

La pena se propagó por Mesolongi. Se dispararon los cañones desde el fuerte, se cancelaron las celebraciones de la Semana Santa, las tiendas y las oficinas públicas se cerraron, y se decretaron tres semanas de luto. El día designado para el funeral fue como si los cielos lloraran. La lluvia torrencial obligó a posponerlo. Cuando se llevó a cabo al día siguiente, miles de personas hicieron cola en las calles para despedirse de él.

Nadie derramó más lágrimas que Despina. Tenía los ojos hinchados de llanto, ajenos al daño que habían causado. En los años posteriores se hablaría de la enfermedad de Lyme, de malaria, epilepsia o simplemente del uso excesivo de sanguijuelas. Las teorías proliferaron y se discutieron una y otra vez.

La criada de Byron sostuvo durante el resto de sus días que fue el poder del *mati*, pero nadie culparía jamás a la inocente Despina. A nadie se le ocurriría pensar que tal «mirada» hubiera salido de ella, así que nunca cargaría con el peso de un crimen.

—Si me hubieran dejado realizar el *xematiasma*, expulsar al mal de ojo —decía la criada—, puede que nuestro querido lord siguiera con nosotros.

Ojalá la hubieran escuchado.

No tengo muy claro si creo en maldiciones, pero la idea del «ojo» como una forma de protección me atrae. Traspasa distintas religiones y varios continentes y culturas, así que ahora siempre llevo uno en un llavero. Por si acaso.

Leí mucho sobre Byron durante el tiempo que pasé en Mesolongi, y hacia el final de mi estancia solo podía sentir por él una pena y una tristeza profundas. Le resultaba sencillo conseguir que las mujeres se enamoraran de él (poseía un magnetismo animal al que pocas podían resistirse), pero sus sentimientos más intensos se reservaban para los hombres, que a menudo no correspondían su amor. Pasó los últimos meses de su vida no solo en un estado de delirio y enfermedad, sino también destrozado por la pasión que sentía hacia un joven adolescente, un amor desesperado que nunca fue recíproco.

Tener el corazón roto llevó a Byron pensar en la muerte. A lo largo de estas últimas semanas, yo también he experimentado esa tendencia y no me avergüenza admitir que ha habido momentos en los que no deseaba vivir.

Byron escribió esto en enero de 1824, y terminó por convertirse en su último poema:

*Hora es que este corazón ya no se conmueva,  
como otros, ha dejado de moverse:  
aun así, aunque no pueda ser amado,  
¡dejadme al menos que ame!  
Mis días tienen ya hojas amarillas;  
las flores y los frutos;  
¡el gusano, el cancro y el dolor  
son solo míos!*

Byron murió tres meses después de escribir estos versos. Fue su discurso de despedida del amor y de la vida. Me pregunto si su ridículo amor por un chico

adolescente lo debilitó hasta la muerte. ¿Quién sabe? Pero de lo que no cabe duda es que de que le causó una infelicidad terrible mientras su vida se esfumaba. Pensé en la gran cantidad de alegría que puede proporcionarnos el amor, pero, cuando no es correspondido, genera tristeza en igual medida. ¿Permitiría yo también que el rechazo me destruyera, tal como creo que ayudó a destruir a Byron?

El hotel en el que me alojé durante las semanas que pasé allí era casi edificantemente cutre. Se había construido durante la dictadura militar y no lo habían tocado desde 1970. Acerqué el escritorio a las ventanas de la terraza para tener vistas al mar mientras escribía, y no había televisión que me importunara. Las toallas eran como el papel de lija y las sábanas estaban grises, pero al menos las cambiaban todos los días. De un modo retorcido, llegué a adorarlo. ¿Qué podía esperarse por veinte euros la noche? La principal ventaja de aquel lugar enorme, donde solo el diez por ciento de las habitaciones estaban ocupadas, era la ausencia de cualquier cosa que tuviera que ver con la Navidad (ni Papá Noel automático que canta, ni espumillón, ni villancicos enlatados). Solo había una bonita maqueta de un barco, hecha de luces, en la zona de recepción. En muchos lugares, ese *karavaki* ocupa el lugar del árbol de Navidad.

Pasar el día de Navidad solo me resultó inquietante. Llamé a mi hermano y oí a sus hijos cantar un villancico de fondo. Me sentí muy solo. Fue el único momento en el que estuve a punto de volver a casa y poner fin a estos viajes. Por suerte para mí, en Grecia la Navidad no se prolonga como en Inglaterra. Para la mayor parte de la gente no es más que un día libre, así que la vida vuelve a la normalidad poco después. En general, mis días en Mesolongi fueron bastante productivos y escribí mucho, levantando la vista cada poco rato para mirar hacia el mar a través de las ventanas sucias.

Me marché de Mesolongi el último día de diciembre. Aquella noche terminé

en un lugar que ni siquiera quiero mencionar. La Nochevieja es una fiesta que odio incluso cuando la vida me va bien, pero me las ingenié para elegir un lugar donde ni siquiera los pájaros cantaban. A pesar de lo desanimado que estaba, el mundo había continuado girando hacia otro año nuevo y, al cabo de unos cuantos días, me percaté de que yo también había alcanzado un punto de inflexión.

Unos cuantos días más tarde, tras dar un rodeo por la maravillosa ciudad de Arta, llegué a Préveza. Ya era tarde cuando me registré en el hotel, de modo que la ciudad estaba tranquila, como la mayor parte de los sitios fuera de temporada. Al día siguiente, sin embargo, aquel lugar se había transformado.

Aquella mañana, al amanecer, me despertó el tañer de las campanas. Continuaron sonando durante un rato y, cuando por fin se detuvieron, una voz tomó el relevo. Era un sacerdote retransmitiendo la liturgia. Abrí los postigos y vi el campanario justo enfrente de mi ventana y, fijados a su tejado, un par de altavoces enormes y anticuados. Como me di cuenta de que no habría manera de volver a dormir, me vestí, bajé la escalera y salí a la plaza.

Era imposible entrar en la iglesia. Estaba abarrotada y había cientos de personas fuera, de puntillas para intentar ver lo que sucedía dentro.

Necesitaba un café, así que me encaminé hacia el mar en busca de un bar. Cuando salí de la calle estrecha y umbría, sentí un soplo de aire de una calidez inesperada en la piel y vi que el sol hacía destellar el mar. Durante los días anteriores había nevado en casi toda Grecia, pero en aquella pequeña ciudad portuaria un viento cálido del oeste había provocado una subida de temperatura repentina. En Grecia, este fenómeno se conoce como «los días del alción», y en enero ningún griego se sorprende cuando le ofrecen este tentador atisbo de la primavera que puede desaparecer con la misma rapidez con la que ha llegado.

Fue un día precioso. La gente no se acumulaba solo en la iglesia, también

había cientos de personas en la orilla del mar, reunidas como si estuviera a punto de celebrarse un gran acontecimiento. Todo el mundo había hecho un esfuerzo. Algunos hombres llevaban traje (aunque muchos se habían quitado la chaqueta), y las mujeres se habían vestido para impresionar a sus amigas. Solo los pescadores parecían seguir adelante como si nada y vendían la captura de la noche anterior directamente desde sus barcas.

Era 6 de enero, una fiesta oficial en todo el país, y no había ni una sola mesa libre en toda la hilera de bares del paseo marítimo. Le pregunté a una pareja si podía compartir la suya y, aunque dudaron un poco, al final accedieron. Una vez hube pedido mi café, les pregunté qué ocurría.

—Es la Teofanía —contestó la mujer como si yo debiera saber de qué me hablaba.

—¿Se refiere a la Epifanía? —sugerí—. ¿A cuando llegaron los reyes magos?

—En la Iglesia ortodoxa griega conmemoramos algo distinto — dijo—. Creemos que es cuando bautizaron a Cristo. Fue su primera aparición como Dios. Y hoy el sacerdote bendice el agua lanzando una cruz al mar. —Al ver que todo aquello me interesaba de verdad, la mujer continuó explicándomelo —: Y dicen que, durante la época de Navidad, hay duendes, los *kallikantzaroi*, que lo alborotan todo y, por lo general, causan problemas. Hoy los eliminamos del mar para que se pueda retomar la navegación.

—El mar es de suma importancia para nosotros, porque tenemos mucha costa e islas —añadió su marido en tono sentimental—. Lo llevamos en el alma, ¿sabe?

Cuando volví a mirar hacia el paseo marítimo, me di cuenta de que había aún más actividad.

—¿Y qué está pasando ahora mismo junto al agua?

—Leonidas se lo explicará —respondió la mujer entre risas—. Cuando era

joven y guapo, él participó en esa ceremonia.

Después, le acarició con cariño el estómago prominente.

—¡Ahora me hundiría como una piedra! —bromeó el hombre—. Mi esposa cocina demasiado bien.

Aquella pareja me cayó muy bien. Daban la sensación de tratarse como iguales, de estar muy cómodos el uno en compañía del otro, y su amor parecía estar vivo.

Leonidas era un abogado oriundo de la ciudad, y se mostró más que dispuesto a explicarme el ritual con todo lujo de detalles. Su mujer, Dora, había sido profesora, pero ya estaba jubilada.

—Dentro de poco, el sacerdote tirará una cruz al mar, y esos chicos de ahí se meterán en el agua e intentarán encontrarla.

—Entonces ¿es una especie de competición religiosa de natación? —pregunté.

—Sí, eso es —contestó Leonidas—. ¡Yo participé en mis tiempos jóvenes! Solo una vez. Al igual que mi mejor amigo del colegio, Giorgos.

—Leonidas, ¿de verdad tienes que contar esa historia? —dijo su esposa al mismo tiempo que le posaba una mano restrictiva en el brazo.

—¿Y por qué no, *agapi mou*? Tiene un final feliz, de una u otra forma.

Ella le lanzó una mirada bondadosa pero sufrida.

—¡Mira, *matia mou*! —exclamó Leonidas—. ¡Ahí está! ¿Lo ves?

—Sí —dijo, y me señaló al hombre al que se referían—. El de la boina negra.

A cierta distancia, vi a un hombre que miraba hacia el mar.

—Pobre Giorgos —dijo la mujer.

Los jóvenes de la ciudad se estaban preparando para zambullirse en el mar.

# AGUA BENDITA



Torre del reloj, Agios Haralambos, Préveza.

Era 6 de enero de 2010 y Giorgos Ziras merodeaba por la entrada de la iglesia. Alcanzaba a ver por encima de las decenas de cabezas hasta el final del pasillo, donde los sacerdotes vestidos con brocados finos y sombreros altos tachonados con joyas recitaban las palabras antiguas. Conocía a los dos más mayores desde que iban al colegio e incluso ahora, a pesar de las túnicas largas y las barbas rizadas, los veía como críos. Le parecía que hacía solo un instante que los tres estaban dándole patadas a un balón en la tierra.

Vio a padres jóvenes que entraban en el atrio de la iglesia, besaban el icono y después alzaban a los niños pequeños para que hicieran lo mismo. Después cogían velas de la caja, las encendían y las plantaban en una bandeja de arena, donde ardían junto a centenares más. Aquel día en la iglesia solo quedaba sitio de pie. Los únicos que podían abrirse paso zigzagueando entre la plantación de piernas adultas para llegar hasta la parte delantera eran los niños pequeños.

A la puerta de la iglesia rondaba un pequeño grupo de adolescentes vestidos con un brocado ceremonial naranja. Las zapatillas deportivas desgastadas que asomaban por debajo de las túnicas y las manchas de acné los hacían parecer menos sagrados y más profanos. Estaban esperando a que llegara el momento de cargar con la preciada cruz hasta el mar, pero hasta entonces le daban patadas a una piedra para pasársela unos a otros en la zona pavimentada del exterior. Más cerca del agua, un grupo de hombres jóvenes aguardaba, listos para desafiar a las olas.

En la misma ocasión, un año a finales de la década de 1970, la iglesia también estaba rebosante. Todo se estaba desarrollando como de costumbre, de acuerdo con el ritmo y la cadencia de la liturgia.

Giorgos había ido a la iglesia a primera hora de la mañana para encender una vela, con el bañador debajo de la ropa. Ahora estaba fuera, envuelto en una toalla, a la espera, tiritando, en compañía de sus competidores.

El grupo que se había preparado para zambullirse en el mar aquella mañana de enero había sido cuidadosamente seleccionado. Eran miembros del equipo de waterpolo de la ciudad y, para algunos de ellos, aquel era su décimo año de participación. Ocupar un puesto en ese equipo les otorgaba, dentro de la ciudad, más estatus incluso que pertenecer al ayuntamiento o al cuerpo de policía. La oportunidad de tomar parte en el ritual de la Teofanía, de bucear en busca de la cruz que el sacerdote no tardaría en tirar al agua, era solo uno de los privilegios. Pero a Giorgos Ziras, el integrante más reciente del equipo, le costaba disfrutar de ese prestigio cuando el resto del equipo estaba molesto por su llegada. Llevaba mucho tiempo entrenando con ellos, pero cuando la temporada anterior el entrenador había empezado a elegirlo para los partidos fundamentales, la aversión de los demás jugadores hacia él se había hecho evidente.

La incorporación de un nuevo miembro solía significar la inminente salida de uno de los anteriores y, unos cuantos días antes, a Mihalis Nikopoulos le habían comunicado que aquella temporada ya no lo necesitarían. Durante una década, Mihalis había sido la columna vertebral del equipo, el mayor marcador de su historia, y ahora lo habían despedido. Sin el más mínimo tacto, el entrenador le dijo que podía intentar recuperar la cruz por última vez, pero que, aquel próximo verano, sus diez años como capitán del equipo llegarían a su fin. Mihalis era un tipo duro, pero el entrenador aún más. El jugador no dejó traslucir ninguna emoción, pero la cuenta atrás de una bomba empezó a correr en su interior.

El entrenador admiraba mucho la velocidad y la agilidad de Giorgos Ziras en el agua, y esas eran las cualidades por las que había logrado su puesto en el equipo. La potencia de Mihalis era comparable a la de una lancha motora pequeña, pero desde hacía un tiempo perdía demasiados puntos por las faltas y se había convertido en una rémora para el equipo.

Habían erigido un arco de ramas de palmera sobre la plataforma de los nadadores, y los contendientes esperaban debajo de él. Giorgos era más pequeño y joven que los demás. La mayoría de sus compañeros bromeaban empujándose entre ellos, fingían peleas, se notaba que estaban a gusto los unos con los otros. Muchos compartían equipo desde hacía varios años. La mayoría tenía una complexión impresionante, con un torso fornido como resultado del entrenamiento físico o de haber cumplido hacía poco con el servicio militar. Giorgos sabía que él jamás tendría ese aspecto. Aunque nadaba todos y cada uno de los días del verano, a él cualquier tipo de entrenamiento físico lo hacía adelgazar. Pese a que su abuela insistía en que era como un pez espada, la única criatura marina a la que se parecía de verdad era a la culebra marina, una criatura similar a una anguila que Giorgos había visto una vez en las aguas de la zona.

Giorgos se percató de que Mihalis tenía la vista fija en el agua y no estaba participando en la diversión. De pronto, levantó la cabeza y le clavó a Giorgos una mirada penetrante.

Este nunca había experimentado la fuerza de un odio así y apartó la mirada de inmediato. Se estremeció y notó que la temperatura corporal le bajaba unos cuantos grados, de manera que se arrebujó más la toalla.

Al frente de la multitud cada vez más numerosa se hallaba Margerita Ziras, con la ropa de su hijo entre las manos. Giorgos la miró, pues necesitaba de la serenidad de su madre, pero se dio cuenta de que Margerita estaba tan nerviosa como él, con la cara crispada, tensa. La mujer consiguió hacerle un ligero gesto con la mano.

Todo el mundo había salido a la calle aquel día: más de un millar de personas vestidas con sus mejores galas, algunas casi con trajes de boda, con peinados de peluquería, perfumadas, desfilando. Se trataba de una ocasión tanto social como religiosa. La luz del sol incidía cegadora sobre el agua, y

los espectadores que bordeaban la orilla levantaban una mano para protegerse los ojos. Algunos incluso llevaban un par de gafas de sol modernas que hacían que los hombres parecieran mafiosos (algo que no les importaba en absoluto) y las mujeres un poco más Jackie O. Para unos cuantos, la oportunidad de intercambiar saludos y de calcular el coste de las joyas de un vecino bastaba para que se echaran a la calle.

Oyeron que la banda municipal iba acercándose, ya que los sacerdotes, sus ayudantes, el alcalde y otros dignatarios de la ciudad llegaban en procesión desde la iglesia. También había representantes locales del ejército y de la marina. Todo el que tenía un uniforme se lo ponía aquel día, y lo lucía con orgullo.

Giorgos miró a su alrededor y, por encima de las cabezas de la multitud, vio el extremo superior del sombrero de un cura y el destello de los instrumentos de latón detrás de él. Por fin apareció la columna de gente, que continuó descendiendo hacia el mar. Con gran dificultad, abrumados por el peso y el volumen de sus vestimentas, los miembros del clero subieron a un pequeño barco de pesca. Se oyeron exclamaciones de consternación cuando uno de los sacerdotes, que pesaba casi doscientos kilos, inclinó el barco hasta estar a punto de volcarlo.

Los jóvenes de la plataforma sabían que su momento se aproximaba. Pronto, el sacerdote más veterano lanzaría la cruz al agua y los contendientes se zambullirían de cabeza, compitiendo por ser el que la recuperara. El ganador recibiría una bendición especial, pero, aún más importante, alcanzaría estatus de héroe en la ciudad. Durante los diez últimos años, Mihalis había sido ese ganador; nadaba sin esfuerzo en el agua helada hasta encontrar la cruz.

Los tirones y empujones amigables de la plataforma de los nadadores ya habían cesado. Dejaron caer las toallas al suelo, se colocaron las gafas de natación sobre los ojos. Los chicos contemplaron el barquito a motor, con el

casco tan sumergido en el agua que incluso parecía peligroso, con su carga sagrada y el pescador al timón, mientras se adentraba en el mar.

Por fin, el barco se detuvo. El sacerdote se puso en pie y empezó a hablar. Ya casi era la hora. Giorgos notó que los nervios, el miedo y la anticipación del frío le aceleraban el corazón. También sintió una punzada de dolor en la espalda. Era uno de los nadadores, que lo apartaba de su camino a codazos. Todo el mundo forcejeaba para tratar de hacerse con un puesto en primera fila. Giorgos se dio cuenta de que lo iban empujando hacia un lado. Saltar al agua antes de tiempo significaría la descalificación inmediata, así que la desesperación lo llevó a aferrarse al borde de la plataforma con los dedos de los pies.

El sacerdote alzó la cruz y la multitud guardó silencio. Todas las miradas estaban centradas en el reflejo dorado. Los ensalmos religiosos proseguían, casi ahogados por el crepitar del motor del barco. La cruz estaba atada a una cinta larga, y el sacerdote la arrojó al agua y después volvió a sacarla. Una vez. Dos. A la tercera inmersión, soltó la cinta y la cruz voló con libertad. Aquella era la señal. Giorgos sintió otro envite firme en el costado que lo hizo precipitarse por el lado de la plataforma. Mientras caía al agua con torpeza, se raspó la pierna contra la madera astillada.

Cuando empezó a nadar, notó un pie en el estómago y otro en la cara. Las gafas se le iban resbalando de la cara y se deslizaban por el agua; el escozor de la sal en los ojos no tardó en aparecer y Giorgos se dio cuenta de que las había perdido. El mar era opaco, verde, y con la agitación de una docena de nadadores a su alrededor, le resultaba imposible ver. Salió a la superficie jadeando, tosiendo, atontado, ciego.

Por delante de él, hacia el sacerdote, había un remolino de agua. Todos los nadadores debían de haberse sumergido ya, así que tomó una gran bocanada de aire y se zambulló bajo la superficie. Haciendo movimientos pequeños con los

pies, descendió hacia el contorno borroso del grupo que distinguía bajo el agua. Era una masa de carne pálida que parecía unida en un solo cuerpo, un monstruo con muchísimas patas debajo de las olas. Los jóvenes debían de estar en algún lugar cercano a la cruz.

Había oído rumores de que el «ganador» de la cruz estaba siempre preestablecido, pero descartó esa idea, consciente de que él era el nadador más rápido y de que tenía que tener una oportunidad. Para entonces, el resto de los nadadores se estaba quedando sin aliento, así que, uno por uno, comenzaron a emerger a la superficie. Giorgos continuó buceando. Vio un destello, el extremo de la cruz. Todavía quedaba otro nadador allá abajo. Un cuerpo fornido, con una cadena de oro en torno al cuello. Mihalis. Cuando Giorgos se acercó, Mihalis nadó en dirección contraria, de manera que mostró la hilera de delfines que llevaba tatuada en la espalda y el cuello, visible aún bajo aquella luz turbia y acuática.

Debe de subir a por aire, pensó Giorgos. Aquella era su oportunidad. Solo le quedaban uno o dos segundos. Había llegado su ocasión.

La cruz estaba aprisionada, atrapada bajo una roca. Lo que los demás nadadores no habían hecho era tratar de mover la roca. Se habían limitado a tirar de la cruz. Giorgos se puso en pie en el lecho marino y la empujó. La roca se desplazó y el joven pudo empujar la cruz con el dedo gordo del pie. La liberó. Con un movimiento rápido, sujetó la cinta y tiró de ella hacia arriba. Sintió que le ardían los pulmones, que le rugían los oídos, y una claustrofobia repentina.

Subió a la superficie pataleando, sujetando la preciada cruz por encima de la cabeza para que emergiera en primer lugar y la multitud la viese. Salió del agua, resollando, en el interior de un círculo formado por una docena aproximada de nadadores.

Algunos lo abrazaron y lo besaron en ambas mejillas para reconocer su

victoria, pero Giorgos percibió la tibieza de su reacción. No se esperaban que el nuevo fuera a ganar.

Era imposible apreciar la expresión de los demás tras las gafas de natación, pero el círculo se abrió, así que Giorgos nadó hacia el barquito. El sacerdote se agachó para recibir la cruz.

A continuación, Giorgos puso rumbo a tierra firme. Para cuando llegó a la plataforma, todos los demás nadadores ya estaban allí. Le tendieron una mano. Era la de Leonidas, su amigo del colegio. Agotado y débil, Giorgos salió del agua con dificultad. Su madre también estaba allí, y le ofreció su toalla.

Mientras se frotaba con ella para secarse, echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que en la plataforma faltaba alguien. De pronto, cobró conciencia de que un nombre se repetía una y otra vez entre los nadadores.

—¿Dónde está Mihalis?

—¿Tú lo has visto?

—¿Ha estado ahí abajo?

Las preguntas le llegaban volando desde todas partes.

—Sí estaba... Yo lo he visto...

Nadie le hacía caso.

Tres o cuatro nadadores volvieron a zambullirse en el agua y se dirigieron hacia la zona donde se había encontrado la cruz. Uno de ellos continuó nadando hasta el barco para avisar al sacerdote. A aquellas alturas ya había varios barcos más dando vueltas por allí, y todos sus ocupantes empezaron a escudriñar el agua.

La gente lanzaba exclamaciones, gritaba y señalaba. Una oleada de consternación invadió también a los espectadores. Giorgos oía los alaridos desconsolados de la madre y las hermanas de Mihalis. No tardaron en enviarle un mensaje a un buzo de una ciudad cercana.

Giorgos examinó la superficie de las olas mientras reproducía en su cabeza

aquellos últimos instantes en que había visto a Mihalis. Recordaba que el capitán del equipo se había dado la vuelta en cuanto él se acercó, y que no había sido hacia él, sino en dirección contraria.

La gente volvía a arremolinarse en torno a él.

—¿Estaba contigo?

—¿Lo has visto?

—¿Qué ha pasado ahí abajo?

—¿Tenía la cruz?

—¿La cogió él primero?

Con una nauseabunda sensación de miedo y pánico, Giorgos sintió que los rumores ya empezaban a circular. Todo el mundo sabía que Mihalis y él eran rivales en el equipo y que Giorgos había desplazado a aquel hombre que era más fuerte y mayor que él. Mihalis había conseguido poner al resto del equipo en contra de Giorgos, cosa que resultaba obvia tanto cuando estaban en el agua como cuando estaban fuera de ella. Había algo más que una mera rivalidad. Era una acritud implacable, sobre todo tras la temporada anterior, cuando Giorgos había superado el número de goles marcados por el jugador más experimentado, y ahora estaban buscando el cuerpo de Mihalis, y sabían que Giorgos debía de haber sido el último en verlo.

Lo buscaron durante tres días. Equipos de lugareños rastrearon las playas cercanas por si el mar había arrastrado a Mihalis hasta alguna de ellas. Las corrientes predominantes indicaban que tal vez pudieran encontrarlo más al norte, en una de las franjas de arena. Nada. Así que no hubo funeral, no hubo conclusión para la historia, y el padre de Mihalis le dejó claro a todo el que entraba en el *kafenion* sobre quién recaían las sospechas.

La policía habló con todo el mundo, y se reservó a Giorgos para el final. Para entonces, ya se habían formado una imagen de la relación existente entre los dos hombres. A pesar de que se murmuraba que Mihalis había estado

involucrado en varios delitos locales, nadie quería pensar mal de su héroe deportivo. Hicieron caso omiso del robo a mano armada que había tenido lugar a mediados de diciembre y durante el cual mataron a dos hombres. El hermano y el tío de Mihalis habían sido sorprendidos durante la comisión del delito y pronto serían juzgados por asesinato. Todos los testigos habían mencionado la presencia de un tercer hombre, así que algunas personas imaginaban que la policía no tardaría en detener a Mihalis. Giorgos jamás se había metido en ningún tipo de lío, pero eso ya no le importaba a nadie. Más bien al contrario, lo pintaban como un competidor despiadado que era capaz de hacer cualquier cosa con tal de ganar. Sin cadáver y sin pruebas, no podían arrestarlo ni acusarlo de manera formal, pero la comunidad ya había decidido quién era el culpable.

Giorgos no podía marcharse de la ciudad. Huir como un fugitivo habría implicado reconocer su culpa, además de llegar a un sitio nuevo, sin familia, ni amigos, ni pasado. Nadie hacía algo así salvo que tuviera algo que esconder. Giorgos incluso empezó a preguntarse si no sería culpable en cierto sentido.

—La gente no escucha lo que no quiere oír —le decía su amigo Leonidas.

El entrenador se disculpó con Giorgos cuando le dijo que tendría que echarlo, pero sin el apoyo total del resto de los miembros, no podrían formar un equipo sólido. Sus antiguos compañeros lograron un gran éxito en los campeonatos nacionales, y tres de los jugadores participaron en los siguientes Juegos Olímpicos.

Giorgos se buscó un trabajo a una hora de distancia en coche, en una empresa que empaquetaba y exportaba queso feta. Siguió viviendo con su madre, pero nunca se atrevía a pisar el centro de la ciudad. Desde abril hasta octubre, en el camino de regreso a casa se detenía para nadar solo en una

playa desierta e inaccesible, pero durante los meses de invierno volvía directo a casa.

Tres años después de la «muerte» de Mihalis, se celebró una ceremonia en la iglesia. Los fieles fueron tan numerosos como el día de la Teofanía.

Durante casi cuarenta años, Giorgos había vivido de esa forma, como una sombra. Existía, pero no tenía presencia. Es posible que la parte más dolorosa hubiera sido contemplar el declive de su madre. Nunca hablaban de lo sucedido, pero Giorgos sabía que la mujer sentía el peso de la inocencia indemostrable de su hijo y del estigma que había marcado a la familia desde aquella mañana de enero. También había afectado a la vida diaria de Margerita.

Asistir a la Teofanía era la forma en que Giorgos reafirmaba su inocencia. Era el único día en que le importaba mantener la cabeza alta. Ahora los nadadores eran los hijos y los nietos de su propia generación, pero muchos de los espectadores eran los mismos.

No podía pedirle a uno de aquellos clérigos con túnica que lo perdonara, ya que no había nada que perdonar. Para buscar la absolución, primero tenías que ofrecer el pecado. Cuatro décadas más tarde, todavía acudía solo, sintiéndose culpable e inocente al mismo tiempo. Un delincuente sin delito.

Aquel año, como siempre, Giorgos examinó a las personas del público para asegurarse de que no estaba tan cerca como para sentirse incómodo de alguien que lo conociera. Evitaba con especial ahínco a los hombres que habían nadado con él el día de la desaparición de Mihalis.

Cuando miró hacia la izquierda, vio algo que le llamó la atención. Era la nuca de un hombre. Por encima del cuello de una cazadora de cuero barata asomaba el hocico de un delfín. Su propietario estaba calvo casi por completo, así que se veía mucho. Durante los últimos años los tatuajes se

habían popularizado más que nunca, pero no era tan habitual verlos en un hombre de aquella edad.

Una fuerte sensación de intranquilidad se apoderó de Giorgos, que notó que le rompía a sudar la espalda. El hombre que tenía delante llevaba unas gafas de sol semiopacas y una gorra azul oscuro cuya visera le oscurecía las facciones. Se encontraba justo al borde de la multitud. ¿Sería él? ¿Podría tratarse del verdadero Mihalis Nikopoulos, después de tantos años? En cuanto a altura no había diferencia, pero parecía menos corpulento.

Fuera aquel hombre o no el que le había destrozado la vida de manera invisible, la reacción instintiva de Giorgos fue crear cierta distancia entre ambos. Su intento de huida se vio ralentizado por cómo le temblaban las piernas. Mientras caminaba, se encontró con una de las pocas personas con las que todavía se comunicaba. Era Leonidas, su leal amigo del colegio, que jamás había dudado ni por una vez de la inocencia de Giorgos.

—Giorgos... *ti kaneis*? —le preguntó—. ¿Cómo estás?

Leonidas estudió a su amigo con preocupación. Giorgos estaba muy pálido.

—¿Te encuentras bien? —insistió, y le puso una mano en el brazo.

—Ya sabes... —contestó Giorgos con voz trémula—. Como siempre. ¿Y tú? ¿Y tus hijos y tus nietos?

—*Ola kala* —respondió su amigo—. Todos bien.

Acababan de lanzar la cruz al agua y el público avanzó un poco hacia delante para poder ver el agua llena de espuma. La participación era más alta que nunca aquel año, y ahora las palabras de los sacerdotes se amplificaban. Una voz retumbó a través del agua y Leonidas tuvo que gritar para hacerse oír por encima de ella.

—¿Te has enterado?

—¿Enterarme de qué? —gritó Giorgos usando una mano a modo de bocina.

—De lo del viejo Markos Nikopoulos. Murió ayer.

Giorgos se sobresaltó al oír el nombre. Alguna vez había visto de lejos al padre de Mihalis, pero siempre se las había ingeniado para evitar toparse con él cara a cara.

—Su funeral es...

—¿Hoy?

—Esta tarde. Acabo de ver la esquila.

O sea que el hijo había vuelto para el funeral de su padre. Todo encajaba. Era el único acontecimiento que haría regresar a un hombre en tales circunstancias, aun en el caso de que durante su visita permaneciera discretamente entre las sombras para que nadie más fuera consciente de su presencia, excepto tal vez la familia más cercana. A Giorgos no le cupo ninguna duda de que el hombre al que había visto era Mihalis Nikopoulos. Supo que estaba vivo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

Leonidas se sintió desconcertado. ¿Por qué mostraba tanta pena su amigo por la muerte del padre de los Nikopoulos? No tenía ningún sentido.

El alivio estuvo a punto de hacer añicos a Giorgos. Exculpación. Vindicación. Absolución. Aquellas palabras le daban vueltas en la cabeza.

Ahora se había echado a llorar sin control, y Leonidas lo abrazó para sostenerlo.

*Sacaréis con gozo aguas de los manantiales de la salvación.*

*Roguemos al Señor por esta agua, para que el poder, la virtud y la venida del Espíritu Santo la santifiquen...*

Como un maremoto inmenso, las palabras del sacerdote resonaron por encima del mar.

El ritual de la Teofanía fue muy espectacular, muy audaz, muy inesperado. Ver a gente nadando en el mar en un día de enero resultaba surrealista, y me causó una impresión profunda. La gran fortaleza física de los atletas, que cumplieron con su misión acompañados de música y cánticos, me hizo desear que las tradiciones de la Iglesia de Inglaterra fueran más animadas.

Incluso la nuca de Giorgos, que veía solo de lejos, parecía hablar de sus años de sufrimiento continuo y callado. Tantas décadas de existir a la sombra de un mal recuerdo y de una acusación tácita debían de haberle pasado una factura tremenda. Había perdido más de la mitad de su vida viviendo en la penumbra, pero la reaparición de Mihalis Nikopoulos le ofreció la oportunidad de renovarse, un segundo bautismo.

Mientras escuchaba aquella historia, hubo un momento en el que me dije que no debo permitir que pasen los años, que tengo que aprovechar la vida y empezar de nuevo... y con convicción. Durante aquellos días tempranos y cálidos de enero, sentí que comenzaba a deshelarme. Los «días del alción» son del todo embriagadores, y Leonidas me explicó por qué se les da ese nombre. Según Ovidio, Alción, la hija de Eolo, que gobernaba los vientos, se arrojó al mar cuando su esposo se ahogó. Los dos se transformaron en martines pescadores (alciones), y cuando Alción construyó su nido en la playa, su padre calmó los mares para proteger los huevos. Se dice que estos días de serenidad invernal son para la anidación de esas aves, y reconozco que a mí también me proporcionaron una maravillosa sensación de paz. Me quedé a disfrutarlos en Préveza, donde todas las noches cenaba con Leonidas y Dora. Dora, tal como presumía su marido, era una gran cocinera, y estaba resuelta a hacerme engordar. Había perdido varios kilos durante las semanas posteriores a tu «no aparición» y la ropa me quedaba grande, pero para cuando me marché de Préveza, comenzaba a parecer un hombre sano de nuevo.

Conduje hacia el este de Préveza en dirección a Karpenisi. En cierto punto me equivoqué de camino y me perdí por completo; terminé en una carretera sin asfaltar en lo alto de las montañas. Durante muchas horas estuve solo, lejos de la civilización, pero entusiasmado por esa soledad. La ruta fue accidental, pero me llevó por paisajes mágicos que no habría visto si no hubiera cometido un error de lectura del mapa. Me puse a reflexionar sobre la casualidad. ¿Pueden los errores llegar a beneficiarnos en la vida? ¿Es posible que las cosas que parecen un desastre en realidad nos conduzcan hacia cosas mejores? Decidí esperar que sí. Al menos estaba empezando a plantearme esa

posibilidad. En lo alto de aquellas montañas remotas, rodeado de naturaleza, hubo momentos en los que me sentí libre y ligero.

Ellie soltó el cuaderno. Ya llevaba cuatro días en Grecia y estaba disfrutando de hasta el último segundo. Durante el día, se bañaba y tomaba el sol en la playa de su hotel de Tolo y, a media tarde, cogía un autobús que la llevaba hasta Nauplia, donde exploraba algo diferente cada día (un castillo, una iglesia, un museo; era una ciudad rica en belleza e historia, tal como la había descrito Anthony), antes de tomarse algo en la plaza y volver a tomar el autobús de regreso a tiempo para llegar a la cena. El segundo día, le escribió una postal a su madre, pues sabía que esperaba que le enviara alguna. Le pareció muy anticuado escribirla y después pegarle seis sellos que apenas dejaban espacio para anotar la dirección. Sonrió mientras redactaba su entusiasta descripción de Nauplia. «Tiene algo especial.» Sin la prueba de las postales de Anthony, Ellie habría tenido poca confianza en que la suya alcanzara su destino. A sus amigos solo les envió mensajes de texto, con una selfi con el mar de fondo.

Ellie se reservaba el cuaderno de Anthony para las noches, cuando leía unas cuantas historias al día sentada en su balcón. Quería que la atmósfera fuera la quietud de la noche, las estrellas brillantes, el chirriar rítmico de las cigarras, el suave lamido de las olas en la playa. Le parecía la manera adecuada de leer los pensamientos de aquel extraño, de forma íntima y silenciosa, sin el sonido de la música pop que salía del bar ni el metrónomo de los golpes de la gente que jugaba al tenis en la playa. En varias ocasiones había consultado en su mapa la distancia entre Nauplia y alguno de los demás lugares que Anthony había visitado. Lo ideal habría sido hacer una excursión de un día a Préveza o a Patras, pero tras consultarlo en recepción, llegó a la conclusión de que sería imposible encontrar un autobús que la llevara de vuelta en el mismo día, ni

siquiera a Kalamata. Se quedaría donde estaba. Tanto Tolo como Nauplia eran tan bonitas que no le importó. Las descripciones de Anthony tendrían que bastarle por el momento.

Grecia se estaba convirtiendo en un territorio más conocido para ella tanto a través del cuaderno como a través de sus propias experiencias allí. Los olores de aquel país, el sonido de su idioma, el sabor de su comida y las sonrisas de su gente ya iban calando en ella, y comprendía por qué Anthony había decidido continuar con sus viajes en lugar de regresar a Londres para afrontar aquel otoño deprimente. Había sido uno de los más húmedos desde que se tenía constancia, así que Ellie se alegraba de que Anthony se hubiera mantenido alejado de allí. Los días implacablemente grises no habrían mejorado su estado de ánimo.

Ellie nunca había tenido una relación seria, ni mucho menos una que le hubiera provocado tanta angustia. Algunas amigas suyas habían vivido traumas similares y ella había sido un hombro amable sobre el que llorar, pero jamás había imaginado aquellos sentimientos desde una perspectiva masculina, y la amargura que Anthony describía le resultaba muy extraña e intensa.

La soledad de Ellie durante las vacaciones no era muy distinta de la de su vida diaria. Sabía que a otros huéspedes del hotel les resultaba curioso que siempre comiera sola, pero le habría gustado llevar una pancarta que dijera que le daba igual. Una noche, una pareja muy agradable de más de sesenta años insistió en que se sentara a cenar con ellos, pero ni siquiera había llegado el plato principal y Ellie ya sabía más que suficiente sobre los resultados de los exámenes de su nieta y sobre el crucero por el Caribe que habían hecho el año anterior. Prefería mil veces la soledad, así que, durante el resto de su estancia, se retiró enseguida a su balcón, con una copa de vino en la mano, en cuanto terminaba de cenar.

Aquella noche, sentada en una sencilla silla de plástico, con los pies

descalzos apoyados en los barrotes de metal de la barandilla, pensó en cuando Anthony se sintió «libre y ligero». Puede que el vino frío ayudara. Ellie tenía la sensación de estar flotando y, en ese instante, no había nada que la preocupara. Fue un momento precioso, una experiencia poco frecuente y efímera. Serena y curiosa, continuó leyendo.

Casi me quedo sin palabras para describir la belleza de este país. Tal vez la gente que ha nacido aquí, en particular aquellos que no han salido nunca de Grecia, dan por hecho que el resto del mundo tiene el mismo aspecto, o quizá estén tan acostumbrados a ello que ya no les provoca ningún efecto. He tenido muchos momentos de amor a primera vista en Grecia, muchos instantes en los que he sentido el flechazo, el *keravnovolos*. Soy como un adicto, esperando la próxima vez que una vista inesperada esté a punto de pararme el corazón.

Su escultura y arquitectura dejan claro que a los griegos de la antigüedad les importaba la belleza. Cuando observo el interior de una vitrina de cristal que contiene artefactos de hace cinco mil años (esculturas cicládicas, por ejemplo), me doy cuenta de que no son objetos puramente funcionales. No solo entendían la estética, sino que además la veneraban.

Puede que esa sea la razón por la que me sorprende tanto cuando veo algo feo en Grecia. Por lo general es la belleza lo que me deja paralizado, pero a veces también es la fealdad. Como con todo, este país se lleva el premio a los extremos. Hay paisajes que han quedado destrozados por la presencia de enormes estructuras de hormigón, levantadas y dejadas a medio terminar para quizá otros mil años: hoteles, fábricas, edificios de oficinas que han abandonado en plena construcción. Aun cuando los edificios están acabados, a veces los miro y me pregunto «¿por qué?» mientras contemplo horrorizado nueve plantas de ventanas ahumadas de color naranja y cemento resquebrajado. En algunas zonas, parece no existir regulación. Los estilos, los colores, los materiales dan la impresión de enfrentarse unos con otros como anarquistas y policías antidisturbios.

Un día, hacia finales de enero, vi una presa. Una presa gigantesca y abandonada. El mecanismo oxidado que debería haber generado la electricidad, las toneladas de hormigón, los grafitis que ahora lo embadurnan todo son una ofensa, un atisbo del infierno. Permanecerá ahí para siempre, como una herida abierta, la peor violación del paisaje que he visto en mi vida. Se han despilfarrado millones de euros que, en algún lugar, han hecho a alguien muy rico. Me imaginé a los turistas de dentro de dos mil años intentando encontrarle algún sentido a todo aquello: la Acrópolis, la presa al otro lado del río Aqueloo. ¿En el mismo país? ¿Qué se torció? Será tan misterioso como el disco de Festo.

Me quedé allí parado un rato. Era imposible no hacerlo.

No me sentía menos turista que en Nauplia, pero allí, en lugar de estar admirando la belleza y la historia, estaba contemplando la destrucción a una escala nueva para mí. Al final volví a arrancar el coche. Quería poner tantos kilómetros como pudiera entre aquel lugar y yo antes del anochecer, así que continué conduciendo como si huyera del diablo, de nuevo hacia el oeste, en dirección al mar.

Al final llegué a un pueblo cuyo aspecto me gustó. Más adelante descubrí que no estaba lejos de Dodona, un antiguo oráculo. El pueblo estaba sobre todo compuesto de viejas casas de piedra tradicionales, pero tenía una plaza bonita con un *kafenion* y una taberna, y en una calle secundaria vislumbré una panadería. Cuando aparqué, me fijé en que había una docena de esquelas en un tablón al lado de la pequeña iglesia. Por algún motivo, siempre me detengo a leerlas. Son las notificaciones públicas más obvias dondequiera que vayas. La gente tiene que reaccionar rápido si ve en ellas la cara de alguien que conoce, porque el funeral será ese día o al siguiente.

Opino que enterarme de quiénes han muerto y de qué edad tenían me revela algo sobre cada lugar. Si, por lo general, tienen ya ochenta y muchos o noventa y tantos años, es triste pero reconfortante. Allí, sin embargo, entre los octogenarios anunciados aquel día, había un hombre mucho más joven. Se llamaba Constantinos Arvanitis. Tenía sesenta y dos años.

Cuando entré en la taberna, me di cuenta de que el dueño me había estado viendo merodear por el tablón de anuncios.

—*Gnorizeis kapiro?* —preguntó—. ¿Lo conocía? ¿Conocía a Costas Arvanitis?

Aquel día me había puesto una camisa negra y unos vaqueros del mismo color, así que tal vez pensara que había ido hasta allí a un funeral.

La gente de la taberna era simpática, y se alegraron de tener algo de negocio una tarde tranquila de martes. Se llamaba *To Tzaki*, que significa «chimenea», y en la esquina había un enorme fuego de leña que el dueño no dejaba de alimentar. Aunque los días eran bastante cálidos, la temperatura se desplomaba por las noches, y aquel resplandor alegre era un espectáculo más que agradable.

—Nos ha pillado a todos por sorpresa —comentó la esposa—. Arvanitis estaba sano y en forma, siempre atendiendo su parcela, no fallaba ni un día. Delgado, vigoroso, no le sobraba ni un solo kilo.

Me llevó una jarra de agua y unos cubiertos y los dejó sobre mi mesa sin dejar de charlar mientras lo hacía. Sus comentarios estaban más orientados a su marido que a mí.

—Yo opino que debería haberse realizado una autopsia, pero su mujer se ha negado.

Así que, ¿qué se le va a hacer? El médico firmó el certificado y se acabó. Pero a mí no me gusta ni un pelo.

—Eleni... no debes decir esas cosas.

—*Agapi mou*, ha sido demasiado rápido. Un hombre muere de forma repentina. Su esposa no derrama ni una lágrima. Y después lo entierran. Sin una sola pregunta.

—Por aquí es normal —dijo el hombre tras volverse hacia mí—. El funeral se celebra antes de que transcurran veinticuatro horas. Es la tradición. Supongo que, antes de los depósitos de cadáveres, era una necesidad.

—Sí, pero ahora ya existe la refrigeración, *Orestes mou* —lo interrumpió su esposa.

—¡Eleni!

—En cualquier caso, el funeral es mañana. Y todo el mundo se reunirá aquí después. Hoy el menú es un poco limitado, porque estoy preparando todo el pescado para la *makaria*, el almuerzo que se ofrece después.

—No se preocupe —le dije—. Comeré cualquier cosa que no le cause muchas molestias.

Cuando su esposa se marchó a la cocina, el hombre se agachó y me dijo en voz baja:

—Mi esposa no se lo cree, pero confíe en mí, no hubo juego sucio.

Parecía muy seguro.

—La mujer de Costas había empezado a sospechar porque desde hacía un tiempo él siempre volvía tarde a casa, así que me pidió que averiguara si de verdad pasaba todo ese tiempo en su *kypos*... así que me acerqué al huerto a comprobarlo.

Estaba claro que aquel hombre se moría por hablar, pero, por alguna razón, al mismo tiempo se mostraba reticente.

—Se marchará pronto, ¿verdad?

Una vez convencido de que no lo iría repitiendo por el pueblo, me contó lo que había ocurrido.

# ENAMORADO DEL AMOR

Había llovido poco aquel invierno, así que la tierra estaba dura. Estaba tardando más que de costumbre en removerla, pero Costas Arvanitis se alegraba de estar al aire libre al atardecer, justo en el momento en que el sol bajaba y la luna ascendía por encima de las montañas. Los cipreses sobresalían de las laderas como espadas.

Llevaba todo el día trabajando en su pequeña ladera, cavando sin cesar, en un intento por preparar la tierra para la siembra. Eran unas cuantas hectáreas, la mitad de ellas ocupadas por naranjos y olivos. En torno a las ocho, decidió que era el momento de parar.

No fue amor a primera vista, sino a primer oído. Golpeó algo con la pala. No fue el clic metálico de la pala contra un pedernal, un sonido que le hacía rechinar los dientes y que era habitual en aquel terreno rocoso, donde se pasaba la vida cribando la tierra para librarse de las piedras. Fue otro tono. Un clic alegre que resonó como una nota musical, un sonido claro, repiqueteante, parecido al de una campana, un sonido que no había escuchado nunca.

Ya casi no había luz, pero se agachó para ver qué había debajo de su pala. Era imposible apreciar nada con claridad, pero arañó un poco de tierra con las uñas y dejó al descubierto lo que parecía una piedra grande y blanca. Intentó arrancarla del suelo, pero estaba atascada. Tendría que esperar hasta el día siguiente. Recogió sus aperos, se puso en pie y se inclinó atrás para estirar la espalda. Notó que le crujían los huesos. Las horas de trabajo físico suponían un esfuerzo enorme para su cuerpo, pero aquella parcelita era el motivo por el que se levantaba todas las mañanas, su vida.

Dio un paseo por el olivar contiguo, agitando ante sí el encendedor para iluminar el camino entre los árboles. Su *kypos* estaba a casi un kilómetro de la pista de grava donde aparcaba su camioneta, y cargar hasta allí con el peso de

todos sus aperos empezaba a ser desafío para él. Tardaba una media hora a oscuras.

No tenía prisa. Veinte minutos más tarde, ya estaba en el pueblo, y entonces se detuvo primero en el kiosco y después en el *kafenion* para retrasar su llegada a casa.

Las noches todavía eran frescas y se había levantado viento. Notaba frío en los pulmones, así que recibió de buen grado el calor del aguardiente que el propietario le puso delante de inmediato.

—*Stin iyeia sou* —dijo el *kafetzis* mientras dejaba una copa en la barra y la llenaba con un líquido claro—. Salud.

Costas echó la cabeza hacia atrás y se la bebió de un trago. Despacio, volvió a dejar la copa sobre la barra para que se la rellenaran.

Había cuatro hombres jugando a las cartas en la esquina, pero, cuando llegó Costas, ni siquiera habían levantado la cabeza. Se intercambiaban pocas palabras y sonrisas. En aquel lugar se valoraban la paz y la tranquilidad. La pantalla del pequeño televisor que colgaba de la pared estaba apagada.

Allí nadie se interesaba mucho por nadie. Todo el mundo se dedicaba a sus asuntos, y todos tenían las mismas anécdotas que contar. La mayoría tenían hijos que se habían marchado del pueblo y esposas esperándolos en casa. No discutían de política porque compartían las mismas opiniones, y los que eran de derechas iban al otro *kafenion* del pueblo. Les quedaba poco de lo que hablar, y mucho silencio para llenar el ambiente.

En el momento en que puso un pie en su casa, Costas oyó una voz estridente: —¿Dónde has estado? ¿Por qué has llegado tarde? ¡La cena se ha quedado fría! ¿Has traído cebollas? ¿No podrías volver más temprano?

Su esposa le gritaba desde la pequeña antecocina contigua a la sala de estar. El bombardeo de preguntas apenas variaba de un día a otro, al igual que las respuestas que Costas gruñía a cada una de ellas.

Stella, con el pelo gris y tan ancha como alta, entró en la sala con sus andares de pato y puso un plato delante de él y un segundo en el extremo opuesto de la mesa.

Costas empezó a comer, con la cabeza agachada sobre el plato y metiéndose la comida en la boca sin levantar la mirada. No tenían conversación. Aquel mismo patrón se repetía todos los días, como desde hacía muchas décadas. Él miraba la comida, pero no a su esposa. Ella cenaba entre sorbidos y salpicaduras. Solo le quedaban cuatro o cinco dientes, así que le costaba masticar, pero aun así seguía hablando, escupiendo trozos de carne y de verduras en dirección a Costas mientras continuaba con su ataque de chupetones y ruidos.

El televisor estaba puesto a todo volumen, con la pantalla dividida en ocho cuadros. Había una mujer y siete hombres, todos ellos políticos que daban su punto de vista sobre un problema económico para el que no había solución. Ninguno escuchaba a los demás; todos alzaban la voz, todos intentaban que se les oyera por encima de la cacofonía. El debate comenzaba por la mañana y se prolongaba hasta la noche, en uno u otro canal.

La vida de Costas tenía dos partes: el día y la noche. Calma y ruido.

En cuanto terminó de cenar, se preparó para acostarse. La ducha y el váter estaban fuera, así había sido durante las seis décadas de su vida, y el agua no era caliente. A él nunca le habían molestado las duchas frías, pero para Stella constituían la excusa perfecta para no tener que lavarse. A veces la mugre le oscurecía la piel, pero la falta de espejos y de una iluminación fuerte en la casa evitaban que fuera consciente de ello. Como muchas mujeres de aquel pueblo, hacía años que Stella no se veía. Había un espejo pequeño en la habitación de la ducha exterior, el que Costas utilizaba para afeitarse, pero estaba demasiado alto para que ella lo usara. Las comidas quemadas demostraban que Stella no tenía sentido del olfato, algo que su marido

recordaba cada noche cuando subía las escaleras hacia la cama con base de hormigón que compartían. La encontró ya bajo la colcha fina, dando vueltas de un lado a otro y mascullando en sueños. Costas se tumbó a su lado y miró al techo; un haz de luz se colaba por el hueco de las cortinas y se proyectaba sobre las desgastadas coronas de boda que tenían clavadas en la pared de detrás de ellos.

Al final Costas terminó quedándose dormido, y al día siguiente, el escalofriante rechinar de dientes de su esposa lo despertó al amanecer. Salió de la cama, agarró su ropa, se escabulló escaleras abajo y cogió las llaves del coche de la estantería que había junto a la puerta. Al cabo de unos instantes, ya estaba fuera de la casa y arrancando la camioneta, rezando por que el traqueteo del motor frío no la despertara.

La luz todavía era muy escasa, pero para cuando llegara a su *kypos*, el sol ya habría superado la línea de las montañas. A pesar de que todavía le dolían las articulaciones, estaba impaciente por retomar su trabajo con la pala.

El suyo era el único vehículo que circulaba por la carretera. No se cruzó con nadie durante los veinte minutos de trayecto. A pesar de llevar el acelerador pisado a fondo, la aguja del velocímetro apenas alcanzaba los treinta kilómetros por hora. Por lo general era algo que no le molestaba, puesto que no tenía ninguna prisa por llegar a su destino; nunca sentía la presión del tiempo, no había nadie con quien tuviera prisa por reunirse, nada que tuviera prisa por hacer. Excepto aquel día. Aquel día había algo distinto.

Cuando viró hacia el camino sin asfaltar, se le desbocó el corazón. Por fin se detuvo al borde de la pista de grava. Todos sus aperos estaban guardados bajo una lona en la parte trasera de la camioneta. Sacó una pala grande y después buscó un desplantador. En el salpicadero guardaba una botellita de brandy y, tras guardársela en el bolsillo del pecho, echó a caminar con determinación hacia el *kypos*.

Cuando llegó, miró la tierra y posó la mirada sobre la piedra pálida. Primero se centraría en eso. No podría ponerse a sembrar hasta que la sacara de allí. Durante la noche, el viento había apartado unos cuantos milímetros de tierra más y, cuando se acercó, Costas se dio cuenta de que la piedra estaba más expuesta. La limpió un poco con las manos y se percató de que tenía un brillo perlado. De pronto, la pala le pareció demasiado bárbara. Fuera lo que fuese, aquella piedra parecía especial y no quería dañarla.

Se pasó toda la mañana escarbando con las manos para descubrir cada vez más de aquella forma. Daba la sensación de ser una extensión de piedra lisa, sin bordes. Costas no tenía ni idea de cómo podían haber crecido sus tomates, sus calabacines y sus *fasolia* durante tantos años teniendo aquel obstáculo debajo de las raíces. En los últimos tiempos se habían producido algunos movimientos sísmicos en la zona, y debían de haber removido la tierra hasta hacer salir aquella piedra a la superficie. Si la sacaba de su terreno, todo serían ventajas para sus hortalizas.

Entonces, de repente, la piedra pareció alzarse y Costas sintió un pequeño montículo bajo la mano grande y nudosa. Volvió a levantar la pala para cavar y consiguió arrancar enormes terrones de tierra de los lados. Alrededor de una hora más tarde, estaba rodeado por completo de montañas de arena.



Eran las dos de la tarde. Le dolía la espalda y se le habían ampollado las manos. Unas cuantas horas antes, se había quitado la chaqueta y la había dejado en el suelo, y ahora tenía la camisa saturada de sudor. Se acercó a la zona de los naranjos y se dejó caer bajo uno de ellos, con la espalda apoyada en el tronco. A lo largo de las últimas horas no se había alimentado nada más que de frecuentes sorbos de brandy.

La tarea iba a llevarle más tiempo del que había calculado, pero estaba decidido a seguir adelante a pesar de que tenía el pulso acelerado a causa del agotamiento. Continuó durante varias horas antes de dar por concluida la jornada.

Aquella noche no le dio tiempo a pasarse por el *kafenion*, se fue directo a casa. En cuanto devoró la cena y fregó su plato, Costas salió al patio a fumarse el último cigarrillo del día. Su esposa le había lanzado una ráfaga de quejas por su tardanza, pero fuera reinaba un silencio agradable.

Al mediodía del tercer día, todavía espoleado por el repicar de la primera nota musical que había oído, sus sospechas de que aquella no era una piedra normal y corriente quedaron confirmadas. Se trataba de algo delicado liso y esculpido. Poco después, se dio cuenta de que estaba contemplando los cachetes rollizos del culo de una mujer. Acarició sus curvas con la mano y sintió el mármol frío bajo la palma. A las tres de la tarde, tras apartar aún más tierra, desde la hendidura de entre las nalgas, podía seguir con el dedo la sutil marca de una columna vertebral.

Hacia las seis, con férrea determinación, había sacado a la luz una extensión de unos cuarenta por ochenta centímetros. Solo cuando se enderezó para estirarse y bajó la vista hacia su trabajo de todo el día, apreció por primera vez lo que estaba viendo.

Se trataba de un cuerpo entero. Femenino. Ahora tenía toda la parte de atrás al aire; las piernas, el trasero la nuca y el borde de lo que debía de ser el pelo. Entonces empezó a rascar la tierra con mucho cuidado, esta vez con los dedos. La mujer estaba tumbada bocabajo y, tras seguir escarbando, Costas se dio cuenta de que uno de sus brazos descansaba junto a ella. El otro terminaba a la altura del codo. Para Costas, nacido y criado en una zona rural, ver algo así era poco habitual. No había visitado un museo en toda su vida.

Cayó en la cuenta de lo terrible que era estar utilizando una pala y acarició

a la mujer con la mano muy suavemente, con gran cautela.

Guardaba un recuerdo tan distante de cómo era tocar el cuerpo de una mujer que se sintió casi pecaminoso. Habían pasado más de treinta años. Tal vez treinta y cinco. No podía concretar cuándo había sido la última vez que había tocado a su mujer, o que había tenido algún deseo de hacerlo. Cuando se casaron a los dieciocho años, Stella poseía una belleza arrebatadora, a los veinticinco todavía era muy guapa, pero una vez que tuvieron a sus dos hijos fue como si a ella dejara de importarle.

El aumento de peso de Stella no era el único problema (Costas se había acostumbrado a la idea de que su esposa pesaba más que él). Era su descuido de la higiene lo que lo molestaba. Pasaba muchos meses sin lavarse el pelo, y Costas no tenía claro si era la piel o el pelo de su esposa lo que desprendía el tufo que invadía su cama. A los cuarenta años, Stella aparentaba sesenta, había perdido los dientes y le habían brotado pelos en todo tipo de lugares nuevos. Costas no miraba a las esposas de otros hombres, pero tampoco a la suya.

Transcurrieron varias horas más mientras el hombre seguía rascando, ahora ya solo con las uñas. Quitaba los terrones de tierra uno a uno para intentar aflojar la presa que el suelo parecía ejercer sobre aquel cuerpo. Era casi imposible creerse lo que iba saliendo a la superficie. A las diez de aquella noche, Costas estaba exhausto y la oscuridad obstaculizaba sus esfuerzos.

Cuando llegó a casa, había un plato de comida sobre la mesa y su mujer ya estaba acostada. La carne fibrosa se había quedado fría, pero la engulló casi sin masticarla y después se dio su ducha nocturna. Aquel día tuvo que restregarse las uñas con especial vigor. Las tenía todas llenas hasta arriba de tierra tras sus trabajos en el *kypos*.

Cuando salió de la ducha, contempló la oscuridad y una desconocida sensación de alegría lo embargó. Mientras se fumaba el último cigarrillo del día, oyó el ulular de un búho.

A la mañana siguiente, se marchó antes del amanecer y se llevó una escoba de la cocina. La utilizaría para barrer la arena de su descubrimiento.

Puede que aquel día por fin la viera bien.

Empezaba a parecer más un arqueólogo que un agricultor. Incluso se había olvidado de que tenía que sembrar.

Aquella mañana volvió a notar que la piedra se movía un poco. Se moría de ganas de verle la cara, pero todavía tardaría un tiempo en lograr liberar el cuerpo entero y, aun así, puede que entonces le resultara demasiado pesada para darle la vuelta.

Durante muchos más días, trabajó con meticulosidad y cuidado, tratando a aquella mujer como si fuera la cosa más valiosa del mundo. En aquel momento, lo era.

Mientras se esforzaba en quitar la tierra de debajo del cuerpo, Costas encontró un objeto alargado y delgado. Al principio pensó que tal vez fuera el hueso de un animal, pero después se dio cuenta de que era un dedo. Estaba un poco curvado, tenía una uña tallada a la perfección y arrugas a la altura de los nudillos. Se lo guardó con delicadeza en el bolsillo de la camisa. Un rato más tarde, encontró el resto de la mano. Era muy hermosa, muy frágil, y la sujetó con mimo sobre su propia palma. Lo más probable era que hubiera sobrevivido casi intacta durante muchos muchos años, pero Costas la trató como si estuviera hecha de porcelana. La llevó hasta donde había dejado su chaqueta y la posó sobre ella. En su interior despertaban olvidados sentimientos de ternura.

Una madrugada, durante la tercera semana de excavación, Costas se despertó por el aporreo de la lluvia abundante contra el tejado. Se levantó de un salto de la cama, sin interrumpir los ronquidos de su esposa, se puso la ropa (tras comprobar que el dedo índice seguía en el bolsillo de la camisa) y salió de casa.

Fuera, la camioneta cobró vida con un rugido. Costas metió primera con dificultad y se marchó. Debería haber tapado a su mujer el día anterior.

Cuando llegó a su parcela, vio que la zona que él había excavado durante los días anteriores volvía a estar cubierta, esta vez de barro húmedo. Se sintió culpable por no haberla protegido. Mientras salía el sol, utilizó un paño para limpiarla y después continuó con su tarea. Como la tierra estaba mojada, pudo avanzar más rápido y liberó el torso terrón a terrón. Después continuó con las piernas. Era un proceso minucioso, pero no quería precipitarse. La anticipación constituía un placer en sí misma.

Con cada nuevo espacio diminuto de los muslos, de las pantorrillas y de los tobillos que revelaba, la obsesión de Costas por la mujer aumentaba. Era más alta que él. Medía casi dos metros desde lo alto de la cabeza hasta los talones.

Cuatro o cinco días más de trabajo meticuloso, y ya casi era libre.

Los demás hombres del *kafenion* se percataron de que Costas llegaba más tarde cada noche. A medida que se iban alargando los días, él hacía lo propio con sus horas de excavación. También se fijaron en lo delgado que se estaba quedando y en lo despeinado que llevaba el pelo (no sacaba tiempo para la visita semanal al barbero). También se dieron cuenta de lo feliz que parecía. Desaliñado, pero contento.

Aunque por lo general guardaban silencio, aquellos hombres empezaron a murmurar y a susurrar entre ellos.

—Parece que se ha echado novia —indicó uno.

—¿Costas?

—¿Qué otra cosa hace cambiar de costumbres a un hombre? —comentó otro.

—Pero con ese aspecto... —dijo otro—. Está perdiendo la chaveta.

Costas Arvanitis era un hombre enamorado. De eso no cabía duda. Estaba enamorado de Afrodita. Él ni siquiera sabía que se llamaba así, pero se

trataba de ella. Yacía allí desde hacía milenios, esperando a ser encontrada, y, como una Bella Durmiente de la antigüedad, alguien tenía que revivirla. El efecto de su hermosura era muy poderoso. Muchos miles de años antes, como les ocurría a todos los artesanos que representaban a la diosa, su escultor creía que no solo estaba cincelando a la diosa, sino que la estatua era la propia diosa. Costas estaba experimentando la fuerza de tal convicción.

Por fin quedó allí tumbada, bocabajo, liberada por completo. Desnuda, perfecta, sensual y fuerte. La diosa del amor y la belleza. Costas la contempló. Sentía una curiosidad inmensa por su rostro, pero esperaría hasta el día siguiente para intentar darle la vuelta.

En torno a la medianoche, la cubrió con una manta.

—*Kalinihta, agapi mou* —susurró en la oscuridad.

Desde aquel momento y hasta el día siguiente, no pensó en nada que no fuera aquella mujer. La imagen de la diosa invadió sus sueños. De pronto, la vida tenía algo que iba más allá de la lucha del día a día, de los ruidos de una esposa gruñona y de los políticos polemistas, del atisbo en el *kafenion* de caras de sufrimiento cuyas arrugas profundas revelaban el dolor que se había convertido en costumbre. La presencia del amor sustituyó a la ausencia de alegría.

El sol acababa de asomar por encima de las montañas cuando Costas llegó a su *kypos* al día siguiente. Todavía iba de camino por el olivar, pero ya tenía el corazón desbocado. Dejó sus aperos en el suelo y apartó la manta. Allí estaba, en toda su perfección. Los primeros rayos del sol hacían que pareciera más blanca y pura que antes. Incluso había trazas de cristal en el mármol que la hacían destellar.

Sirviéndose de varios tablones de madera que había arrastrado desde su camioneta y de una cuerda, Costas tendría que levantar el cuerpo haciendo palanca para darle la vuelta. Era tarea para media docena de hombres, pero él

no quería compartir con nadie a aquella mujer. Estaba resuelto a hacerlo solo. Tardó un buen rato en ponerlo todo en su sitio y los primeros intentos fracasaron. Durante todo el proceso, Costas pasó mucho miedo por si la mujer se rompía.

Al final, en torno a las tres de la tarde, la disposición de los diversos elementos encajó. Cuando Costas hizo presión sobre la palanca, la mujer se elevó ligeramente de su posición yacente.

Solo durante un instante, antes de que la diosa cayera, Costas vislumbró su rostro. Fue solo un atisbo breve de su perfil, pero bastó.

Vio una nariz fuerte, unos labios carnosos y el borde del óvalo perfecto de un ojo. Con un ligerísimo toque de cincel, el escultor había insinuado las líneas de una sonrisa en la comisura de aquel ojo.

No solo su cuerpo, sino también su rostro, carecía de defectos.

Costas resolló. Cuando Afrodita volvió a caer bocabajo sobre la tierra, el hombre sintió la tremenda fuerza del poder erótico de la diosa, tal como le había sucedido a todo mortal anterior a él que hubiera posado la vista en ella.

Volvió a jadear. Notó que la falta de aliento se prolongaba, y que pronto la seguían una presión en el pecho y dolores en los brazos. Supo que se había forzado demasiado al levantarla.

Costas se tumbó con la esperanza de que aquel gesto aliviara aquellos malestares y pinchazos extraños. Se tendió cerca de la estatua y colocó la cabeza sobre uno de sus hombros. Le resultó tan suave que se sorprendió, y se dio cuenta de que su mejilla encajaba a la perfección en el hueco del cuello de la diosa.

Nunca volvió a levantarse. Para cuando Orestes llegó al *kypos* de su amigo, ya era demasiado tarde para hacer nada. Se fijó en que Costas tenía una sonrisa dibujada en la cara. Con tristeza, Orestes apartó el cuerpo del hombre a un lado y, al hacerlo, notó el trozo de piedra dura que llevaba en el bolsillo

de la camisa. Sacó el dedo y después envolvió a Costas en la manta que él había utilizado para proteger a Afrodita.

Orestes sabía que el descubrimiento de una escultura antigua en un sembrado, o incluso en una ciudad, interesaba a muy poca gente. Podía causar graves alteraciones en la vida cotidiana. A lo largo y ancho de Grecia, los trabajos de construcción (el metro de Salónica era un buen ejemplo) se prolongaban diez veces más de lo que deberían si existía cualquier sospecha de que hubiera restos antiguos en las proximidades. En el pueblo nadie se alegraría del descubrimiento de aquel artefacto. A saber qué más podría haber allí abajo. Lo último que querían era que los arqueólogos ocuparan sus tierras y les prohibieran edificar o practicar la agricultura en ellas.

Volvió a tapar la escultura con capas y más capas de tierra. Tardó alrededor de una hora en cubrirla de nuevo y en levantar un montículo que después le permitiera igualar una vez más el terreno.

Volvió al pueblo a toda velocidad y fue a ver a Stella.

—Debe de haber sido un ataque al corazón —dijo la mujer.

El médico fue de la misma opinión. Orestes se acercó al *kafenion* y, con ayuda de otros dos hombres del pueblo, cargó una carretilla en una camioneta y fue a recoger el cadáver. El funeral se celebraría al día siguiente, pero antes de que lo enterraran, Orestes visitaría la casa de Costas, donde su amigo yacería en un ataúd abierto, y deslizaría con discreción el preciado fragmento de Afrodita en el bolsillo superior del único traje del difunto. Sabía que era lo que Costas habría querido.

Tal vez otro hombre, en años venideros, escarbara la tierra e hiciera un descubrimiento similar. Era posible que Costas no hubiese sido el primero...

Tengo una imagen de Costas, feliz y satisfecho, en el momento de su muerte. Puede que eso sea lo que de verdad importa. Creo que, durante esas pocas semanas, sus sentimientos por Afrodita reavivaron en él un entusiasmo por la vida que había perdido. Los griegos reconocen que hay diversos tipos de amor y que no hay una única palabra que encaje con todos ellos. Las fronteras entre unos términos y otros son borrosas, pero, en un sentido amplio, *agapi* (tal vez la más cerebral) se refiere a Dios y a la familia, *philia* se utiliza para la amistad y *eros* en el caso de la atracción sexual. *Eros* llevaba muchos años ausente de la vida de Costas y, durante un breve período de tiempo, pudo volver a sentir su enorme y enriquecedor poder.

En muchos pueblos de montaña por los que pasé, donde los ancianos han perdido los dientes, el pelo y el interés en su aspecto, resulta difícil imaginar qué posible atracción continúa existiendo entre los sexos. Dado que la apreciación de la belleza parece ser algo innato, uno se pregunta por qué la naturaleza bendice a tan poca gente con ese don, y además durante un lapso de tiempo tan limitado.

No me burlo de la veneración por la belleza de Costas. El poder de Afrodita lo abrumó. Me he dado cuenta a lo largo de estos últimos meses de que apreciar la belleza y que la belleza te seduzca son dos cosas distintas. En el futuro seré más precavido, ahora que sé que puede hacernos perder la cabeza. Sócrates dijo: «La belleza es una tiranía efímera.» Tenía razón.

Asistí al funeral de Costas y su familia me acogió en el almuerzo posterior. En ningún momento me sentí como un intruso. Observé a Stella, toda vestida de negro, y me di cuenta de que no parecía estar sufriendo mucho más que yo.

Orestes y Eleni me alquilaron una habitación encima de la taberna y terminé quedándome muchas semanas. Me sentía como en casa. Incluso les cogí cariño a los insistentes gatos que se me enredaban entre las piernas todas las noches durante la cena... Y, a regañadientes, solía dejarles un bocado de las delicias que cocinaba Eleni. Escribía durante todo el día y pasaba la gran parte de todas las noches en el *kafenion*. Uno de los clientes (que había acompañado a Orestes a llevar a Costas a casa) tuvo la paciencia de enseñarme las tres variantes del backgammon a las que juegan en Grecia: *plakoto*, *fevga* y *portes*. Mientras jugaba me olvidaba de todo lo demás, ya que era fundamental no perder la concentración ni un instante. El *tavli*, como se lo conoce aquí, me parece la mejor metáfora del funcionamiento de la vida. La suerte dicta cómo caen los dados (tal

vez un seis doble, puede que un uno y un dos), pero entonces depende del jugador decidir qué ocurrirá a continuación. En el momento en que empujas con los dedos las fichas desde un triángulo hasta el siguiente, la buena fortuna, la destreza, la experiencia, la sabiduría, la estupidez, la falta de atención y la concentración pueden desempeñar un papel. Incluso comencé a ganarle alguna partida que otra.

Casi dos meses después de llegar a aquel pueblo, había llegado a la mitad del borrador de mi libro y, a pesar de las protestas de Eleni y Orestes, sentí que debía pasar página. Eleni estaba empeñada en presentarme a su sobrina soltera.

—Es maestra de escuela —me dijo—. Y vendrá desde Arta a finales de marzo a pasar sus vacaciones. Tiene casi treinta y cinco años. Tendríais mucho en común... ¡Y tú necesitas una buena mujer!

—No querrá a alguien de mi edad —insistí—. Tengo cuarenta y cinco.

—Bueno, todavía eres un hombre guapo —dijo Eleni mientras me acariciaba la mejilla con cariño.

Debía tener tacto, pero lo último que se me pasaba por la cabeza era meterme en otra relación. No estaba ni preparado ni interesado en ello.

Además de todo eso, todavía me quedaba mucha Grecia por ver. En la pared que había detrás de la mesa donde siempre me sentaba a cenar había un viejo póster. Casi parecía un fotomontaje. Era un antiguo monasterio asentado sobre un pilar de roca natural, y debía de ser inaccesible por completo desde el suelo.

—Tienes que ir a verlo —recalcó Eleni—. *Akseizi ton kopo*.

—Tiene razón —dijo Orestes, que no acostumbraba a estar de acuerdo con su esposa—. Merece la pena.

Tras prometerles a los dos que regresaría en el futuro y que les llevaría un ejemplar del libro que estaba escribiendo (Orestes y yo habíamos pasado muchas horas charlando sobre el poder de la escultura), hice las maletas y, una mañana a las diez, con gran tristeza, me marché del pueblo. Allí había encontrado verdadera paz.

Mi siguiente destino estaba más planeado que el anterior.

En realidad el póster no me había preparado para el paisaje extraño, casi sobrenatural, de Meteora. Me sentí como si hubiera llegado a otro planeta. Meteora significa «suspendida en el aire», y esa era la sensación que daban los monasterios, muy por encima de mi cabeza, sobre cumbres de seiscientos metros de altura. Hace alrededor de veinticinco millones de años, cuando había agua a la altura a la que ahora están los

monasterios, apareció una grieta que permitió atravesar la roca y llegar al Egeo. Desde entonces, el viento y la lluvia han moldeado un paisaje que es a la vez místico y sublime.

Hace más de mil años, los primeros ascetas, con el objetivo de negarse los placeres del mundo y de la carne, treparon hasta las cuevas que se habían erosionado en aquellas rocas. Lejos del mundo, por encima de las nubes, buscaban un estado de éxtasis que los conectara con Dios.

Unos cuantos siglos más tarde, en una hazaña de la ingeniería casi imposible, unos monjes subieron piedras hasta lo alto de una cima y construyeron el primero de veinticuatro monasterios. Hoy en día se conservan seis, con pequeñas comunidades de monjes sin más compañía que la de las imágenes pintadas de los santos. Viven muy alejados del mundo y más cerca del cielo.

Después de subir por un camino muy empinado para visitar el más alto de los monasterios, Megalou Meteorou, reflexioné sobre el efecto que ese aislamiento ejercería sobre los pocos monjes que vivían allí. ¿Continúa proporcionándoles paz mental?

En Kalambaka, la ciudad más próxima a los monasterios, conocí a un sacerdote. Ambos estábamos esperando en una larga fila ante un cajero automático, cosa que parecía extraña. Nos pusimos a hablar, al principio acerca de las restricciones en las retiradas de los bancos griegos (aún seguían vigentes, muchos meses después de haberse establecido).

—Personalmente, yo puedo apañármelas muy bien con sesenta euros al día —me dijo—. Es más de lo que necesito para un mes.

Imaginé que era cierto. Le pregunté por la forma de vida monástica en aquella región remota, y me dijo que la soledad y la separación del mundo no le sientan bien a todo el mundo. Con un ligero gesto de la cabeza, señaló el monasterio que se veía por encima de nuestras cabezas y me contó algo que había ocurrido allí hacía unos cuantos años.

UN HOMBRE EN LA CIMA  
DE UNA MONTAÑA

El teléfono sonó en el salón, y un hombre alto, musculoso, de unos cuarenta y cinco años, levantó el auricular del soporte con brusquedad. La señal se interrumpió, pero él sabía quién había llamado.

—¡Giannis! —gritó hacia la otra habitación—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Giannis apareció en el salón.

—Dile a esa chica que deje de llamar —ordenó enfadado—. Ya la ves bastante en el colegio.

Le dio a su hijo mayor un buen cogotazo cerca de la oreja.

—¿Por qué no puedes parecerte más a tu hermano?

Dimitris, que estaba leyendo en silencio en un rincón, había anunciado hacía un tiempo su intención de dedicarse al sacerdocio. Un profesor de su colegio había llevado a un grupo de chicos a visitar uno de los monasterios del Monte Athos, situado a apenas quince kilómetros de donde vivían. Tras la excursión, Dimitris no había vuelto a ser el mismo.

—He recibido la llamada —les dijo a sus padres.

Al contrario que Giannis, que era mayor que él, Dimitris jamás le había dado una patada a un balón, era estudioso y no pensaba en las chicas. Ahora, su principal preocupación era Dios.

La abuela de los muchachos, que vivía con ellos, se santiguaba a todas horas: en los trenes, en los autobuses y en la calle; trazaba una y otra vez el mapa del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sobre su pecho. Era una obligación cada vez que veía flores en recuerdo de algún difunto junto a la carretera, una capilla o una iglesia, y resultaba difícil pasar más de unos cuantos cientos de metros sin ver alguna de esas cosas. Antes de la visita de Dimitris al Monte Athos, esa era la experiencia más cercana a la religión que los chicos habían tenido, aparte de cuando aquella misma *yia-yia* los llevaba a la iglesia en Semana Santa. La religión de su padre era transparente y líquida. Si no quería

que su esposa fuera a la iglesia, ella no le llevaba la contraria. Había sido víctima de su maltrato alcohólico en tantas ocasiones que no quería añadir más provocaciones.

Sin embargo, cuando la *yia-yia* se enteró de la decisión de Dimitris, reaccionó como si le hubieran dado una bofetada:

—*Thé mou!* (¡Dios mío!)

Ella era una mujer devota, pero que su propio nieto dedicara toda su vida a Dios... Eso era harina de otro costal. ¿De dónde había sacado tal idea? Era una locura.

—No deberías haber dejado esa foto del Monte Athos en su habitación —le espetó a su hija—. Ni siquiera deberías haberle permitido ir a esa excursión. ¡Menudo panorama! No es normal en un crío de su edad.

La madre pensaba que se trataba de una fase de la adolescencia. Tenía un hijo que rezaba y guardaba una Biblia junto a la cama, y otro con acné y revistas porno debajo del colchón. Esperaba que al madurar ambos dejaran atrás sus respectivos hábitos. Su marido amenazaba con pegarles una paliza si no lo hacían.

Al cabo de unos cuantos años, Giannis dejó de tener granos, pero Dimitris se fue a estudiar para convertirse en sacerdote y, cuando terminó, lo enviaron a un lugar muy alejado de donde vivía su familia. Meteora estaba a mucha distancia del mar, y los veinticuatro monasterios (de los cuales solo un puñado continuaba funcionando) se tambaleaban de manera precaria sobre columnas de piedra caliza, a mil metros de altitud. Era como si los sacerdotes vivieran entre este mundo y el siguiente, suspendidos a medio camino entre la tierra y el cielo. Las casas que se erigían a su sombra jamás veían el sol.

Todos los años, Giannis emprendía aquel largo viaje para ir a ver a su hermano. En su caso, la visita anual a Dimitris era el único día en que entraba en contacto con lo sublime. Cuando empezaba a circular a toda velocidad por

la carretera sin curvas que salía de Karditsa en su último deportivo, notaba un subidón de adrenalina. No se lo producía el primer atisbo de los monasterios, remotos y misteriosos en las alturas, sino poder pisar el acelerador a fondo en una carretera casi vacía.

Cada vez que viajaba a Meteora conducía un vehículo un poco más ostentoso. Durante los primeros tiempos de la estancia de su hermano en las montañas, había ido a verlo en un Nissan. Después había pasado a un BMW y, aquel año, se trataba de un Porsche rojo. Por desgracia, su hermano pequeño nunca veía su coche, porque Giannis se veía obligado a aparcar a cierta distancia.

Por lo general siempre visitaba a Dimitris a principios de año, cuando el clima era neblinoso, y además aquel mes las nevadas habían sido copiosas en aquella zona de Grecia. Cuando cerró el coche, se dio cuenta con fastidio de que se le había olvidado llevar un par de zapatos de recambio. Sus mocasines de ante eran del todo inapropiados para la subida al monasterio, que implicaba un prolongado ascenso a través de un bosque de árboles antiguos cuyas hojas formaban una alfombra húmeda sobre el suelo.

Tenía que concentrarse en cada paso. Una niebla densa oscurecía todo lo situado a una distancia superior a cinco metros, pero cuando llegó a lo alto de la montaña, vio que había aparecido por encima de las nubes.

Ya veía el monasterio y, unos cuantos minutos después, llegó al camino empedrado que llevaba hasta la puerta de entrada. Se quedó allí plantado y contempló desde lo alto el paisaje de ondulante niebla gris. En ese momento, vio una figura que emergía de ella, flotando sin esfuerzo por el cielo.

Giannis sonrió. Daba la sensación de que Dimitris se acercara en una especie de nave espacial.

Su hermano bajó del pequeño teleférico y se encaminó hacia Giannis.

Llevaba entre las manos una bolsa de plástico azul llena de provisiones que un tendero de la zona les dejaba abajo todas las semanas.

Giannis lo abrazó y captó el tufo del cuerpo sin lavar y del pelo con olor a rancio de su hermano. Vio que Dimitris tenía la barba apelmazada. La chaqueta negra tejida a mano que llevaba puesta encima del hábito tenía varios agujeros, y el hábito en sí estaba lleno de manchas. ¿De sopa? ¿De leche? Podría haber sido cualquier cosa. Lo sorprendió el cambio de apariencia de Dimitris con respecto al año anterior.

—Buena forma de viajar —comentó Giannis—. Pensé que era Dios el que llegaba.

—Algo más seguro que el método anterior —dijo Dimitris con una sonrisa.

Antes de que se construyera el teleférico, los monjes solían izarse unos a otros desde abajo en una red.

Mientras caminaban juntos hacia la puerta, Giannis se dio cuenta de que su hermano cojeaba.

—¿El pie...? —preguntó.

—No, no. Es solo que se me ha roto una sandalia. Tengo que coserla.

La correa se había desgastado y partido, así que Dimitris andaba arrastrando el pie para que no se le saliera la sandalia.

Giannis recordó con disgusto que lo más probable era que sus zapatos también quedaran inservibles. Tenía empapados hasta los calcetines, y notaba que empezaba a perder la sensibilidad de los dedos de los pies.

Bajo las capas de denso pelo negro que cubrían la cabeza y la cara de Dimitri, la piel de su hermano era pálida y pura, protegida de los elementos por las altísimas paredes del monasterio, donde nunca entraba la luz del sol. Apenas tenía arrugas en la cara. A pesar de la barba, tenía un aspecto infantil.

La bebida, las drogas, el tabaco, las noches de juerga y la exposición al sol estaban entre los placeres y vicios de la vida que habían hecho envejecer a

Giannis. A ellos se añadía la ansiedad constante de tener que encontrar formas arteras de evitar pagar deudas e impuestos, de escaquearse, de trapichear. Físicamente, sin embargo, estaba en buena forma.

A pesar de llevar una vida de excesos, siempre sacaba tiempo para ir al gimnasio a levantar pesas con regularidad, y de vez en cuando corría medias maratones.

Dimitris no se fijó en su hermano. Lo único que le llamó la atención fue el vistoso logo que llevaba estampado en la chaqueta y, cuando entraron en el monasterio, que el olor de las velas que ardían por todas partes no bastaba para esconder el de la potente loción para después del afeitado de Giannis.

Dimitris dejó la bolsa de provisiones en una pequeña trascocina que había junto a la entrada, y los dos hermanos se dirigieron a la capilla.

Los murales de la pared se contaban entre los más excepcionales y valiosos de Grecia. Los había ejecutado un artista cretense hacía cuatrocientos años. Theophanis también había pintado en el Monte Athos, y los rostros que los rodeaban en aquel instante mostraban la misma mezcla de alegría y tristeza, la *harmolipi*, que tanto había afectado a Dimitris durante su excursión escolar.

Había una gran fuente de pan consagrado cortado en dados en una mesa baja delante de ellos. Giannis, después del largo ascenso, sintió un hambre repentina y tuvo que resistir la tentación de coger un trozo.

Dimitris se fijó en que su hermano no paraba de sacudir el pie izquierdo con nerviosismo y en que la pequeña hebilla dorada del zapato reflejaba la luz cada vez que lo movía. Se dio cuenta de que Giannis necesitaba nicotina.

—Supongo que las reglas no habrán cambiado, ¿verdad? —preguntó Giannis.

Resultaba irónico que, en un lugar donde unos preciosos murales del siglo XVI iban oscureciéndose y desapareciendo poco a poco bajo una bruma de humo de velas e incienso, estuviera prohibido fumarse un cigarrillo, incluso en

el exterior, donde la ceniza podía tirarse al vacío de cientos de metros que tenían debajo.

—No, lo siento —contestó Dimitris con la mirada levantada hacia el cielo.

—¿Es la ley de Dios?

—No —dijo Dimitri—, del que está por encima de Él.

—¿El obispo?

Cuando Dimitris se internó en la capilla y se sentó, Giannis lo estudió con más detenimiento. En contraposición a su rostro juvenil, su hermano tenía un vientre prominente y la espalda encorvada; a Giannis le parecía un hombre echado a perder. Él se sentía muy orgulloso de su propio físico.

El radio de giro de Dimitris era más pequeño que el patio de una cárcel. Sus feligreses podían aparecer en cualquier momento, y siempre esperaban encontrarlo allí. Desde que habían instalado el teleférico que lo subía y bajaba de la roca, el escaso ejercicio que practicaba antes había quedado reducido a caminar unos cuantos metros cada día.

—¿Cómo están nuestros padres? —preguntó Dimitris.

—Igual —contestó Giannis—. No cambia nada. Padre sigue bebiendo. Incluso más, ahora que la *yia-yia* no está. Al menos ella intentaba disuadirlo.

—¿O sea que todavía le levanta la mano a madre?

—Pues claro.

—¿Y tú no puedes hacer nada?

—¿Y tú? Reza con más ganas... —Giannis todavía hacía todo lo que podía por provocar a su devoto hermano, igual que cuando eran pequeños—. Vivo encima de ellos, así que a veces oigo lo que ocurre, pero cuando bajo por lo general ya ha pasado todo. Allí están, sentados viendo la tele, madre sorbiéndose la nariz y fingiendo que está resfriada.

Se quedaron callados un instante. Giannis se preguntó si Dimitris estaría rezando, pero, de todos modos, no tardó en interrumpir el silencio.

—*Gamoto!*—Resultaba chocante que una palabrota resonara en aquel lugar sagrado, pero Dimitris no reaccionó—. Madre te ha hecho unas galletas... Me las he dejado en el coche.

—Todo un detalle por su parte. Pero estamos en Cuaresma, así que no te preocupes. Puedes comértelas durante el camino de regreso.

Dimitris estaba muy acostumbrado a que su familia viviera ajena al calendario de la Iglesia.

Giannis no podía preguntarle a su hermano qué había estado haciendo, porque ya sabía la respuesta: leer la Biblia, rezar y meditar. Después de tanto tiempo, Giannis seguía sin saber si existía alguna diferencia entre aquellas actividades. Lo único que tal vez podría llegar a interesarle serían las confesiones. Siempre sentía curiosidad por lo que la gente descargaría sobre su hermano, y por cómo les respondería una persona que no sabía nada sobre el pecado.

—¿Cómo va el negocio?—quiso saber Dimitris.

—Va bien, a pesar de todo—contestó Giannis—. La gente se gasta todo lo que tiene en cafés. ¡Cuando Grecia se hunda, los pillaré a todos tomando café!

En aquella época Giannis dirigía cinco puntos de venta de una franquicia de café. Durante la reciente crisis, había empezado a ofrecer los precios más bajos de Atenas, así que todas las mañanas se formaban colas ante todas sus tiendas. Le estaba yendo muy bien.

—Digamos que ofrezco un servicio público... más o menos como tú.

Dimitris era un hombre de pocas palabras. El sarcasmo de su hermano no hizo mella en él.

—Ya sabes a lo que me refiero... La confesión... El café y la confesión, ¿no crees que tienen algo en común? Son un remedio rápido para hacer que la gente se sienta mejor.

Dimitris entrelazó las manos sobre el regazo y bajó la mirada hacia ellas.

Lo mejor sería no morder el anzuelo que le acababa de lanzar su hermano si no quería terminar debatiendo acerca de las diferencias entre una bebida con cafeína y uno de los sacramentos. En silencio, le suplicó a Dios que le diera fuerzas para mantener la calma y se clavó con fuerza las uñas de una mano en el dorso de la otra. La mención de la «confesión» por parte de su hermano le había provocado un terrible suplicio interno.

La mujer. Siempre la tenía en la cabeza.

Una pareja había visitado el monasterio hacía unos cuantos meses. Había sido en agosto, cuando grandes cantidades de viajeros se desplazaban hasta Meteora. Muchos de ellos eran turistas normales y corrientes cuyo principal interés era sacar fotos, pero otros llegaban hasta allí en una búsqueda más espiritual.

Un día había llegado una excursión bastante numerosa en autobús. La mayoría de los excursionistas superaba los setenta años, y para muchos de ellos alcanzar el monasterio había supuesto un esfuerzo considerable.

También había una pareja más joven, y Dimitris se había dado cuenta enseguida de que no formaban parte del grupo principal.

El marido se había alejado en dirección al museo, pero la esposa se había quedado en la sala donde Dimitris y su hermano estaban sentados en aquel momento. Hacía un día caluroso, así que era natural que a cualquiera le apeteciera descansar.

La mujer tenía una melena larga, rizada y rubia que enseguida llamó la atención de Dimitris. Todas las mujeres que habían llegado en el autobús llevaban el pelo corto y tieso, pues habían acudido a la peluquería a que las acicalaran para la salida.

Ninguna de las personas mayores mostró el menor interés en hablar con Dimitris, pero él se percató de que la mujer más joven estaba intentando llamar su atención.

—Perdone —dijo ella en voz baja—, ¿puedo confesarme? Necesito hacerlo lo antes posible.

La mujer clavó una suplicante mirada de ojos verde oscuro en los de Dimitris. Parecía menuda y vulnerable, y sin embargo tenía algo salvaje que su melena leonina y rebelde no hacía sino acentuar.

Era extraño que alguien tuviera tanta prisa por confesarse, pero más tarde Dimitris se dio cuenta de que la mujer quería hacerlo mientras su esposo estuviera curioseando en el museo.

—Venga conmigo —le dijo.

Entraron en la capilla y Dimitris la guio hasta el santuario, donde descolgó el *epitrachelion*, la estola sagrada, de su gancho y se lo puso en torno al cuello. Aquella prenda lo transformaba en alguien capaz de absolver los pecados de su feligresa, y al final de la confesión Dimitris se la colocaría a ella sobre la cabeza y leería la oración del perdón.

Se sentaron uno frente a otro y ella empezó a hablar. Su voz era tan baja que Dimitris tuvo que inclinarse hacia delante para poder oírla.

—Estoy muy avergonzada —dijo—. Mis pecados son graves.

—Dios la perdonará —contestó Dimitris—. Dios limpiará sus pecados.

—No creo que pueda hacerlo —susurró ella—, porque no soy capaz de librarme de mi deseo.

Una urgencia jadeante marcaba sus palabras.

—Él perdona toda imperfección, purifica de toda transgresión.

—Pero paso todos los minutos del día, todas las horas del día, con la mente llena de deseo, mis impulsos son tan poderosos que no puedo resistirlos...

La voz de la mujer era ronca, estaba cargada de sexualidad. Removió algo en la memoria de Dimitris, que empezó a sudar con profusión mientras la escuchaba. Sus palabras iban y venían mientras Dimitris trataba de concentrarse en lo que le decía. El sacerdote tuvo la sensación de que la

temperatura de aquel espacio pequeño, sin ventilación, aumentaba, hasta que empezó a faltarle el aire, a marearse. Se esforzó por permanecer sentado, se aferró al borde de su escritorio para no desplomarse. De pronto comprendió, con horror, que el pecado que jamás podría limpiarse era el suyo, el de Dimitris.

Cuando recuperó la conciencia, estaba tumbado sobre el frío suelo de piedra. La mujer se había marchado. Había salido corriendo en cuanto Dimitris se había desmayado y había avisado a un novicio que estaba de visita y que era quien, en aquel momento, le estaba enjugando la frente con un paño húmedo. El sacerdote tenía la estola retorcida bajo el cuerpo.

Permaneció tendido, inmóvil, atormentado por el recuerdo de la transgresión adolescente que había intentado reprimir día tras día y que de repente había regresado en tromba.

Solo una vez, más o menos un año antes de que se marchara de casa para ir a la Facultad de Teología, Giannis lo había convencido para que entrara en el dormitorio de su abuela. La *yia-yia* había salido con su madre para asistir a un funeral. En su habitación había un teléfono. Giannis llamó, y no por primera vez, a una línea caliente para hablar con una persona llamada «Natalia». Él ya había hablado con ella antes, pero en aquella ocasión forzó a Dimitris a escuchar, cuando llegara su turno, lo que a aquella mujer le gustaría hacerle a un adolescente anhelante. La sensación de deseo que lo invadió le resultó extraña y abrumadora, y cuando Giannis le puso delante una revista porno, la imagen de una Natalia desnuda apareció en su cabeza: piel nacarada, pechos enormes, pelo ondulado, rubia de bote.

Un portazo en la entrada interrumpió el encuentro. Dimitris dejó caer el auricular del teléfono, pero su padre ya estaba en la habitación.

Junto a la ventana, Giannis esbozó una sonrisa de satisfacción. Entretanto, Dimitris intentó subirse la cremallera a toda prisa, con la cara colorada. Su

padre, que volvía directo del bar, le extrajo la información suficiente para justificar darle una buena zurra en el trasero aún desnudo.

Su charla con Natalia era lo más cerca que Dimitris había estado en su vida de mantener cualquier tipo de encuentro sexual, pero la vergüenza de que lo hubieran «pescado» lo había acompañado siempre, incluso lo había perseguido en sueños. La mujer del teléfono continuaba siendo el objeto de sus fantasías habituales.

Aquella voz que había oído en el santuario era la misma voz que lo había perturbado durante los últimos quince años. Idéntica a la de Natalia.

La confesión de la mujer había tenido lugar hacía varios meses, pero desde entonces el recuerdo de su voz lo había torturado todos los días, lo mantenía despierto hasta las dos o las tres de la madrugada, y entonces se levantaba para pasar el resto de la noche arrodillado, rezando hasta que se le agarrotaba la espalda y derramaba lágrimas de dolor por el roce de las rodillas contra el suelo de piedra.

Se confesó, pero nada aligeró la carga de su pecado ni silenció su obsesión. Dimitris llevaba meses sufriendo, y la expresión del rostro de los iconos que lo rodeaban ya no le parecía bondadosa. Era de reproche.

Giannis miró su Rolex.

—Tengo que irme —dijo.

Dimitris se puso de pie.

—Gracias por venir —contestó.

—Me ha alegrado verte —dijo Giannis, que en lugar de acercarse a su hermano, más bien retrocedió.

—Dales recuerdos a nuestros padres —murmuró Dimitris.

La sólida puerta de madera se cerró a su espalda y Giannis se sintió aliviado de poder marcharse. Había estado allí dentro una hora y ya había sido más que suficiente. Bajó resbalando y deslizándose por la ladera. Le resultó

aún más difícil que el ascenso. Tardó unos cuarenta minutos, pero por fin alcanzó a ver su coche, que relucía como un tomate maduro en el camino de más abajo.

Cuando llegó hasta él, entró y se quedó un rato sentado. Cogió del asiento del pasajero las *koulouria* dulces que su madre le había hecho a Dimitris, se comió cinco, una detrás de otra, y después encendió un cigarrillo.

No mucho después de que Giannis se marchara, las puertas del monasterio volvieron a abrirse y Dimitris salió a toda velocidad. Ya no podía soportar la mirada de los santos que lo observaban desde lo alto de las paredes y los techos, ni las imágenes del cielo y el infierno que lo rodeaban por todas partes. Se mofaban de él. La certeza de la salvación lo había abandonado. Ya no estaba seguro de que, cuando llegara el momento, él fuera a estar entre las ovejas y no con las cabras. Café... confesión... A lo mejor su hermano tenía razón. Tal vez tuvieran tan poco valor el uno como la otra.

No era capaz de encontrar a Dios dentro de las paredes del monasterio. Alguna vez había pasado la noche en una de las cuevas cercanas donde los ermitaños se habían retirado a meditar y apartarse del mundo, pero allí no logró sino adentrarse más en la negrura de su propia alma. Las palabras de Jesús en el Evangelio según san Mateo lo siguieron hasta allí, era como si retumbaran contra las paredes rocosas:

«Cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón.»

Cuando la noche comenzó a descender, bajó corriendo, a punto de caerse, por un sendero oculto que se alejaba del monasterio, y después tomó un desvío para subir a una montaña cercana sobre la que los monjes nunca habían edificado nada. La cumbre estaba vacía y despejada. No había caras angelicales ni imágenes del Juicio Final. Aquel era su lugar.

La niebla lo rodeó.

Para entonces, Giannis ya había tirado la colilla de un segundo cigarrillo por la ventana del coche. Por costumbre, se miró en el espejo retrovisor y después metió la llave en el contacto. El motor cobró vida y Giannis se alejó deprisa.

Cuando dobló la curva, vislumbró el monasterio, oscuro y aislado. Aquella imagen de soledad, sin embargo, no tenía comparación con lo que vio justo después. En una cumbre cercana, divisó la figura de un hombre solitario. La niebla se arremolinaba en torno a él, y las nubes se formaban y volvían a formarse una y otra vez con el soplar del viento. Hubo un momento en el que la bruma lo tapó por completo y, unos cuantos segundos después, cuando se disipó, el hombre había desaparecido. La montaña estaba vacía.

Giannis subió el volumen de la radio y siguió conduciendo.



Meteora.



Cuánto aislamiento. Cuánta culpa inmerecida. Qué consecuencias tan trágicas. A los religiosos que han hecho un voto de castidad no puede resultarles siempre sencillo. Debe de tener unos profundos efectos psicológicos y físicos en ellos.

Meteora es un lugar espectacular, y me hizo pensar en la diferencia entre aislamiento y soledad. Los griegos tienen una sola palabra para ambos conceptos: *monaksia*, y eso explica por qué algunos de ellos, cuando ven a un hombre solo, lo compadecen. En algunas situaciones, puede que tuvieran motivo para hacerlo, pero a medida que ha ido pasando el tiempo, me he hecho fuerte en mi soledad. Ahora sé cuál es la diferencia entre la soledad y el aislamiento.

Pasé unos cuantos días en Kalambaka, y salí a pasear todos los días para absorber el paisaje. Durante aquellas largas caminatas, no podía evitar analizar nuestra relación y buscar pistas que tal vez pudieran haberme indicado que las cosas no iban bien. Cosas que debía de haber pasado por alto en su momento.

Al final de mi estancia en la ciudad, ya había tenido suficiente tranquilidad, así que puse rumbo a Tesalónica, que estaba a tres horas de distancia por una carretera buena y rápida. Tenía ganas de sentir el calor de una multitud, de oír música a todo volumen en un bar, de captar el olor del *souvlaki* en la calle.

Era 25 de marzo, un día cálido de primavera. En cuanto me registré en el hotel, bajé hacia el mar para recorrer el paseo marítimo. Me encontré rodeado de banderas. Ondeaban en los balcones y en los edificios públicos, las agitaban en las calles y las vendían en las plazas. Pronto me encontré inmerso en la muchedumbre que bordeaba las calles, y la gente, muy contenta, me explicó por qué estaban todos allí de pie, viendo a miles de escolares, soldados y personas vestidas con el traje nacional marchando ante ellos. Era su desfile del Día de la Independencia.

Descubrí que la historia y el sentimiento (tal vez inseparables en Grecia) están estrechamente vinculados con la bandera, y también me contaron una anécdota que explicaba el fuerte arraigo del simbolismo de la bandera en el alma griega.

Grecia ha sufrido dos períodos de ocupación. El más reciente, por parte de los alemanes en el siglo xx, duró tres años. El anterior, por parte de los turcos, se alargó durante casi cuatro siglos, y esta última liberación es la que los griegos celebran cada 25 de marzo con un inmenso desfile.

También es el Día de la Anunciación, el *Evangelismos*, el día en que el arcángel

Gabriel le dijo a la Virgen María que iba a tener un hijo. Durante un momento de calma en el desfile, un anciano vehemente que estaba de pie a mi lado me explicó que la llegada de Jesucristo y la salida de los turcos están vinculadas, lo cual no me dejó ninguna duda de que la guerra contra los turcos para conseguir la liberación de Grecia se consideraba una guerra santa.

«Los turcos nos sobrepasaban en número, nos sobrepasaban con creces —me dijo con orgullo—. Pero Dios estaba de nuestro lado, y eso fue lo que importó.»

Aunque estaba con su familia, me di cuenta de que se alegraba de tener, en mí, un nuevo público. Su mujer y su hija habían escuchado sus batallitas demasiadas veces. Yo lo escuchaba con atención y asentía. Los ancianos como él no necesitan muchos más ánimos que esos. El hombre revivió los acontecimientos del pasado como si el campo de batalla estuviera todavía empapado de la sangre de turcos y griegos.

—Después de tantos siglos, los turcos creían que nos habíamos rendido. Pero nosotros tenemos fuego en el corazón. Jamás renunciamos a nuestra lengua, a nuestras tradiciones, a nuestra religión. Y fue un obispo quien eligió este día para que nos alzáramos y lucháramos.

Levantó en el aire la banderita que llevaba en la mano. Las personas que lo rodeaban comenzaban a volverse para escuchar su discurso. Una mujer joven cogió en brazos a su hijo para acercarlo e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Escogió este día, el día del *Evangelismos*, para alzar la bandera griega y proclamar nuestra libertad. ¡Fue el principio! Luchamos durante nueve años. ¡Y por fin fuimos libres!

El anciano estaba casi dando saltos de entusiasmo; era como si él mismo hubiera participado en aquella lucha del siglo XIX.

—¡Mira! Ya vienen —anunció su hija de mediana edad mientras lo agarraba del brazo con paciencia.

Entonces se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Luego le contaré una historia, si tiene tiempo cuando termine el desfile. Iremos a comer, y será más que bienvenido si le apetece acompañarnos. El día del *Evangelismos* se come un plato especial.

—Y hoy también es el santo de nuestro *pappou* —intervino uno de sus hijos adolescentes—, ¡así que hay una tarta enorme!

Según me dijo, su abuelo se llamaba Vangelis.

—Son muy amables —contesté—, pero soy un completo desconocido.

La madre se encogió de hombros, como diciendo «¿Y eso qué importa?».

—Vivimos justo ahí. —Señaló el feo bloque de apartamentos de cemento gris que teníamos detrás—. Y por cierto, me llamo Penélope.

Un grupo de mujeres vestidas con chaquetas cortas de terciopelo rojo bordado, con la cabeza cubierta de manera elaborada con pañuelos y con pesados collares de monedas de oro tintineando en torno al cuello, empezaron a marchar ante nosotros, así que volví a concentrar mi atención en el desfile. El colorido y la variedad de los trajes regionales eran espectaculares: hombres con bombachos extravagantes y botas altas, otros con faldas blancas y zapatos con pompones enormes. El desfile se había convertido en un teatro.

Dos horas más tarde, estaba sentado con Penélope, su padre, su marido y sus dos hijos adolescentes a la mesa de su salón. Tenían vistas al mar. Me pusieron delante una enorme fuente de *bakalarios skordalia*, bacalao salado con puré de patata y ajo. Me serví y comí con ganas mientras, con frecuentes interrupciones por parte de su padre, Penélope me contaba una historia de amor y de guerra.

—Se lo está inventando todo —me dijo su padre tras acercarse a mí con aire conspiratorio, pero yo no estaba tan seguro...

## JE REVIENS

Llovía tanto que aquel año el desfile había estado a punto de suspenderse. Las calles estaban vidriosas, y la lluvia fustigaba la marquesina que protegía al alcalde y a otros vips; cada chaparrón hacía que la lona se hundiera con mayor peligro. Los músicos de la banda seguían tocando a pesar de que tenían los dedos entumecidos de frío bajo los guantes blancos. Solo el tambor, que llevaba muchas horas marcando el ritmo, conseguía mantener el flujo normal de la circulación de la sangre. La carretera por la que desfilaban iba siguiendo la costa, y un viento frío soplaba desde el golfo. El Monte Olimpo había desaparecido bajo una nube gris.

Había espectadores de todas las generaciones: bebés con pompones cosidos a los zapatos sin suela, críos vestidos de gala con la *foustanella*, estudiantes universitarios, oficinistas felices de disfrutar de un día libre, madres, padres y abuelos. Habían salido todos en bloque. Había mucha gente viéndolo desde sus balcones de primera línea de playa. Todo el mundo quería presenciar el desfile.

Entre la multitud que lo veía desde la acera, una anciana recordaba el lejano día en que ella había sido abanderada. Si eras el primero de la clase, tenías el privilegio de llevar la bandera nacional durante el desfile. Pese a que el momento de gloria de Evangelia había sido hacía muchas décadas, ella lo revivía cada año. Ahora se le henchía el corazón de orgullo a la expectativa de ver a la nieta que llevaba su nombre cargando también con la bandera.

Un hombre pasó por allí vendiendo banderitas de plástico por solo setenta céntimos. Por su acento, Evangelia dedujo que era albanés. Sus zapatos maltrechos habían absorbido tanta agua que llevaba los calcetines y los pantalones empapados hasta la rodilla. Los dedos le resbalaban a causa de la lluvia, así que tuvo algunas dificultades para conseguir devolverle el cambio a Evangelia.

La mujer observó su bandera, su sencillo diseño azul y blanco, tan lleno de significado, las nueve líneas horizontales que recordaban el grito de guerra de nueve sílabas que los griegos utilizaron para librar a su país de los turcos.

«*El-ef-the-ri-a i Tha-na-tos!*» (¡Libertad o muerte!)

Como muchos, Evangelia creía que Dios había estado de su parte en la lucha contra los turcos. Con Su ayuda, habían logrado librarse de la opresión otomana; la bandera encarnaba su lema.

Oleada tras oleada de chicos y chicas adolescentes pasaban ante la multitud intentando marchar al paso con torpeza. «*Ena, thio, ena, thio, ena sto aristero.*» (Un, dos, un, dos, uno a la izquierda.)

La anciana agitó su bandera adelante y atrás para intentar acompañarse con su ritmo.

A pesar de los logros académicos que se les estaban reconociendo con el puesto que ocupaban en el desfile, muchas de las chicas daban la impresión de que preferirían estar en cualquier otro sitio. Con aquellos zapatos bastos, las medias de color carne, la falda corta y negra y la camisa blanca, iban mojadas y tenían frío. Todas. El único esfuerzo que habían hecho era prestarle una magnífica atención a su pelo, a unas melenas que ahora comenzaban a dividirse en lo que parecían colas de rata. La mayoría tenía una expresión malhumorada.

Los grupos de chicos daban la sensación de estar pasándose bien, pues intercambiaban sonrisas de superioridad mientras desfilaban en una caótica parodia de lo que debería ser una marcha, luciendo cortes de pelo asimétricos ensamblados con gomina y con la navaja del barbero. Una vez más, al frente de cada grupo de alrededor de cincuenta, se había seleccionado a un chico para que llevara una gran bandera, y lo hacían con orgullo.

Esperar bajo la llovizna era agotador, así que Evangelia albergaba la esperanza de que su nieta no tardara en aparecer. A los noventa años, aguantar

tanto tiempo de pie suponía un esfuerzo inmenso. Se fijó en que el vendedor de banderas se estaba tomando un descanso y ahora contemplaba el desfile con las banderas sujetas a un costado.

En ese momento, Evangelia identificó a su nieta entre el mar de rostros.

—¡Evangelia! ¡Evangelia! —gritó para tratar de llamar la atención de la chica—. ¡Enhorabuena, *agapi mou!* ¡Bravo!

La joven de diecisiete años, de piel cetrina y pelo oscuro, miraba al frente, concentrada en equilibrar el peso de la bandera y en el asta que llevaba apoyada en la cadera. No volvió la cabeza.

Los vecinos de Evangelia que se encontraban por allí se sumaron a los vítores. La conocían desde que era un bebé.

—¡Bravo, pequeña Evangelia! ¡Bravo!

La anciana resplandecía de orgullo.

Entonces llegaron los representantes de otro instituto, encabezados por los chicos. En primer lugar había un joven excepcionalmente guapo, con los pómulos altos y marcados. Tenía el pelo negro y era más alto que los muchachos que lo seguían. Cargaba la bandera con gran convicción.

La vecina de Evangelia bajó su banderita y masculló:

—Es un error. Un error terrible. Él no debería llevar nuestra bandera.

Un hombre que la oyó abundó en el tema.

—Albanés... —dijo en tono amenazante y casi para sí.

La palabra llegó a oídos de otro hombre.

—¿Nuestra bandera en manos de un extranjero?

—Eso no está bien. En absoluto —convino su esposa—. ¡Solo un griego de pura cepa debería tener ese honor!

Evangelia le echó una ojeada al vendedor de banderas, que apretaba en el puño un manojo de unas cincuenta. Tenía los ojos brillantes.

La conversación prosiguió a su alrededor.

—Es el primero de la clase, Dimitri —comentó otra mujer—. Por eso lleva la bandera. Puede que no estés de acuerdo, pero así son las cosas.

Se oyeron gruñidos de disgusto en derredor y después se hizo el silencio en aquella parte del público. Nadie aclamó al grupo.

El chico llegó a la altura de Evangelia y miró hacia ella. Esbozó una sonrisa resplandeciente y después volvió una vez más la cara en la dirección en que desfilaba para hacer ondear la bandera de tal manera que dio la sensación de flotar, azul y blanca, desplegada, liberada para agitarse en el cielo.

La anciana miró al hombre que permanecía de pie a su lado, en silencio. El vendedor de banderas tenía los ojos llenos de lágrimas, y Evangelia cayó en la cuenta de por qué el muchacho había mirado hacia ellos.

—Felicidades —dijo en voz baja tras volverse hacia el hombre—. Debe de estar orgulloso.

El hombre asintió, incapaz de hablar. Todavía seguía con la mirada al grupo del instituto de su hijo, pero ya no alcanzaba a distinguir más que la parte superior del mástil de la bandera que cargaba su hijo.

Cuando Evangelia volvió a mirar, el hombre se había alejado y había desaparecido entre la multitud. Casi inmediatamente después, llegaron las tropas de soldados y jóvenes reclutas. Marchaban estampando las botas con fuerza y vigor contra el asfalto. Sus cánticos resonaban estridentes y feroces, daban la impresión de estar a punto para la batalla.

*Lucharé por ti,  
daré mi vida por ti,  
escribiré con sangre por ti,  
gastaré mi corazón por ti,  
para decir «te quiero a ti».  
Ell-a- d-a mou, Ell-a-da mou!!!  
Lucharé por ti,  
daré mi vida por ti.*

Parecía que estaban dispuestos a morir por su país.

En torno a Evangelia, la conversación había pasado a otros temas, pero ella seguía pensando en qué habría alcanzado a oír el albanés (y rezando por que su griego fuera demasiado pobre para que lo hubiera entendido). Cuando los soldados empezaron a pasar, se dio cuenta de que cada vez se sentía más avergonzada, y no solo porque debería haber apoyado a la mujer que discrepó de los comentarios de su vecino.

Si el joven albanés no tenía derecho a llevar la bandera, entonces su nieta tampoco.

Ella era la única persona del mundo que lo sabía, pero era tan cierto como que la bandera era blanca y azul.

Como el padre del muchacho que acababa de desfilarse ante ellos hacía unos minutos, el padre de su propia hija tampoco hablaba mucho griego. Su nieta no era, ni mucho menos, «pura de sangre».

Lo que había ocurrido había tenido lugar hacía muchísimos años, pero el secreto aún perduraba.

Evangelia tenía dieciocho años cuando los soldados alemanes ocuparon su ciudad. En aquella época, su padre era el propietario de un bar, el Je Reviens, situado cerca del puerto. La ubicación del bar les resultaba muy conveniente, así que los alemanes le prohibieron cerrarlo. El Je Reviens no tardó en convertirse en un establecimiento popular entre los soldados invasores.

La madre de Evangelia se negaba a tener nada que ver con ellos, y sus hermanos se las habían ingeniado para escapar de la ciudad y unirse a la resistencia. Así pues, la única que quedaba para ayudar a su padre era Evangelia, que se dedicaba a lavar las copas y limpiar las mesas. No se le permitía hablar con los soldados.

Muchos de aquellos hombres se emborrachaban y eran indisciplinados cuando no estaban de servicio. Evangelia los odiaba a todos excepto a uno, que siempre se sentaba solo y en silencio, como si estuviera vigilando a sus compatriotas alemanes. Cuando las peleas se les iban de las manos, él castigaba a los involucrados y los echaba a la calle. Tenía un rango superior al de los demás y nunca bebía con ellos. Al contrario, se sentaba a su mesa a leer.

Un día, mientras Evangelia cruzaba el bar cargando con una bandeja de copas, uno de los jóvenes cabos le tocó el culo. Su padre lo vio y salió de detrás de la barra para enfrentarse a una mesa de soldados burlones. Uno de ellos le plantó cara al hombre y desenfundó el arma. Durante unos segundos de puro terror, Evangelia imaginó que tanto ella como su padre morirían. Su vida no tenía valor para aquellos jóvenes reclutas. De repente, cobró conciencia de que el soldado que siempre se sentaba en silencio en un rincón también se había puesto en pie. Ladró algo en alemán y el cabo guardó su pistola de inmediato. El grupo de soldados involucrados en la ofensa jamás volvió a poner los pies en el bar. Desde entonces, siempre que lo veía allí sentado, casi imperceptible, en su rincón habitual, Evangelia se sentía a salvo. Su padre nunca volvió a cobrarle ni un dracma por el café ni por la esporádica copa de *raki*.

Unos cuantos días después del incidente con el arma, en un momento en que el bar estaba casi vacío, Evangelia se percató de que el hombre estaba leyendo algo en francés. Era una de las asignaturas en que ella había destacado en el instituto. A pesar de tener órdenes estrictas de guardar las distancias con la clientela en todo momento, no pudo evitar dirigirse a él y aprovechó la oportunidad que le ofrecía el libro.

—*Merci* —le dijo—. *Vous avez sauvé mon père* (Gracias por salvar a mi padre).

El hombre le aseguró que era su deber actuar como lo había hecho. Después mantuvieron una breve conversación, ambos encantados de poder hablar un idioma que adoraban. Él le dijo que se llamaba Franz Dieter y ella también le reveló su nombre.

Oírlo hablar el musical idioma que ella asociaba con la poesía y la literatura lo transformó a ojos de Evangelia. Los sonidos guturales del alemán no le sentaban bien.

A lo largo de un período de varios meses, mantuvo pequeñas charlas con él en aquel idioma ajeno para ambos e incomprensible para cualquier otra persona del bar.

—*S'il vous plaît, n' imaginez pas que tous les Allemands veulent la même chose, pensent la même chose...*

Fue una petición cortés, aquella súplica de comprensión. Franz quería que Evangelia creyera que no todos los alemanes eran iguales, con deseos y creencias idénticas. Añadir cualquier otra cosa habría sido suficiente para que lo juzgaran en consejo de guerra. Solo le estaba pidiendo que lo viera como un individuo.

Más adelante, dado que sus conversaciones continuaron, Evangelia descubrió que él no había elegido ser soldado; Franz no quería ni dejar su puesto de profesor de francés en una universidad ni abandonar su casa de Dresde. Ninguna de aquellas cosas había sido decisión suya.

A lo largo del siguiente año, Evangelia lo esperó todos los días. Cuando iba a estar fuera de servicio, Franz la avisaba con antelación. Él sabía (ambos sabían) que entre ellos estaba surgiendo un vínculo. Dentro de la formalidad de sus charlas podían expresarse muchas cosas, y solo ellos dos compartían la importancia del día en que él le preguntó si podía dirigirse a ella como «tú» y abandonar la formalidad del «vous», el «usted» del francés.

El francés de Evangelia mejoró muy rápido, y su padre no podía oponerse a

que hablaran, ya que estaba claro que en cierto modo Franz protegía el bar.

Tres años después de su llegada, comenzó a circular el rumor de que los alemanes estaban vencidos e iban a abandonar Grecia. La noticia se celebró con discreción, pero muchos no se lo creerían hasta que vieran a los soldados largarse. Una noche, Evangelia se enteró de que era cierto.

El bar estaba vacío. No había duda de que estaba sucediendo algo. Ella estaba sola detrás de la barra, brillantando copas. Su padre todavía no había bajado del apartamento del piso superior para el turno de noche. Evangelia estaba de espaldas a la puerta, guardando las copas con mucho cuidado y recolocando las botellas del estante, cuando el abrupto tintineo de la campanilla la avisó de que había entrado alguien.

Se dio la vuelta. Era Franz. Llevaba un montoncito de libros en las manos. Se acercó a ella.

—Son para ti. ¿Sabes que nos marchamos?

Evangelia salió de detrás de la barra. Él le tendió los libros manidos y ella los aceptó. Echó un vistazo a los lomos de los volúmenes mientras intentaba contener las lágrimas.

Balzac, Flaubert, Racine, *Poèmes d'Amour*.

Eran todos los libros que él había leído a lo largo de aquellos últimos meses. Evangelina los observó y después levantó la mirada hacia él sin disimular su emoción.

—No puedo llevármelos —explicó Franz.

De forma espontánea, Evangelina soltó los libros y lo abrazó con tanta fuerza que notó los botones de metal del uniforme de Franz a través de la tela fina de su vestido.

Él reaccionó de forma instintiva tratando de zafarse del abrazo, pues era consciente de lo que sucedería si el padre de Evangelia o algún otro soldado aparecía en aquel momento, pero la inocencia y el olor a flores del pelo de la

chica lo embriagaron. En todos aquellos años ni siquiera se habían rozado, y el contacto humano y la dulzura de un abrazo femenino le resultaron extraños. Cuando ella levantó el rostro para mirarlo, él se agachó para besarla.

Los sentimientos de Evangelia por aquel soldado se desbocaron en su respuesta. No iba a verlo nunca más, y enormes oleadas de pena, incluso de dolor, la recorrieron de arriba abajo.

Ambos experimentaron una sensación de descubrimiento, pero también de pánico.

—*Vous allez revenir?* —preguntó Evangelia sin apenas ocultar su desesperación—. ¿Volverá?

Franz no contestó.

Se quedaron inmóviles en medio del bar, mirándose, hasta que Evangelia lo tomó de la mano y lo guio hasta las sombras. Sentía una necesidad urgente de besarlo por última vez.

La timidez del primer abrazo había desaparecido. La pasión arrebatada de un beso de despedida ocupó su lugar. Aquel soldado rubio nunca había sido enemigo de Evangelia, y ahora que su país había sido derrotado, nada le parecía más natural que demostrarle su amor.

En la penumbra de un pequeño almacén, Franz estiró su chaqueta en el suelo para que Evangelia se tumbara sobre ella y, hasta que el ruido de los pasos de su padre los interrumpió, hicieron el amor en la oscuridad.

Sin decir una palabra, pero aferrado a los dedos de Evangelia hasta el último momento en que tuvo que dejarla ir, Franz se marchó a hurtadillas por otra puerta. Aquel momento de la vida de ambos pasó con tanta rapidez como cualquier otro.

Tras estirarse la ropa y peinarse con los dedos, Evangelia volvió al bar. Los libros todavía descansaban sobre la mesa.

—¿De quién son? —preguntó su padre con brusquedad.

—Son míos —contestó, y la joven los recogió a toda prisa para abrazarlos contra su pecho.

A lo largo de los meses siguientes, la familia de Evangelia luchó, como todas las demás familias normales de Grecia, por reconstruir su vida. Se alegraron mucho de que los alemanes se marcharan, pero, cuando el pueblo griego evaluó la devastación que habían dejado a su paso, hubo pocas celebraciones. Era una cuestión de supervivencia y reconstrucción. Los hermanos de Evangelia se vieron envueltos en una nueva ola de luchas entre la izquierda y la derecha, así que pasaron varios años antes de que alguno de ellos volviera a Salónica.

Grecia era un caos. Cientos de miles de griegos habían muerto durante la ocupación, muchos de ellos de hambre. Todo el mundo estaba malnutrido. Puede que ese fuera el motivo por el que la gente que no pertenecía a su familia no reparó en el embarazo de Evangelia hasta el séptimo mes. Sus padres lo aceptaron (no tuvieron más remedio), y no les costó inventarse la historia de un prometido que no había regresado del frente. En cualquier caso, los bebés sin padre no eran algo tan fuera de lo normal en aquellos oscuros días de pérdida.

Todos adoraron a la niña en cuanto nació. Contar con una nueva vida en medio del polvo y los escombros era una bendición, aseguraban todos.

A Efi nunca le revelaron la identidad de su padre. Creció en un período de paz relativa y, con el tiempo, formó su propia familia. A su hija mayor le puso el nombre de su madre.

La naturaleza tomó la bondadosa decisión de que Efi fuera idéntica a su madre. Ni rastro del aspecto rubio, teutónico, de su padre, y así se había mantenido el secreto.

Unas horas después, la tarde de aquel 25 de marzo, Evangelia fue a la

iglesia, como hacía siempre el día de su santo, y encendió una vela por su Franz perdido. Él no le había prometido regresar, pero ella siempre había abrigado la esperanza de volver a verlo algún día. Cada vez que se topaba con un grupo de turistas alemanes, escudriñaba sus rostros en busca de los ojos de zafiro y la sonrisa delicada de Franz.

Tras completar su ritual, cogió un taxi en dirección al puerto y se plantó en la puerta del bar, ya abandonado. Tal como hacía todos los años en aquel día, sacó un libro viejo y maltrecho de su bolso y leyó para sí un poema concreto. Incluso a aquellas alturas anhelaba ver al hombre que amaba. Incluso a aquellas alturas, soñaba con su regreso.

*Présence de Dieu*

MAX JACOB

*Une nuit que je parcourais le ciel amour  
Une nuit de douce mère  
Où les étoiles étaient les feux du retour  
Et diaprées comme l'arc-en-ciel  
Une nuit que les étoiles disaient:  
«Je reviens!»*

En presencia de Dios

Una noche que contemplaba un cielo de amante,

una noche de madre dulce  
cuando las estrellas eran los faros del regreso,  
tornasoladas como el arcoíris,  
leí estas palabras en el cielo:  
«¡Volveré!»

Busqué información sobre Max Jacob en cuanto pude. Fue un poeta y pintor judío, amigo de Apollinaire y Picasso, y murió en marzo de 1944 de camino a Auschwitz. Supongo que Evangelia también sabía todo eso.

La ocupación alemana dejó el país despojado por completo de recursos y dinero. Cuando se retiraron en 1944, las tropas (puede que Franz Dieter incluido) destruyeron a su paso todo lo que pudieron mientras abandonaban Grecia. Durante mis viajes conocí a muchas personas, viejas y jóvenes, que creen que Alemania debería pagar lo que aún les debe.

Se dice que el coste «sin pagar» de los crímenes de guerra nazis, los daños causados a la infraestructura y el préstamo forzoso extraído de los bancos griegos, ascienden al equivalente actual de casi trescientos mil millones de euros. Esta cifra ayudaría a amortizar la deuda que ahora mismo atenaza a Grecia.

Salónica está especialmente marcada por el Holocausto. Más de cincuenta mil personas, la mayoría de la población judía de Grecia, fueron deportadas a la fuerza en tren hasta Auschwitz. Muy pocos escaparon a ese horror. Tal vez algunos de ellos hubieran llegado a conocer a Max Jacob, si el poeta no hubiera muerto durante el traslado. Las dificultades a las que se enfrentó Salónica resultan casi imposibles de imaginar en un día soleado de primavera, pero los recuerdos aún perduran.

Pasé en Salónica muchos más días de los que había planeado. Es una ciudad hermosa y fascinante, animada de sol a sol. Su enorme universidad la llena de vitalidad y juventud. Me hice amigo de un conservador del Museo

Arqueológico que me invitó a una serie de conferencias y eventos, e incluso me pidieron que impartiera un seminario.

Me estaba reincorporando al mundo, e incluso tuve la energía y la inspiración suficientes para completar el primer manuscrito de mi libro.

Una tarde, mientras paseaba por los callejones empedrados de la Ladadika (una zona de la ciudad llena de viejos almacenes de aceite de oliva), oí un sonido que me hizo viajar atrás en el tiempo. A la Evangelia adolescente, de antes de la dominación alemana, le habría resultado muy conocido.

Se encontraba en algún punto a medio camino entre un piano y un instrumento de cuerda, con algún que otro tintineo de campana esporádico, como el resonar de un triángulo. Me recordó un poco al *rebetiko*, la música que se originó en Asia Menor, y sentí que en mi interior se agitaba una nostalgia extraña, profunda, por una época que yo ni siquiera había vivido, una añoranza por un lugar donde nunca había estado.

Cuando volví la esquina de la plaza, vi el origen de la música. Era una caja de madera sobre ruedas, grande y decorada, con una manivela que el músico giraba para producir el sonido. El hombre tenía unos setenta años y vestía de una forma muy elegante.

En cuanto le dejé cinco euros en la pandereta que ponía del revés en el suelo, tuvo todo el tiempo del mundo para contestar mis preguntas.

Se llamaba Tassos, y me dijo que las *laternas*, los organillos, eran omnipresentes en los tiempos anteriores al gramófono y que fueron el primer método mecánico de producir música. Durante un siglo, fueron glamurosos y populares. Los primeros los creó un italiano en Constantinopla, de ahí el nombre La Torno, «la cosa que gira». La producción se detuvo más o menos después de la década de 1950, y ahora se ven con menos frecuencia.

Abrió la tapa para que pudiera ver el mecanismo. Cuando se giraba la manivela, hacía rotar un cilindro de madera perforado con cientos de púas de

metal. Cuando una púa entraba en contacto con uno de los macillos con muelle que formaban una hilera, el macillo se alzaba antes de volver a caer sobre una cuerda para producir la nota.

Era una buena pieza de artesanía, pero lo que más curiosidad me despertó fue la fotografía en blanco y negro rodeada de claveles que había a un lado de la caja.

—Siempre llevan una foto —me dijo Tassos—, pero esta es muy sentimental. Significaba mucho para el propietario...

—¿Es que usted no es el propietario? —pregunté.

—Ahora sí —contestó—, pero al principio perteneció a Panagiotis.

—¿Quién era?

—El hombre más feliz que he conocido en mi vida —respondió—. En realidad la historia se inicia en 1954, pero comenzaré en 2010. La economía de nuestro país ya se había hundido. Yo iba por las tabernas vendiendo paquetes de pañuelos y encendedores y, de pronto, la gente ni siquiera tenía suelto para esas cosas. La única persona a la que seguían llegándole monedas era mi amigo Panagiotis: el sonido de su *laterna* siempre conseguía que la gente se rascara el bolsillo.

*LATERNA, POBREZA Y HONOR*

## Λατΰρία, φτηχεια και φιλιτιμι

Las calles de Salónica bullían de gente, pero el vendedor de *salep* estaba haciendo muy poco negocio. Solo unos cuantos turistas se detenían para comprar la bebida espesa y dulce que vendía en su carrito con ruedas. La mayoría de ellos no podía ni terminarse el vaso entero. Hecho de tubérculos de orquídeas, el *salep* era una receta antigua y un gusto adquirido; lo compraban solo para satisfacer su curiosidad.

—Estos jóvenes de hoy —masculló el vendedor— no quieren más que su frappé.

Mientras observaba a las riadas de gente que caminaban de la mano por el paseo marítimo, el hombre del *salep* había ido convirtiéndose en un resentido. Su padre le había dado el carrito con su enorme contenedor de metal hacía cuarenta años. Había sido un negocio familiar, pero estaba más que convencido de que moriría con él. Ya nadie quería su bebida y, año tras año, las ventas descendían. El café siempre había sido un rival, pero la cultura que lo rodeaba en los últimos tiempos era obsesiva. Caliente en invierno, frío en verano. No tenía ni la más mínima oportunidad.

—Estos chavales necesitan tres manos —dijo—. Una para el cigarrillo, otra para la novia y la tercera para el café.

Al castaño le iba un poco mejor. Un tentempié barato de castañas recién asadas le apetecía a casi todo el mundo. Siempre se había considerado que un puñado de castañas calientes, con un pan con semillas tipo *koulouri* del vendedor de la esquina de Aristotelous con la calle Niki, constituía el desayuno perfecto. Hoy en día, sin embargo, la abundante población estudiantil de la ciudad prefería la comida rápida.

Grecia parecía estar atravesando un período de transición, según opinaba la

generación de los mayores. Se quejaban de cómo había cambiado su país, de que las tradiciones estaban desapareciendo, de que no reconocían su propia *patrida* y de la gente que vivía en ella.

La única persona que trabajaba en la calle y nunca protestaba era Panagiotis, el músico de la *laterna*. El único hábito de consumo que no variaba era el deseo de recuperar el pasado, y lo que él vendía era como un aroma, algo intangible, un atisbo de la era del «blanco y negro». Él mismo vivía en el pasado, y les recordaba el suyo a otras personas, por eso los transeúntes se mostraban encantados de lanzarle una moneda. Muchas monedas, de hecho.

La mayoría de la gente pensaba que aquel hombre era tonto porque daba la impresión de ser feliz viajando del casco antiguo al nuevo, de la plaza al paseo marítimo y viceversa, tirando de su preciada *laterna*, pero él se consideraba un artista, un *kallitekhnis*. Aquella convicción lo sustentaba en aquella vida solitaria, con ayuda de las monedas que la gente depositaba en la pandereta vuelta hacia arriba que colocaba a sus pies.

Su pasión por la *laterna* nació cuando Panagiotis tenía diez años. Eran los inicios de la década de 1950, cuando el país estaba aprendiendo a vivir de nuevo en paz. El sol parecía brillar todos los días y Panagiotis y sus amigos podían pasarse el rato en las calles de Atenas, desaparecer durante horas jugando al escondite y adueñarse de un callejón para jugar al fútbol. Nunca se cansaban de esas actividades, pero un día del verano de 1954 su rutina se vio interrumpida.

—¡Están grabando una película! —anunció con alegría el mejor amigo de Panagiotis—. Ahora están rodando a la vuelta de la esquina, en la plaza... ¡Pero después vendrán aquí!

Los cinco niños, todos en pantalón corto y de alrededor de diez años,

abandonaron su juego y se sentaron en un murete a esperar, balanceando las piernas delgaduchas a compás.

Al cabo de un rato llegaron dos hombres, ambos con traje y sombrero de fieltro, uno de ellos más gordo y mayor, con un bigote abundante. El más joven llevaba una *laterna* colgada a la espalda. Tras ellos llegó un grupo de más de veinte hombres, todos cargados con equipos voluminosos. Tres miembros del grupo trasladaban una cámara gigantesca, los demás llevaban focos y micrófonos pesados. Además de los portadores que se necesitaban para acarrear todo aquello, había un equipo de vestuario y maquillaje, y por supuesto, también estaba el director.

Los niños lo observaron todo, obedeciendo la intuición que les decía que debían guardar silencio mientras tenía lugar el rodaje. Dos hombres hablaron, después otro hombre situado cerca de la cámara gritó, y entonces los dos primeros hablaron de nuevo. Ese proceso se repitió, una toma tras otra. Los niños no dejaban de oír la palabra: «¡Corten!»

Cuando terminaron de grabar la escena, los actores y el equipo se marcharon, seguro que a comer, y dejaron la calle vacía. Los cinco niños bajaron de un salto del murete, todos a la vez.

Junto con toda la demás parafernalia cinematográfica, Panagiotis se fijó en que habían abandonado la *laterna*. Estaba pintada con extravagancia, decorada con flores y, en el lugar más destacado, había un retrato en blanco y negro de una pareja glamurosa. Panagiotis echó a correr hacia la *laterna*. No pudo resistirse. Como siempre, los demás muchachos siguieron a su cabecilla.

Panagiotis estiró la mano y acarició la caja de madera, que estaba caldeada por el sol. Después agarró la manivela y empezó a girarla. La música comenzó a sonar, dulce y melódica; sus notas rebotaban contra las paredes y llenaban las callejuelas cercanas. Los otros niños bailoteaban a su alrededor, brincando arriba y abajo al ritmo de la canción.

Los actores y el equipo regresaban de su descanso.

—¡Eh! ¡Tú! —gritó el cámara—. Déjala en paz.

El director también los había visto, pero su irritación momentánea se esfumó cuando se dio cuenta del potencial de aquella travesura en la película. Quería capturar el placer infantil que la música les provocaba.

—¡Parad! ¡Parad! —vociferó cuando los niños echaron a correr calle abajo—. ¡Esperad!

Pidió a su ayudante que los persiguiera, y el hombre no tardó en regresar con los cinco críos bulliciosos. Durante toda una tarde, rodaron y volvieron a rodar la escena de los niños reunidos en torno a la *laterna*, en la que Panagiotis y otro niño más pequeño giraban la manivela antes de que los echaran de allí como a granujas callejeros.

Durante un descanso, Panagiotis abrió la tapa para ver el mecanismo de funcionamiento de la *laterna*. Era más complejo que cualquier otra cosa que hubiera visto en su vida. Quedó hechizado por aquel conjunto de acciones, coordinadas con minucia, que tenían como resultado la producción mágica de música.

La película *Laterna, Ftohia kai Filotimo (Laterna, pobreza y honor)*, se estrenó al año siguiente y cosechó un éxito tremendo. Contaba la historia de dos músicos ambulantes que conocen a una chica rica dada a la fuga. Renuncian a la oportunidad de llevarse una enorme recompensa al entregarla, pues prefieren ayudarla antes que traicionarla.

Una noche cálida del verano de 1955, Panagiotis y sus padres fueron a un cine al aire libre a verla. Estaban muy ilusionados. En la pantalla apareció la imagen familiar de Plaka, su barrio. La transición a la pantalla otorgaba glamur a todas y cada una de las puertas, de los escalones, de las ventanas.

Cuando apareció la cara de su hijo, los padres de Panagiotis prorrumpieron en aplausos. Él se sonrojó a causa tanto de la vergüenza como del orgullo.

En ese momento, se dio cuenta de que aquello era lo que quería hacer con su vida. Después de la película, les anunció a sus padres que tenía algo que decirles.

—Ya sé qué quiero ser de mayor —dijo.

Sus padres contuvieron el aliento. La profesión de actor no era lo que en realidad querían para su hijo.

—Quiero ser músico de *laterna* —sentenció.

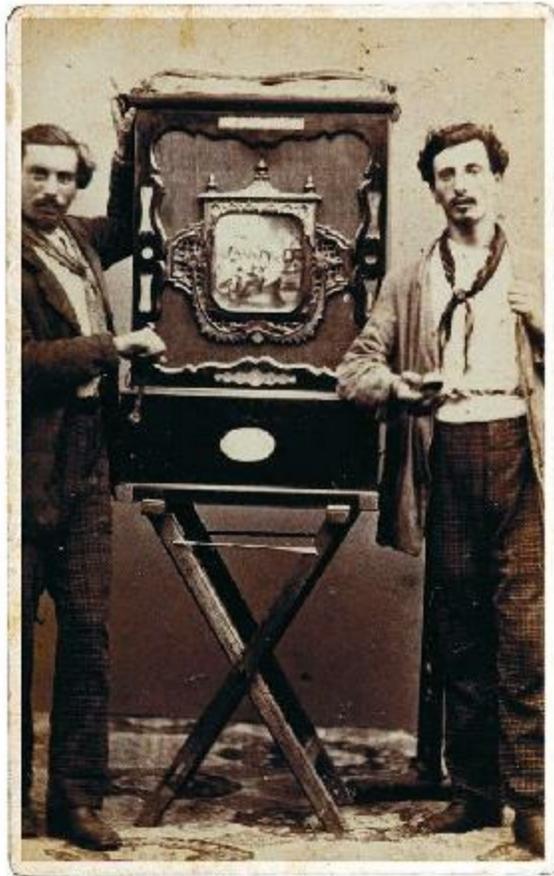
A partir de aquel día, Panagiotis se dedicó a presionar a su padre.

—Es lo que quiero —aseguraba—. ¡No tendrás que preocuparte por mi futuro!

—¿Una vida en la carretera? —decía su madre mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—¡Hacer que la gente sonría y baile! —exclamaba Panagiotis—. ¿Qué podría ser mejor? Necesitaré una *laterna* —añadía.

El atractivo de la película residía en la combinación de la exuberancia de los actores, las imágenes de Grecia y una historia de «felices para siempre». Panagiotis quería habitar el mundo que la película representaba, donde la gente necesitaba poco para ser feliz y el honor prevalecía.



Una *laterna* costaba mucho más de lo que podían permitirse sus padres, pero durante un lapso de tres años, ambos ahorraron todo lo que pudieron. El

padre de Panagiotis siempre había tenido la esperanza de que su hijo lo ayudara en su fundición cuando dejara el colegio, pero no podías obligar a un muchacho que quería tocar la *laterna* a soldar hierros para las barandillas. Respetaba el poderoso sentido de la vocación de su hijo.

Por fin, su esposa y él consiguieron ahorrar lo suficiente. La cubrieron con una sábana y, aquella noche, lo esperaron despiertos para descubrirla y darle una sorpresa. Su hijo se emocionó tanto como esperaban. Aquel era su verdadero sueño. Como marcaba la tradición, Panagiotis se vistió con un traje hecho a medida y se puso una flor en el ojal. Ya tenía diecisiete años y estaba preparado para echarse a la carretera.

Ya sabía, porque lo había visto en la película, que aquella era una vida itinerante, y se le aceleraba el corazón cuando miraba un mapa y veía los nombres de otras ciudades: Larisa, Lamía, Trípoli, Ioánina, Salónica. Tenía pensado visitarlas todas.

Algunas frases de la película habían permanecido siempre con él:

*O kallitekhnis then einai ekeinos pou pezei violi i flaouto,  
O kallitekhnis einai etho.*

Panagiotis a menudo se las repetía a su público, que también conocía la película:

El artista no es el hombre que toca el violín o la flauta, el artista está aquí.

Y en la última frase se señalaba el corazón.

La pareja cuya imagen decoraba su *laterna* eran Jenny Karezi y Alekos Alexandrakis, las románticas estrellas de *Laterna, pobreza y honor*, pero la gente que se detenía a escuchar no tardaba en enterarse de que él también

había salido en la película. Todo el mundo recordaba la escena de los niños pequeños. Panagiotis se convirtió en una celebridad y se comportaba a la altura de tal papel vistiéndose con pomposidad y asegurándose de que la gente estaba informada de su vínculo con «la gran pantalla».

Tras una década de itinerancia, esa gallarda figura decidió que Salónica era el lugar ideal para establecer su hogar. El flujo de recién llegados a la ciudad era constante, así que su público potencial no paraba de renovarse con turistas, estudiantes y viajeros comerciales. Los gramófonos ya habían empezado a fabricarse, pero todavía había mucha gente que prefería bailar al ritmo de la *laterna*. Alquiló una casita en el casco antiguo, con un trastero debajo para guardar la *laterna*, y estableció una rutina tocando en diferentes plazas y calles de toda la ciudad.

A veces conseguía que todo un grupo se pusiera a bailar a su alrededor en la plaza Aristotelous, y que luego otro grupo rodeara al anterior, y después otro. Al final podía llegar a haber cuatro o cinco círculos concéntricos. Que aquello ocurriera era beneficioso para todo el mundo, y las ventas de todo aumentaban: las de *salep*, las de castañas, las de *koulouria* y hasta las de pañuelos de papel.

A pesar del paso de los años y de que el mundo empezó a ver la *laterna* más como una forma de mendigar que de cultura, Panagiotis continuó creyendo en sí mismo como artista y la gente continuó dejándole monedas y billetes en la pandereta. Aquella música les evocaba el recuerdo de la inocencia, y lo recompensaban de buen grado por ello. Él aceptaba el dinero como lo que le correspondía, pero solo gastaba lo que necesitaba para llevar una vida sencilla y modesta.

Con el tiempo, se ganó la fama de ser el hombre más feliz de Salónica, ajeno a las preocupaciones que tanto dolor provocaban a los demás vendedores callejeros. Entonces, un día, cuando volvía de una noche triunfante

junto a la Torre Blanca, se dio cuenta de que la puerta de su casa ya estaba abierta. Cuando llegó hasta ella, vio que, pegado al marco, había un sobre que parecía proceder de alguna institución oficial. Era una orden de arresto.

Dejó su *laterna* en el trastero y, como de costumbre, subió la escalera con poca energía. Tras darle a la puerta un buen empujón para vencer un obstáculo invisible situado tras ella, entró en la casa. Todo el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de monedas, y una vez que estuvo dentro, Panagiotis dejó caer las ganancias del día encima del resto. Después encendió una vela que descansaba sobre una mesa desvencijada y caminó sobre el tapiz de monedas hasta el fregadero. Llenó de agua una taza desconchada y se fue a la cama. El titilar de la vela se reflejaba en los bordes dorados y plateados de las monedas y creaba un patrón brillante en el techo. La mayoría eran monedas de poco valor, insuficientes para pagar un *koulouri* por sí mismas, pero en conjunto sumaban millones. Eran un tesoro. Panagiotis oyó que unas cuantas monedas se colaban entre los tablones del suelo y tomó nota de que debería recuperarlas por la mañana.

Al día siguiente, la policía regresó con una orden de registro. Panagiotis ya había salido y estaba en algún rincón de la ciudad haciendo girar la manivela de su *laterna*. En aquella casa había tanto dinero que tendrían que volver con una camioneta. El juez lo exigiría como prueba.

Eran las ganancias de varias décadas. El informe policial que se publicó en el periódico local decía que en algunos puntos la alfombra de monedas tenía un espesor de casi un metro y medio. Uno de los agentes de mayor altura tenía que agacharse para no golpearse con la cabeza en el techo. Había capas y más capas de todos los valores, millones de ellas, y un equipo de tres sargentos de policía tardó dos semanas en contarlas todas.

Durante sesenta años, Panagiotis no había pagado impuestos. Ni siquiera diez céntimos. Él creía que, al hacer más o menos caso omiso de sus

beneficios, se había mantenido fiel a su principio de «pobreza» noble (aunque el «honor» se había visto comprometido).

Se celebró un largo proceso judicial durante el que Panagiotis no tuvo ánimos para tocar su *laterna*, ni siquiera por las noches. Las toneladas de euros que se habían almacenado en un banco hasta que se cerrara el caso fueron mermando de manera progresiva y, para cuando se pagaron los honorarios del abogado, los impuestos y las multas, lo único que quedaba era la propia *laterna*. El principal miedo de Panagiotis había sido que lo sentenciaran a prisión, pero el juez creyó que una pena económica era lo más apropiado.

—Este es el castigo que mejor se corresponde con el delito —expresó mientras firmaba los papeles que despojaban al anciano de todo salvo su instrumento musical.

—Sigo siendo un artista —dijo Panagiotis a la salida del juzgado, ataviado con su traje y su sombrero y con un clavel en el ojal—, y mi *laterna* es lo único que necesito.

Cuando murió, unos cuantos años más tarde en la misma cama en la que llevaba durmiendo casi cincuenta años, su casera encontró en la habitación una nota que decía que la *laterna* debía entregársele a su amigo Tassos. La mujer pensó que debía de tratarse de alguno de los vendedores callejeros, y no tardó en dar con el hombre oportuno.

No cabe duda de que para Tassos dejar de vender pañuelos de papel supuso dar un paso adelante, pero, al contrario que para Panagiotis, aquella no era su vocación. Él no tenía aquella conexión visceral con la *laterna* y no la tocaba con una sonrisa. Él no era capaz de trasladar a la gente a una época perdida.

Justo cuando Tassos concluía su historia, un Ferrari pasó rugiendo a nuestro lado. La música que salía a todo volumen por sus ventanillas abiertas ahogó todos los demás sonidos.

—¡Echo de menos los viejos tiempos! —gritó por encima del estrépito.

No se refería solo al fácil acceso a cualquier tipo de música, en cualquier momento y en cualquier lugar. Hablaba de que ahora el gobierno quiere que incluso los vendedores callejeros paguen sus deudas.

Terminamos manteniendo una discusión acalorada sobre el pago de impuestos. Jamás se me habría ocurrido pensar que pudiera debatir sobre algo así en una plaza griega con un hombre que se ganaba la vida tocando en la calle, pero aprendí mucho de cómo ven el sistema tributario algunas personas de por aquí. Simplemente, no se consideran parte de ese sistema (igual que Panagiotis). Este hombre, Tassos, creía que no deberían obligarle a pagar siquiera un céntimo de sus ganancias, por pequeño que fuera el porcentaje. En su mente no existía vínculo alguno entre él y los colegios, los hospitales, las carreteras, la limpieza de las calles y todo lo demás que tiene que pagarse.

Su opinión era esta: todos los políticos son unos corruptos, así que el dinero que él pagaría al gobierno iría directo al bolsillo de alguien. Esta postura está muy arraigada entre el pueblo griego... Y no del todo sin razón. A lo largo de las últimas décadas, los altos cargos han robado, malgastado y despilfarrado miles de millones, y con ello han incrementado todavía más la deuda inmensa, impagable, que ahora aplasta a este pequeño país. Así que en parte comprendí por qué pensaba así, pero no pude evitar preguntarle: «Entonces ¿cómo van a mejorar las cosas?»

No tuvo ninguna respuesta que ofrecerme, y por cómo se encogió de hombros, me dio la impresión de que aquel individuo no se preocupaba por la sociedad, sino solo por él: era «solista» en más de un sentido. Hasta que una

nueva cultura de transparencia permee el país, desde lo más alto hasta lo más bajo, ¿qué esperanza puede haber?

Cuando nuestra charla tocaba a su fin (no tardamos en encontrarnos en un callejón sin salida), me di cuenta de que, cerca de donde estábamos, había varios contenedores rebosantes. Un hombre se había tumbado en el suelo junto a ellos. Costaba distinguir si estaba dormido o muerto.

No pude impedir que mi mente realizara la conexión entre la visión que Tassos tenía de sí mismo como un individuo sin responsabilidad y el hombre tirado en la calle al que el Estado no puede ofrecerle nada. Para cuando nos despedimos, me arrepentía de haberle dado siquiera un euro.

Se dice que en Grecia hay lugares (así como personas, igual que Tassos) que existen totalmente fuera de la ley. La gente habla de ciudades y pueblos que la policía no pisa jamás y que se gobiernan casi como reinos independientes. Tal vez no sean más que una leyenda, pero no creo que todas las historias sean inventadas.

No hace tanto tiempo hablaron en las noticias de un pueblo isleño al que la policía había dejado a su aire durante muchos años. Cuando designaron a un nuevo jefe regional del cuerpo, decidió ir a hacer una visita. Los habitantes del pueblo levantaron barricadas y dispararon e hirieron a varios agentes. Cuando al fin consiguieron entrar, tras varios días de asedio, descubrieron decenas de cajeros automáticos arrancados de las paredes de los bancos a lo largo y ancho de toda la isla, montones de Porsches Cayenne y muchos niños que jamás habían sido escolarizados. Una economía floreciente basada en un tráfico de drogas muy lucrativo suponía que aquel lugar había creado sus propias leyes. Este tipo de pueblos no suelen aparecer en los mapas turísticos.

Durante mi viaje, de vez en cuando me topaba con lugares que eran la quintaesencia de una tarjeta postal, pero aun así tenían algo que no terminaba de encajar, algo que me provocaba cierta aversión, una corazonada, quizá. De

igual forma, iba a parar a sitios que tenían un aspecto desaliñado, pero también encanto. Desde luego, puede que todo eso tuviera algo que ver con la hora del día a la que llegaba, la sonrisa (o el ceño fruncido) de un tendero o la forma en que un camarero saludaba a un viajero como yo. Al principio cuesta definir qué es lo que hace que un lugar resulte acogedor u hostil, pero suele existir una explicación.

Tras mi estancia en Salónica, me tomé alrededor de una semana para bajar por la costa este con tranquilidad, pasando por Katerini, Larisa, Volos y Lamía.

Un día, no muy lejos de Lamía, visité un pueblo de pescadores que era tan bonito que ningún pintor podría haberle hecho justicia. Para llegar hasta allí, recorrí con el coche una carretera llena de baches (poco más que un sendero) que transcurría entre prados verdes y surcos de cultivos aún sin madurar. La abundancia de naranjas y limones era tal que descansaban amontonados en el suelo, sin recolectar.

La ubicación del pueblo era ideal, estaba orientado hacia el sur y tenía un puerto natural protegido, y barcas de pesca coloridas amarradas en una hilera ordenada. Había incluso una preciosa cala de arena para nadar, no muy lejos, con pinos justo hasta la orilla. En las colinas de las inmediaciones, se multiplicaban los viejos olivos de troncos nudosos y plateados. Sus habitantes parecían tener más que suficiente de todo.

Por lo que veía en los expositores de los restaurantes del paseo marítimo, los peces debían de nadar obedientemente hasta las redes para alimentar a una población que tenía poco o ningún interés en el turismo. Todos los comensales de aquellos establecimientos parecían oriundos del pueblo, y en varios de ellos chasquearon la lengua con desdén cuando pregunté si tenían una mesa libre. Una prueba de su falta de interés en los visitantes extranjeros era que ni una sola tienda vendía cremas solares, gorros de paja o postales. Eso es algo

bastante extraño en un pueblo costero de Grecia. Pero la ausencia total de hoteles, pensiones e incluso de carteles que anunciaran «Habitaciones» resultaba casi inexplicable.

Era un lugar en el que la *filoxenia*, la hospitalidad, brillaba por su ausencia. Me di un baño en el mar, paseé por el pueblo y, por primera vez durante el viaje, me apeteció sacar la cámara. Me acordé de cuánto solía disfrutar capturando lugares con ella. El peso familiar de mi Nikon me reconfortó y sentí que así mi soledad era menos llamativa en una localidad que, como la mayoría, parecía solo frecuentada por parejas felices. Cuando oscureció, tomé una cena carísima (y servida de mala gana) y después me marché.

Una vez que llegué a la carretera principal, no me detuve hasta cincuenta kilómetros más tarde, y para entonces era medianoche y había llegado a una ciudad del montón. Me quedé con el primer hotel que vi. Dos estrellas, veinticinco euros la noche y las sábanas más frescas y la cama más cómoda en las que he dormido en mi vida. El desayuno estaba incluido y me sirvieron el mejor café que había probado desde hacía semanas.

—¿Se quedará otra noche? —me preguntó el propietario en tono alegre cuando fue a servirme un segundo expreso antes incluso de que se lo hubiera pedido.

—Sí —decidí de forma espontánea—, me encantaría.

—Excelente —dijo—. ¿No tiene un itinerario fijado?

—No —contesté—. Solo sigo mi instinto. Es lo mejor.

—¿Viaja solo? —preguntó.

Asentí, pero con menos tristeza de la que me habría supuesto uno o dos meses antes. El escozor de la palabra había disminuido un poco.

El hombre parecía interesado de verdad en saber dónde había estado, así que le hablé de algunos de mis lugares favoritos (muchos de los cuales él no había visitado nunca). Le conté lo del día anterior, lo extraño que me había

parecido el lugar donde había ido a parar. Cuando pronuncié el nombre del pueblo, su reacción fue inmediata.

—¿Estuvo allí? —inquirió con incredulidad. Negó con la cabeza, sin dar crédito—. Allí no va nadie, y mucho menos turistas.

—¿Y por qué no? —quise saber.

—Se dice —contestó con voz enigmática— que allí sucedió algo horrible.

Lo que me contó explicó con creces mi sensación de inquietud.

# LUNA DE MIEL

## VOYAGE DE NOCES

—JeanLuc, ¡qué preciosidad! —le dijo Sylvie a su recién estrenado esposo cuando pasaron con el coche por delante de una vieja casa de piedra—. Mira qué casita tan encantadora, está llena de hiedra, ¡qué *romántique!*

Sin tener ni idea de qué había dejado aquellos edificios en tan mal estado (las *vendettas*, muertes y tragedias eran algunas de las causas más comunes), los visitantes solo veían lo que querían ver, y aquel deterioro podía resultar atractivo, como parte de un retablo. Incluso los restos del naufragio de un barco de madera, una vez dispuestos para ser reparados, parecían maravillosos bajo la luz del sol.

—¡Mira eso! Es casi escultural, ¿no crees, *mon chère?* ¡Como el esqueleto de un pez! *Extraordinaire...*

JeanLuc, que no podía apartar la vista de la carretera por miedo a desaparecer por alguna rodera, gruñó a modo de respuesta.

Sylvie y JeanLuc, jóvenes profesionales franceses e intrépidos, preferían tomar una ruta alternativa a la que la mayoría de los turistas tenía bien trillada. Era su tercera visita a Grecia, y su luna de miel. Iban siguiendo lo que era poco más que un sendero en dirección al mar. Formaba parte de la satisfactoria ilusión de que estaban descubriendo un lugar donde poca gente había estado. Querían bucear bajo la superficie cristalina de la postal y encontrar por sí mismos «lo auténtico».

Después de su vuelo desde París, que había salido con retraso, estaban tan ansiosos por ponerse en camino que ninguno de los dos se fijó en que su coche de alquiler no tenía más que unas gotas de gasolina. Para cuando la luz del depósito les avisó, todas las gasolineras estaban ya cerradas. Al final su todo terreno de gama alta se detuvo junto al arcén dando sacudidas justo cuando el sol comenzaba a desaparecer tras las montañas.

Tendrían que encontrar algún lugar para pasar la noche. El mapa de carreteras que llevaban guardado en la guantera no mostraba señales de vida en muchos kilómetros, pero JeanLuc consultó Google Maps, que les indicó unas cuantas casas al final de un pequeño desvío, a poca distancia de la carretera principal.

—Es una caminata de diez kilómetros, *ma chère* —dijo JeanLuc—. Nos las apañaremos, ¿no crees?

La pregunta era retórica. Ambos habían subido al monte Kilimanjaro el verano anterior (allí era donde JeanLuc le había pedido a Sylvie que se casara con él). Diez kilómetros no eran nada.

Tras meter una camiseta de recambio y los cepillos de dientes en el bolso de Hermès de Sylvie, iniciaron la marcha. Tras casi dos horas de camino por una carretera descuidada y llena de baches, llegaron al núcleo de casas. Las ventanas estaban oscuras, y no había coches aparcados fuera.

—No creo que estén habitadas —añadió JeanLuc.

Durante la ruta no habían visto ningún tipo de señal o indicación, y tampoco se habían topado con ningún desvío. Habían hecho turnos para ir iluminando el camino cada uno con la linterna de su móvil.

—¿Estás seguro de que por aquí hay algo? —preguntó Sylvie.

—La carretera no estaría aquí si no llevara a algún sitio —contestó JeanLuc con una lógica impecable—. Está claro que tiene que haber algo.

Mientras caminaban, JeanLuc consultaba el reloj Patek Philippe *vintage* que llevaba en la muñeca, un regalo que el padre de Sylvie le había hecho cuando anunciaron su compromiso. Eran las nueve y media.

No mucho tiempo después, divisaron otro grupo de casas. Habían llegado a las afueras de un pueblo.

—Qué raro que no apareciera en el mapa —comentó Sylvie.

Era casi una ciudad pequeña, según los estándares griegos.

Sylvie se quedó prendada de las elegantes casas de color pastel con preciosos balcones de hierro forjado y enormes macetas rebosantes de albahaca. La joven recuperó la energía y el entusiasmo por su aventura. JeanLuc, sin embargo, estaba de mal humor. Culpaba a su esposa de la falta de gasolina y del hecho de no saber dónde iban a dormir, pero, sobre todo, del hambre que tenía.

Llegaron a una callecita con varias tiendas, pero tanto la carnicería como la panadería y la frutería estaban cerradas.

—¿Por qué está todo cerrado? —le preguntó Sylvie a su marido—. ¡Es viernes por la noche!

Para ellos lo normal habría sido que todo estuviera abierto a aquella hora.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —contestó JeanLuc enfurruñado—. Tengo tan poca idea como tú. —Pegó la nariz al escaparate de una bodega—. Parece que tienen algunos añejos de excelente calidad. Una pena que esté cerrada.

Ver unos cuantos St Émilion *premier cru* en el escaparate casi lo había animado. En aquella ciudad había alguien que apreciaba el buen vino.

El pueblo estaba extrañamente vacío para tratarse de un viernes de finales de abril, pero la pareja no entendía los carteles que, desde los escaparates de las tiendas, explicaban el porqué.

Estaba cerrado incluso el *kafenion* ante el que pasaron, y hasta el momento, durante su paseo por la localidad, no habían visto ni una sola *pension*.

Sylvie señaló un letrero.

—Creo que ahí pone COMISARÍA —dijo. Una flecha pequeña señalaba hacia el primer piso—. A lo mejor pueden ayudarnos —continuó—. Voy a subir un segundo y les pregunto.

Sylvie había aprendido unas cuantas palabras de griego y llevaba su libro de frases útiles guardado en el bolso.

Al final de una escalera larga y estrecha, se topó con una única puerta.

Cuando llamó con los nudillos, la fuerza de su mano hizo que se abriera, y Sylvie se encontró en una habitación vacía. No había mesas, ni siquiera una silla. No era más que un espacio de techos altos y sin ventanas, pintado de un verde pálido y con un tablón de anuncios del que colgaban varias fotos policiales en blanco y negro clavado a la pared. La mujer cerró la puerta y volvió a bajar a la calle.

—¿Ha habido suerte? —preguntó JeanLuc cuando la vio aparecer.

—Bueno, por aquí no debe de haber muchos delitos —contestó—. Pero es posible que tampoco haya hoteles.

—*Merde!* —exclamó JeanLuc—. Pues parece que vamos a tener que volver caminando al coche y dormir allí. —Entonces se sintió forzado a constatar lo obvio solo para subrayar lo penoso de la situación—: Y está claro que en este pueblo no hay gasolineras.

—Intentemos ser positivos —dijo Sylvie, que lo agarró de la mano—. Podría ser precioso pasar una noche bajo las estrellas...

No sería tan horrible, pensó la joven. La noche todavía era cálida.

Resultaba evidente que aquella comunidad remota ahorraba en iluminación callejera, y la luna era nueva, así que tampoco les alumbraba el camino.

Pese a la oscuridad, Sylvie se dio cuenta de que habían pasado por delante de la misma pastelería en más de una ocasión.

—Debemos de estar caminando en círculos —dijo frustrada.

Siguieron adelante durante varios minutos más.

—¿Por qué demonios no comprobaste el nivel de gasolina? —le espetó de pronto a JeanLuc.

Él tardó un instante en reaccionar.

—¿Comprobarlo yo? —replicó dando a entender que era una tarea que consideraba responsabilidad de su esposa. Intentó calmarse y cambió el tono

de voz. A fin de cuentas, hacía solo dos días que se habían casado—. Mira, continuemos buscando algún sitio donde comer —sugirió.

El pueblo estaba formado por un complicado sistema de callejuelas, y cuando doblaron una esquina se encontraron, sin esperarlo, en una plaza. Sylvie se percató de que las puertas de una iglesia cercana estaban abiertas y, al acercarse, vieron que estaba llena, que los feligreses casi desbordaban su capacidad.

—¡Por fin! —exclamó Sylvie—. ¡Señales de vida! ¿Qué está pasando? —preguntó en un susurro cuando llegaron a la entrada.

JeanLuc era lo bastante alto para ver por encima de las cabezas de la congregación. En el extremo opuesto del pasillo atisbó a varios sacerdotes y a un grupo de personas de pie en torno a un ataúd grande y cubierto de flores. Todas ellas eran blancas.

—Parece un funeral —contestó en voz baja.

Ambos se alejaron, pues tenían la sensación de que tal vez estuvieran entrometiéndose. El hambre empezaba a hacer mella en ambos. Tenía que haber algún restaurante.

Al final de la siguiente calle vislumbraron una tienda con una luz encendida. Era una tienda que vendía de todo, un *pantopoleion*.

—Me he olvidado de traer la pasta de dientes del coche —dijo Sylvie—. Seguro que ahí la venden.

Sin hacer caso a las protestas de hambre de su esposo, abrió la puerta de la tienda. JeanLuc se quedó fuera. Aunque la fachada de la tienda era estrecha, el interior era profundo y se prolongaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Sylvie empezó a examinar las estanterías de la parte delantera para ver si vendían lo que estaba buscando.

El *pantopoleion* mostraba una extraña variedad de productos en sus expositores, y costaba decidir si las cosas eran nuevas o de segunda mano.

Algunas de ellas debían de llevar allí desde la década de 1970: había desde gomas de pelo con bolitas de plástico, hasta cintas de casete, sombras de ojos de azules y verdes brillantes, sujetadores de algodón para mujeres mayores (de talla única) y zapatos de plástico marrones (de modelo único). Sylvie se quedó perpleja ante un despliegue de abrigos y bolsos descoloridos y una peculiar selección de joyería. Había incluso unos cuantos manuales de conversación alemán-griego bastante maltrechos y un teléfono Nokia viejo. Vio de todo, desde tñpex a ropa de muñeca empaquetada. Todas las estanterías estaban atestadas de arriba abajo, y había cosas colgando del techo.

Desde la penumbra, una voz profunda, cargada de nicotina y alquitrán, preguntó:

—*Ti theleis?* (¿Qué quiere?)

Sylvie dio un respingo cuando vio aparecer una figura corpulenta, imponente. Dio por hecho que la propietaria solo debía de hablar griego, así que hizo el gesto de lavarse los dientes con el dedo índice.

—¿Pasta de dientes? —aventuró la mujer con brusquedad—. No. No pasta de dientes. Pruebe en la farmacia.

La tendera hacía tintinear unas llaves para indicarle a Sylvie que debería marcharse. Y esta lo hizo encantada, aunque se imaginaba que la mujer sabía tan bien como ella que la farmacia estaría cerrada.

Antes de que prácticamente la echara, Sylvie consiguió preguntarle a qué se debía que todo estuviera tan tranquilo.

—*Megali Paraskevi!* (Viernes Santo) —siseó la mujer.

Fuera, JeanLuc se había encendido un cigarrillo y paseaba con nerviosismo de un lado para otro.

—Bueno, no nos ha ayudado mucho —comentó Sylvie—. No tenía pasta de dientes.

—*Allons-y* —dijo JeanLuc enfadado—. Vámonos. Si no hay donde comer,

tampoco es que vayas a necesitar lavarte los dientes.

Mientras se alejaban, Sylvie le explicó lo que le había dicho la tendera.

—Pero la Semana Santa fue en marzo. Y ahora ya casi estamos en mayo — dijo JeanLuc—. Esa mujer te estaba tomando el pelo.

La pareja no había entendido que la fecha de la Semana Santa griega ortodoxa era distinta a la de la católica. La única persona con la que habían hablado desde el aterrizaje era el empleado monosilábico de la empresa de alquiler de coches, que no se lo había mencionado. Lo que desde luego no les había dicho era el recargo adicional que cobraba la empresa los fines de semana festivos.

JeanLuc vio una taberna pequeña no muy lejos de la tienda. Agarró a Sylvie del brazo y la guio hasta allí.

—¿Han reservado? —les interrogó el propietario.

Todas las mesas estaban vacías, tanto las de dentro como las de fuera, así que la pregunta les pilló por sorpresa.

—No —respondió JeanLuc—. ¿Era necesario?

—Es Semana Santa —replicó el hombre con frialdad—. En Semana Santa siempre hay que reservar. Sobre todo el Viernes Santo.

Sylvie y JeanLuc se miraron, y ella se dio cuenta de que su marido iba a protestar.

—Si quieren, tienen mesa para una hora. Solo hasta que la procesión del *epitafios* termine y lo lleven de vuelta a la iglesia. Entonces tendrán que marcharse. Será cuando llegue todo el mundo.

No pidieron más explicaciones y ocuparon una de las mesas de la acera.

—O sea que sí es Semana Santa —dijo Sylvie—. La mujer de la tienda decía la verdad. Por eso debía de estar la iglesia tan llena.

El camarero les llevó varios platos. No había carta. No había elección. Les sirvieron calamares, pulpo y *taramasalata* (sin que ellos hubieran pedido

ninguna de las tres cosas) y bebieron solo agua. JeanLuc era quisquilloso con el vino, y allí solo disponían de uno de barril.

—Pues a mí me apetecería un poco de carne —masculló JeanLuc—. O incluso un poco de pescado decente.

—Supongo que todavía debe de ser Cuaresma —agregó Sylvie sin dejar de masticar unos *kalamari*.

Mientras cenaban, Sylvie sacó su móvil y buscó «Semana Santa griega ortodoxa». Enseguida parafraseó:

—Bueno, esta noche sacan en procesión por el pueblo el icono de Cristo, mañana queman una efigie de Judas y el domingo celebran que Cristo ha resucitado. Según esto, hoy los griegos solo comen marisco. El sábado lo típico es una especie de sopa hecha con menudillos de cordero, y el domingo brochetas de cordero asado.

—Pues no tengo ninguna intención de seguir aquí cuando se coman el cordero asado —dijo JeanLuc con voz seria.

Cuando estaban a punto de terminar de cenar (les habían servido los platos con gran rapidez), oyeron la música de una banda. Miraron hacia la izquierda y vieron una procesión. Al frente de la misma, cuatro hombres cargaban con lo que parecía un féretro. Iba cubierto de miles de flores blancas, y el marco que lo sujetaba todo también estaba adornado con flores y hojas. Era el «ataúd» que JeanLuc había visto en la iglesia. Detrás de él caminaban unos diez sacerdotes, seguidos de los monaguillos, y luego una banda (de treinta miembros) que tocaba una marcha funeral triste. Tras los músicos, pasaron varias personas con uniforme militar, unos cuantos marineros, *boy scouts*, *girl scouts* y después la gente del pueblo. Avanzaban a un ritmo lento, solemne. Unas cuantas personas que se encontraban a no mucha distancia de la taberna lanzaban pétalos de flores al suelo, delante de ellos. Entonces todo el mundo

comenzó a cantar un himno. Cuando el paso se acercó, Sylvie y JeanLuc captaron el dulce aroma del azahar.

—A eso debía de referirse con el *epitafios* —aclaró Sylvie. En ese momento, el camarero dejó la cuenta en la mesa, delante de ellos—. Creo que se supone que tenemos que irnos —murmuró.

JeanLuc sacó un billete de cincuenta euros de su cartera y lo estampó contra la mesa.

Cuando el camarero volvió con su cambio de cinco euros, Sylvie le preguntó por un hotel.

—No hay ninguno —respondió el hombre sin rodeos.

Hasta el momento, aquel pueblo no estaba mostrándoles ni el menor atisbo de la hospitalidad griega que habían experimentado en sus anteriores viajes.

La mesa de Sylvie y JeanLuc ya estaba limpia como una patena. El camarero había quitado incluso el mantel de papel que la cubría. No podría haberles dejado más claro que quería que se marcharan.

—Vamos —dijo Sylvie en voz baja—. Detesto este sitio.

—¿Y hay gasolinera?

JeanLuc le lanzó una última pregunta al propietario de la taberna.

—Hay una a unos veinte kilómetros del cruce con la carretera principal. En dirección a Atenas.

—Venga, vámonos, JeanLuc.

Era evidente que aquel hombre estaba decidido a no ayudarlos, y los feligreses de la iglesia empezaban a llegar en masa para ocupar sus mesas. Sylvie se fijó en que todo el mundo tenía un aspecto muy lúgubre. Nadie sonreía ni hablaba.

—Supongo que, si eres una persona religiosa, el Viernes Santo es bastante triste —comentó.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó JeanLuc cuando se levantaron y

empezaron a desandar su camino por la calle.

Sylvie vio que la tienda donde había entrado antes todavía tenía una luz encendida.

—¿Por qué no le pregunto a la mujer si sabe de alguien que nos alquile una habitación? O incluso si tiene una lata de gasolina que pueda vendernos —dijo esperanzada.

La propietaria estaba sentada ante la caja registradora cuando Sylvie entró. Fue como si la estuviera esperando.

—¿Sabe de algún lugar donde podamos pasar la noche? —preguntó la joven.

La mujer levantó la vista de su crucigrama.

—Verá, es que nos hemos quedado tirados —explicó Sylvie—. El coche se ha quedado sin gasolina y no podemos solucionarlo hasta mañana.

La tendera desvió la mirada hacia JeanLuc.

—Hay una habitación en la comisaría —contestó aún si dejar de observar al joven—. Es lo único que se me ocurre.

—¿En la comisaría? —repitió JeanLuc—. ¿Dónde has estado antes, Sylvie?

—Es solo una noche —señaló la joven en tono suplicante—. Cualquier sitio nos valdrá. Estoy agotada. *Efharisto poli!* —le dijo a la mujer con entusiasmo, pues no quería que rescindiera la invitación.

—Mi hermano es el policía del pueblo. Estoy segura de que no le importará.

JeanLuc parecía incómodo.

—No puedo crearme que vayamos a pasar la noche en una *gendarmerie* —susurró para que solo Sylvie pudiera oírlo.

—No tenemos más opción —contestó ella, y ambos siguieron el generoso trasero de la mujer por las calles.

Cuando llegaron a la comisaría, la propietaria de la tienda los guio

escaleras arriba.

La primera habitación era tal como Sylvie la recordaba, pero no se había fijado en que al fondo había una puerta. Al cruzarla, llegaron a otra habitación.

—Tiene dos camas individuales —dijo Sylvie en tono alegre cuando entraron—. Y mira, hay un lavabo en ese rincón.

JeanLuc no abrió la boca. Se quedó rezagado, como resentido.

Su esposa lanzó el bolso sobre una de las camas, como si estuviera en un hotel elegante. Él clavó varias veces un dedo en el colchón de la otra.

—La primera noche de nuestra luna de miel... —rio Sylvie.

—Imagino que cuando estás tan cansado unas sábanas mugrientas no te impiden dormir —dijo él dando por hecho que la tendera griega no entendería los comentarios que se hicieran en francés.

Sylvie se dio la vuelta para darle las gracias a la mujer, pero esta ya se había marchado y había cerrado la puerta a su espalda.

—Por la mañana tendremos que ir a agradecerse —dijo Sylvie.

Después, se lavó los dientes en el lavabo (sin pasta), se enjuagó la cara con agua y por último se tumbó en su cama. JeanLuc ya estaba dormido. Al cabo de unos segundos, ella también. Había sido un día largo. El agotamiento los había vencido.

A la mañana siguiente, Sylvie fue la primera en despertarse. La habitación no tenía ventanas, así que no fue la luz lo que la espabiló, sino una sed abrasadora. Los calamares de la cena estaban muy salados. Tenía una botella de agua pequeña que se había llevado del restaurante, así que la rellenó en el grifo.

JeanLuc seguía profundamente dormido. Su mujer le echó un vistazo al móvil y vio que ya era mediodía. Les sentaría bien un café, pensó, así que decidió salir y ver si encontraba algún sitio donde se lo prepararan para llevar.

El pomo de la puerta parecía atascado. No se movía más de un centímetro hacia arriba o hacia abajo. Lo sacudió, primero con delicadeza, después con más contundencia. No cedía.

JeanLuc seguía durmiendo. Sylvie notó que la ansiedad empezaba a apoderarse de ella. De repente, aquella habitación de techo alto le resultaba claustrofóbica, al contrario que la noche anterior. Y ahora también le parecía sofocante.

Volvió a probar el pomo una vez más y después se volvió hacia su marido. El pánico apenas la dejaba respirar.

—¡JeanLuc, JeanLuc! —gritó zarandeándolo por los hombros—. No se abre, JeanLuc. Estamos encerrados aquí dentro. ¡No podemos salir! —chilló.

El joven se frotó los ojos.

—¿Qué...? —preguntó medio dormido.

—Estamos encerrados aquí dentro —repitió Sylvie con lágrimas en los ojos.

JeanLuc se levantó de la cama con tranquilidad.

—Deja que lo intente yo —dijo—. No creo que la puerta esté atascada del todo.

Agarró el pomo con firmeza y tiró de él. Luego repitió la acción por segunda vez, con más fuerza. Arrancó el pomo de cuajo.

—¡JeanLuc! ¡Mira lo que has hecho!

—¡No es culpa mía, Sylvie! —le espetó.

Su mujer se había echado a llorar.

—Debemos conservar la calma —afirmó—. No conseguiremos nada dejándonos llevar por el pánico.

Se acercó al lavabo, bebió con avidez directamente del grifo y se lavó la cara.

Mientras lo hacía. Sylvie empezó a golpear la puerta con los puños.

—*Au secours! Au secours!* (¡Socorro! ¡Socorro!) —gritó.

JeanLuc la agarró de las manos y la hizo sentarse en la cama a su lado.

—¿Te queda algo de batería en el teléfono?

Sylvie cogió su bolso y sacó el móvil. Le quedaba batería, pero no tenía cobertura. JeanLuc comprobó que a él le pasaba lo mismo.

—Entonces ¿nos quedamos aquí de brazos cruzados hasta que venga alguien a la comisaría? ¿Y si no aparece nadie? —dijo Sylvie.

—Pues, teniendo en cuenta que es Semana Santa, yo diría que es poco probable que vengan, ¿no crees? —opinó JeanLuc.

—Y... ¿ahora qué?

—¿Tienes una lima de uñas?

Sylvie hurgó en el fondo de su bolso y sacó una de metal.

—Voy a ver si puedo hacer algo con esto.

Durante una hora y media, JeanLuc trasteó con la lima y el mecanismo. Sylvie permaneció tumbada en su cama, mirando al techo y jugueteando, nerviosa, con su alianza de boda, dándole vueltas y más vueltas como si eso fuera a ayudarla a pasar el tiempo.

De pronto, oyó el crujido del mecanismo y se incorporó. ¡La puerta se estaba abriendo!

—¡JeanLuc! —gritó, y se puso en pie de un salto justo cuando la hoja giraba sobre los goznes.

Su alegría se transformó en consternación en cuanto vio lo que había al otro lado de la puerta. Barrotes. Debían de ser de los que se encastraban en la pared, y la noche anterior alguien tuvo que activarlos para que se deslizaran en silencio tras la puerta una vez que esta se cerró.

—Estamos en una celda —dijo JeanLuc en voz baja—. Y mira... —Sylvie se acercó a él—. Mira ese candado. No quieren que salgamos de aquí.

Alguien los había encerrado.

Sylvie temblaba sin parar.

—¿Por qué? —preguntó sin fuerzas—. ¿Qué hemos hecho mal?

—Creo que este es un pueblo al que se supone que no hay que venir.

A la frustración de estar encerrados se sumaba ahora un miedo casi paralizante.

Durante unos instantes, se limitaron a abrazarse. Después, JeanLuc miró en torno a la habitación y hacia el techo. Había un conducto de ventilación en lo más alto de la pared.

—No hay forma de colarse entre esos barrotes, pero tal vez uno de nosotros pueda meterse ahí —dijo señalando hacia arriba.

JeanLuc era alto y delgado, pero tenía una espalda muy ancha. Resultaba obvio que solo una persona más menuda cabría en el conducto. Sylvie.

La única manera de llegar hasta aquella altura fue convertir los somieres metálicos de las camas en una escalera. No bastaba con solo uno de ellos. Con gran dificultad, haciendo acopio de todas sus fuerzas, JeanLuc consiguió colocar la segunda cama en posición encima de la primera y después las ató sirviéndose de las sábanas sucias.

Veía el miedo en los ojos de su mujer.

—Es nuestra única oportunidad de salir de aquí —le dijo a Sylvie en tono de súplica—. Toma. Llévate la lima de uñas. La necesitarás ahí arriba.

En silencio, Sylvie se guardó la lima en el bolsillo de los vaqueros y empezó a trepar. Una vez que llegó al conducto, empezó a trabajar en los tornillos, nada menos que ocho, que sujetaban la rejilla. Estaban todos oxidados.

—No puedo quitarlos —comentó con una vocecita aterrorizada.

—Tienes que seguir intentándolo, cariño...

Después de casi tres horas, la reja cayó al suelo. Ahora Sylvie tenía que intentar introducirse en el hueco.

—JeanLuc... —dijo bajando la mirada hacia su marido—. No puedo.

—Por favor, *ma chère*. Por favor. Hazlo por los dos, inténtalo.

Sylvie se impulsó con todas sus fuerzas y se internó en aquel espacio estrecho. Cuando sus pies desaparecieron, JeanLuc se quedó solo en la celda. Gritó el nombre de su mujer en dirección al agujero oscuro, pero no obtuvo respuesta.

Al otro lado de la pared, Sylvie había ido a caer, con la cabeza por delante, a un balcón. Dos sillas de plástico habían amortiguado un poco su caída, pero estaba magullada y sin aliento.

Despacio, se puso de pie y miró a su alrededor. JeanLuc dependía de ella, así que se dijo que tenía que ser valiente. Ya se había hecho de noche, y en la penumbra de la calle que se extendía a sus pies no había ni un alma. Las luces de las casas estaban apagadas. Sylvie calculó que podría ir pasando de un balcón a otro y, al final, bajar a la calle. Desde allí sería sencillo encontrar el camino de vuelta hasta JeanLuc.

Diez minutos más tarde, dolorida a causa de los moratones, ya estaba subiendo una vez más la escalera que llevaba a la comisaría. En esta ocasión, la sólida puerta exterior estaba cerrada. La golpeó y gritó, con la esperanza de que su marido la oyera y supiera que se encontraba a salvo.

Dentro, JeanLuc estaba sentado en el suelo intentando, en vano, encontrar cobertura en su teléfono o en el de Sylvie. Ambos le decían que ya eran las nueve de la noche. El hambre del día anterior no era nada en comparación con la que sentía en aquellos momentos. Fuera, el miedo azuzaba a Sylvie. Tenía que encontrar ayuda para liberarlo.

Quería evitar el *pantopoleion*. Debía de haber sido la propietaria quien los había encerrado en la celda. Tal vez si llegara al paseo marítimo diera con más turistas que pudieran ayudarla. Quizá incluso encontrara a algún francés.

Las calles eran serpenteantes y no parecían seguir ninguna lógica, pero

Sylvie sabía que, eligiendo siempre las suaves pendientes descendientes, tarde o temprano llegaría al mar.

Un perro salió corriendo hacia ella de entre las sombras, y solo una enorme cadena consiguió detenerlo. Se le escapó un grito de miedo involuntario. A partir de ese momento, se le aceleró el corazón.

De repente, en medio de la oscuridad, se tropezó con un bolardo de poca altura. Instintivamente, estiró las manos para frenar la caída, y oyó un crujido inconfundible. Se golpeó las rodillas con fuerza contra los adoquines, pero lo que se había roto era la muñeca izquierda. Al cabo de unos instantes la tenía hinchada y los dedos comenzaron a entumecerse. Justo antes de que se convirtiera en algo imposible, se quitó la alianza de casada y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros. Pronto tenía los dedos tan gordos como salchichas. Se sentó en el bordillo y empezó a mecerse adelante y atrás entre gemidos, sollozando por culpa del agujonazo de dolor que la atravesaba de arriba abajo. Vomitó en la alcantarilla.

—*Zut!* —exclamó mientras se sujetaba la muñeca—. *Zut! Zut...!*

La sangre le rezumaba a través de un desgarrón que se había hecho en los vaqueros. Tenía un corte muy feo en la rodilla. Continuó sentada durante varios minutos para superar las náuseas y luego, tratando de no desmayarse, se sirvió del bolardo para levantarse. Tras dar unos cuantos pasos, se dio cuenta de que tendría que volver a sentarse. Se desplomó de nuevo sobre la acera y colocó la cabeza entre las rodillas sin dejar de intentar controlar sus gemidos de dolor y frustración.

Al cabo de un rato, notó que se había despejado un poco, así que volvió a ponerse en pie. Tenía que seguir adelante. Hacía por lo menos una hora que se había separado de JeanLuc. Apoyándose en la pared, continuó caminando calle abajo. Vio el paseo marítimo a lo lejos, y percibió movimiento en

aquella zona. Se acercó con cautela. No se olvidaba ni por un segundo de que en aquel pueblo había gente que no los quería allí.

Ahora ya distinguía, en la distancia, que una multitud avanzaba por el paseo. El final de la calle todavía estaba a más de cien metros y el paso de Sylvie era lento. Cuando se acercó, vio que la gente estaba formando una fila a lo largo de la orilla. No había farolas, ni tampoco luces en los bares y las tabernas de la playa.

Allí había mil personas: hombres, mujeres, niños. A oscuras, vislumbró que cada uno de ellos sujetaba una sola vela larga, blanca y sin encender. Un sacerdote salmodiaba, pero la multitud guardaba silencio, todo el mundo con rostro inexpresivo.

«¿Qué están haciendo?», se preguntó Sylvie.

Con mucha discreción, se acercó al límite del grupo. Todos tenían la vista clavada en algo que había más allá, por delante de ellos, y hacían caso omiso de la gente junto a la que se encontraban. Sylvie se dio cuenta de que estaba sucediendo algo dentro del agua.

A su lado, un niño señalaba una luz brillante en el cielo.

Desde un acantilado situado en el otro extremo del puerto, se aproximaba una luz naranja. Viajaba a velocidad constante, volando por encima del agua. Era un detonador.

Una milésima de segundo después, se produjo una tremenda explosión. El estruendo rebotó contra las rocas que había enfrente. Un incendio enorme había estallado justo en medio del puerto.

Negra contra el azul oscuro del mar, se recortó la silueta de una isla que se había construido en medio del agua. Parecía un nido de cigüeña y ahora ardía entero, con llamas que aspiraban a lamer el cielo.

En la isla había una estructura. Al principio le había costado identificarla,

pero ahora que el fuego se había encendido la veía con claridad. Era un patíbulo. Una horca de la que colgaba una figura lasa.

Recordó lo que había leído el día anterior acerca de la efigie de Judas que quemaban el Sábado Santo.

En ese momento, se produjeron una serie de explosiones ensordecedoras. Los fuegos artificiales estallaron en el cielo y los petardos traquetearon por todas partes. Era como estar en un campo de batalla. Sylvie se estremeció.

A su lado, tanto a la izquierda como a la derecha, las velas iban encendiéndose. Una persona le pasaba el fuego a la siguiente hasta que, al final, las mil estuvieron prendidas. A lo largo de la orilla, las llamas titilaban, danzaban e iluminaban los rostros desde abajo. La gente parecía más feliz que la noche anterior.

Una mujer le puso una vela en la mano derecha a Sylvie y se la encendió con la suya.



—*Christos Anesti!* —dijo en tono jovial—. *Hronia Polla!*

Sylvie no tenía ni idea de lo que quería decir, y tampoco comprendió que la llama con la que acababan de encenderle la vela había llegado aquella tarde desde Jerusalén. Era una luz sagrada. Cristo había resucitado.

Gran parte de la multitud empezaba a marcharse ya. Era la hora de cenar.

Sylvie continuó contemplando la efigie, fascinada. Estaba tardando en arder, teniendo en cuenta la intensidad del fuego, y su forma desgarrada, le recordaba a JeanLuc. El dolor debía de estarle provocando delirios.

En un momento dado, el viento cambió de dirección y las llamas se encorvaron hacia el muelle. Sylvie percibió un efluvio. Era el olor característico de la carne asada, cosa extraña, dado que hasta el día siguiente no se asaría nada.

—*Mon Dieu...* —dijo Sylvie casi para sí, paralizada por la impresión—. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Al cabo de unos minutos, las llamas se apagaron. El cuerpo chamuscado humeaba. Sylvie permaneció inmóvil mientras el soporte vertical de la horca se escoraba poco a poco y caía al mar. Quedara lo que quedase de «Judas», cayó con él. La isla había sido incinerada con todo lo que tenía encima, y lo único que quedaba eran unas cuantas briznas de paja ennegrecida sobre la superficie del mar.

El resto de la multitud ya se había dispersado, y le daba miedo estar allí sola. Tenía que regresar a la comisaría, pero no para encontrar a un policía. Ya sabía que aquello era inútil. Le echó una última mirada desesperada al agua y se dio la vuelta.

Renqueó lo más rápido que pudo, sujetándose la muñeca rota con la mano derecha. Cada paso era un tormento. Ahora había algunas luces más en las casas y, al final, vio un letrero que le resultaba familiar.

ASTINOMIA (POLICÍA).

Asustada, se arrastró escaleras arriba. La puerta del final estaba abierta.

La sala de fuera estaba igual, pero habían cerrado la puerta de la celda. Alguien había descorrido los barrotes en los que no se había fijado al llegar la noche anterior.

—¡JeanLuc! ¡JeanLuc! —gritó casi demasiado débil para hablar—. ¡Jean...!

El pomo de la puerta cedió con facilidad. La abrió. Las dos camas estaban tal como cuando las vieron por primera vez, con las sábanas grises bien remetidas. La rejilla del conducto del aire acondicionado volvía a estar en su sitio. No había ningún indicio de que alguien hubiera dormido en aquella habitación. Ni tampoco el menor rastro de su marido. Miró debajo de la cama, por si acaso encontraba la llave del coche, su cepillo de dientes... cualquier cosa. Todas las pruebas de que JeanLuc y ella habían estado en algún momento en aquella habitación habían desaparecido. Era como si jamás la hubieran pisado.

Sylvie huyó del pueblo impulsada por la adrenalina. Lo único de lo que estaba segura era de que tenía que marcharse. La caminata hasta la carretera principal, sin embargo, le llevó el doble de tiempo que el día anterior.

El todoterreno, por supuesto, seguía cerrado a cal y canto. Y, de todas formas, no tenía combustible. En torno a las cuatro de la mañana, pasó un camión, pero no se detuvo. Lo más seguro es que el conductor estuviera borracho. Sylvie se sentó junto a la carretera, presa de la desesperación, paralizada por la impresión, con la muñeca y la rodilla palpitantes de dolor. En un momento dado, se llevó la mano al bolsillo. No sabía muy bien cuándo, pero su alianza se había perdido. Al romper el día, un campesino pasó por allí y la llevó en su coche. Lo único que entendió el hombre es que Sylvie tenía el coche averiado y la muñeca rota.

El campesino no hablaba ni una palabra de francés ni de inglés, pero Sylvie agradeció el silencio. La acercó a la siguiente ciudad grande, a cincuenta kilómetros de distancia.

En el hospital había un médico que hablaba francés con fluidez. Para entonces Sylvie ya estaba histérica, casi ininteligible en cualquier idioma, pero consiguió transmitirle su historia. Varios médicos y enfermeras más se reunieron a su alrededor mientras el primero traducía lo que contaba. Algunos de ellos asintieron. Al menos la creían. En aquella zona de Grecia todos conocían los rumores que corrían sobre ese pueblo y la leyenda de que, en siglos pasados, sus habitantes aprovechaban la ocasión del Sábado Santo para ahorcar a un delincuente. Pocos sabían que la tradición se había restablecido. JeanLuc y Sylvie se habían encontrado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Por decirlo de otra forma, sin saberlo, habían roto una de las leyes draconianas, si bien no escritas, del pueblo. Se habían entrometido.

No había cadáver, ni pruebas, ni testigos que apoyaran el relato de Sylvie. Horrorizada, descubrió que la estaban investigando como sospechosa. Todo iba en su contra. Incluso el hecho de que hubiera «perdido» su anillo de boda solo días después de casarse sugería que se había producido un altercado terrible que le había provocado aquellas lesiones. La policía y los lugareños cerraron filas. Al final, lo único que impidió que se la condenara por asesinato fue la ausencia de un cuerpo que lo probara.

La prensa griega estuvo brevemente obsesionada por el caso, pero después del juicio la historia no tardó en olvidarse. Un tiempo después, en el escaparate del *pantopoleion* aparecieron dos sencillas alianzas de boda, acurrucadas entre un paquete con varios peines de plástico y un Patek Philippe resquebrajado.

Se me heló la sangre al pensar que había cenado contemplando ese mismo puerto, y aquella noche tuve una pesadilla sobre Jean-Luc.

Pasé unos cuantos días en aquel hotel barato y cómodo, y después decidí que debía volver a ponerme en marcha. Ya llevaba casi nueve meses viajando y, aunque empezaba a pensar menos en ti, otras preocupaciones iban abriéndose hueco: en primer lugar, mi situación económica, y después la consiguiente ansiedad por el momento en que tuviera que regresar a Londres. Decidí dejar esas cuestiones a un lado, al menos un tiempo más. Antes quería celebrar la Semana Santa, tal vez para librarme de las imágenes de lo que les había sucedido a Sylvie y Jean-Luc. Terminé pasando esa importante festividad religiosa en un pueblo de montaña, donde unos cuantos desconocidos hospitalarios me adoptaron durante unos días. Vi la quema de la efigie de Judas con mis propios ojos, compartí su *magiritsa* (la sopa de menudillos de cordero) y estuve en pie hasta las tres de la mañana escuchando música en directo.

El pueblo estaba cerca de las Termópilas, que es un desfiladero famoso por la heroica última batalla de trescientos griegos contra una fuerza invasora de más de cien mil persas (algunos historiadores opinan que muchos más). Me detuve en un aparcamiento vacío junto al inmenso monumento que la conmemora y aquel homenaje a una extraordinaria hazaña de valor me conmovió, a pesar de que tuvo lugar hace más de dos mil quinientos años. Junto a una magnífica estatua del rey Leónidas blandiendo su lanza aparecían las palabras «*Molon Lavay!*» (¡Venid a por ellas!), su respuesta a la exigencia de que entregara las armas. Su resistencia fue inflexible e impresionante.

Mientras estaba allí, llegó otro coche del que bajó una pareja anciana. Lo más probable es que rondaran los ochenta y pocos, eran bajos, como la mayor parte de los miembros de su generación, y muy elegantes, en contraste con su viejo Toyota desvencijado. El hombre se llevó una mano a la gorra a modo de saludo y los tres contemplamos a Leónidas en silencio, recortado contra un cielo de color rojo sangre. El anciano se volvió hacia mí y empezó a hablar:

—*Filé mou, ehoume akomi sto ema mas tin andistasi. Etsi, alloste, ehasé ti zoi tou kai o aderfos mou. Kapii apo emas dev...*

Me encantaba oír la pasión que emanaba de sus palabras, pero pensé que debía decirle que era extranjero y no entendía todo lo que decía.

—¡Lo siento, lo siento, amigo! —se disculpó—. Decía que resistir sigue siendo algo

que llevamos en la sangre. Mi hermano también murió así. ¡Algunos jamás nos rendiremos ante los alemanes!

Puede que esa sea la razón por la que este monumento todavía resulta tan conmovedor, porque Grecia es un país muy pequeño y por lo general siempre lo han superado en número y en poder armamentístico. Conserva recuerdos muy vivos de la resistencia contra Alemania y los turcos, y actos de valentía como el de Leónidas se han convertido en legendarios. Mucha gente opina que hoy en día el país continúa sufriendo la opresión alemana y, aunque es en un sentido económico, la voluntad de oponer resistencia es fuerte.

Cuando el sol comenzó a ponerse, la pareja de ancianos y yo seguimos nuestros respectivos caminos.

Las noches ya eran bastante más cálidas. El verano ya estaba a punto de llegar.

Aunque había viajado con bastante libertad, siempre había habido un lugar muy específico en mi itinerario. Era un sitio al que había planeado llevarte, pero ahora ya estaba preparado para ir solo. Aquella mañana me desperté y pensé en cómo me sentía en comparación con aquel día negro de mediados de septiembre. Las nubes se habían levantado. Me di cuenta de que iría a aquel lugar sin tristeza. Y de que ya no estoy escribiendo esto para ti.

«Delfos: bello y misterioso.»

Cuando lo visité, hace décadas, durante una excursión escolar, esas fueron las palabras que garabateé en el margen de un libro de ejercicios. No fueron solo las antiguas columnas de piedra, el anfiteatro y el estadio los que incendiaron mi imaginación. Fue la atmósfera. Poseía algo místico. De adolescente, reaccioné a ella, y siempre había querido volver para comprobar si de verdad allí había algo sobrenatural... O si se trataba de una idea que solo había existido en mi mente adolescente.

En el mundo antiguo, los grandes líderes no tomaban decisiones trascendentes hasta consultarlas con el oráculo de Delfos. Una sacerdotisa residía en el templo de Apolo, del que en la actualidad se conservan muy pocos restos, y sus manifestaciones, una vez interpretadas por un sacerdote, los guiaban. Hay varias teorías respecto a qué inducía el estado de semitrance en el que hablaba. Ahora se piensa que lo que causaba sus divagaciones y alucinaciones eran los vapores naturales que brotaban de una grieta en el suelo (puede que etileno o metano).

Durante miles de años, Delfos constituyó un epicentro religioso. La gente acudía desde muy lejos para hacer sacrificios y pedir consejo. Luego, fueron dejando de creer y

empezaron a buscar alternativas, a tratar de encontrar la verdad rezando, interpretando las estrellas, leyendo las cartas del Tarot, observando bolas de cristal o, en el caso de Grecia, examinando los patrones de los posos del café. En nuestros días hay tanto interés en la búsqueda de la iluminación como en tiempos anteriores, aunque indagamos en lugares distintos.

A veces, cuando vuelves a visitar un lugar que te dejó huella, te parece más pequeño, o te decepciona en algún sentido, pero Delfos era más extraordinario de lo que recordaba. Su ubicación me resultó todavía más espectacular, y ahora hay un museo muy elegante que alberga sus gloriosas esculturas. Aquel resplandeciente día de mayo volví a sentir su magia.

La noche posterior a mi visita a Delfos, me alojé en un hotelito de un cercano pueblo de pescadores. A la mañana siguiente, durante el desayuno, coincidí con una joven que comía sola. El silencio se hacía incómodo en aquel comedor vacío, así que empezamos a charlar.

Al principio no me di cuenta de que era griega. Supuse que era turista, como yo. Llevaba el pelo corto y cuidado, una chaqueta cara y un bolso de color cámel con el logotipo de algún diseñador. No obstante, cuando se presentó como Atenea, adiviné su nacionalidad.

—Solo he venido a pasar el fin de semana —me dijo en un inglés perfecto, con un ligerísimo acento—. Vivo en Alemania.

Aquello aclaraba por qué no encajaba del todo con mi imagen de las mujeres griegas, y cuando me enteré de que era una joven profesional que se había instalado en una ciudad europea septentrional, encontré la explicación a su corte de pelo y a la ropa sofisticada y andrógina que lucía.

—¿Te gusta vivir en Alemania?

Me pareció una pregunta educada. No tuve que preguntarle por qué se había trasladado allí. Era una de los muchos miles de emigrantes económicos de Grecia que se habían marchado para encontrar trabajo en algún otro lugar.

—No está mal —contestó de forma un tanto evasiva—. Los trabajos en banca se pagan bastante bien.

No le hice más preguntas. La conversación se centró en Delfos, en lo que nos había impresionado, en si nos gustaba la disposición del museo, etcétera.

Sin venir a cuento, la joven dijo algo tan sumamente personal que me dejó sin palabras.

—He venido a encontrarme a mí misma. —Levantó la mirada de su plato y sonrió por

primera vez a lo largo de nuestra conversación—. ¿Sabe cuáles son las palabras que se supone que estaban talladas encima de la puerta de entrada al templo de Apolo? — continuó—. «*Gnothi s'eafton*» (Conócete a ti mismo).

Asentí.

Ella estaba dándole vueltas a un trozo de tomate por el plato, pero de repente alzó la vista y me miró a los ojos.

—Por primera vez en mi vida, creo que me he comprendido —dijo.

Los ojos le brillaban de emoción. Su expresión de seriedad había desaparecido y, mientras me contaba su historia, fue animándose cada vez más. De algún modo se volvió menos germánica y más griega.

—¡He visto mi futuro!

CONÓCETE A TI MISMO

## «ΓΝΩΘΙ ΣΑΥΤΟΝ»

Justo un mes antes, Atenea se encontraba en la vigésimo octava planta de un edificio de oficinas en Düsseldorf, contemplando a través de una ventana tintada las vistas a otras ventanas tintadas. Toda la zona estaba dominada por torres de cristal reluciente y, a ojos de Atenea, aquellos edificios parecían existir solo para reflejarse los unos en los otros. Los inquilinos eran corporaciones internacionales cuyos banqueros, abogados, corredores de bolsa, gestores de fondos de cobertura y financieros existían para darse servicio los unos a los otros en un ciclo de actividad que se autoperpetuaba.

Las palabras «refinanciar», «valores de primer orden», «reestructuración fiscal», «diligencia debida», «paraíso fiscal» y otras expresiones similares flotaban sobre la mesa de la sala de juntas. Atenea reflexionó sobre la jerga de los negocios. Ya fuera en inglés, en alemán o en griego, no costaba dominarla, lo que parecía contar era más bien cómo decías las cosas, no qué cosas decías.

Delante de cada ejecutivo, al lado de una libreta y un lápiz afilado, había una taza con platillo llena de un café flojo, de filtro, que se había enfriado hacía un rato. Aquellos objetos que atestaban la mesa adolecían de la misma falta de propósito que la reunión: todo el mundo tomaba notas en un iPad y sorbía capuchinos para llevar.

Atenea miró la hora con disimulo. Llevaban ya casi dos horas de reunión, pero solo habían llegado a la mitad del orden del día. Contuvo un bostezo. Ella ya había hecho su presentación sobre una nueva empresa de telecomunicaciones que necesitaba refinanciarse, y ahora un compañero había tomado la palabra para presentar, sirviéndose del PowerPoint, algunas

predicciones financieras. Había sido el último en incorporarse al equipo, y estaba hiperentusiasmado e hiperpreparado.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó Atenea. Vivir en Düsseldorf había sido emocionante durante las primeras semanas, pero una vez que pasó la novedad, aquella pregunta había aflorado a su mente a diario. Ya hacía más de un año.

¿Por qué estaba viviendo en un país extranjero, con un clima frío, lejos de sus amigos y de su familia, haciendo un trabajo con el que ni siquiera disfrutaba? ¿Cómo había sucedido todo aquello?

Cuando por fin terminó la reunión, eran las ocho y media de la tarde. Atenea se guardó el portátil en el maletín y se escabulló de la sala sin despedirse de sus colegas. La única forma de calmarse y de acallar aquel grito interior que había encontrado era el yoga. Bikram, Ashtanga, con meditación. Los había probado todos, y de ellos obtenía un breve consuelo. Incluso se preguntaba si sería lo único que la mantenía cuerda.

Si no se daba prisa, se perdería su clase.

Durante una hora, el incienso y los mantras indios la envolvían satisfactoriamente en su abrazo, pero solo le valía para el «instante». Una vez que los arrullos del agua en movimiento y de las campanas de viento se desvanecían junto con el aroma a lavanda y bergamota, todos sus beneficios también se esfumaban. El bienestar era un producto más, y se vendía por horas. En la pared exterior del estudio, un cartel rezaba: ENCUÉNTRATE A TI MISMO, pero, si Atenea estaba segura de algo, era de que ella no iba a encontrar a su «ti mismo» en una esterilla de yoga.

Después, regresó una vez más por las calles sin árboles del centro de la ciudad, mirando hacia arriba entre las torres de hormigón para encontrar las estrellas. Se apresuró en volver a casa. Llegaba tarde a su sesión semanal de Skype con sus padres, que seguían en Lamía, pero sabía que la habrían

esperado despiertos. Desde la estación más cercana, tenía un trayecto de media hora en tren hasta su piso.

—*Agapi mou?* ¿Cómo estás? ¿Qué tal por Düsseldorf? ¿Hace frío?

Su madre ni siquiera cogía aire entre una pregunta y otra.

—Espero que estés comiendo algo más que salchichas y *schnitzel*, cariño mío. Sé que la comida alemana es un poco pesada. Ojalá pudiera enviarte unas cuantas *dolmadakia* bien hechas. Pero te mandaré aceite de oliva. El tío Dimitris acaba de terminar la cosecha y dice que es la mejor de los últimos diez años o más. Estamos muy orgullosos de ti, cielo. Pero te echamos de menos. La tía Georgia te manda recuerdos. Ayer fue su santo. ¿Te acordaste de desearle *Hronia Polla*? Dice que no tuvo noticias tuyas...

—Mamá...

El rostro de su padre apareció en la pantalla, tras hacer a su madre a un lado. A Atenea le encantaba verlos a los dos, y también le gustaba vislumbrar su antiguo hogar, tan familiar e inalterado. Se le formó un nudo en la garganta.

—*Matia mou*, tu primo Giannis acaba de perder su puesto en la compañía de seguros y ha empezado a trabajar de camarero. Y su hermano lleva presentándose a ofertas todo el invierno. Y no hay nada. Aquí no hay trabajo. Le han ofrecido un puesto en Katerini, pero...

—Papá —lo interrumpió Atenea—, ¿por qué no lo acepta?

—Le hemos dicho que hable contigo. A lo mejor tú puedes encontrarle algo en Alemania. ¿No podrías preguntarle a alguien? Es un buen chico. ¿Crees que podrías hacer algo? Tu tía se pondría muy contenta. Aquí las cosas están fatal.

—Estamos muy orgullosos de ti —intervino su madre, que inclinó la cabeza sobre el hombro de su esposo para que su hija la viera.

Era cierto. Los dos estaban henchidos de orgullo por que su única hija había sido de las mejores del colegio y había ido a la universidad. También se

alegraban de haber podido permitirse enviarla al Reino Unido a cursar un máster. No todo el mundo podía hacerlo.

Su padre estaba resuelto a seguir con su actualización de las noticias.

—Parece que ahora el gobierno está empeorando las cosas. Hoy ha habido una manifestación y se ha convocado una huelga general para la semana que viene. Syriza está en un lío. Han decepcionado a todo el mundo. Incluso a la gente que los votó.

Resultaba casi imposible interrumpir el flujo de conciencia de su madre o el aluvión de pesadumbre de su padre sobre la economía griega. Atenea ni siquiera lo intentó.

—No parece un sitio muy acogedor —comentó su madre, que estaba escudriñando la pantalla—. ¿Pasas frío? ¿Sigue nevando? ¿Qué tal tu compañera de piso?

La compañera de piso de Atenea era una médica que había puesto un anuncio en un periódico griego, *Kathimerini*, para buscar a alguien que compartiera su vivienda de Düsseldorf. Quería vivir con otra persona griega, aunque sus turnos en el hospital le dejaban poco tiempo para estar en casa. Atenea, por su parte, tenía que salir a las siete de la mañana para cruzar la ciudad abarrotada, y por lo general volvía después de las diez de la noche, así que las dos jóvenes se veían muy poco y solo podían charlar un poco cuando se cruzaban al entrar y salir del baño.

—Está bien —contestó Atina—. Trabajando muchas horas.

—Tú también trabajas demasiado —dijo su madre con voz triste.

Atenea no oyó bien lo que su padre le susurraba a su madre al oído, pero creyó entender algo parecido a:

—Mejor que no trabajar nada...

El tira y afloja entre el orgullo y las ambiciones que su padre tenía para ella y el fuerte deseo de su madre de llevar a su única hija de vuelta al nido era un

conflicto que llevaba años vigente. Ella reaccionaba contra ambos, y las conversaciones terminaban siendo extenuantes. Tenía que esconderles muchas cosas, e intentar evitar ahogarse en sus instrucciones bien intencionadas pero a menudo intimidantes. Al menos en Düsseldorf no la agobiaban tal como hacían en Lamía.

Les había contado a sus padres que le pagaban mil seiscientos euros, y nunca se había visto capaz de corregir el malentendido de que ese era su salario mensual. En realidad, era su paga semanal, una suma astronómica según los estándares griegos. Al principio no podía creerse lo generoso que era el banco, pero en los últimos tiempos había empezado a considerar que sus ganancias eran una compensación. Algunos días se sentía como si le hubiera vendido su vida a aquella corporación sin rostro.

Al día siguiente, durante la junta de primera hora de la mañana, volvió la mirada hacia las habituales vistas de aquella ciudad sin alma, con sus kilómetros de acero y cristal pretenciosos. Se dio cuenta de que tenía que salir de allí.

Se acercaba un fin de semana largo y no tenía nada que la retuviera en Alemania. La relación embrionaria que había establecido con un compañero de trabajo se había quedado en nada, cosa que seguramente le iría bien, puesto que no estaba bien visto tener pareja dentro de la empresa.

Antes incluso de que terminara la reunión, Atenea ya había reservado en su iPad un vuelo con destino a Atenas. Pero no tenía pensado ir a casa. Su padre se disgustaría si se enteraba de que no era feliz en Atenas, y su madre podría crearse falsas esperanzas respecto a su vuelta a Grecia. Tenía otra idea.

El lema del póster, ENCUÉNTRATE A TI MISMO, le había recordado una frase que había estudiado en el colegio. Eran unas palabras que se suponía que, en su día, estuvieron grabadas en el dintel de la entrada del templo de Apolo en Delfos: «*Gnothi s'eafton*» (Conócete a ti mismo).

Nunca había visitado Delfos, pero, como todos los escolares griegos, sabía que durante siglos la gente había acudido allí en busca de orientación sobre su futuro.

El sacerdote y la profetisa habían desaparecido hacía mucho tiempo, y sin embargo el sitio arqueológico seguía recibiendo gran cantidad de visitas. Atenea se preguntaba por qué. Al menos aquel viaje le proporcionaría tiempo para pensar, así como la oportunidad de ver un poco de cielo azul.

Atenea mató el tiempo del vuelo leyendo su horóscopo en la revista de la compañía aérea. Si siguiera las instrucciones y aceptara los consejos del astrólogo, al menos tendría una forma de ir por la vida. Los que lo escribían siempre parecían muy seguros, señalaban con gran convicción que ella, Libra, tenía ciertas características y, por lo tanto, debía hacer *x* o *y* con su vida. Tal vez fuera el equivalente actual a consultar al oráculo. Era una mera cuestión de fe, y ella envidiaba a la gente que la tenía.

En cuanto desembarcó del avión, el aroma de su país la embistió de lleno. Incluso el aeropuerto poseía una fragancia propia. Es probable que no fuera más que un ambientador, pero Atenea quiso llenarse los pulmones de ella. El aeropuerto entero parecía estar vivo, y los bares de la zona de llegadas estaban atestados. Antes de ponerse en la cola para alquilar un coche, se compró un *elliniko metrio*, un café griego cargado y ligeramente azucarado. Se sintió como una adicta que conseguía su primer chute después de un montón de tiempo.

—Está teniendo un buen día, ¿no? —le preguntó el hombre del mostrador de Hertz.

La sonrisa de Atenea llamaba la atención. La mayoría de la gente que iba a alquilar un coche estaba estresada, pero aquella joven bastante bien vestida parecía tranquila.

—Sí —contestó—. Muy bueno.

—¿Va a algún sitio bonito?

—A un sitio donde no he estado nunca —respondió—. A Delfos.

—¿Va a consultar el oráculo? —dijo el hombre en tono de broma.

—Algo así...

Le entregó una llave.

—¡Buena suerte!

Mientras conducía por la autopista, era como si el coche ya conociera el camino. Se trataba de una ruta sencilla, casi en línea recta hasta su destino. El hombre del alquiler de coches debía de haberle dado uno de una categoría superior, y el sistema de sonido de su Audi derramaba la voz familiar de Giorgos Dalaras sobre el interior con tapicería de lujo. Daba la sensación de que estuviera cantando solo para ella.

*S'agapo, yiati eisai orea,*

*S'agapo, yiati eisai esi.*

(Te quiero porque eres preciosa,  
te quiero porque tú eres tú.)

No se había permitido escuchar música griega mientras estaba en el extranjero porque le producía morriña, pero ahora que estaba «en casa» podía darse ese gusto. Cantó con él, gritándole la letra a las montañas de bosques exuberantes que se extendían más adelante.

La carretera, bordeada de una retama amarilla muy luminosa, la guio a través de un paisaje verde. El cielo estaba azul celeste. El espectacular valle por el que conducía ya casi era motivo suficiente para justificar el viaje.

Al cabo de dos horas, Atenea vio el primer indicador hacia Delfos.

Lo único que la alertó de que ya había llegado fue atisbar unas cuantas columnas entre los árboles.

Después de aparcar, se acercó a comprar una entrada para el sitio arqueológico y el museo.

—Vaya primero al templo de Apolo —le dijo la mujer del mostrador—, y después al museo. Es mejor así.

Obediente, Atenea hizo lo que le habían indicado. Era una tarde soleada, pero a finales de primavera había pocos turistas aparte de ella. Atenea avanzó sin prisa por el sendero, la «Vía Sacra», intentando imaginarse qué aspecto tendría hacía dos mil quinientos años. Había restos de los tesoros, los temples donde, en tiempos antiguos, la gente depositaba sus ofrendas dinerarias para el sacerdote a cambio de sus predicciones y consejos.

En el emplazamiento del templo de Apolo había algunas columnas impresionantes, pero la arqueología lo era suficiente para Atenea. Era como mirar un esqueleto humano y tratar de imaginarse una persona vivita y coleando. No paraba de consultar las reconstrucciones de su guía de viaje para formarse una imagen mental de qué aspecto había tenido en realidad. El anfiteatro y el gimnasio requerían menos imaginación. Estaban intactos, y las piedras plateadas daban la impresión de contener aún en su interior los vítores y murmullos de las muchedumbres entusiasmadas.

Por los carteles, pronto entendió que un terremoto había enterrado hacía mucho tiempo el emplazamiento original del oráculo. Debió de ser una catástrofe para la gente perder su fuente de sabiduría y orientación, y Atenea no pudo evitar sentir una punzada de decepción por ella misma.

Antes de dirigirse al museo, donde se exponían esculturas y otros artefactos extraídos del yacimiento, fue a la cafetería a comprar agua y se sentó en la terraza exterior a admirar las vistas. La escarpada belleza natural de la zona constituía un espectáculo por sí sola, aun sin los objetos antiguos.

Justo antes de llegar a Delfos, se había detenido en Arájova a comprar tabaco. No había vuelto a fumar desde su última visita a Grecia hacía más de un año. En Alemania era casi imposible encender un cigarrillo sin quebrantar alguna ley. Al inhalar, Atenea supo que el placer tenía más que ver con la libertad de fumar que con la propia nicotina.

El aroma a pino era intenso y, con el calor del sol en la cara, sintió que comenzaba a relajarse. Cerró los ojos. El verano anterior, se había puesto el abrigo de invierno todos los días. Por primera vez en dieciocho meses no cargaba con él. Seguía en el asiento trasero de su coche, y la monocromía de Düsseldorf, con sus incesantes cielos grises, parecía muy lejana.

Apagó el cigarrillo y se puso en pie. Estaba lista para visitar el museo.

En cuanto entró, quedó fascinada por las espaciosas salas que contenían los objetos más exquisitos que había visto en su vida. Todos tenían milenios de antigüedad, y la mayoría estaban hechos de una magnífica piedra dorada. Había fragmentos de frisos que representaban escenas de la guerra de Troya: raptos, batallas, leones, gigantes y dioses. Estaban llenos de acción y movimiento, contaban historias como si las mostraran en una cinta de película.

También había estatuillas minúsculas, de solo unos cuantos centímetros de altura, y obras más monumentales, como la de los *kuroi*. La historia de aquellos fornidos hermanos gemelos era trágica.

Su madre necesitaba que la llevaran en carro hasta un templo y, como no había bueyes que tiraran de él, los dos jóvenes se pusieron los arreos y lo arrastraron. La mujer se sintió abrumada por lo que habían hecho por ellos y rezó para que se les concediera lo mejor que un hombre pudiera recibir. Ambos se echaron a dormir y nunca volvieron a despertarse.

Atenea se quedó impactada.

«Una muerte tranquila», pensó. ¿De verdad era aquella la máxima aspiración?

El final agri dulce de la historia hizo que se sintiera vacía.

No lejos de allí se encontraba la estatua de Antínoo, considerado el hombre más bello del mundo y adorado por el emperador Adriano. Cuando se ahogó en el Nilo, Adriano, con el corazón destrozado, lo convirtió en semidiós. La escultura estaba llena de patetismo, era un lamento a la belleza y la juventud perdidas.

Aquellas imágenes de muerte temprana y prematura la obsesionaron. Ninguno de los tres sabía siquiera el día anterior que sus vidas terminarían. ¿Habían logrado lo que querían lograr? Atenea lo dudaba.

Había muchos otros *memento mori* en Delfos, pero Atenea no necesitaba grandes recordatorios de que la vida no debe desperdiciarse. Para ella, esa idea no suponía una revelación. La muerte había estado presente incluso en su viaje hasta allí. Junto a la carretera había visto numerosos homenajes a víctimas de accidentes, varios cementerios y, clavadas a los árboles, muchas esquelas con el rostro de un hombre o de una mujer para anunciar un velatorio o un funeral próximos.

Lo que Atenea deseaba en realidad era orientación. Como las personas que en la antigüedad habían recurrido a Delfos, ansiaba algún consejo, alguna recomendación respecto a qué debería hacer con su vida.

Antes de marcharse, la joven decidió ir a echarle un vistazo al templo de Atenea, el Tholos. Estaba enfrente del museo, al otro lado del camino.

Ya eran más de las seis, y todos los demás visitantes se habían marchado. Los pocos autobuses que había se habían ido a las cinco en punto. Todo estaba tan desierto que, mientras cruzaba el sendero irregular en dirección a las ruinas del templo, se sentía como una intrusa.

La abundancia de margaritas amarillas y hierbas silvestres que crecían en torno al yacimiento le conferían un aspecto de desamparo absoluto. Un jilguero cantaba melodiosamente en el olivar cercano y un cuco invisible lo

acompañaba por lo bajo. Otros pájaros silbaban y piaban. El aire estaba atestado de mosquitos.

El íntimo círculo de columnas la cautivó de inmediato. Aquel templo, el Tholos, poseía una plenitud de la que otras partes de Delfos carecían. ¿Es posible que se sintiera conectada con él por su nombre? Atenea pasó casi una hora sentada sobre las piedras, escuchando los pájaros y contemplando el paisaje que la rodeaba.

Ni siquiera se había fijado en la casita escondida en un rincón del yacimiento, y la repentina aparición de un hombre casi a su lado la sobresaltó.

Cuando vio que el señor llevaba un uniforme, se tranquilizó.

—Trabaja hasta tarde —comentó Atenea.

—Toda la noche —contestó él—. Existe un próspero mercado negro de antigüedades, así que tenemos que proteger nuestros tesoros.

—Pero sería complicado que alguien robara eso, ¿no?

Atenea señaló el trío de altas columnas que se elevaba hacia el cielo ante ellos. Se habían restaurado tres de las veinte que una vez formaron un edificio circular.

—Se sorprendería de lo que se lleva la gente —dijo el hombre.

—Es un lugar precioso —aseguró Atenea.

—En mi opinión, es la zona más bonita de todo el yacimiento —convino él.

Daba la sensación de que aquel hombre no desempeñaba aquel trabajo solo por dinero. Atenea percibió que amaba de verdad las piedras que se encargaba de vigilar.

—El santuario de Atenea...

—¿*Pronoia*? —leyó Atenea en su guía de viaje.

—Presagio. Atenea del Presagio.

—¿Adivinaba el futuro? —preguntó Atenea.

—Eso creían algunos. Puede que la gente no solo le pidiera consejo al

oráculo.

—¿Cómo es estar aquí... cuando no hay luz?

Suponía que, por la noche, aquel territorio de columnas derrumbadas y losas de piedra gris debía de resultar bastante fantasmagórico.

—Estoy acostumbrado —respondió el vigilante—. Pero tiene beneficios que lo compensan con creces.

Durante un instante, Atenea se preguntó a qué se referiría.

—Mire hacia atrás —prosiguió el hombre.

Atenea se volvió.

Lo que vio la dejó perpleja. Era una puesta de sol de tal rareza e intensidad que se le escapó un resuello. El cielo estaba rosa y ahumado, como si un volcán hubiera entrado en erupción a lo lejos y hubiera propulsado sus llamas y cenizas hacia los cielos.

Atenea llevaba todo un año sin ver una puesta de sol. En Düsseldorf, la luz desaparecía a hurtadillas del día, bien detrás de las nubes, bien detrás de los edificios.

Fue entonces cuando la joven recordó la fuerza y el poder del sol. Hasta que se había ido a vivir a Alemania, los movimientos del sol, la luna y las estrellas habían formado parte de su vida diaria, siempre estaban allí, siempre visibles. Hasta aquel momento no se dio cuenta de cuánto había añorado la belleza de Grecia.

El ocaso parecía sobrenatural. Se quedó de pie junto al vigilante, contemplando aquel fenómeno extraordinario, en silencio, experimentando su fuerza prodigiosa.

—Nunca me canso de verlo —comentó el hombre. Le gustaba hablar, como a todas las personas que pasan muchas horas solas, y Atenea estaba dispuesta a escuchar—. Alguien podría robar las columnas, pero nada puede

arrebatarnos los regalos de la naturaleza —prosiguió—. En este país somos muy afortunados en ese sentido.

Ambos dieron un paseo en torno al templo circular mientras el vigilante continuaba:

—A veces me pregunto si, a pesar de lo mucho que se habla de Atenea Pronoia y del oráculo de Delfos, las verdaderas atracciones de esta zona no serán el paisaje y la puesta de sol. ¿Y se imagina la luna llena sobre todo esto? Merece la pena verla, ya se lo digo yo. Te deja sin aliento.

Atenea escuchaba con atención hasta la última de sus palabras.

—No querría estar en ningún otro sitio. Intentaron obligarme a aceptar un puesto en Epidauro, pero me negué a ir. Lo rechacé. A veces uno sabe con exactitud dónde quiere estar. Es el lugar donde te sientes feliz de verdad. Aunque solo sea una vez al día, durante unos instantes. Si merece la pena vivir la vida por esos instantes, ya tienes algo. Y donde yo quiero estar es aquí.

Le dio una calada a su cigarrillo y miró hacia el oeste, hacia la primera estrella que había aparecido, justo en aquel instante, en el cielo de color índigo.

En un momento de pura epifanía, Atenea se sintió como si la hubieran liberado. Sabía dónde quería estar. Por fin, el oráculo había hablado.

Atenea estaba muy animada por la decisión que había tomado. Desde luego, parecía una persona lo bastante independiente para afrontar un nuevo comienzo, y me contó que había ahorrado mucho dinero durante su estancia en Alemania. Estaría cómoda en Atenas, aunque jamás pudiera volver a igualar el salario que había tenido en Düsseldorf. Sus padres no sabrían nada de su decisión hasta que hubiera regresado a Grecia de manera definitiva.

—¡Será mucho más fácil así! Sé que es lo correcto para mí —dijo con certeza—, pero ya se imaginará las discusiones familiares que va a provocar esto.

Le comenté que, en el Reino Unido, la mayoría de los hijos no pide consejo a sus padres sobre cada una de sus decisiones vitales, y que se les anima a ser independientes.

—Aquí intentan entrometerse en todo —dijo ella—. ¡Hasta irían al instituto a hacer los exámenes por ti si pudieran!

Estuvimos de acuerdo en que es probable que esa mentalidad nunca cambie, pero también en que es el reflejo de algo muy atractivo de la sociedad griega: la fuerza de la familia. Todo tiene sus ventajas y sus desventajas.

—Tengo veintiocho años, pero a ojos de mi padre siempre seré una cría —reflexionó—. Sin embargo, a fin de cuentas se trata de mi vida. Tengo que vivirla.

Le conté a qué me dedicaba y, por primera vez, le confié a alguien el motivo de mis viajes recientes. No lo había compartido con nadie hasta entonces. Atenea no reaccionó ni me juzgó de ningún modo, no me ofreció consejo. Su mirada me mostró que comprendía por lo que había pasado. Para ambos, Delfos se convirtió en un punto de inflexión.

Ella tenía que coger un avión aquella noche y todavía no había hecho las maletas, así que intercambiamos nuestras direcciones de correo electrónico por si, en el futuro, me pasaba por Atenas. Pagamos nuestras respectivas facturas al mismo tiempo y, aunque ella se resistió al gesto, le llevé la maleta hasta el coche. Unas cuantas horas más tarde, yo también estaba en la carretera.

El clima era perfecto, con cielos despejados y temperaturas que resultaban más agradables que enervantes. Quería leerme el primer borrador completo de *Escultura cicládica y modernidad* y visitar unas cuantas islas antes de poner fin a mis viajes. El dinero no iba a durarme para siempre. Mi plan implicaba volver a Atenas, pero, al cabo de unas horas, ya estaba haciendo cola en Rafina para tomar el ferri con destino a Andros.

El momento de la partida de un ferri griego es muy emocionante. Lo había experimentado a menudo, pero ese instante en que ya ha subido el último coche, han levantado la rampa, han soltado las cadenas y la popa se aleja de la dársena siempre me entusiasma. Aquel viernes a media tarde, el ambiente a bordo era festivo: cientos de pasajeros con ganas de llegar a un destino común, compartiendo una travesía por mar. El Egeo estaba muy calmado, así que me senté en la cubierta con la brisa salada envolviéndome como una segunda piel. Dos horas más tarde, estábamos de nuevo en nuestros coches, en el interior de la bodega llena de humo. Habíamos llegado. Todas las acciones se repitieron a la inversa, y el ferri pronto se encontró traqueteando de regreso al continente, no sin antes emitir un adiós solitario con la bocina.

Todas las ideas preconcebidas que tenía sobre la arquitectura de las islas griegas (casas pequeñas y encaladas, modestos chalés de piedra junto a la orilla del mar) se disiparon de inmediato. Lo primero que me llamó la atención cuando llegué a Hora, la ciudad principal, fue el abundante número de mansiones gigantescas: casas de tal majestuosidad y elegancia que parecían fuera de lugar, casi absurdas. Muchas tenían columnas y pórticos, algunas eran rosas y otras de color pastel, varias habrían encajado a la perfección en el Gran Canal de Venecia.



Delfos.

En una isla en la que la población actual ni siquiera alcanzaba los diez mil habitantes, resultaba intrigante que en algún momento hubiera existido tanta riqueza. Era una

anomalía sorprendente. Además de las casas, los edificios públicos también eran impresionantes. Un tendero muy amable, que se sabía hasta el último detalle de la historia de la isla, se jactó de que la economía de Andros se había basado en una inmensa riqueza marítima y de que la única ciudad que la había superado en número de barcos registrados era El Pireo. Me fijé en un edificio imponente (un hospital de ancianos) que había sido donado por un miembro de la familia Embirikos, propietaria de la mayor flota de buques de vapor de toda Grecia. Una inscripción describía al benefactor como «Viajero que vuelve», así que parece que los marineros de Andros siempre regresan a su modesta pero bella isla, incluso después de largos períodos de viaje.

También descubrí un inspirador museo de arte contemporáneo construido por la familia Goulandris. Fue una sorpresa inesperada en una isla tan pequeña. Contaba con algunas esculturas conmovedoras de Mihalis Tombros, un artista nacido en Andros, así como con varios cuadros magníficos. Estaba sentado fuera sobre un murete, contemplando las vistas del mar y releendo el catálogo, cuando una mujer se paró a hablar conmigo. Me di cuenta de que era la persona que me había vendido la entrada, aunque en aquel momento no me había fijado mucho en ella. Me preguntó si me había gustado la exposición y le expliqué lo impresionante que resultaba encontrar tan buen arte en una islita como aquella.

—Sí —me dijo—, pero no hay cuadros de una de los mejores artistas de Andros.

Me contó que se refería a una pintora cuya obra se había perdido por entero, incluyendo un retrato de sus propios padres.

Estaba claro que la mujer del museo quería contarme lo que había sucedido, y yo estaba más que dispuesto a escucharla, sobre todo porque era guapísima, una obra de arte en sí misma.

# LA ESPOSA SOLITARIA

El matrimonio fue una cuestión más pragmática que apasionada. Antigoni tenía casi treinta años cuando su padre aceptó la propuesta en su nombre. A su hermana, Ismini, que era más joven y guapa, ya la habían pedido en varias ocasiones, pero la tradición dictaba que no podía casarse en primer lugar.

Una tarde de primavera, junto al puerto de El Pireo, cuando las dos mujeres habían salido a dar un paseo, se detuvieron en una *zacharoplasteion* a tomar un café. Antigoni se fijó en un hombre fornido de mediana edad que pasó por allí y miró hacia ellas. No una, sino tres veces. Dio por hecho que el sujeto de su atención era Ismini.

Christos Vandis no quería una novia veleidosa y bella en la que no pudiera confiar mientras estaba fuera. Era un acaudalado armador oriundo de Andros y pasaba largos períodos de tiempo en el mar, así que buscaba una esposa fiable, una mujer fea pero con algún tipo de atractivo, que gobernara su casa. Una *jolie-laide* sería suficiente. Pasaba por El Pireo a menudo, y no era la primera vez que veía a aquella joven con el pelo corto y oscuro, a la moda, y la nariz pronunciada. Él tenía cuarenta y cinco años, sus padres habían muerto y le habían dejado sus propiedades. Debía encontrar a alguien con quien casarse, y el tiempo que podía dedicar a la búsqueda era limitado, puesto que pronto tendría que regresar al mar. Unas cuantas preguntas discretas permitieron que Vandis descubriera todo lo que necesitaba saber. El padre de la chica era administrador portuario. Eso le serviría. Christos no buscaba riqueza.

Antigoni aceptó la proposición más por su hermana que por ella misma. Sabía que obstaculizaba los sueños de Ismini (que ansiaba marcharse de casa y casarse). Las cosas podrían haber sido distintas si Ismini no hubiera sido impecablemente bella, con los ojos verde claro, el pelo rubio y sedoso, un rostro radiante y el número perfecto de pecas sobre la (pequeña) nariz. Era

*koukla*, o en otras palabras, «como una muñeca», objeto constante de la atención masculina.

Mientras que Ismini no paraba de pensar en el futuro, Antigoni era feliz con su vida en El Pireo. A mediados de la década de 1930, era una ciudad que crecía a gran velocidad, con una población cercana a los doscientos mil habitantes y mucha cultura. Siempre había algo nuevo que ver en el teatro o en el cine, y también frecuentes exposiciones artísticas. Desde que su madre murió cuando Antigoni tenía quince años, su hermana y ella habían disfrutado de gran libertad en un lugar que hervía de vida.

Antigoni leía muchísimo y de vez en cuando se sentaba ante los ventanales abiertos a pintar lo que veía, con frecuencia un barco o uno de los grandiosos edificios neoclásicos de la ciudad con el mar de fondo. A veces bosquejaba a gente en la calle, y después, en la intimidad de su casa, aplicaba color a los retratos. «¡Deberías ser maestra!», le dijo Ismini, y Antigoni empezó a dar clases, lo cual le proporcionaba unos pequeños ingresos y algo de independencia.

Sin embargo, los años iban pasando, e imaginarse como maestra, soltera y viviendo con su padre para siempre fue otro de los factores que influyó en la decisión de casarse que tomó Antigoni.

Sabía que tendría que hacer sacrificios al convertirse en la esposa de Christos Vandis, y que la riqueza de su marido no sería una gran compensación. En El Pireo, Antigoni había disfrutado de la ininterrumpida continuidad de muchas amistades desde la infancia hasta la edad adulta. En su boda con Christos vio todos aquellos rostros familiares, pero, cuando terminó el día, se dio cuenta de que la ceremonia había sido una fiesta de despedida.

Luego su esposo y ella pasaron dos días en el Hotel Grande Bretagne de Atenas antes de volver a El Pireo y zarpar de inmediato hacia Andros. Su padre, su hermana y tres amigas íntimas se acercaron al puerto a despedirlos y,

a medida que el barco iba alejándose y ellos iban quedando reducidos a unas figuras diminutas, sin cara, Antigoni empezó a dudar de si las siluetas que contemplaba pertenecían a personas que ella conocía o si no eran más que unos extraños.

Antigoni se alegró de que su esposo se hubiera ido al puente de mando. Sintió una tirantez en el pecho y en la garganta cuando vio que todo lo que conocía y amaba —las personas, los edificios y los barcos que permanecían en el puerto— desaparecía de su vista. Se enjugó las lágrimas con el pañuelo que había estado utilizando para agitarlo como una bandera. Sus sentimientos hacia El Pireo nunca habían sido tan intensos. Estaba apesadumbrada. Sabía que pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ver su ciudad.

Su primera imagen de Andros, cuando el barco entró en el puerto de Gavrio, fue a través de un ojo de buey. Estaba tumbada en la litera de su camarote, postrada por las náuseas. Solo fue capaz de abrir los ojos cuando el barco se detuvo por completo. Vio un cielo azul en las alturas. Luego, cuando dejó de tener el estómago revuelto, consiguió incorporarse. Había colinas verdes y una hilera de casas junto a la orilla del mar. Se estabilizó antes de beberse un vaso de agua que alguien había tenido la consideración de dejarle en la repisa de encima de la cama, y después se miró en un espejito que había detrás de la puerta. Un rostro gris, cerúleo, le devolvió la mirada. Unas sombras amoratadas le rodeaban los ojos. Se cepilló el pelo y, enseguida, se aplicó un poco de pintalabios y colorete.

Llamaron a la puerta con fuerza. Al mismo tiempo, el pomo empezó a girar y, a continuación, entró Christos.

—¿Lista? —preguntó, ajeno a lo que su esposa había sufrido en las últimas horas—. Hay un coche esperándonos para llevarnos a Hora. Ya vendrán a recoger tus maletas.

Antigoni se obligó a sonreír y después lo siguió por el pasillo estrecho y forrado de madera y por una escalera pulida que llevaba a la cubierta.

Había dos semejanzas significativas entre la ciudad portuaria de El Pireo, donde ella se había criado, y Andros: el mar y los barcos. Por lo demás, Andros era distinta por completo de su antiguo hogar. Christos no paró de hablar mientras recorrían la serpenteante carretera de la costa. Él viajaba en el asiento delantero con el conductor, y Antigoni iba, sin abrir la boca, en la parte de atrás. Durante el trayecto de dos horas desde Gavrio, las náuseas regresaron y en dos ocasiones tuvo que pedirle al conductor que parara.

Mientras el coche continuaba su camino por las curvas de la carretera, Antigoni miraba por la ventana y, de vez en cuando, emitía algún sonido para dar a entender que estaba escuchando a Christos, que iba explicándole cosas de la sociedad en la que iba a vivir. A pesar del mareo que la envolvía, oyó listas de nombres. Quién era quién, quiénes eran parientes, quién estaba casado con quién, quién debía caerle bien, a quién evitar. Le dio la sensación de que las únicas personas con las que debería relacionarse eran las esposas de las demás familias de armadores.

Para cuando llegaron ante la fachada de una gran mansión immaculada, de color crema y con grandes ventanales a ambos lados de la puerta, con columnas acanaladas y balcones decorados con hierro forjado, Antigoni se sentía aturdida, como si su mente y su cuerpo estuvieran desconectados. El chófer le abrió la portezuela del coche y se dio cuenta de que necesitaba apoyarse en alguien. Christos ya había entrado en la casa, así que la primera imagen que el ama de llaves y las criadas tuvieron de su nueva señora fue la de una mujer de aspecto enfermizo que se recostaba con pesadez sobre el brazo del conductor. Aquella estampa permanecería grabada en la memoria de todas ellas.

Muchos de los isleños de mayor edad no habían viajado a la boda, así que a

la semana siguiente se celebró un banquete en el enorme salón de la mansión para que Antigoni los conociera. Bajo la mirada al óleo de los ancestros de su marido, Antigoni le estrechó la mano a un centenar de desconocidos bien vestidos. El rostro de algunos de los ancianos a los que conoció se parecía al de los retratos más austeros, así que se preguntó si serían parientes de Christos.

A lo largo de los siguientes días, tras recibir más instrucciones de su esposo, Antigoni despejó todas sus dudas respecto a qué excéntricos y disidentes de la isla debía evitar. Estaba claro que Christos deseaba mantenerla a salvo, pero a ella le daba la impresión de que la verdadera motivación de su marido era que permaneciera almacenada, conservada en frío, hasta su regreso. Era como si su marido prefiriera que no saliera de casa para nada.

A finales de julio, tres semanas y media después de la boda, Christos Vandis zarpó hacia Norteamérica. Aún con buenas condiciones para la navegación, esperaba estar fuera durante un año. Antigoni sintió una aguda punzada de abandono y soledad. Estaba lejos de casa, exiliada.

Pasaron las semanas y, si no hubiera sido por el retrato que colgaba en el pasillo, Antigoni ni siquiera se habría acordado de las facciones de su marido. El recuerdo de su tacto se había desvanecido hacía tiempo, y lo único que conseguía evocar era su olor. Lo hacía entrando en el vestidor de Christos y aspirando el perfume de sus trajes, en los que aún perduraban el tabaco y la colonia. Entre ellos había nacido un ápice de atracción durante el breve período que habían pasado juntos, pero, en el caso de Antigoni, ese sentimiento se estaba evaporando con rapidez.

Los meses de verano transcurrieron con temperaturas que ralentizaban la vida. Las actividades diarias de Antigoni por lo general incluían una visita a (o una visita de) una de las esposas de los armadores. Rara vez hablaba con

ninguna otra persona. Incluso su interacción con las criadas solía limitarse a decirles qué quería para comer, y no era mucho durante aquellas semanas. Antigoni estaba apática, pero su falta de actividad la molestaba menos de lo que había imaginado. El calor bastaba para silenciar las calles y casi para detener los relojes. Los días lánguidos se convertían en noches de insomnio.

Cuando los días se volvieron más frescos y el verano se convirtió en otoño, Antigoni recuperó la energía. No podía permanecer encerrada, ocupándose solo del control de las cuentas de la casa. Algunas de las cosas que se había llevado de su antigua vida eran su caballete y sus pinturas. El primer día de octubre, se levantó al amanecer y se fue caminando hasta las colinas, con su cartera colgada en bandolera. Antes de salir de casa, cogió una cantimplora con agua, un trozo de queso y unos cuantos tomates de la cocina. La criada la observó en silencio. Antigoni nunca se había recuperado del efecto dañino de la primera impresión que les había causado a las sirvientas. La veían como una mujer débil, y como una intrusa. Ella no tenía forma de saber lo que hacían a sus espaldas, y menos aún cuando estaba fuera de casa. Lo único que tenía claro es que los muebles siempre estaban llenos de polvo, e imaginaba que todas soltaban un suspiro de alivio cuando la veían marcharse. Le daba igual.

Sus pinturas se convirtieron en su única compañía y en una excusa para explorar la isla. Nunca había pintado aquel tipo de paisajes, así que era una aventura que la llevaba a descubrir la red de antiguas veredas que se entrecruzaban por la isla, los hermosos muretes de piedra, las cascadas y arroyos inesperados. Era un lugar cautivador.

A menudo terminaba los cuadros en lo alto de las colinas, aplicando con liberalidad trazos de verde oscuro por todo el paisaje para representar las puntas afiladas de los cipreses. Después, añadía una pequeña iglesia blanca, un molino de viento o un palomar para proporcionarle un centro de atención a

la pintura. Nunca se cansaba de las iglesias abovedadas ante un cielo azul, ni de las ruinas de un castillo recortadas contra el atardecer.

Hacia mediados de noviembre, a pesar de que los días eran claros, empezó a notar el frescor del aire. Una tarde la lluvia llegó y cayó en tales trombas que se llevó hasta la última de las pinceladas de Antigoni. Sus venturosos días de pintura al aire libre habían terminado.

Volvió a casa y extendió las obras que había completado hasta el momento sobre el suelo del comedor. Aquellos cuadros habían sido una forma de espantar su soledad, pero ahora necesitaba nuevos temas. Cuando fue a guardar algunos de los paisajes en su portafolios, un retrato de su hermana resbaló de él. Echaba mucho de menos a Ismini y aquella imagen se la devolvió a la memoria con gran viveza. Antigoni era crítica con sus trabajos, pero sabía que su verdadero talento residía en pintar retratos.

Alentada por el reencuentro con el retrato de su hermana, a la mañana siguiente salió a la búsqueda de un modelo. Aquellas criadas con cara avinagrada no le servirían.

Bajó caminando hacia el mar, en lugar de alejarse de él, tal como había hecho a lo largo de las últimas semanas, vislumbrando de vez en cuando la pequeña iglesia y las ruinas del castillo que tantas veces habían aparecido en sus cuadros. Pasó ante una puerta pintada que estaba embutida en un acantilado rocoso. Era de un azul brillante e idéntica a la puerta de entrada a una casa, pero daba paso a una cueva.

Justo cuando pasaba por delante, se abrió de golpe. Una mujer salió corriendo hacia ella, gritando y agitando los brazos.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Antigoni se quedó paralizada. La mujer se detuvo en seco delante de ella y la miró con fijeza. Tenía los ojos de un azul tan brillante como el de la puerta y el pelo empapado, apelmazado, tan oscuro como el granito.

Ambas permanecieron inmóviles durante un instante. Aquella mujer de mirada enloquecida aterrorizaba a Antigoni. Entonces repitió, aunque de manera más calmada:

—No, no, no, no... —y su voz se evaporó en un susurro—. Lo siento, lo siento. Lo lamento mucho. Debe de haber sido una pesadilla.

Antigoni negó con la cabeza para tranquilizarla.

—No se preocupe —dijo, y dio un paso atrás.

Christos la había advertido acerca de la «bruja mojada», que vivía en una cueva que se adentraba en las rocas. La isla estaba tan bien abastecida de agua que la humedad rezumaba de las piedras, brotaba de la tierra y chorreaba por las paredes de las casas. El suelo de aquella cueva era un charco, y se decía que por los labios de la bruja jamás pasaba otro líquido, pues absorbía toda la hidratación que necesitaba a través de los poros. La mujer goteaba, la ropa transparente se le pegaba al cuerpo y, por lo general, ante su puerta merodeaba siempre un grupo de escolares que esperaba atisbar los contornos de su trasero y sus pechos. La gente decía que era capaz de curar y de echar maldiciones, y de vivir del pescado crudo que atrapaba entre las olas con sus propias manos. La mayoría de la gente se mantenía alejada de ella; todos excepto un puñado de pescadores que sabían que los peces eran demasiado astutos para cogerlos con las manos y que solían llevarle los minúsculos *marida* que no podían vender. Albergaban la esperanza de que, a cambio de los peces, los dejara entrar en la cueva durante alrededor de una hora. Se rumoreaba que la mujer les cantaba antes y después de hacer el amor con una voz pura y de afinación perfecta.

La agonía de la pesadilla había abandonado a la mujer, y Antigoni se fijó en que su rostro estaba cincelado con facciones marcadas y de proporciones perfectas.

—¿Esa es su casa? —le preguntó, a pesar de que la respuesta era obvia.

La mujer asintió.

—¿Es usted nueva en la zona? —inquirió ella a su vez a Antigoni.

—Sí, bastante nueva.

—Ya me lo imaginaba —dijo y, tras unos instantes de silencio, añadió—:  
No muchas mujeres se paran a charlar conmigo.

«No me ha quedado más remedio», fue lo que pensó Antigoni, pero en realidad declaró:

—Bueno, ha sido un placer conocerla.

Y siguió caminando.

La imagen del rostro de aquella mujer la persiguió todo el día. Era tan fuerte y salvaje. Quería pintarla.

A la mañana siguiente, pasó por allí en torno a la misma hora. Un hombre salió de la casa-cueva. Unos instantes después, reunió el valor de llamar a la puerta y, desde dentro, le llegó una voz.

—Vete. Hoy no necesito pescado.

A través de la hoja cerrada, Antigoni le explicó quién era y lo que quería. Al cabo de un rato, logró convencer a la mujer para que abriera la puerta solo un resquicio.

—Puede pasar, pero no mucho tiempo —le dijo—. No me gusta estar sentada.

Antigoni entró y, casi a oscuras, esbozó con rapidez el semblante de la mujer. El resto podría hacerlo en casa. Tenía las manos mojadas y el lápiz se le escapó una o dos veces de entre los dedos. En la penumbra, la mujer tenía un aspecto siniestro pero hermoso.

A lo largo de las siguientes semanas, Antigoni trabajó todos los días durante horas en el retrato, absorta y contenta de lo que estaba consiguiendo.

Antes de darle los toques finales al cuadro, ya había encontrado otro modelo.

En la fiesta del Evangelismos, Antigoni subió a la iglesia grande de la colina. Pronto se dio cuenta de que sería el único miembro de la congregación. Nadie más acudió a escuchar al padre Minas, pues tenía fama de predicar ideas subversivas. «Tú evítalo —le había dicho Christos—. Es peligroso. Es tan revolucionario como lo fue Kairis.»

Antigoni había visto una estatua del hombre al que se refería Christos en una de las plazas de la ciudad. Theophilos Kairis, oriundo de Andros, había sido un sacerdote e intelectual que, ya en el siglo XIX, defendía la separación de la Iglesia y el Estado. En la isla había gente que todavía creía que se había merecido la excomunión y el exilio por respaldar una idea tan escandalosa, y algunos pensaban que aquel sacerdote actual tenía ideas similares a las de Kairis. La mayor parte de los habitantes de la isla se mantenían alejados de él a menos que lo necesitaran para algún rito de iniciación: un bautizo, una boda o un funeral.

Antigoni escuchó lo que el hombre tenía que decir, pero en realidad su cabeza estaba en aquel rostro extraordinario, en los enormes ojos ovalados, en el pelo suelto y la barba que le llegaba hasta el pecho, en las manos que gesticulaban, con unos dedos tan delicados como bobinas de encaje, los más largos que había visto en su vida. Era un hombre lleno de pasión, y su voz sonora era muy apropiada para los cantos litúrgicos.

Después de aquella, Antigoni subió en varias ocasiones más a escucharlo, pero también se llevó su bloc de dibujo. Mientras él predicaba, ella lo bosquejaba a hurtadillas para tratar de captar la expresividad tanto de sus manos como de su rostro.

Trabajó en aquel retrato durante semanas. Podría haberlo pintado mil veces sin llegar a cansarse de su expresión. En la versión definitiva sobre lienzo, Antigoni capturó un momento en que las palmas del sacerdote estaban a punto de unirse, bien para rezar bien para aplaudir. Era ambiguo.

Su siguiente modelo fue el profesor. Theodoros Sotiriou llevaba tantos años en la escuela secundaria que incluso le había dado clase a Christos. «Me da igual si tiene o no las máximas de Platón en la pared. Ese hombre no posee ni el más mínimo conocimiento de nada. Y, aparte de eso, no es un buen ejemplo para los alumnos.»

El marido de Antigoni no le había explicado a qué se refería con esas palabras y, en las atareadas semanas anteriores a su marcha, no habían vuelto a tocar el tema.

La escuela estaba en la misma calle que su casa, así que Antigoni pasaba por delante de ella todos los días y, a través del vestíbulo, llegaba a ver el patio en el que decenas de niños jugaban mientras sus risas rebotaban contra las paredes que los rodeaban. No parecía un lugar donde los alumnos fueran infelices. A menudo veía al maestro, y el hombre la saludaba con alegría. Era un hombre apuesto, con un bigote cuidado y un pelo canoso y bien peinado que daban a entender que sus visitas al barbero eran frecuentes. Siempre llevaba trajes de tres piezas y un libro en la mano, incluso cuando volvía a casa en bicicleta.

Un día, Antigoni estaba pasando por delante de la puerta principal de la escuela justo cuando él salió.

—Buenas tardes, *kyria* Vandis —la saludó—. ¿Para cuándo espera el regreso de su marido?

—Para el otoño —contestó—. Todavía queda mucho.

—Si necesita algo para leer, Eirini y yo tenemos una buena biblioteca, y estaremos encantados de prestarle lo que quiera. Los libros son la esencia de la vida. Y no hay nada como una buena historia para pasar el tiempo.

—Es muy amable, me encantaría visitar su biblioteca.

Antigoni calculaba que el profesor debía de tener casi setenta años, pero

aún era brioso y se subió a su bicicleta sin esfuerzo antes de alejarse pedaleando.

Unos días más tarde, Antigoni envió a una criada a casa del profesor con una nota en la que le preguntaba si podía hacer valer su invitación de tomar prestados unos cuantos libros. Ahora que había terminado el retrato del sacerdote, los días se le hacían largos. Acordaron una hora y, a la semana siguiente, Antigoni fue a visitar su casa. Eirini le abrió la puerta.

El profesor y Eirini se sentaron juntos en un sofá, frente a Antigoni, para tomar un café. Eirini era una mujer muy atractiva, de poco más de cuarenta años, delicada y de ojos risueños. Parecía joven para su edad.

Tras alrededor de una hora de conversación, y una vez que hubo elegido unos cuantos libros, Antigoni se atrevió a preguntarles si estarían dispuestos a posar juntos para un retrato. Hacían una bonita pareja, a pesar de la evidente diferencia de edad. Les encantó la idea y aceptaron de inmediato. Antigoni volvería al día siguiente a la misma hora para hacer un boceto.

Cuando volvió a casa, la criada que había ido a llevar la nota encontró la oportunidad de contarle que hacía dos décadas el profesor se había visto implicado en un escándalo. Una de sus antiguas alumnas se había ido a vivir con él. La joven tenía dieciocho años en aquella época, y él ya había superado los cuarenta. Nunca habían llegado a casarse. Mucha gente quiso librarse de él, pero no había nadie que lo reemplazara como profesor. Al final hicieron la vista gorda con aquel asunto, pero no lo habían olvidado.

Para Antigoni fue un verdadero placer retratar el carácter alegre de la pareja y el amor que se profesaban el uno al otro. En lo que a ella concernía, no había nada que juzgar, y el cuadro acabado se convirtió en su favorito hasta el momento.

Un día de finales de abril, después de una mañana muy lluviosa, el cielo resplandecía y la luna y el sol brillaban al mismo tiempo. Antigoni paseaba

junto al mar en dirección al puerto y se fijó en que la puerta de madera de la cueva estaba cerrada a cal y canto. Aquel día no había escolares rondándola.

El agua siempre se acumulaba entre los huecos de los adoquines y las suelas de cuero de sus zapatos absorbían la humedad del suelo. Antigoni se acercó a una hilera de cinco o seis embarcaciones de pesca que estaban amarradas unas al lado de otras. Todas parecían recién lavadas, sus redes amarillas y sus cascotes azul y blanco estaban como nuevos. Recorrió la hilera leyendo los nombres de las barcas, aunque algunas de las placas estaban desgastadas y costaba descifrarlas. *Maria, Sofia, Mihali, Ismini...* Pensó con cariño en su hermana, que ahora estaba comprometida con el hijo de un adinerado comerciante de tabaco. Antigoni tenía muchas ganas de visitar El Pireo para la boda, que se celebraría ocho meses más tarde.

El muelle estaba desierto. Las campanas de la decena aproximada de iglesias que había en la ciudad comenzaron a dar las seis. El sol no tardaría en desaparecer tras el horizonte. Antigoni sintió un poderoso deseo de capturar aquel momento: las sombras intensas, los colores nítidos, las formas geométricas; el momento anterior a que el sol desapareciera, cuando todo parecía adquirir fortaleza, un último impulso. Al borde del agua había una serie de bolardos metálicos de poca altura a los que se ataban las embarcaciones. Como si fuera un taburete, se sentó sobre uno de ellos y sacó una hoja de papel en blanco. Hacía una tarde agradable y enseguida comenzó a esbozar una de las barcas, resuelta a aplicar el color antes de marcharse de allí. Dibujó incluso la espiral de cadenas enroscadas como una serpiente que descansaba al lado. Era una obra de arte en sí misma.

Los detalles de aquella pequeña nave la tenían cautivada. Ninguno de ellos tenía que ver con la decoración o la vanidad: era una embarcación de trabajo, un objeto útil, lo opuesto a su casa inservible, vacía.

De pronto, desde el interior del casco, le llegó una tos.

Un hombre salió por la puerta. Detrás de él, Antigoni atisbó una cama estrecha con una manta de lana gris retorcida encima. Ella siempre se fijaba en los detalles, y se dio cuenta de que tenía un agujero.

—¿Está buscando a alguien?

Ni siquiera el tono de voz era el que estaba acostumbrada a oír. Era una voz bronca y ni por asomo respetuosa.

—Solo estaba haciendo un dibujo de su barca —contestó avergonzada.

El pescador atravesó la cubierta y empezó a cortar pedazos de pescado y a cebar anzuelos. Era metódico, no levantaba la vista ni por un instante. Cuchillo, anzuelo, cuchillo, anzuelo. Resultaba difícil imaginar cómo evitaba cortarse o agujerarse los dedos. Antigoni lo observaba fascinada.

—No le cobraré por el espectáculo —dijo el hombre con una sonrisa.

Tenía un semblante hosco, arrugado. La exposición constante al sol y al viento se lo había puesto del color de las castañas maduras. Era imposible averiguar si estaba más cerca de los cuarenta que de los setenta años, pero en cualquier caso, era guapo.

—Entonces, ¿le gusta pintar? —preguntó el hombre, con los ojos titilantes.

—Sí —respondió ella.

Le dio la vuelta a su bloc de dibujo para enseñarle su acuarela.

—Puede quedársela si la quiere.

El pescador se echó a reír.

—¿Y dónde quiere que la ponga? —dijo levantando la vista hacia Antigoni —. No es que en mis paredes haya mucho espacio para el arte.

No se había dado cuenta de que la barca también era su casa, y se sintió avergonzada.

—No, ya imagino.

La cordialidad de aquel hombre la envalentonó.

—¿Podría dibujarlo también a usted? A lo mejor, si lo hago muy pequeño,

le encuentra un hueco en algún sitio.

—¿Por qué no? Siempre y cuando pueda continuar con mi trabajo, claro. Tengo que sacar la barca al ponerse el sol, así que los cebos deben estar listos para entonces.

—Para entonces ya habré acabado —repuso Antigoni enseguida.

Los dos permanecieron sentados en silencio durante alrededor de una hora. Para entonces, Antigoni ya había completado cinco dibujos. Uno de ellos se lo regaló al pescador.

Las temperaturas empezaron a subir a lo largo del mes de junio, así que Antigoni se alegraba de poder trabajar en la frescura del comedor (que había convertido en su estudio). Agradecía los techos altos, las lamas de los postigos de madera —que la protegían del resplandor del sol— y el suelo embaldosado que le refrescaba los pies. De vez en cuando, una de las criadas le llevaba limonada fresca. Siempre guardaban silencio, y nunca hacían comentarios sobre los cuadros.

Antigoni trabajó muchas horas para darle los toques finales a cada retrato. Se habían convertido en una obsesión para ella, pues se esforzaba en capturar la esencia de sus modelos. Las cuatro pinturas al óleo estaban apoyadas contra la pared, todas ellas de más de un metro de ancho (la de la pareja medía aún más). Parecían incompletas. Llamaron al carpintero de la ciudad y el hombre, encantado, creó unos marcos pesados, moldeados en madera oscura. Los severos retratos ancestrales fueron sustituidos por la obra de Antigoni, y los rostros de las personas que habían aliviado su soledad durante aquellos últimos meses la contemplaban ahora desde las paredes.

Más de un año después de que Christos se hubiera marchado, llegó un telegrama para anunciar que su barco estaría de vuelta al cabo de una semana. Antigoni se alegró ante la perspectiva de ver a su marido, aunque se

preguntaba hasta qué punto se habría convertido en un extraño. Hacía mucho tiempo que el olor de su ropa se había evaporado. Se detuvo ante el retrato de su esposo que había en el vestíbulo e intentó volver a familiarizarse con aquel hombre. Hacía muchos meses que no se paraba a mirar el cuadro.

La noche de la llegada de su esposo fue la primera vez que el salón recuperó su uso original. Antigoni había recogido sus caballetes, sus pinceles y sus pinturas y una de las criadas había conseguido eliminar las salpicaduras del suelo.

Antigoni lo recibió en la puerta, pero, tal como esperaba, hubo cierta frialdad entre ellos. Apenas se habían conocido antes de que Christos se fuese, así que tenían que volver a empezar de cero.

Entraron juntos en el salón, que ya estaba preparado para una cena formal. Christos dio una vuelta alrededor de la mesa y, después, se quedó parado, observando.

Al principio no dijo nada. Solo miraba, escudriñaba la imagen de la «bruja mojada» (a quien Antigoni había retratado semidesnuda, con unos mechones de pelo que apenas le cubrían los pezones y cola de sirena), la del sacerdote revolucionario, con sus manos expresivas, la de la pareja (que parecían aún más padre e hija que en la vida real) y el retrato abiertamente sensual del pescador robusto. Aquellas figuras lo miraban a los ojos con descaro, todas ellas con gesto desafiante. Eran obras de arte, vigorosas, casi vivas. Pero Christos no reconoció la brillantez del logro de Antigoni. Ni de lejos.

Por fin habló. De manera casi inaudible, dijo:

—¿Dónde están los retratos de la familia? ¿Qué has hecho con ellos?

No la estaba mirando, y su voz se alzó hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

—¡Descuélgalos ahora mismo! ¡YA!

Cuando Christos salió hecho una furia de la estancia, Antigoni vio que la

cara se le había puesto casi morada de rabia.

Temblando de sorpresa y miedo, Antigoni se dirigió a la cocina, donde sabía que el ama de llaves estaba preparando la cena. Tanto ella como las dos criadas habían oído a *kyrie* Vandis gritar, y no les había extrañado. Las tres tenían una sonrisa burlona dibujada en la cara cuando Antigoni abrió la puerta.

—¿Pueden volver a poner los cuadros como estaban —preguntó con voz trémula— y dejar los otros en el vestíbulo?

Aquella noche, los retratos viejos y polvorientos de tres hombres con barba casi idénticos y un cuadro de un barco recuperaron su sitio, y las zonas de pintura desvaída de la pared quedaron de nuevo tapadas a la perfección.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Christos se enfrentó a su esposa.

—¿Es así como has pasado el tiempo de mi travesía en el mar? ¿Es eso lo que puede esperarse de una esposa, que merodee por las calles para pintar prostitutas y perversos? ¿A quién más has retratado?

Antigoni no conseguía contestarle, así que Christos continuó:

—¿Cómo has podido colgarlos en las paredes de esta casa? ¡Y nada más y nada menos que para sustituir a mis antepasados! ¿A qué más te has dedicado?

—También he hecho algunos paisajes... —fue lo único que logró contestar ella.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo él—. He encontrado un portafolios debajo de la cama. Ven conmigo.

Antigoni lo siguió hasta el patio pavimentado de la parte trasera de la casa y vio sus cuatro retratos apilados sobre un montón de leña menuda. Encima de todo estaba su portafolios de cuero. Antigoni se dio cuenta de que las llamas ya los lamían desde abajo.

—¡No puedes...!

Su marido la agarró del brazo para impedirle salvar los cuadros.

—Obedece —le espetó—, y muestra un poco de respeto.

Christos era incapaz de ver más allá de su propia ira, que lo envolvía por completo, más ardiente que cualquier llama.

Cuando el portafolios comenzó a fundirse y las pinturas empezaron a curvarse y a escapar flotando del incendio, Antigoni atisbó el retrato de Ismini. Al ver la imagen de su hermana ardiendo, se zafó de su esposo y atravesó la casa corriendo hasta salir por la puerta principal.

Al día siguiente a primera hora de la mañana había un ferri. Asumiría encantada todas las consecuencias de sus actos. No mucho después, ya estaba llamando a la puerta del profesor, quien, de buen grado, le dio dinero para el autobús y el ferri.

Unos meses más tarde, Antigoni le envió un cuadro como agradecimiento. De hecho, fue una compensación más que generosa. Una década más tarde, Antigoni se había convertido en una pintora famosa, así que el profesor pudo vender la naturaleza muerta que le había enviado y jubilarse al fin.

Christos Vandis continuó pasando largas temporadas en el mar y regresando a su polvoriento hogar solo durante breves períodos de tiempo. Antigoni jamás volvió a abandonar El Pireo. Hoy en día la mansión Vandis es un hotel.

Como Antigoni, pero sin pincel, pasé varias horas al día caminando por los viejos senderos de piedra que recorren la isla, pero no iba solo. Angeliki se tomó unos días libres en el museo para acompañarme. Era un paisaje amable, no tan estimulante como el de Meteora, pero perfecto para pasear por el campo. Los días cálidos me iban oscureciendo la piel y empezaba a parecer un gitano. También me sentía tan libre como uno de ellos. No estoy seguro de si ahora me reconocerías, aunque nos encontráramos por la calle.

Pasé mi última noche en Andros con Angeliki. Fue algo informal para ambos y no nos hicimos promesas precipitadas de volver a vernos. Me pareció que había llegado el momento de marcharse, y tenía pensado visitar Icaria. Era un trayecto corto, pasando por la más turística Miconos (donde no quería detenerme), hasta el puerto de Evdilos.

Muchas de las cosas que me habían contado acerca de Icaria eran negativas. Tenía entendido que era una isla ventosa donde apenas crece nada, con mares tempestuosos, un terreno rocoso, numerosos barrancos y montañas desnudas. En el pasado, los piratas la atacaban de manera constante, sus hombres pasaban años sin fin en el mar y abandonaban a las mujeres para que sobrevivieran sin su protección. En el siglo xx se convirtió en una «cárcel abierta» adonde enviaban a los exiliados políticos. Una persona me dijo que «ahora ahí solo hay viejos», que era un lugar atrasado del que los jóvenes se habían marchado para buscar una vida mejor. Durante años, estuvo fuera de la vista y de la mente del gobierno griego. La lista de elementos disuasorios era interminable. En Trípoli, un hombre me dijo que no merecía la pena ir hasta allí salvo por dos cosas: para ver el supuesto lugar de nacimiento de Dionisio y para probar el vino pramnio, tinto y potente. Esa misma persona me dijo que la isla era «muy izquierdosa», pero me fijé en que estaba leyendo el periódico del partido de la extrema derecha, *Amanecer dorado* (y, por cierto, bebiendo *ouzo* con el café de la mañana). No tenía intención de aceptar sus consejos sobre nada. Y menos aún respecto adónde viajar.

Antes de que terminara mi primera tarde explorando aquella isla remota y escarpada, ya sabía que no me había equivocado al visitarla y tenía la sensación de que no tendría prisa por marcharme. Apenas vi más coches, y el espectacular paisaje rocoso era extraordinario. En un momento dado, bajé del coche y pasé varias horas sentado en una amplia extensión de roca lisa y blanca que descendía hacia el mar. El sol estaba a mi espalda y experimenté una extraordinaria sensación de paz. Solo puedo atribuírsela a la

luz que parecía saturar todo lo que me rodeaba. Tanto el mar como el cielo parecían luminosamente azules aquel día. En varias ocasiones a lo largo de mis viajes, esos momentos dichosos me asaltaron y, en especial aquel día, tuve la sensación de que allí el tiempo se había detenido durante mil años.

No había ido a Icaria solo por la naturaleza y la soledad. También estaba interesado en la gente. Detrás del comentario de que la isla estaba llena de ancianos se escondía algo mucho más intrigante. La esperanza de vida de este rincón remoto es mucho más alta que la media de cualquier otro lugar de Europa. Al igual que todos los científicos que se han desplazado hasta ella para estudiar el fenómeno, me preguntaba cuál sería el secreto.

Todos los días que pasé allí me crucé con octogenarios y nonagenarios llenos de energía que hacían la compra, regentaban bares y pequeños hoteles, pescaban o reparaban barcos. Tienen la cabeza poblada de pelo blanco grisáceo y la piel y el físico de personas de la mitad de su edad. Algunos defienden que su longevidad es fruto de un estilo de vida desprovisto de estrés. Se levantan tarde, abren sus negocios a una hora relajada, hacen lo que les apetece cuando les apetece y, desde luego, no se esfuerzan mucho en atender a los turistas. O puede que tenga algo que ver con los manantiales calientes ricos en radio que brotan en la isla y fluyen hacia el mar. Nadie tiene muy clara la respuesta, pero dicen que una de cada tres personas supera los noventa años.

La persona más extraordinaria que conocí allí fue una mujer que se refería a sí misma como Ariadna. Llegué a la conclusión de que las opiniones sobre ella en la ciudad de Agios Kirykos, donde vivía, eran diversas. Algunos me decían que era una soñadora, otros eran menos delicados y me decían que estaba loca. Algo que nadie podía rebatir era su afirmación de que era la persona más vieja de toda la isla, más que nada porque no había nadie que pudiera demostrar que fuera mayor. Tenía el pelo tan fuerte y tan plateado como el hilo de bordar y su piel de niña era pálida y tersa, como el interior de una cáscara de huevo. Podría haber tenido cualquier edad.

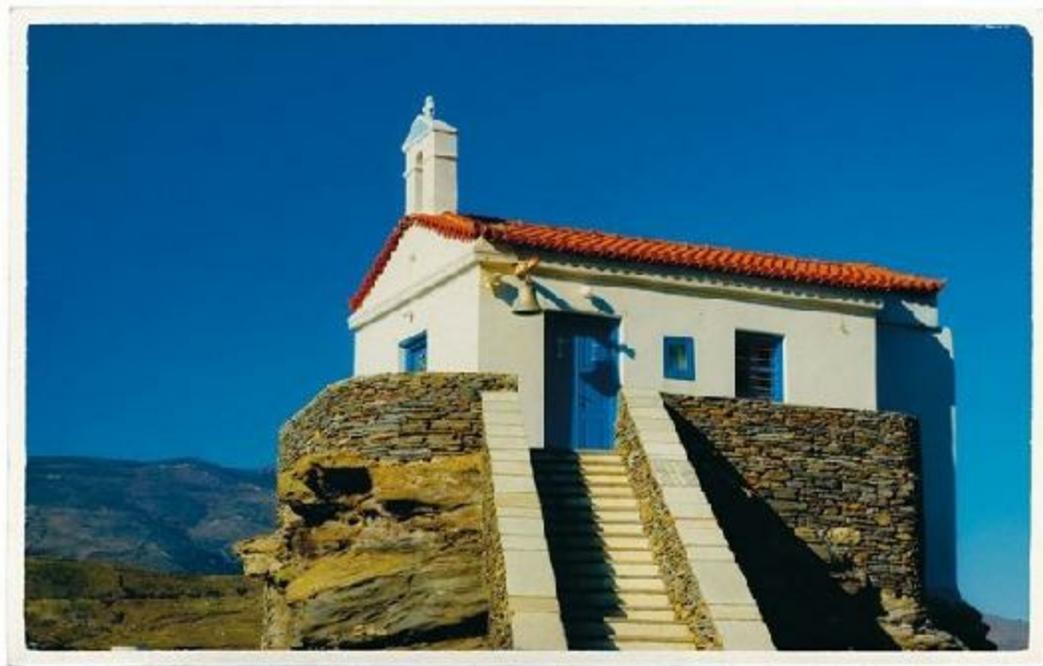
Era la «excéntrica» de la isla, una curiosidad para los turistas. Por lo general se la encontraba en algún bar del paseo marítimo, donde promocionaba sus «Tours Ícaro».

Me uní a uno de esos paseos guiados. Éramos diez y estábamos parados en el muelle de Agios Kirykos, bajo una enorme escultura moderna que representaba un par de alas. Tras hacer un gesto con la mano para señalar el sur, Ariadna anunció que iba a hablarnos de «Dos pájaros que llegaron de Creta».

Cuando Ariadna empezó el relato, todo su público quedó embelesado de inmediato. Hablaba en presente de indicativo, como suelen hacer los historiadores para que una

narración sobre vida, y la imaginación del grupo echó a volar mientras la mujer revivía los acontecimientos que describía.

Al escucharla, podría haberme creído no solo que era la más anciana de todos los habitantes de Icaria, sino también que había nacido miles de años antes que cualquiera de nosotros. A veces es el narrador, tanto como la propia historia, lo que causa una impresión duradera.



ESPERANDO EN LAS ALAS

«Empiezo todos los días con una vigorizante ducha helada. El agua llega directamente de un arroyo de montaña. Espero que el impacto de su temperatura disperse todos los sueños y pensamientos que se amontonan en mi mente, fragmentos que nunca terminan de ser coherentes y que me provocan intensas y habituales migrañas. Es el castigo por haber vivido tanto tiempo y por tener un millón de recuerdos forcejeando por hacerse con un hueco en el interior de mi cabeza.

»Después me encamino hacia la playa. Solo el ritmo del mar y su golpear suave contra la arena consigue calmar los latidos acelerados de mi corazón y la vorágine de pensamientos que se revuelve en mi cerebro. Cuando veo la salida del sol, logro ralentizar mi respiración y, si tengo un buen día, la inalterabilidad de su camino puede llegar a proporcionarme un breve momento de paz.

»Una mujer francesa que dirige un retiro de yoga en las inmediaciones baja de vez en cuando a sus clientes a la playa. Observo las hileras de mujeres flacas con mallas que se enfrentan al sol, les ordenan que “vivan el momento, que vivan el aquí y el ahora, que se liberen del pasado y del futuro”. Parece muy sencillo, pero a mí me cuesta encontrar una tranquilidad así. Y, por supuesto, todos los días tengo otra obligación. Pero ya les hablaré de ello más tarde. Por ahora, debo continuar con la historia, que para eso han pagado todos ustedes. Comienza hace mucho tiempo...

»Es un día hermoso, el cielo está azul y la luz es translúcida. Estamos a mediados de julio y no hay ni una nube, ni un solo soplo de brisa.

»Mi amiga ha vislumbrado algo en el cielo desde una gran distancia. En estas islas estamos acostumbrados a ver enormes aves de presa, desde luego: águilas, halcones y todo tipo de buitres son una imagen común. Ayer por la

noche, por ejemplo, cuando volvía a casa en la oscuridad, una lechuza enorme me adelantó volando y me observó desde un árbol mientras yo continuaba caminando. Así que estamos habituados a compartir nuestra isla con estas grandes criaturas, y por eso damos por hecho que lo que estamos mirando es un pájaro inmenso.

»Pero a medida que este se acerca, comenzamos a asustarnos. Tiene un tamaño mucho mayor que cualquier otro que hayamos visto. Es un ave de dimensiones imposibles. Entonces nos damos cuenta de que detrás de ella vuela un segundo pájaro. Es un poco más pequeño, pero no cabe duda de que se trata de otra ave rapaz inmensa.

»Es más o menos media mañana, esa hora del día en la que paras a hacer un descanso si te levantas al amanecer. La noticia se extiende por el pueblo con gran rapidez y todos nos reunimos en las rocas que hay junto al mar para montar guardia. Cuanto más tiempo transcurre, más crece el miedo en el ambiente. Nadie sonríe ni hace bromas. Muchos de los hombres están embarcados desde hace tiempo, así que las mujeres nos sentimos vulnerables.

»Se trata de un espectáculo que todas debemos presenciar, o bien de una amenaza que debemos estar preparadas para afrontar. Nadie lo tiene claro.

»Todas estamos más que acostumbradas a que los piratas y los vagabundos nos invadan desde el mar. ¡Es algo que sucede a menudo! Así que tenemos cuevas y otros lugares secretos a los que escapar. Pero ¡un ataque desde el aire! Eso es distinto.

»Unas cuantas personas se dejan llevar por el pánico. Cogen a sus hijos en brazos y echan a correr. Pero yo estoy fascinada. Tengo buena vista incluso ahora, pero en aquella época era como un halcón. Decenas de personas formamos una fila justo sobre esas rocas de ahí. Las aves que estamos contemplando son elegantes, sus alas ingentes ondean con suavidad arriba y abajo, arriba y abajo.»

Ariadna movía los brazos para imitar al ave, los agitaba despacio arriba y abajo, sus manos elegantes, como la punta del ala, siempre levemente curvadas. Cuando bajaba los brazos, las manos señalaban hacia arriba y después, cuando los brazos cambiaban de dirección, la mujer desviaba los dedos hacia abajo. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, con las muñecas suaves.

«Se van acercando, a un ritmo muy estable. Los dos puntos en el cielo que parecían tan pegados, ahora guardan una mayor distancia entre ambos. El que va delante está a unos doscientos metros de distancia, viniendo hacia nosotros. Tenemos miedo.

»De pronto, entre la multitud alguien grita: “¡Es un hombre!”.

»Todos hemos llegado a la misma conclusión, pero lo miramos sin dar crédito. Ahora lo vemos con claridad. Sí. Es un hombre. Un hombre pájaro.

»¿Con cuánta frecuencia soñamos con tener alas para poder echar a volar sin más? Es imposible que yo sea la única que tiene esas fantasías y pensamientos. Soñamos con eso desde que somos niños, ¿verdad?

»La envergadura de sus alas es inmensa, puede que haya cuatro metros de un extremo a otro, como en el caso de una pequeña avioneta de dos plazas. Ahora el público ya es muy numeroso. Estamos buscando más criaturas iguales, pero parece que no las sigue ninguna más. La fascinación ocupa el lugar del miedo.

»Cada vez somos más. Una lluvia de meteoritos, un eclipse solar... Nada ha tenido nunca tanto público. El primer “pájaro” da la impresión de detenerse. Es como ver a alguien que trata de mantenerse a flote en el agua, pero en el cielo. Sacude las patas, las alas se mueven arriba y abajo a un ritmo constante. Está esperando a que el otro llegue a su altura, pero entonces el que va detrás también se detiene.

»Ahora podemos distinguirlo con mayor claridad. Es un poquito más pequeño, y sus plumas son de un marrón algo más claro. Es como si empezara

a presumir. No sabemos si lo hace por nosotros, pero empezamos a vitorear, a aplaudir, a silbar y a gritar para animarlo en esta exhibición aérea. Riza el rizo, baja en picado y se eleva a toda prisa, y después vuela alto, muy alto, cada vez más alto. El “pájaro” de mayor tamaño no está para tales excentricidades. Todavía está intentando mantener su posición. Ahora el sol ya está alto y arde con fuerza en el cielo.

»Entonces el más pequeño planea durante un instante, tal como hacen los pájaros cuando están a punto de abalanzarse sobre una presa, pero en lugar de precipitarse hacia abajo comienza a ascender. Bate las enormes alas sin cesar y, despacio, sube más y más y más.

»Se convierte en un punto que va desapareciendo bajo el resplandor del sol. Todos estamos horrorizados. Por pura intuición, sabemos que algo no va bien. Lo sentimos.

»Apenas nos atrevemos a alzar la mirada. Tenemos el sol justo encima, así que no podemos continuar mirando al pájaro si no queremos que la fuerza de sus rayos nos ciegue. Noto que el sudor me chorrea por la cara. A esta hora del día solemos estar en la sombra, a cobijo del calor abrasador.

»Alguien se atreve a echar un vistazo entre los dedos.

»—No está.

»—¿Cómo que no está?

»—Que no es más que una mancha en el sol.

»Entonces la mancha empieza a agrandarse de nuevo. Y todos contemplamos una figura alada que desciende a toda velocidad, que gira sobre sí misma cada vez más deprisa. Hay una nube de plumas a su alrededor mientras cae dando vueltas como un giroscopio, y entonces fragmentos enteros de ala empiezan a desprenderse, incapaces de resistir la velocidad o la acción de la caída.

»Nosotros no podemos hacer nada. El ave más oscura y grande bate las alas

arriba y abajo para intentar conservar su posición. Se aparta, quizá para evitar recibir un golpe. El pájaro pequeño baja más deprisa que una bala.

»Todos soltamos un grito cuando se estampa contra el mar. Durante un instante permanecemos inmóviles, y después se forma un caos.

»—¡Tenemos que ir a por él en una barca! —exclama una mujer.

»Todavía quedan unos cuantos barcos pequeños atracados en el puerto, pero la mayoría de los de mayor tamaño están fuera, en expediciones de pesca.

»No he apartado la vista del pájaro más grande. Ahora planea sobre la zona en la que el otro se ha hundido en el mar. La gente ya está arrastrando una barca desde la playa cercana. Son sobre todo chicos adolescentes, fuertes, y seis de ellos tardan menos de cinco minutos en remar hasta allí.

»El pájaro de mayor tamaño ha aterrizado en una roca, pero todavía sigue agitando las alas para estabilizarse. Ahora que está en tierra, y que se ha levantado una brisa ligera, la estructura entera parece poco manejable. Le está costando mantener el equilibrio. Dos de los muchachos trepan hasta él y lo ayudan a quitarse las alas.

»Desde la orilla no oímos nada, pero más tarde los jóvenes me cuentan que el hombre no paraba de repetir las mismas palabras. “Mi chico está ahí abajo. Ayudadme a encontrarlo. Por favor, ¡ayudadme a encontrarlo!”

»Hacen todo lo que pueden. Durante una hora o más bucean, emergen a por aire, vuelven a zambullirse, emergen a por aire. Hacen turnos. El hombre reconoce que ni él ni su hijo son grandes nadadores.

»El hecho de que las plumas y la madera hayan esparcido una sombra sobre la superficie del mar obstaculiza el salvamento. Sirviéndose de los remos, los rescatadores tratan de limpiar la capa de restos, y dos de ellos saltan al agua y se sumergen todo lo que les permiten sus pulmones.

»—Está... por... ahí... —farfulla uno de ellos cuando sale a coger aire.

»Otros tres muchachos nadan hasta el lugar que les indica.

»La madera utilizada para la construcción es ligera cuando está seca, pero en el mar se ha empapado y lastra el cuerpo. El chico está en el lecho del océano.

»Se necesita el empeño de los tres adolescentes para lograr sacarlo a la superficie, y un esfuerzo supremo para subirlo a la barca. El padre ya está allí sentado. Sus sollozos nos resultan audibles, pues el mar en calma los traslada hasta las rocas donde esperamos.

»Despacio, los muchachos reman de vuelta a la playa. Ahora ya no hay prisa. Es un cortejo fúnebre.

»Trasladan el cadáver a mi casa y lo tendemos en la mesa de la cocina. Es un joven hermoso, y lo lavo con ternura, como si fuera mi propio hijo. Le pongo una guirnalda en la cabeza, lo cubro de flores, le sello la boca con una moneda. Durante todo ese tiempo, su padre permanece sentado en un rincón de la estancia, con el cuerpo sacudido por espasmos de llanto. Creo que nada lo consolará.

»Entonces llamo a los hombres jóvenes para que carguen con el cadáver montaña arriba.

»Mezclamos los ritos funerarios de Icaria con los minoicos y lo enterramos con botes de comida y bebida y con un barquito que su padre ha tallado esa misma mañana de un trozo de madera de deriva. Los lamentos del hombre son estruendosos. Se lanza sobre la tumba y aúlla, no solo unos cuantos minutos, sino durante varias horas. Los demás dolientes se marchan poco después del enterramiento, pero yo me siento a la sombra de un árbol. No creo que deba quedarse solo por completo.

»Por fin, guarda silencio y lo llevo de regreso a mi casa de piedra. Puede quedarse tanto tiempo como desee. Allí solo vivo yo. Todos los días durante no sé cuánto tiempo, el hombre camina hasta la tumba de su hijo y pasa horas y más horas allí sentado, hasta que cae la noche. Entonces vuelve. A lo largo de

los primeros días no come nada de lo que pongo sobre la mesa. Después se tumba mirando al techo. A lo mejor duerme, no lo sé, pero sus gritos me despiertan una o dos veces. Creo que está teniendo pesadillas. Durante varios días después, los restos de las alas del chico van llegando a nuestras playas.

»La sexta noche, el hombre está preparado para hablar. Los días han pasado sin que intercambiemos una sola palabra, pero, una vez que empieza a hablar, habla, y habla, y habla y cuesta hacerle parar.

»Ha sufrido muchas desgracias, incluso antes de este terrible accidente, y ahora es como si hablar lo ayudara a sobrellevar su pena. Empieza a contarme su historia.

»Es de una isla situada muy al sur de Icaria, tan grande que más bien parece un país, con un rey y un palacio con cientos de habitaciones. No se parece en nada a Icaria, donde no hay edificios grandiosos y todo el mundo es igual.

»Se llama Dédalo, y me lo cuenta todo. Es un inventor, una figura del estilo de Leonardo da Vinci, creativa, intelectual, innovadora. Si todavía estuviera vivo, lo más probable sería que hubiera inventado internet, o puede que hubiera construido el edificio más alto del mundo. Está claro que es muy inteligente, y esa es justo la razón por la que Minos, el rey, lo hace llamar para que construya un complejo laberinto en el que encarcelar a un monstruo (un monstruo al que su esposa ha dado a luz). A hombres y mujeres de Atenas los obligan a entrar en el laberinto para que el monstruo se los coma, pero uno de ellos, Teseo, lo mata y consigue salir. Ariadna (la hija del rey), siguiendo los consejos de Dédalo, le ha proporcionado a Teseo un método de escape. Teseo huye con Ariadna, pero después la abandona.

»Minos está furioso. Para empezar, su esposa se enamora de un animal, y después su hija se escapa. Encierra a Dédalo en una torre, y con él a su hijo, Ícaro. Para un hombre como Dédalo, estar prisionero y aislado del mundo es

un castigo terrible, pero alguien con tantos recursos como él siempre encuentra una forma de solucionar los problemas.

»Sin nada más que hacer en todo el día aparte de ver a los pájaros planear, lanzarse en picado, disfrutar del placer de volar, Dédalo envidia la libertad de esos animales con todas sus fuerzas. Su hijo y él están encarcelados a gran altura para minimizar sus oportunidades de fuga. Es una atalaya excelente para observar a los pájaros y, con el paso de las semanas, el inventor empieza a comprender todas las complejidades de la aerodinámica.

»Continuar en esa torre lo volverá loco si no logra escapar, y de pronto cae en la cuenta de cómo puede hacerlo. A lo largo de los siguientes meses, construye trampas para los pájaros y reúne decenas de ellos, grandes, medianos y pequeños (quiere plumas de todos los tamaños). La naturaleza tiene la amabilidad de proporcionarle el “pegamento” que necesita: hay un enjambre de abejas en una esquina del techo, así que solo tiene que robarles la cera.

»Al principio, Ícaro se disgusta al ver todos aquellos pájaros muertos, pero, cuando su padre le explica que es su única esperanza, el joven los despluma de buen grado y empieza a disponer las plumas según los deseos de su padre. Empieza a ilusionarse. ¡Volar! ¿Quién no querría probarlo?

»Llega el día en que los dos pares de alas están listos, y Dédalo sabe que no habrá una segunda oportunidad. No hay vuelo de prueba. Será cuestión de plantarse en la cornisa de la ventana y saltar.

»Le proporciona a su hijo una serie de directrices breves pero estrictas. Si vuelan demasiado cerca del mar y se les mojan las alas, el peso los arrastrará hasta el fondo. Volar demasiado alto será igual de desastroso, puesto que el sol derretirá la cera que mantiene las plumas unidas. Tienen un largo viaje por delante, así que deben volar sin descanso y permanecer unidos. Mientras su padre le ata las correas de las alas, Ícaro aparenta estar escuchando, pero está

impaciente por ponerse en marcha. La gente que practica el paracaidismo me comenta que, cuando hicieron su primer salto, tenían tantas ganas de dejarse caer que apenas podían contenerse. Dédalo percibe el entusiasmo de su hijo. Lo comparte.

»Por supuesto, Dédalo saltará en primer lugar. Le dice a su hijo que, si es un desastre, debe abortar el plan y quedarse donde está.

»Llega el momento de la verdad. Ambos están listos, sus alas son magníficas. Dédalo le ha prestado tanta atención a la estética como a la ingeniería.

»—No lo olvides, mi querido hijo: sé cauteloso y no te alejes de mí.

»Es demasiado tarde para abrazar a su hijo. Ojalá hubiera pensado en hacerlo antes de que ambos se pusieran las alas.

»Ícaro ayuda a su padre a encaramarse a la cornisa. Dédalo salta y el hijo ve a su padre caer durante un instante (al joven casi se le sale el corazón por la boca), y después, cuando las corrientes térmicas lo recogen, elevarse de nuevo. Dédalo comienza a mover las alas. Su padre está volando. ¡Está volando de verdad! Dédalo rodea la torre y después se dirige hacia el norte en línea recta.

»No hay tiempo que perder. Ícaro consigue subirse a la cornisa y salta al vacío. Al cabo de un minuto, está riendo. No solo porque su padre y él han logrado escapar, sino también porque la pura felicidad de volar supera cualquier cosa que podría haber imaginado. No es de extrañar que canten coros al amanecer, piensa: los pájaros deben de alegrarse muchísimo de iniciar un nuevo día, gran parte del cual la pasarán volando.

»Para cuando alguien se percata de que se han ido, padre e hijo están a gran distancia, sobre el Egeo. Durante varios cientos de kilómetros, avanzan a buen ritmo, sobrevolando unas cuantas islas pequeñas cuyos habitantes los toman

por águilas extrañas. El ambiente cálido y seco y el viento del sur constituyen las condiciones perfectas para volar.

»Entonces se acercaron a esta isla. A estas alturas, Ícaro ya se siente muy seguro. Se lo está pasando de maravilla. Dédalo comienza a estar cansado, pero ya les queda mucho menos de medio camino hasta Atenas, así que sigue adelante. Ícaro no siente ni el menor atisbo de agotamiento.

»La voz de Dédalo se quiebra al contarlo, y de pronto me siento culpable. Me doy cuenta de que es probable que Ícaro estuviera exhibiéndose para nosotros, su público. Creo que cuando nos vio a todos mirando hacia arriba, observándolo, expectantes, fue el momento en que decidió llevar a cabo sus acrobacias. Impresionarnos. Hizo justo lo que habría hecho cualquier chico adolescente.

»El placer que Ícaro obtenía de su libertad era intenso, y su amor por el instante tan abrumador que abandonó la contención. Miro al padre lloroso, tan sabio, tan inteligente, tan dotado, pero a fin de cuentas incapaz de controlar los instintos naturales de un hijo.

»Dédalo está sobrepasado por su pérdida, y desde luego se culpa de la muerte de su hijo y por haber creído que las alas serían seguras. Eso no hace sino aumentar su pena. Es uno de los hombres con más talento del mundo, y sin embargo eso no significa nada cuando has perdido todo lo que amas.

»Se queda durante alrededor de una semana más. Aún pasa la mayor parte del día junto a la tumba de su hijo, pero empieza a ingerir parte de la comida que le preparo y no tarda en comenzar a dormir algo mejor. Las sombras que le rodean los ojos van desapareciendo. Hablamos durante varias horas todos los días, y a veces lo acompaño hasta la tumba. Una noche, estamos cenando juntos y me doy cuenta de que algo lo preocupa. Al final me explica de qué se trata.

»Está sumido en la pena, pero tiene un problema. Sigue siendo un fugitivo, y

el rey Minos lo estará buscando.

»Me doy cuenta de que está dividido entre el deseo de permanecer cerca de la tumba de su hijo, de observar los rituales que guiarán a Ícaro a salvo hasta la otra vida, y la necesidad de seguir viajando.

»Pese a lo hermosa que es, esta isla no es lugar para las personas ambiciosas. Dédalo tiene que completar su viaje.

»—Pero ¿qué hay de mi hijo...?

»Me mira a los ojos mientras formula esa pregunta.

»—Yo me encargaré de que él continúe su camino para que tú puedas continuar con el tuyo —me sorprende diciéndole.

»He hablado de manera precipitada, sin plantearme siquiera las consecuencias. Pero una vez que le he hecho esa promesa, ya no hay vuelta atrás. Este será mi futuro, recordar a Ícaro y ofrecer libaciones junto a su tumba.

»El hombre se siente abrumado de gratitud. Solloza, pero no como sollozó el día en que enterramos a Ícaro. Me abraza y noto que sus lágrimas me mojan el hombro.

»Se marcha en un barco al día siguiente. Corren rumores de que el rey Minos le sigue los pasos. Todos le deseamos buen viaje a Dédalo y una multitud se reúne para despedirse de él.

»Me enteré de que había llegado a Sicilia. Nunca esperamos que regresara, pero me dejó este deber que todavía cumplo a diario. Cada vez que veo una mariposa, me pregunto si será la señal de que el alma de Ícaro ha volado. Pero no tengo forma de estar segura, así que continúo haciéndolo. Y seguiré haciéndolo para siempre.

»Esta isla, que desde entonces lleva el nombre de Ícaro, siempre ha sido un lugar donde la gente ha vivido vidas largas. Ha habido muchas teorías respecto a por qué es así. En la época en la que Dédalo estuvo aquí, comíamos

poco más que pescado, después descubrimos los manantiales calientes, radiactivos, luego todo lo que comíamos era orgánico, y hoy en día la gente de la isla lleva un horario idiosincrático y tiene muy poco estrés. Entonces ¿quién sabe por qué otra gente vive tanto tiempo? Pero yo sí sé por qué sigo viviendo. Porque debo.

»Mantengo la ubicación en secreto para que los turistas no pisoteen la tumba, pero visito a Ícaro todos los días, tal como le prometí a su padre que haría.

»Con el paso de los años, la historia verdadera, los acontecimientos reales, empiezan a ser tratados como leyendas. Quienes los escuchan pierden la fe en la realidad. Pero esto, el primer accidente de avión, tuvo lugar justo ahí.

»Y la exquisita pluma que ustedes están contemplando en este instante pertenece a las alas de Ícaro...»

Ariadna no soltaba su pluma, era demasiado valiosa para ella, pero todo el mundo se arremolinó a su alrededor para tocarla. Nunca olvidaré su tacto sedoso bajo la yema de mi dedo. Y jamás olvidaré a aquella mujer extraordinaria. Estoy seguro de que si vuelvo dentro de treinta años, allí estará, esperando para volver a narrar su historia, con el pelo de color platino todavía espeso y fuerte y la piel como la de una niña. La Ariadna original, hija del rey Minos, a la que Teseo abandonó con tal crueldad, encontró un nuevo amor en Naxos, donde Baco se enamoró de ella y la convirtió en su reina. Es otro mito griego más acerca de la sanación de un corazón roto. Baco inmortalizó a su amada lanzando la corona de Ariadna al cielo, donde se convirtió en una constelación, la Corona.

La inmortalidad y la mortalidad son temas siempre presentes en Grecia, tanto en la antigua como en la moderna. La muerte está dondequiera que vayas en este país. Hay esquelas en las farolas, cementerios al borde de todos los pueblecitos y homenajes a los difuntos junto a las carreteras. Durante esos meses fui más consciente de la mortalidad que a lo largo de mis cuatro décadas y media de vida anterior. Y, sin embargo, veía que la gente retaba a la muerte en su forma de beber, de bailar y de amar. En todos los excesos que presencié, detecté desafío.

Icaria es una roca inmensa en medio del mar, donde la gente ha sobrevivido a grandes penurias causadas por los invasores y los propios elementos naturales. No es un lugar para autocompadecerte, y durante la festividad religiosa que se celebró mientras estaba allí, bebí y comí hasta bien entrada la noche.

Allí fue donde aprendí a bailar, donde me sorprendí arrastrado hasta un círculo que se movía en el sentido de las agujas del reloj, lenta y rítmicamente. Mi altura destacaba sobre la de todos los demás, pero me dedicaban sonrisas cálidas. La danza, que se llamaba ikariotikos, pronto se aceleró, pero nadie perdió la paciencia conmigo mientras intentaba dominar los pasos. Era parte de una sola entidad, un único organismo con cien piernas. Cerré los ojos y me dejé llevar por el ritmo, y ahora creo que podría bailar esta danza antigua aun estando dormido.

Me alojé encima de un negocio vacío en Evdilos, casi todos los días me bañaba en un manantial caliente y hablaba con extraños. Fui otra vez en busca de Ariadna y nos tomamos un café sentados al sol.

De repente, me miró y dijo:

—¿Has oído hablar de Dífilo?

Negué con la cabeza.

—Fue un dramaturgo griego, y se cree que la persona que dijo: «El tiempo es un médico que sana todo duelo.»

—¿Cree que eso se cumplió en el caso de Dédalo? —quise saber.

—Sí, a la larga —contestó—. Pero lo que me parece más importante es que a usted le está funcionando.

No puedo explicar por qué lo dijo. Nunca había hablado con ella sobre mi situación. Pero tal vez, cuando llevas miles de años viviendo, desarrolles un sexto sentido.

Icaria es donde por fin volví a sentirme vivo de verdad, donde me descubrí deseando vivir hasta la vejez, en lugar de sin ganas de vivir en absoluto. Ya no puedo decirte que sin ti estos lugares no valen nada. He aprendido que la fuente de la felicidad no debe encontrarse en otra persona y que no deberíamos buscar a alguien que nos complete.

Ya estamos en julio. Llevaba cuarenta semanas viajando (las había ido contando una a una mientras pasaban), pero la carretera no perdió su atractivo ni una sola vez. Nunca tenía ni la menor idea de qué iba a encontrarme en el siguiente lugar, ni en el siguiente, o en el siguiente, y sé que no he terminado. Sin embargo, de momento, me alegro de haber parado. Por eso dejé de enviar postales.

Ya no estoy de viaje. Después de Icaria volví a Atenas y decidí quedarme.

No es una ciudad en la que resulte fácil vivir. A nivel de calle, la vida es complicada. El tráfico es horroroso, las baldosas de las aceras están rotas, muchas de las tiendas tienen las ventanas y las puertas selladas con tablones y hay grafitis por todas partes. De vez en cuando, la vida se detiene por completo cuando hay una huelga o una manifestación, y en esos momentos suele ser mala idea encontrarse cerca del centro de la ciudad. Las cosas pueden ponerse violentas. Aquí la gente está furiosa con la situación económica: los ancianos cuyas pensiones se han recortado y los jóvenes que no tienen trabajo... Y casi todo el mundo entre esas dos franjas de edad, pues sus ganancias soportan tal carga impositiva que terminan sin nada. A todo eso se le suman las necesidades de los refugiados que han llegado a Atenas. Muchos de ellos están acampados en las plazas, personas procedentes de países destrozados por la guerra que no tienen nada salvo lo que llevan encima.

Por suerte, en Atenas hay mucho más que esta infelicidad y discordia. Existen ciertas cosas que son indestructibles, como las costumbres griegas de la hospitalidad y la narración de historias.

Donde vivo, tengo una preciosa azotea desde la que puedo ver el mar, las montañas y la

Acrópolis. Tengo una vista de trescientos sesenta grados. Puedo ver el anochecer en una dirección y el amanecer en la otra. Puedo ver las luces de los ferris que navegan de camino a las islas. Puedo ver estrellas fugaces y el crecer y decrecer de la luna. Cuando hay tormenta y el sol se abre paso entre las nubes, puedo ver el arcoíris entero. Su comienzo y su final. Cada vez que veo estas cosas, me viene a la memoria el alma indestructible de este país.

Los griegos antiguos veneraban el sol, la luna y las estrellas y las convertían en dioses, pero abandonamos esta forma de pensar porque una religión nueva nos dijo que esos dioses eran falsos y que solo había un Dios. Creo que perdimos mucho al escuchar esa afirmación.

Cuando levanto la mirada hacia el cielo nocturno obtengo mucha fuerza (mucha más de la que obtendría yendo a una iglesia a que me recuerden la fragilidad de la naturaleza humana). En esta bochornosa noche de julio en mi azotea, mientras siento la caricia de un cálido viento del sudeste en la cara, me doy cuenta de que ya ni te estoy esperando ni sueño contigo. Estoy en un lugar donde he encontrado la paz.

*Julio de 2016*

*Septiembre de 2016*

Era la última noche de vacaciones de Ellie, y volvía a estar leyendo en su balcón. Cerró el cuaderno y permaneció sentada con él sobre el regazo mientras contemplaba las estrellas que Anthony tanto adoraba. Solo un instante después, vio una que atravesaba el cielo a toda velocidad. A lo largo de la última semana había aprendido que era extraño que transcurrieran más de cinco minutos sin que pasara una estrella fugaz. Buscó la Corona de Ariadna. El mar estaba tan calmado aquella noche que el sonido de las olas sobre la arena era casi imperceptible. Si pudiera hacer que el tiempo se detuviera, puede que aquel fuera el momento que escogiera.

Encontró el sobre todavía doblado en el bolsillo interior de su bolso. Puede que no hubiera intentado encontrar a S. Ibbotson con el suficiente ahínco. Aquellas historias estaban destinadas a ella. El sobre se había arrugado mucho a lo largo de las últimas semanas y, cuando intentó volver a meter el cuaderno dentro, se desgarró por completo. Ellie se dio cuenta de que había una dirección escrita en la parte de atrás.

*Anthony Brown, calle Aristophanous, 389  
11281 Atenas*

La miró con fijeza. Su vuelo de vuelta salía desde Atenas, pero ¿tendría valor para ir a buscar a aquel hombre? Significaría decirle que S. Ibbotson nunca había recibido las postales y que ella, Ellie, había abierto un paquete que no iba dirigido a ella. Volvió a doblar el sobre, lo guardó en su bolso y puso el cuaderno encima.

Ya era medianoche, así que sacó su maleta del armario y empezó a recoger sus cosas. Toda su ropa conservaba el olor dulzón de la crema solar y estaba

un tanto tiesa por la sal y la arena. El mero hecho de pensar en deshacer la maleta en el otro extremo de su viaje, en meter aquellas prendas coloridas en la lavadora y eliminar el aroma de aquellos últimos días maravillosos, la entristecía sobremanera. A lo mejor no lavaba sus pareos, sino que los colgaba en su piso hasta que las fragancias del sol y el verano desaparecieran de forma natural.

Aun mientras se formulaba la pregunta sobre el escritor, Ellie ya sabía que solo existía una respuesta. Estaba obligada a buscarlo.

Dejó su hotel de Tolo a la mañana siguiente después del desayuno, cogió un taxi hasta Nauplia y se tomó un último café en la plaza. Luego llegó a pie hasta la estación de autobuses y no tardó en encontrarse camino de Atenas una vez más. El traqueteo del vehículo la adormeció y se despertó, en el momento más caluroso del día, para descubrir que ya habían llegado a su destino.

Desorientada y con un ligero dolor de cabeza, sacó su mapa del metro y averiguó cómo llegar a la calle Aristophanous. La estación de metro más cercana quedaba a bastante distancia, y después tendría que hacer varios transbordos, así que decidió tomar un taxi. Su vuelo no era hasta la una de la madrugada siguiente, pero no le sobraba el tiempo: quería visitar la Acrópolis, además de devolver el cuaderno. Ya había pasado la hora de comer. La temperatura no había bajado de los treinta grados en todo el día.

El taxista la dejó a bastante distancia de su destino para ahorrarse tiempo, pero al final Ellie encontró la calle y el número correctos y después, en un panel con varias decenas de timbres, vio el nombre que estaba buscando.

Llamó y, al cabo de unos instantes, oyó una voz masculina.

—Señor Brown —dijo con nerviosismo—, tengo un paquete para usted.

—Suba, por favor. Estoy en el último piso.

Debía de pensar que Ellie iba de parte de una empresa de transportes.

El timbre de la puerta del edificio emitió un zumbido y Ellie entró en el

portal.

Mientras el ascensor subía rechinando y despacio hasta la sexta planta, Ellie se miró en el espejo de la pared. Tenía el pelo seco y amarillento por el sol, la nariz quemada y gotas de sudor en la frente. Deseó tener un aspecto algo más elegante. Una camiseta y unos pantalones cortos no parecían el código de vestimenta adecuado para aquel bloque de apartamentos tan distinguido.

El ascensor se detuvo y, cuando la puerta se abrió, vio a un hombre de pie delante de ella.

Tenía el pelo espeso y castaño, con unos cuantos mechones grises, y estaba muy delgado. Llevaba unos vaqueros y una camiseta gris. Le recordó a un actor que le gustaba a su madre.

Anthony se dio cuenta enseguida de lo que Ellie sujetaba entre las manos. Ni siquiera la había mirado a la cara, solo había visto el maltrecho cuaderno azul.

Ellie percibió su turbación y su sorpresa.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó él haciendo acopio de todo su autocontrol.

De repente, Ellie se sintió como una ladrona. Le entraron ganas de soltarle el libro en las manos y bajar corriendo los seis pisos de escaleras para volver a salir a la calle achicharrada por el sol. Solo la necesidad de defenderse de sus sospechas se lo impidió.

—Usted me lo envió —le espetó, aunque enseguida se dio cuenta de que debía de sonar estúpido.

—¿Que se lo he enviado a usted?

Anthony parecía muy confuso.

—Algo así...

Se quedaron mirándose, perplejos. El hombre escudriñaba a Ellie tratando

de averiguar si podría ser la hermana a la que nunca había llegado a conocer. Decidió que era demasiado joven.

—Será mejor que entre —la invitó—. Si le apetece, claro.

Aunque solo fuera por beber un vaso de agua, cosa que ahora necesitaba con desesperación, Ellie no veía qué mal podía hacerle entrar. Tenía la sensación de que conocía un poco a Anthony, y estaba bastante segura de que no le haría ningún tipo de daño.

—Gracias —dijo.

—Por cierto —añadió él—, yo soy Anthony, pero eso ya lo sabe. ¿Y usted es...?

—Ellie —contestó—. Ellie Thomas.

La joven siguió a Anthony hasta un espacio amplio, luminoso, mínimamente decorado con muebles bajos y modernos y las paredes forradas de libros. Ellie atisbó una pequeña cocina en el extremo opuesto de la sala. Salieron a una terraza situada al otro lado de unas puertas correderas de cristal. Había varios olivos bien asentados en macetas y una pérgola bajo cuya sombra descansaban una mesa y unas cuantas sillas. Varios volúmenes de gran tamaño estaban diseminados sobre la mesa, junto a un portátil.

—Sentémonos aquí —sugirió Anthony señalándole un cómodo sofá de color crema con una mesita con tablero de cristal delante.

Ellie se sentó.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó su anfitrión—. ¿Un café? ¿Un zumo? ¿Una infusión?

—Un vaso de agua es suficiente —respondió Ellie.

Anthony desapareció para ir a buscar una botella de agua y unos vasos.

—Es extraño volver a verlo —dijo tras sentarse enfrente de Ellie y señalar el diario que descansaba sobre su regazo—. Era mi compañero...

—Sí, el mío también, en cierto sentido —comentó Ellie, que lo dejó sobre

la mesa que los separaba.

—Nunca imaginé que fuera a volver a verlo. —Lo cogió—. Pero me alegro de que no se haya volatilizado.

Durante unos instantes, lo hizo girar entre las manos con un cuidado exagerado. Entonces empezó a hojear sus páginas despacio.

—¿Le ha ocurrido algo a Sarah? —preguntó con gran solemnidad.

Ellie notó que se sonrojaba. Sarah. Esa debía de ser S. Ibbotson. Le resultó extraño oír su nombre.

—No —contestó, y tomó un sorbo de agua—. Bueno, no que yo sepa. Aunque, si te soy sincera... No tengo ni idea. No sé quién es...

Anthony levantó la vista un segundo, con expresión de sorpresa.

Ellie prosiguió:

—Pero este cuaderno se envió a mi casa, y también las postales. Las leí y las guardé... Y luego el cuaderno llegó justo cuando me marchaba... Y de alguna forma, iban juntos y tuve la sensación de que estaba... como si... Bueno, me pareció bien.

Ellie era consciente de que estaba divagando.

Anthony trataba de asimilar todo lo que le decía.

—¿El cuaderno llegó a tu casa?

—S. Ibbotson... no vive en esa dirección. Así que...

Ellie se dio cuenta de que ese dato lo descolocaba. Se produjo un silencio incómodo.

—En realidad no debería sorprenderme tanto —comentó Anthony con resignación—. No puede decirse que fuera su única mentira.

—¿Te importa que te pregunte quién era... esa?

—Si has leído el diario, ya sabrás las cosas más importantes —respondió—. Creía que era el amor de mi vida.

Ellie asintió.

—La conocí en el bar de los cines Curzon, en Mayfair —prosiguió—. La persona con la que Sarah había quedado la había dejado plantada, y yo estaba sentado tomando algo a solas. Estaba matando el tiempo antes de entrar a ver una película de un director griego llamado Lanthimos.

Ellie intentó dar la impresión de que había oído hablar de él. Anthony continuó:

—Por lo general no entablo conversación con extraños. De hecho, ahora que lo pienso, fue ella quien me habló en primer lugar. La charla giró en torno a Grecia. Ella la había visitado de niña en el yate de unos amigos de sus padres, pero solo había visto unas cuantas islas.

—Pues no parece en absoluto el tipo de persona que viviría en mi zona —lo interrumpió Ellie.

—¿Por qué?

—Da la sensación de que proviene de un entorno pijo. Mi barrio es un poco cutre.

Anthony esbozó una media sonrisa.

—El caso es que era el tipo de persona educada en el arte de la conversación y siempre sabía qué decir en cada momento, de esas que no pueden estar solas más de dos minutos sin ponerse a hablar con alguien.

»No tardó en captar mi interés por Grecia. Ella había estudiado historia del arte en la universidad, así que la conversación fluía, y su interés en mi libro sobre la escultura cicládica parecía sincero. Sarah recordaba que una de las islas donde había estado de pequeña era una de las Cícladas. Me engañara o no, la verdad es que me enamoré profundamente de ella.

Ellie asentía de vez en cuando. Había conocido a algunas chicas como Sarah, pero nunca habían sido amigas suyas.

—Confundí el brillo de sus ojos con atracción, pero creo que en realidad se

trataba de una mezcla entre el entusiasmo por nuestra conversación y el lagrimeo que sufre la gente con lentillas. Seguro que solo era eso.

De cuando en cuando, a Anthony se le quebraba la voz, y a Ellie le costaba discernir si se debía a la tristeza o al enfado.

—¿Y trabajaba? —preguntó Ellie, que sentía curiosidad por aquella chica.

—Tenía un empleo a media jornada en la galería de una amiga, en Notting Hill, pero eso no le impedía realizar visitas improvisadas a exposiciones en mitad del día. A veces me acompañaba al Museo Británico, donde estaba llevando a cabo parte de mi investigación. Un día, cuando nos paramos delante de los mármoles del Partenón, me dijo que quería ver el resto, ver cuál era su procedencia original. Fue un momento bonito. Fue idea suya. «Sí, hagámoslo», contesté yo. El nuevo Museo de la Acrópolis sería el gran final, la apoteosis. Pasamos los seis meses siguientes planeando el viaje.

»Siempre se venía a pasar los fines de semana conmigo. En los dieciocho meses que estuvimos juntos, jamás me invitó a su casa... Decía que vivía con su hermana y que no podríamos estar solos.

—De verdad, no parece el tipo de chica que viviría en mi piso —insistió Ellie—. Es bastante tétrico. Un sótano. Oscuro. Con olor como a mujer mayor en el rellano.

—Pues esa es, sin duda, la dirección que me dio —dijo Anthony—. Tal vez conociera a alguien que hubiera vivido allí. En cualquier caso, no creo que fuera la persona por la que se hacía pasar, en ningún sentido. Me convencí de que Sarah era una cosa y, en realidad, era otra.

—¿Y tú dónde vivías en Londres? —preguntó Ellie con curiosidad.

—En un bloque de pisos de Bloomsbury, cerca del Museo Británico. No se parecía en nada a esto, pero tenía vistas a esas enormes columnas que parecen sujetar el edificio entero. Cuando el cielo estaba azul, incluso podía imaginarme que estaba en Atenas.

Ellie se recostó en su asiento y lo escuchó mientras, de vez en cuando, tomaba sorbos de agua. Estaba claro que a Anthony le apetecía hablar. Le dio la impresión de que no había compartido con nadie la mayoría de aquellas cosas.

Pasaron un rato sentados, y después Anthony quiso mostrarle las vistas desde su terraza y señalarle los puntos de interés.

—Allí está la Acrópolis —dijo señalándosela—. Y ahí el Monte Licabeto. Y el Jardín Botánico se ve por muy poco. Eso de allí es el edificio del parlamento, el Vouli.

—Es maravilloso —fue lo único que alcanzó a decir Ellie.

Mientras contemplaban Atenas, Anthony continuó hablando. Daba la impresión de que había más cosas de Sarah que quería sacarse de dentro, como si, una vez fuera, tal vez no necesitara volver a mencionarla nunca.

—Durante el poco tiempo que vivió en mi mundo, Sarah fue mi mundo.

A pesar de que aquel hombre tenía edad suficiente para ser su padre, Ellie sintió que esperaba que ella se comportara como una especie de mentora o confidente.

—¿Creías que ella era la definitiva? —preguntó.

—Bueno, eso me parecía a mí, al menos. Tenía la cabeza en las nubes. Todo lo que había leído acerca del amor en los mitos clásicos, sobre su poder, empezó a tener sentido para mí. Me sentía conectado con todo el arte que había inspirado: la poesía, la pintura y la escultura de todos los períodos tenían un significado nuevo para mí.

»Sarah me acompañaba con gusto a las galerías, y las recorría de arriba abajo con entusiasmo. Parecía reaccionar a las cosas de manera idéntica a mí. Su encanto, el Amor, el Erotas, me sedujeron por completo. Parecía una fuerza superior a mí.

Los pensamientos de Anthony brotaban como un torrente.

—Con tanta reflexión dichosa sobre Eros y Psique, hice caso omiso de los crímenes que el amor lleva a la gente a perpetrar. No quería conocer su lado oscuro, las traiciones, las tragedias. Los finales nunca me interesaron.

Ellie hacía cuanto estaba en su mano por comprenderlo y por asentir cuando debía, aunque algunas de las referencias eran nuevas para ella.

—Había quince años de diferencia entre nosotros, pero al final creo que el crío fui yo. Durante un tiempo me aferré al anillo que le había comprado, pero ahora ya no lo tengo. Hasta la semana pasada no fui capaz de reunir el valor necesario para devolverlo. Con ese dinero me pagaré el alquiler durante un año, ¡así que la humillación casi valió la pena! Y tengo la esperanza de que alguna ley nueva me permita quedarme aquí por lo menos ese tiempo.

Anthony se fijó en que la jarra de agua estaba vacía.

—¿Estás segura de que no quieres nada más? A mí no me iría mal un café.

—Sí, yo también me tomaría uno —dijo Ellie.

Él la vio mirar el reloj. Eran casi las seis.

—¿Tiene que irse a algún sitio? —le preguntó preocupado.

—La verdad es que no —contestó ella—. Esperaba visitar la Acrópolis antes de coger el avión, pero no importa.

—¿Tienes que coger un avión? —preguntó Anthony sorprendido—. ¿A qué hora?

—No sale hasta la una de la madrugada —respondió Ellie—. Todavía faltan horas.

Cuando Anthony volvió con el café, Ellie estaba ojeando el cuaderno. Empezaba a sentirse más relajada.

—Lo que pasó... —comentó— debió de ser horrible.

—Me resulta extraño que hayas leído todo esto —dijo Anthony—. Por otro lado, es agradable saber que hay alguien en el mundo que sabe por lo que pasé.

Ellie se sonrojó. La culpa por haber leído lo que, en efecto, era un diario, no se había disipado del todo.

—Incluso ahora, aquí, en Atenas, si me cruzo por la calle con alguien que lleva su perfume, me cuesta sobreponerme a los recuerdos. Pero ¿cómo puedo evitarlo, si no es sin salir nunca a la calle?

Ellie negó con la cabeza.

—No puedes —contestó en voz baja, comprensiva.

Las montañas iban adquiriendo un tono rosado. El sol estaba empezando a ponerse.

A Ellie, Anthony le parecía un chico adolescente con el corazón roto.

—Tenía un buen brazo cuando jugaba al críquet, pero no fui capaz de lanzar ese teléfono lo bastante lejos —continuó con una sonrisa amarga.

Verlo reflexionar sobre su enamoramiento llevó a Ellie a pensar en lo ingenuos que pueden llegar a ser incluso los adultos inteligentes. Anthony era un hombre culto, de gran formación, que se había visto afectado por una ceguera temporal.

—Si no hubiera sucedido todo eso —le dijo—, a lo mejor ahora no estarías aquí...

—Eso es muy cierto, Ellie. Y no es un mal lugar para estar.



Escultura de Nikos Ikaris.

Icaria.

Tanto ella como Anthony parecían sentirse cómodos con las pausas esporádicas en la conversación. De todas formas, el silencio nunca era absoluto. Desde la calle les llegaba el estruendo del tráfico, los cláxones sonaban con impaciencia y recibían respuestas irritadas. De vez en cuando, también percibían el ruido de un avión.

El hombre con el que estaba sentada en aquella azotea era un completo desconocido, y sin embargo ella se sentía como si lo conociera.

—¡No hemos hecho otra cosa más que hablar de mí! —exclamó Anthony entre risas—. Debes de pensar que soy un egocéntrico de tomo y lomo. Creo que no hablaba tanto de mí desde hace... Es posible que nunca hubiera hablado tanto de mí. Lo siento mucho.

Ellie también se echó a reír.

—¡No te preocupes! Has estado rellenando los huecos que me faltaban por

completar.

—Ahora tienes que hablarme de ti. Por favor. Insisto.

Anthony miró a Ellie. Ella fue incapaz de devolverle el gesto.

—Es que mi vida es muy poco interesante —dijo con incomodidad, poco acostumbrada a ser el centro de atención.

—Todo el mundo tiene una vida interesante —añadió él para animarla—. Y solo sé dónde vives, nada más. ¿A qué te dedicas?

Ellie le hizo un breve bosquejo de su vida a Anthony: de Cardiff a Londres, y el trabajo tan insatisfactorio que tenía. Le resultó imposible ocultar su descontento y hastío. Él la escuchó con atención, como debía de haber hecho cuando oía las historias que la gente le iba contando por toda Grecia.

Le explicó la reacción de su jefe al anunciarle que había decidido tomarse diez días de vacaciones.

—Y entonces ¿qué vas a hacer ahora? —le preguntó él.

Ellie se encogió de hombros. Se dio cuenta de que no podía darle una respuesta definitiva.

—No lo sé —contestó, y se volvió para contemplar Atenas—. No tengo nada en particular por lo que regresar.

La joven no sabía si Anthony estaba interesado en su vida de verdad, así que cambió de tema. En todo caso, no quería pensar en ella, puesto que eso la llevaría a pensar en su avión, en el momento en que despegara y Ellie dejara de estar en Grecia. Ya quedaba muy poco tiempo.

Vio que Anthony tenía una mano sobre el cuaderno. Experimentó una sensación de pérdida. ¿De quién era, al fin y al cabo? Lo habían enviado a su casa, a una dirección que le habían facilitado de manera engañosa e irresponsable, donde es probable que S (Ellie seguía pensando en ella de ese modo) no hubiera vivido nunca.

—¿De verdad escribiste esas historias para Sarah?

Era la primera vez que Ellie pronunciaba su nombre.

—¿Para quién escribe la gente? —fue su respuesta—. Me dije que eran para ella, pero creo que al final lo escribimos todo para nosotros mismos. Mi libro sobre escultura, por ejemplo. No puede decirse que el mundo lo esté esperando sobre ascuas. Eso ya lo sé. Puede que alguna persona que lo lea sienta una ligera emoción al ver cuánto se parecen ciertas obras de Picasso o de Henry Moore a la escultura cicládica, pero se limitarán a decir para sus adentros: «¡Ah! Qué interesante... Qué bonito.» No le cambiará la vida a nadie. No me hago ilusiones al respecto.

»Y lo de esas historias no es muy distinto. No tenía dónde ponerlas, si no era en estas páginas, y no tenía dónde enviarlas, si no era a tu dirección. Pero me alegro mucho de que me las hayas traído de vuelta. Es como el punto final de algo... Que ella ni siquiera viviera allí, que incluso eso fuera mentira...

Se sentaron y continuaron charlando. Él le preguntó por sus vacaciones, dónde se había alojado, qué había hecho, y Ellie le habló de Tolo, de sus visitas diarias a Nauplia y de lo mucho que había disfrutado de los ratos que pasaba sentada en la plaza.

Ellie se fijó en las preciosas esculturas de piedra que había en la azotea. Resplandecían con el ocaso. ¿Eran modernas? ¿Antiguas? ¿Eran Picassos originales? ¿O de Henry Moore? ¿O se trataba de copias? Ellie no tenía ni idea y no estaba segura de si importaba. Eran elegantes piezas de piedra tallada, intemporales y distinguidas.

Anthony la vio mirarlas.

—Maravillosas, ¿verdad? Son lo único que hice que me enviaran desde Londres cuando decidí quedarme aquí. Aquí encajan mucho mejor que en Bloomsbury.

—Son... alucinantes.

La palabra sonó banal.

—Con mis libros sucede lo mismo.

Cuando Ellie había atravesado el apartamento para llegar hasta la terraza, Ellie se había fijado en que todas las paredes estaban forradas con enormes volúmenes de arte.

—Grecia me está dando muchas cosas —comentó él—. Sin esa experiencia, sin esa... desilusión o como quieras llamarla, no seguiría aquí.

—Y si... S. Ibbotson hubiera estado en mi casa para leer las postales o tus historias, yo tampoco estaría aquí —añadió Ellie titubeante, incapaz de repetir el nombre de la mujer.

—Sí. Todas esas cosas han llevado a este momento. A que los dos estemos aquí sentados, en este lugar, esta noche, con esta luna, bajo estas estrellas.

La Acrópolis ya estaba iluminada y emitía un resplandor dorado a lo lejos. A pesar de las dificultades que persistían en las calles y las plazas situadas a sus pies, el Partenón era inexpugnable, intocable. Había sobrevivido a los estragos tanto del tiempo como del vandalismo.

La mirada de Anthony también se sintió atraída hacia él.

—Es perfecto, ¿no crees? —dijo—. Solo las pirámides son igual de reconocibles, pero siempre que las veo pienso en la muerte. No son lugares de culto, sino lugares de enterramiento.

—El Partenón es más bonito, sin duda —comentó Ellie.

Anthony se volvió hacia ella.

—¿Qué planes tienes? Me siento un poco responsable de que tal vez te hayas quedado sin trabajo.

—Sí, podría echarte la culpa a ti —repuso Ellie riendo—. ¡O al menos a tus postales!

Le contó a Anthony que había ido colgándolas en su corcho, cuánto habían significado para ella y que, cuando habían dejado de llegar, había decidido que tenía que viajar a Grecia.

Lo cierto era que Ellie no tenía ni idea de qué iba a hacer ahora. La última vez que le había echado un vistazo al balance de su cuenta vio que se estaba quedando sin fondos. Aunque se había alojado en un hotel barato, las vacaciones le habían costado casi todos sus ahorros.

—Será duro regresar a Londres —dijo.

—¿Por qué no te quedas? No te arrepentirás —sugirió Anthony.

A Ellie no le gustaba comentar su falta de dinero, pero sabía que Anthony tenía razón. Hasta aquel momento, su viaje le había enriquecido muchísimo la vida.

En una pausa de la conversación, Ellie oyó el ruido de una puerta que se cerraba dentro del apartamento. Un momento después, una joven apareció en la terraza. Era baja, delgada y llevaba el pelo corto. Por algún motivo que no podía explicar, Ellie sintió una punzada de celos, sobre todo cuando la recién llegada se acercó a Anthony y lo besó en ambas mejillas.

—Atenea, esta es Ellie. Ellie, Atenea.

Las dos mujeres se estrecharon la mano.

—Debe de ser hora de tomarse una copa de vino —anunció Anthony—. ¡El sol ya casi se ha puesto!

—Yo lo traigo —se ofreció Atenea entusiasmada—. Solo dadme un momento para cambiarme.

—Hay un assyrtiko cretense buenísimo enfriándose en la nevera. ¿Y te importaría traer también unos pistachos?

Ambos parecían tratarse con una familiaridad relajada. Estaba claro que allí Atenea se sentía como en casa.

—Tú has leído la historia de Atenea —le dijo Anthony—. ¿Te acuerdas?

—¡Delfos! —exclamó Ellie—. ¡Os conocisteis en Delfos!

Era justo tal como la había descrito Anthony.

—¡No somos pareja! —aclaró él, que averiguó lo que Ellie estaba

pensando—. Atenea tiene novia. Ya te imaginarás cómo se lo tomaron sus padres en Lamía.

Atenea había reaparecido en la terraza con una botella y había oído el comentario.

—Todavía siguen presentándome a los hijos de sus amigos —rio mientras clavaba el abridor en el corcho—. Es de lo que no hay.

—Pero Atenas es bastante liberal —repuso Anthony—. Luego conocerás a Anna.

—¿Luego? —preguntó Ellie.

—¿No te quedas a cenar con nosotros? Insisto. No es más que una cena fría, ensaladas y algo de pollo, pero...

—¡Tengo que coger un avión! —protestó Ellie sin mucho convencimiento.

—Yo te llevaré al aeropuerto —propuso Anthony con amabilidad.

Por alguna razón, a pesar de todo, Ellie no se esperaba aquella hospitalidad.

—He adquirido algunas buenas costumbres —comentó él—. Si tratas a los extraños como si fueran amigos, conoces a gente más interesante. Pero yo no soy un completo desconocido para ti, ¿verdad?

Anna no tardó en llegar, y hubo más presentaciones. Las tres mujeres descubrieron que eran más o menos de la misma edad. Brevemente, intercambiaron información acerca de sus carreras universitarias y sus empleos. Anna era abogada. Ellie se sintió un poco avergonzada de su trabajo como vendedora de espacios publicitarios.

Durante la cena, Ellie se preguntó si la vida podía ofrecer algo mejor que sentarse en aquella azotea bajo las estrellas.

—¿Te lo has pasado bien en Grecia? —preguntó Anna.

Ellie sonrió.

—Tan bien que ni siquiera tengo palabras para describirlo. No me apetece

nada volver a Inglaterra.

—¿Qué te espera a la vuelta? —intervino Atenea.

Ellie se encogió de hombros.

—No mucho, por lo que cuenta —intervino Anthony.

—Anthony tiene razón —reconoció Ellie—. No estoy muy satisfecha con la vida que llevo en Londres.

—Pues entonces deberías cambiar algo —dijo Atenea—. La vida es demasiado corta para dejarse llevar sin más.

—Tiene razón —aseguró Anthony—. Creo que conoces mis opiniones mejor que cualquier otra persona. La vida debería estar llena de posibilidades, no solo de promesas.

Ellie se sentía un poco incómoda por cuánto sabía de Anthony y por lo personal que era el cuaderno.

—¿Vas a volver a viajar? —le preguntó a Anthony para desviar la conversación de sí misma.

—Ahora mismo no. Quiero quedarme donde estoy. Todavía tengo la cabeza demasiado liada. Y tengo que terminar mi libro.

De pronto, pareció ocurrírsele una idea.

—¿Sabes mecanografía? —le preguntó.

—¿Mecanografía? ¿No es algo que sabe todo el mundo?

—Algunos todavía escribimos a mano —dijo Anthony algo avergonzado—. Nos perdimos la era de los ordenadores...

—¿Por qué me lo preguntas?

—Necesito que alguien me pase el manuscrito a ordenador —respondió—. El editor no entiende mi letra.

—Bueno, está claro que yo sí —dijo Ellie riendo—. No he tenido ningún problema para leer las historias.

—Pues si lo quieres, el trabajo es tuyo. Y puedes quedarte en mi habitación

de invitados si no tienes otro alojamiento.

Ellie no sabía qué decir. Era una oportunidad maravillosa. La costumbre le decía que debería volver a Londres, tal como sus familiares y amigos esperarían de ella, pero el corazón le decía que se quedara allí.

Atenea se acercó a ella inclinándose sobre la mesa.

—Conócete a ti misma —dijo con énfasis.

Ellie recordó la inscripción. *Gnothi s'eafton*. Puede que ahora le tocara a ella.

—Perdonadme. —Se levantó de la mesa.

Necesitaba un tiempo para pensárselo y se apoyó sobre la barandilla de la azotea para contemplar la vista. Una de las cosas que ya tenía en la cabeza era el alquiler del mes siguiente.

Se llevó la mano al bolsillo para sacar el móvil y llamó a su casera. Pareció transcurrir una eternidad antes de que contestara.

—Soy Ellie Thomas.

—¿La del piso D?

—Sí, quería...

—¿Ha dicho piso D? Hoy ya he recibido una llamada acerca del piso D. Una antigua inquilina. Abbotson o algo así. Preguntaba si le había llegado correo.

Anthony había aparecido a su lado.

—Espere un momento, por favor —le dijo Ellie a la mujer con el corazón desbocado. Tapó el micrófono del teléfono con la mano y notó que tenía las palmas empapadas de sudor—. Anthony —susurró—, Sarah ha llamado preguntando por el correo. ¿Qué le digo?

—Di que «No» —contestó él, y le dio una calada profunda a un cigarrillo—. Por favor, dile que no le ha llegado nada.

Todavía temblando, Ellie retomó su conversación con la casera, con

Anthony aún a su lado.

—Acabo de comprobarlo —dijo con descaro—. Me temo que no... La llamaba para darle el preaviso de rescisión de mi contrato de alquiler.

Al otro lado de la línea, una voz contrariada masculló algo acerca de fianzas y avales. Ellie percibió que no iban a concederle ningún favor.

—Sí —dijo—, pero ¿puede el preaviso empezar a contar desde hoy, al menos?

La discusión continuó durante unos cuantos minutos y al final concluyó con un acuerdo. Mientras volvía a guardarse el teléfono en el bolsillo, Ellie se fijó en que Anthony continuaba a su lado, contemplando el ascenso de la luna, sumido en sus pensamientos. No quiso interrumpir sus meditaciones.

Transcurrieron unos instantes antes de que se volviera hacia ella. Su mirada pareció formular una pregunta.

Ellie le sonrió.

—Ya está todo arreglado —dijo.

Ambos volvieron a la mesa. Atenea y Anna dejaron de charlar cuando se acercaron y miraron a Ellie expectantes.

Ella se sentó de nuevo y Anthony rellenó las copas de todos. Se hizo un silencio.

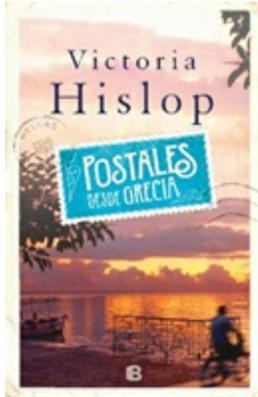
—Pues al final no me voy —les anunció a las dos chicas con una nueva seguridad en sí misma—. Voy a quedarme.

De todos los momentos que había vivido, aquel fue en el que Ellie se sintió más en paz y a la vez más viva.

Por encima de sus cabezas, las golondrinas volaban a hurtadillas por el aire nocturno.

*Con mi agradecimiento a:*  
*Alexandros Kakolyris por su inestimable contribución*  
*a la creación y desarrollo de Postales desde Grecia.*  
*Patrick Insole por su precioso diseño.*  
*Emily Hislop por su rigor creativo.*

## Una historia sobre el amor a la vida y a la aventura a través de un viaje en solitario a Grecia



Una semana tras otra iban llegando las postales. Estaban dirigidas a alguien a quien Ellie no conocía y aunque no existía remitente, sí había firma: una inicial, la letra A. Las postales reflejaban el brillo del cielo de Grecia, un mar azul profundo y rincones de paisajes hermosísimos. Durante seis meses, las postales alegraron el día a día de Ellie. Hasta que un día las postales dejaron de llegar. Y entonces, Ellie comprendió que debía viajar ella misma a Grecia y

descubrir de primera mano aquellos maravillosos rincones.

La misma mañana en la que Ellie parte hacia Grecia, a su buzón llega una libreta en la que se relata el viaje de un hombre a Grecia, un viaje conmovedor, sorprendente, a veces tenebroso; un viaje que significa no solo el descubrimiento de una cultura sino también el deseo de vivir intensamente una vez más.

**Victoria Hislop** es una escritora y periodista inglesa. Escribe habitualmente para *The Mail on Sunday* y *The Sunday Telegraph*. Su primera novela, *La isla*, vendió más de dos millones de ejemplares en todo el mundo, ganó el Premio Best Newcomer en los Galaxy British Book Awards 2007 y fue adaptada a formato televisivo por la cadena griega Mega Channel. Asimismo, es autora de *El regreso* y *Los hilos de la memoria*, que también se convirtieron en exitosos best sellers y se han traducido a numerosos idiomas.

Título original: *Cartes postales from Greece*

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2016, Victoria Hislop

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2018, Ana Isabel Sánchez Díez, por la traducción © 2016, Alexandros Kakolyris, por las fotografías, excepto: © Bardocz Peter/Shutterstock (mapa) y Stephen Rees/Shutterstock (fondo) © Tatjana Kruusma/Shutterstock

© Alinari Archives, Florence (músicos de linterna)

Diseño de portada: Adaptación de la cubierta original de Hachette: Penguin Random House Grupo Editorial Fotografía de portada: © Alexandros Kakolyris

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6322-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Postales desde Grecia

Llegaban sobadas, siempre rasgadas,...

El chico del traje plateado

Et in Arcadia ego

Aria para una cuerda de sol

Nunca en martes

Y no nos dejes caer en la tentación

Testigo presencial, 1824

Agua bendita

Enamorado del amor

Un hombre en la cima de una montaña

Je Reviens

*Laterna, pobreza y honor*

Luna de miel

Conócete a ti mismo

La esposa solitaria

Esperando en las alas

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Victoria Hislop

Créditos